Dioses de Euskadi I *Volumen 1*

¡Dios! Vaya chico...



Sabiñe Susaeta

¡Dios!
Vaya chico...

Dioses de Euskadi libro I, volumen 1

por Sabiñe Susaeta Herrera
(Maite Izar)

Copyright © 2021 Sabiñe Susaeta
Todos los derechos reservados.
ISBN: 9798332609619
Publicación independiente.
Corrección de ortografía: Camila Miranda.

Esta novela fue publicada por primera vez en Wattpad, en mayo de 2021, bajo el seudónimo de Maite Izar.

Puedes visitar mi Instagram en @casiunafantasia

Estaré esperando tus comentarios ♡

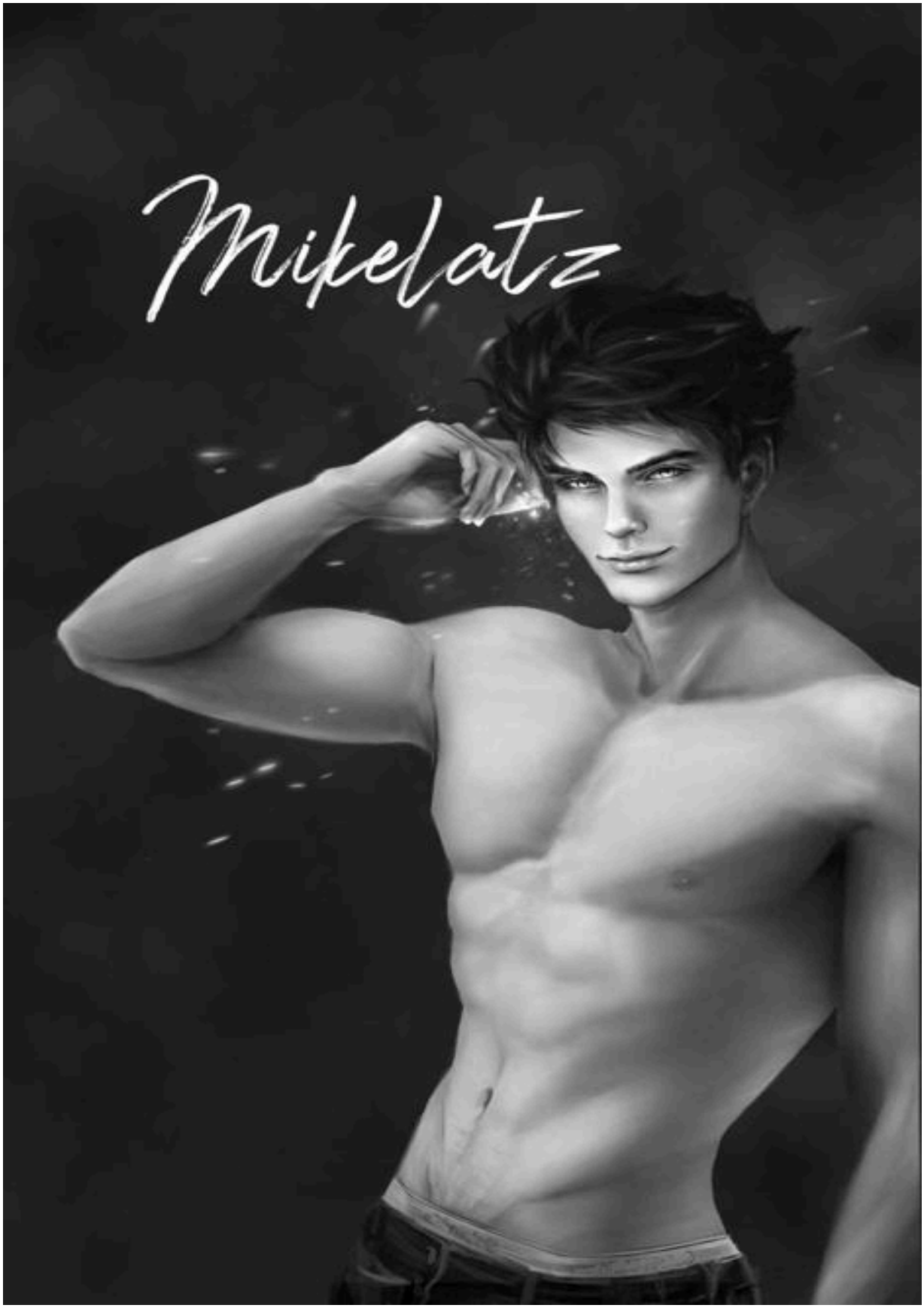
ADVERTENCIA

Esta novela es de contenido para **mayores de 18 años**. Contiene escenas de sexo explícito y de violencia explícita.

Esta novela está inspirada en la mitología vasca, pero no se apega a la realidad del mito ni pretende ser educativa.

ANTES DE EMPEZAR

La mitología euskalduna (vasca) es matriarcal. La única diosa propiamente tal es Mari. Los seres mitológicos que aquí se hacen llamar dioses (Gaueko, Sugaar, Akerbeltz, etc.), en realidad son espíritus o genios que, en ausencia de Mari, se han adjudicado el título de dioses para sí mismos.


Mikelatz

Dedicado a mis lectoras tormentosas.

Nunca se rindan, neskak. Saiatu, saiatu, beti.

Maite

Eskerrik asko, lectoras tormentosas

En esta página cumplo la promesa a mis primeras lectoras. Agradezco especialmente a Matilda, por ser mi primera lectora chilena. Gracias por creer en mí cuando nadie conocía mi novela.

Gracias también a Soledad y a Aixa, las primeras lectoras que me hicieron videos y reels de mis historias, haciéndome sentir como esas escritoras famosas de Wattpad.

Gracias a todas las lectoras tormentosas que están desde el inicio, a las del grupo de WhatsApp, especialmente a Naymi, a Naho, por enamorarse de Haize. A la Fran por sus ideas y escucharme, a la Ceci que me avisó que estaban plagiando mi novela. Gracias a Miri por ser tan maja, a Val por tu energía preciosa, a Kristal, a Arally, a Astrid, a Nicole, a Cecilia Herrera a Deps, a Jocely, todas con sus mensajes y amor por lo que escribo. A Karol hermosa q eres tan alegre y me estás apoyando siempre. Gracias a Oli que me haces mucho reír y siempre estás ahí, a Mónica, a Nerea, a Jareil, a Jessi, a Dana y a María que siempre participan y están atentas al grupo.

También gracias a las que comparten mis historias y mis publicaciones repetidas mil veces en IG. Gracias a Chelo, a Gise, a Clau, a Ari, a Tae, a Johanna, a Ami Reed, a Karo, a Esme, a Dayana, Valerie, a Marta, a Karen, a Karla, a Nerea, a Jare, a Thae, a Nagore, a Hillary, a Belén, a Tai, a Melanie, a Dollie, a Meli, a Maru, a Bibi, a Gaby, a Francis, a Ger, a Ale Xandra, a Ariadna, a Katt, a Silvya, a Crismari T. Todas ustedes han creído en mis historias y me dan likes y comparten y me envían mensajes de apoyo. Es muy importante todo eso para mí. Gracias también a la Mani que además de lectora es mi prima y soporta vivir conmigo. Barkatu si alguna se quedó en el tintero, prometo que las tengo a todas en mi corazón jajaja.

Además, aunque no son mis lectoras, sino amigas y grandes escritoras, agradezco a Meera Kean, porque sin ella no habría aprendido a promocionar mi historia y a Camila Miranda, que me ayudó a revisar y ha seguido imaginando mundos a mi lado, aunque nos separe un océano de distancia.

A todas las demás personas que haya que agradecer, lo haré en la última página, donde se supone que se agradece a la gente en un libro. Muxuak!

Eskerrik asko. Maite zaituztet.

Prefacio

Soy Catalina y esta es la historia de cómo me enamoré de un dios.


KAT

VOLUMEN I

1. Desastre

♡ Catalina ♡

Siempre he sido un desastre. Soy una chica que no sabe controlar sus emociones y arruino las cosas antes de darme cuenta. ¿Podré cambiar eso de una vez? Perdí al chico que amo por culpa de mi temperamento. Necesito mejorar, dejar de hacer daño a quienes me rodean.

Y por sobre todo, voy a recuperar a Sebastián.

Aprieto con fuerza la moneda antigua de cinco pesetas contra mi pecho, una reliquia familiar, mientras observo la estatua de uno de los dioses que hay en este templo. Es hermosa. La brisa de otoño provoca ondas en el agua de la fuente. Me hipnotiza. Los rayos caprichosos de sol se cuelan entre las nubes y hacen parecer que el cuerpo de piedra del dios cobra vida.

Nunca he sido religiosa, pero vinimos de vacaciones a Euskadi, en España, y este templo despertó algo en mi interior. Las antiguas leyendas de Euskal Herria, que me contaba mi abuela antes de dormir, se forman como imágenes ante mis ojos. Los dioses de piedra se alzan como ecos del pasado y me hacen pensar que la magia existe, que podrían escucharme. Salir de ese cascarón de piedra y…

Ya, quizás, he visto demasiado anime.

O tal vez, mi repentina fe en las deidades vascas solo sea conveniencia. Estoy tan desesperada, que un milagro divino es lo único que me puede ayudar. Espero que la locura con la que aún amo a Sebastián sea suficiente para invocar la misericordia de estos dioses.

—Cata, ¿qué se supone que haces? —Andrea me mira ceñuda.

El problema de mi mejor amiga, Andrea, es que es muy literal y no ve el lado metafórico de la vida. Ella ha disfrutado mucho de estas vacaciones en España, rondando un club nocturno y otro, sin darse cuenta de que el templo que estamos visitando es especial.

—Le pido un deseo a los dioses, ¿no es obvio?

Los vascos de la antigüedad tenían dioses muy extraños, con formas de animales, por lo que he elegido el que me pareció más humano y menos como una mascota. Aunque una especie de serpiente se le enrosca alrededor, en lo demás es un hombre joven y apuesto con el torso desnudo, que emerge furioso de la fuente de agua. Sus ojos de piedra me observan con la severidad de lo que supone que es, un dios.

—Cata, ¿cachai que los vascos ni siquiera tenían templos? —dice Andrea riéndose—, esto es una atracción turística. Aunque, igual está rico el dios. ¿Grabemos un Tiktok?

No le hago caso. Cierro los ojos, aferrando la moneda entre mis dedos y pienso una oración con toda la fuerza de mi alma, de mi corazón roto.

«Por favor, dios de la belleza y del amor, dame el valor para enfrentar al hombre que quiero y decirle, ¡te amo!», ruego en mi interior.

Arrojo la moneda a la fuente, tal y como mi abuela me contaba en sus historias y sonrío satisfecha. Podría jurar que sentí el poder del dios de la belleza en mi interior. Debajo de la superficie cristalina, la moneda parece curvada por el efecto del agua.

—¿Y qué chucha estás pidiendo? ¿Entrar a la Universidad? —Andrea suelta una risa aguda y luego baja la voz—. ¿Ya le dijiste a tu mamá que no quedaste en leyes?

—¡Shhhht! —Agito las manos mirando a mi alrededor, pero por suerte mi mamá está coqueteando con un hombre a la sombra del templo—. ¡No sabe! Y no. No pedí eso. Le pedí a este dios un deseo de amor.

—¿Amor? Pero este es Sugaar —dice Andrea, inclinándose para leer mejor un grabado que hay en la placa de la fuente—, el dios de la tormenta y la calamidad.

—¡¿Qué?!

¡Mierda! ¡Ni algo tan simple me sale bien! Me lanzo de cabeza a la fuente para recuperar mi moneda, pero apenas estiro mi brazo

dentro del agua siento un terrible dolor en el pecho y salgo despedida con fuerza hacia atrás. Un grito abandona mis labios, veo el cielo nublado sobre mí y de pronto estoy de espaldas en el suelo.

Escucho los sollozos de Andrea; creo que me está llamando. Pero no siento mi cuerpo y su rostro se pierde lentamente en la oscuridad.

2. Desastre divino

ϟ Mikel ϟ

Soy Mikel, tengo veintitrés años y soy un dios. Al menos, eso dicen las chicas —y chicos—, que pasan por mis sábanas. Lo que no saben y jamás soñarían, porque los humanos son muy idiotas, es que *realmente* estoy a punto de convertirme en un ser divino.

A mi corta edad ya soy abogado y pronto heredaré el negocio de mi padre, Sugaar, dios de las tormentas y la calamidad. Un dios de verdad. Lamentablemente, ser una divinidad no es como antes.

Y ahí es donde entro yo, ayudando a mi padre, en una oportunidad de acercarlo a sus seguidores humanos; o más bien, a sus clientes. Así de lejos ha llegado el capitalismo; hoy, hasta los dioses tienen negocios.

Doy un sorbo de whisky, mientras observo las luces nocturnas de la ciudad desde un piso alto de la torre Ibedrola. En el cristal, mis ojos azules reflejan ansiedad. Mi pelo negro se pierde en la oscuridad y la lluvia del otro lado de la ventana.

¿Qué haré de ahora en adelante? Al fin seré un dios. He cumplido todas las misiones que me ha encomendado mi padre y estoy esperando el momento de ser ascendido y poder obtener la inmortalidad. Sugaar estará muy satisfecho cuando vea la cartera de clientes que tengo para él, sujetos que pagarán millones de euros porque sus deseos de negocios sean cumplidos.

El whisky baja por mi garganta y me siento orgulloso. Mi padre debería sentirse orgulloso. ¿Qué chico a mi edad puede jactarse de tener una oficina en el edificio más imponente de Bilbo? Y no ha sido suerte, no. Ni las influencias de mi familia. Solo mi habilidad, inteligencia y... ya, tal vez un poco de divinidad.

El Iphone vibra sobre mi escritorio. Una, dos, tres veces. Coño, ¡debe ser él! Casi vuelco la copa a medio terminar cuando la dejo sobre la madera y cojo el móvil. He esperado esto por meses, ¡joder! No contengo la emoción y… ¿Qué coño es esto? Mi padre no me está llamando, solo me ha enviado varios mensajes por Telegram y un vídeo.

Pfff. Se suponía que haríamos una videollamada para discutir los términos de mi ascensión y ¿me manda un estúpido vídeo?

Porque en serio es estúpido. Lo hago correr y en él se observa una chica de cabello castaño, lanzando una moneda a la fuente en honor a mi padre que hay en el viejo templo.

"Dios de la belleza y del amor, dame el valor para enfrentar al hombre que quiero y decirle, ¡te amo!"

La chica del vídeo no dijo esa frase en voz alta, lo rogó en su mente, pero al estar a cargo de los deseos de mi padre, puedo escuchar cuando los piden como si los hubieran gritado. Y creo que nunca nadie había gritado un deseo con tanta fuerza. Pero luego la chica se arroja a la fuente buscando su moneda. ¡Dios, qué gilipollas! En un instante se electrocuta al hacer contacto con el agua y sale despedida hacia atrás.

Suelto una carcajada y le escribo a mi padre de vuelta.

> **>Mikel:** Que ridícula, está muy gracioso. ¿Tú, dios del amor? ¡Serías el peor dios romántico de la historia! Jajaja espero que no se haya muerto.

> **>Mikel:** jajajjajaja

Mando más carcajadas, acompañadas de un emoticón riendo. Joder, tengo que enviarle este video a Haize, va a flipar. Se lo reenvío a mi mejor amigo y luego veo los mensajes de mi padre, pero como no me ha respondido, le escribo otra vez.

> **>Mikel:** ¿Aita[1], a qué hora vas a llamarme? Estoy esperando. Te envíe la cartera de clientes actualizada ¿la viste?

Estoy por dejar el móvil en el escritorio, pero el mensaje llega de inmediato.

>Papi Sugaar: No se murió. Y no es un vídeo ridículo.

¿Ah? Si no era para que me riera, ¿me lo ha enviado por error? De verdad había creído que era joda. Pero antes de que pueda preguntar, llega el siguiente texto.

>Papi Sugaar: Es el deseo más insólito que me han pedido en años, sin embargo, es un deseo. Debo cumplirlo y tú eres el indicado para ayudarme con eso. Será tu última misión.

>Mikel: ¿Qué? ¿Venga, qué dices? Si tú no concedes deseos de amor. ¿Es una broma?

Tecleo rápido y envío el mensaje antes de poder arrepentirme de mi insolencia. ¡Es que es enfermante! Llevo meses esperando, ¿y me viene con esto?

Mi padre responde.

>Papi Sugaar: No lo es. Y hablo en serio, Mikelatz.

Mierda. Aprieto el móvil en mis manos. Cuando me llama por mi nombre completo es que va en serio.

>Papi Sugaar: Aunque no lo comprendas, eres ideal para cumplir el deseo que está pidiendo, rápido y de forma eficiente. No me decepciones esta vez.

Meses esperando. Meses. ¿Cuánto tardaría en una misión como esa? Ni siquiera tiene sentido. ¡Podría tardar otro año entero!

>Mikel: Es un deseo imbécil. Coño, dáselo a tus sorginak[2]. Seguro tienen alguna poción de amor o algo por el estilo.

El próximo mensaje no llega y me pongo ansioso. Trato de calmarme y escribo otra vez.

>Mikel: Venga, aita, cumplí todas las misiones que me diste. Tengo todos los clientes que querías en mi cartera. Te pido por favor que recapacites.

Tarda un par de minutos y ya estoy tan nervioso que estoy a punto de llamarlo, cuando llega el mensaje otra vez.

>Papi Sugaar: Es una pena. No estás listo para ser un dios, Mikelatz. Solo lo serás cuando entiendas que todos los deseos tienen el mismo valor. En fin, tal vez tenga que encargar este trabajo a tu hermano.

Mierda. Mierda. ¿A mi hermano? Tal vez mi padre solo me estaba poniendo a prueba y yo el gilipollas he fallado la lección. Intento desesperadamente corregir la situación. Lo último que quiero es que me reemplace por ese gilipollas.

Mis dedos se mueven veloces por la pantalla táctil del iPhone.

>Mikel: Lo siento, aita. Tienes razón, barkatu[3]. Esa chica merece ser tratada como cualquiera de tus más grandes clientes.

>Papi Sugaar: Exacto. Me alegro de que lo comprendas.

Suspiro, sintiéndome más tranquilo. Espero que deje el asunto en nada, el de esa chica es un deseo ridículo.

El iPhone vibra otra vez y se me cae el alma al suelo. Mi padre ha enviado otro mensaje, una captura de pantalla donde se observa un reluciente pasaje de avión a mi nombre.

>Papi Sugaar: Espero que cumplas esta misión como cualquier otra, Mikel. Y, por cierto, la chica no es de acá, es chilena, solo está de viaje. Así que… mañana partes a Sudamérica. Agur[4].

Los truenos retumban y la lluvia cae sobre todo Bilbo.

Joder.

Así es como mi vida de lujo, de éxito y de inmortalidad acaba de postergarse por una chavala de mierda.

3. Truenos y relámpagos

♡ Catalina ♡

He sobrevivido. Un día estás de vacaciones en Euskadi y al otro, sin siquiera haberlo imaginado, estás en un hospital porque casi mueres electrocutada. ¡Tengo la peor suerte del universo! Arruiné las vacaciones para las que mi familia había ahorrado mucho tiempo. Y, como si fuera poco, ahora estoy sola y asustada. La muerte estuvo tan cerca, que aún la siento como si me acechara.

Sumida en la oscuridad, me cobijo bajo las mantas de la cama del hospital, mientras afuera cae la lluvia entre el viento, truenos y relámpagos. Siempre he temido a las tormentas y, como si este país me odiara, ha decidido despedirme con la más escandalosa que he vivido en mis tiernos e inocentes dieciocho años.

¡Odios los truenos! Cada vez que uno retumba me estremezco. Quisiera llamar a mi mamá, pero está con Andrea empacando para volver a Chile mañana, apenas me den de alta.

¡Pum!

Doy un brinco y me cubro con las frazadas hasta el mentón. ¡Mierda! ¡Malditos truenos! No dejo de temblar, pensando si debería o no llamar a una enfermera. Al otro lado de la ventana de la habitación, la luz del pasillo parpadea, a punto de descomponerse. Parece una película de terror. Es justo ese momento en que te preguntas por qué el personaje no es inteligente y llama a alguien, porque si no lo hace, sabes que algo terrible sucederá. Es ese tipo de clima en el que es obvio que aparecerá un sicópata asesino.

Ya, tal vez esté viendo demasiadas series de Netflix, pero prefiero asegurarme. Como no pretendo ser una chica que muere como una tonta en una película, me pregunto si debería levantarme y tomar el electroshock que guardo en el bolso. O, tal vez, baste para protegerme el cuchillo que usé para cortar la manzana que me comí y que está en la mesita de noche.

¿A quién engaño? No tengo idea de cómo manipular un cuchillo. Quizás es mejor llamar a una enfermera; estoy segura de que con algo de compañía se me quitaría el miedo.

Me inclino para encender la luz de la mesita y buscar el botón que llama a la recepción, pero, ¡mierda!, retumba otro trueno y la luz del pasillo se apaga de forma repentina. La puerta de mi habitación chirría, como si se abriera, produciéndome un escalofrío y luego se cierra de golpe.

—No deberías maldecir los truenos, Catalina —dice una voz suave y masculina desde la oscuridad.

Lanzo un grito de terror y la luz del pasillo regresa, iluminando también mi habitación. Mi corazón palpita contra mi pecho, pero ya no puedo gritar otra vez porque lo que veo es tan sorprendente que me deja sin aliento.

Ufff, vaya chico.

Está de pie, apoyado en la pared junto a la puerta. El joven más hermoso que haya visto jamás. Es alto y los rasgos delicados de su tez clara destacan en la penumbra de mi habitación. Tiene las manos en los bolsillos de una chaqueta negra y sus piernas largas enfundadas en jeans oscuros. Su cabello negro como la noche está húmedo, desordenado y algo levantado sobre la frente.

Un relámpago destella e ilumina sus ojos azules que chispean como si fueran parte de la tormenta. Unos ojos eléctricos como el rayo que acaba de cruzar el horizonte. Son ojos mágicos.

¡Pum! Otro trueno y vuelvo a dar un brinco.

—¿Quién eres? —murmuró, sin poder apartar la vista de él.

¿Estaré soñando? ¿Qué hace alguien así en mi habitación? ¿Se habrá equivocado? No. El azul brillante e imposible de su mirada me dice que es alguien de otro mundo.

—¿Eres un shinigami? —Mi voz tiembla—. ¿Voy a morir?

—¿Un qué? —pregunta él y da unos pasos lentos hacia mí.

—Un dios de la muerte —susurro y me cubro con las mantas hasta la barbilla.

Una sonrisa curva sus labios hacia un lado y un escalofrío recorre mi cuerpo. Se acerca un poco más, hasta quedar al costado de la

cama. Huele a guindas.

¿La muerte huele a guinda?

—No soy un dios de la muerte —asegura, siseando de forma pastosa la "s", como hacen en España—, pero, bien, que asumas que soy un dios facilita bastante las cosas.

—¿Qué cosas? ¿Llevarme al otro mundo? ¿Voy a morir?

Él frunce el ceño.

—¿Quieres morir?

—¡Claro que no!

—Entonces escúchame, Catalina Arrieta. Soy Mikelatz, hijo de Sugaar, dios de la tormenta. Soy un semidiós y he venido para cumplir el deseo que pediste a mi...

—A ver, a ver, espera un poco. —Levanto una mano y dejo caer las sábanas con las que me cubría hasta el mentón—. ¿Un semidiós?

—Bai[5], eso dije.

—Pruébalo.

—¿Qué? Pero si acabas de decirme que soy un shini-algo.

—Bueno, ya no me lo creo tanto. —Frunzo el ceño, mirándolo bien. ¿De dónde salió este chico? Sí que hay algo raro en él, pero ahora que lo veo más de cerca, ya no parece tan de otro mundo—. Te veías más divino ahí en las sombras de la esquina.

—Pfff, siempre me veo divino.

No le hago caso, estiro mi mano y enciendo la lámpara de la mesita que hay junto a la camilla. La luz ilumina su rostro; su nariz recta y labios carnosos. Es guapo, pero ya no parece tan mágico, aunque sus ojos siguen siendo de un azul demasiado intenso. Un semidiós que habla con acento de España. De peli de terror, creo que pasé a una peli porno.

—¿Son lentes de contacto? —Lo miro con curiosidad—. ¿Estás haciéndome alguna clase de broma?

Él frunce más el ceño y finalmente suspira.

—Mira, no tengo tiempo para esto. Sé que para los humanos es difícil aceptar estas cosas así que, ¿quieres que te lo demuestre? ¿Cómo podrías creerme? Sé invocar los truenos.

—Ya hay truenos.

—Pero puede haber más —dice y alza una ceja.

—Podría ser coincidencia.

Él entorna los ojos. Dios, vaya ojos. Algo en mí le cree. Es como esos momentos de la vida en que sabes que, por muy fantástico e imposible que sea lo que te está ocurriendo, es real. Como cuando Sebastián me dio el primer beso.

—Bueno, Miguel, tengo una idea para que demuestres tu divinidad.

Ya lo sé, debería estar asustada. Hay un sujeto extraño que entró sin permiso a mi habitación. Pero, ¿sinceramente? Cuando un sicópata quiere hacerte algo no te conversa y, mucho menos, de algo tan ridículo como esto. En vez de miedo, siento una terrible curiosidad.

—Es Mikelatz —corrige y tuerce los labios, disgustado—. Mikel, si te cuesta tanto...

Los truenos rugen otra vez y afuera la lluvia cae con más fuerza.

—Tengo una idea, Mikel. —Estiro mi brazo hacia la mesita y tomo el cuchillo del plato donde comí la manzana—. Dame tu mano, si puedo cortarte y no sangras, seguro eres un semidiós.

Él retrocede un paso.

—¿Estás loca? Deja eso.

—¿Y qué puedes hacer entonces? ¿Volar? ¿Volverte invisible?

—Soy un semidiós, no un maldito X-men. —Se encoge de hombros—. También soy abogado.

Resoplo. Que decepción.

—¡Ya sé, tráeme mi bolso! —Apunto a la silla cerca de la puerta donde lo dejé.

—Mira, por qué no vamos al grano y…

—No, es que no seguiré hablando hasta saber que dices la verdad.

Él rueda los ojos, pero cruza la habitación de mala gana y me trae el bolso. Yo busco entre las cosas y saco el electroshock.

—¿Qué tal esto para probarte, dios de las tormentas?

Mira el aparato y una sonrisa cobra vida en sus labios. Es aún más guapo cuando sonríe.

—Eso es mejor idea —dice, sentándose en el borde de la cama.

Genial, si esto es una broma, se está poniendo divertida. ¡Siempre quise probar el electroshock contra alguien! Aparto las mantas y me siento en la cama, cuidando de que no se me corra la bata porque debajo no llevo nada. Es decir, tengo dignidad, a pesar de que me siento bastante estúpida haciendo lo que voy a hacer.

—Con el brazo desnudo —digo, levantando el electroshock—, o si no, no vale.

Él alza una ceja, pero finalmente se quita la chaqueta, la tira sobre la cama y se arremanga la camiseta que lleva debajo. Uh. Incluso con camiseta se nota lo trabajado que tiene esos brazos.

Y por alguna razón, ese tipo de pensamientos me hace sentir infiel. Terminé con Sebastián hace tres meses, pero aún siento que soy suya.

Suspiro, apartando a mi ex de mis pensamientos y enciendo el electroshock.

—Aquí voy.

Las chispas azules destellan en el aparato y yo lo empujo contra la piel de su brazo. No ocurre nada y él sonríe victorioso.

—Tal vez fue muy breve —digo, mirando el electroshock—, probemos de nuevo.

—Como quieras —dice riendo.

Lo gradúo en el máximo nivel y cuando las chispas azules aparecen otra vez, lo aprieto fuerte contra su brazo, sin quitarlo. Lo

normal es que más de dos segundos dejen aturdida a cualquier persona.

Escucho el chispeo de la electricidad contra su piel y juro que, por un momento, los ojos de Mikel se encienden como los relámpagos.

Retiro el electroshock y lo miro asombrada. ¡Es cierto, no le hace nada! Mi corazón late emocionado. Aun así, me cuesta creerlo. ¿Un semidiós? Tal vez el aparato está malo. O quizás estoy soñando. O tal vez ya me morí.

—¿Lo ves? Soy hijo del dios de las tormentas. La electricidad no me... ¡¿qué haces?!

Enciendo el aparato y lo llevo contra mi brazo desnudo. La descarga es inmediata. El dolor se expande hasta mi hombro y lanzo un grito de dolor, mientras todo se vuelve oscuro a mi alrededor.

—¿Catalina? Oye, Catalina ¿Me escuchas?

Mierda. Todo gira en la habitación pero al menos no he caído inconsciente. El olor a guinda me rodea. Los ojos azules y resplandecientes de Mikel son lo único que me parece estable, mientras me sujeta y me recuesta contra la almohada.

Luego se sienta en el borde de la cama y me observa.

—¡Tormentas!, qué bruta. Con razón pediste un deseo tan gilipollas.

Me siento con dificultad, pero estoy mejor. No ha sido tan fuerte como la descarga del otro día. Dios, ¡no quiero más electricidad en mi vida!

—Ya bueno, digamos que te creo —murmuro, buscando su mirada.

Un semidiós. Un semidiós. ¡Esto es increíble! ¿Debería sacarme una selfie con él?

Siempre esperé que algo asombroso pasara en mi vida, aunque en realidad me imaginaba al mensajero como una lechuza, no como un chico sexy. Suena absurdo, esto de creer que es un semidiós, pero, ¿por qué no? He leído Cazadores de Sombra, American Gods,

el manga de Noragami,... algo de todo eso debía ser cierto. ¡Ja! ¡Siempre lo supe!

Aunque, obvio que justo cuando me pasa algo así a mí, debía ser más aburrido. Si no puede volar, ¿qué gracia tiene?

—¿Te sientes mejor? —Mikel mira a su alrededor y suspira—. No tengo mucho tiempo antes que vuelvan las enfermeras para el turno de la noche.

—Te escucho —digo, mientras me tapo otra vez con las mantas y trato de calmarme. De asimilar esto.

Aún me duele el brazo.

—Pediste un deseo en la fuente del dios Sugaar. —Se acomoda junto a la cama y se inclina un poco hacia mí, hablando despacio—. Un deseo simple. Por favor, dios de la belleza y del amor, dame el valor para enfrentar al hombre que quiero y decirle, ¡te amo! Eso fue lo que dijiste.

Abro mucho los ojos. ¡Es cierto! ¡Es mágico!

—Debiste partir por ahí, ¡no dije ese deseo en voz alta! —Siento como mi sangre se acelera, ¿de verdad esto me está pasando?—. ¡Nadie sabe que pedí eso!

Mikel sonríe, satisfecho.

—Bien, me alegro. Porque lo más importante para que se cumpla tu deseo, es que creas que esto es real. Debes creer en mi padre, Sugaar, el dios de la tormenta.

—¿Ese no es Zeus?

La luz de un relámpago ilumina la ventana y luego se escucha el trueno. Me estremezco, pero ya no me asusto tanto. Hay un semidiós frente a mí, ¡un semidiós! Aunque no sea tan espectacular.

Mikel rueda los ojos.

—Que cliché, siempre Zeus. ¿Es que sois todos los latinos tan ignorantes? Estamos en Euskadi. Aquí el dios de las tormentas es mi padre y no vuelvas a nombrar al otro dios sobrevalorado.

Asiento, ahora comprendo mejor. Mi abuela es vasca, así que sé lo celosos que son con su tierra y sus mitos. ¡Un dios vasco! ¿Será así de guapo por su sangre divina? Lo observo con ganas de preguntar más cosas, pero él parece impaciente por hablar.

—Necesito que hagamos esto bien, así que presta atención, Catalina. Yo estoy a punto de convertirme en un dios. Mi aita ha prometido que apenas se cumpla tu deseo, me haré inmortal. ¿Ves lo importante que es? Tu deseo es mi última misión.

Vuelvo a asentir, emocionada. Hasta se me ha pasado el dolor de brazo. ¿Me iré en una aventura épica o algo así?

—Por suerte, tu deseo es fácil. Pediste enfrentar al hombre que amas y tener el valor de decirle tus sentimientos. Entonces, vamos a ir donde ese tal Sebastián, le dirás que lo amas y todos felices y contentos.

Okey, nada de aventuras épicas.

—No —digo y aprieto los labios.

Él frunce su ceño semidivino.

—¿No? ¿No qué?

Agito mi cabeza de un lado a otro y luego lo miro.

—No haré eso. Él terminó conmigo, no me ama.

—Pero tu deseo dice que tú debes tener el valor de decirle que lo amas, no al revés. ¿Tal vez luego cambia de opinión al ver que eres una chica valiente?

—Me niego.

Mikel se pone de pie, evidentemente molesto.

—¡No puedes negarte! Es el deseo que pediste... Es un contrato para mi padre. Las palabras están grabadas a fuego.

—Pero no era la intención. La intención es lo que vale, ¿o no, señor semidiós abogado? Mi intención, cuando pedí ese deseo, era obviamente que cuando le dijera "te amo", el amor de mi vida me amara también.

—Es absurdo —sisea.

—¡Claro que no!

—Lo que importa en los contratos son las palabras.

—Siempre quise estudiar leyes, ¿sabes? Sé perfectamente que lo que vale es la intención.

Mikel se muerde el labio un momento. Luego vuelve a sentarse en la cama, suspira exageradamente y se pasa una mano por el pelo, levantándolo más.

—Por favor, chavala, piénsalo, ¿vale? Mi inmortalidad depende de esto y...

—No me interesa. ¿Eres un semidiós? Pues, si llegaste a mi vida, como mínimo, cumple mi deseo.

Él parece frustrado, pero pfff, la decepcionada soy yo. Al fin me ha sucedido algo maravilloso ¿y quiere que simplemente haga el ridículo frente a Sebastián para él obtener lo que quiere? ¡Ja!

Una cosa es que el chico esté bueno y otra que sea tan estúpida de decirle que sí.

—Filo —digo y agito una mano.

—¿Filo?

—¡Que da igual! ¡No importa como haya sido el deseo! Solo le diré "te amo" cuando él me ame de vuelta. Mi deseo era mirar a los ojos al hombre que amo y tener el valor de decírselo. ¡Pero que fuese mutuo! No como la última vez...

—Estás haciendo trampa.

Me encojo de hombros y le sonrío. Él me observa y sus ojos se achican hasta ser solo unas líneas. Mira el techo un momento, como reuniendo paciencia. Murmura algo que suena a insultos en euskera, suelta un suspiro exagerado y clava sus ojos eléctricos en mí otra vez.

—Vale. ¿Por qué terminasteis?

Solo recordarlo me entristece, pero me animo de inmediato, ¡ahora tendré otra oportunidad!

—Porque mi familia no tiene dinero para pagar la universidad a la que él va a asistir este año, Costa del Paraíso. Es la mejor universidad en Chile, pero es muy cara. Nosotros vivimos en Temuco y está muy lejos, la distancia era demasiada... ¿Qué? ¿Qué sucede?

Mikel tiene el ceño fruncido otra vez y no parece contento.

—No será un caso fácil.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque seguro le importas un carajo o no habría terminado contigo por eso, ¿no crees?

Mi felicidad se esfuma. La lluvia cae contra el cristal y siento un intenso peso en el pecho. ¿Por qué me sorprende? Lo que dice él es cierto, yo misma lo dije hace unos minutos. Sebastián no me ama. Todo este tiempo lo he sabido. Pero asumirlo es otra cosa. Que otro te lo restriegue en el rostro, de forma tan fría, hace que duela más.

Siento la ira creciendo en mi interior. ¿Quién se cree este chico? Se supone que vino a ayudarme, pero ¡decirlo así ha sido bastante cruel!

—Voy a elevar una queja.

—¿Qué?

—Contra tu padre. Me ha enviado a un semidiós inútil que no es capaz de cumplir con su misión.

Mikel entorna los ojos.

—Ni se te ocurra.

—Firmé un contrato que casi me cuesta la vida, ¡tengo derecho a reclamo! Iré mañana mismo al templo y...

—¡Está bien! —Mikel se pone de pie de nuevo y resopla—. Voy a ayudarte, ¿vale? Haremos que ese sujeto vuelva a quererte. Supongo que, si lo hizo una vez, puede hacerlo de nuevo. Aunque ya voy viendo por qué terminó contigo...

Ignoro su comentario idiota y él hace una mueca de disgusto con los labios.

—¿Estás dispuesta a hacer lo que sea para recuperarlo, Catalina?

—Sí, estoy dispuesta.

Mikel suspira.

—Vale, sabrás pronto de mí. Te enviaré los detalles por el móvil. Ah, y no vayas a hablarle a nadie sobre esto, si lo haces, tu deseo fracasará. —Toma su chaqueta, se la pone de nuevo y me mira molesto—. Y ni se te ocurra quejarte con mi padre o te juro que usaré todas mis facultades divinas para arruinarte la vida.

—No parecen ser muchas, en todo caso —murmuro.

Él me mira enfadado, pero finalmente camina hacia la puerta. Toma la manilla y se gira una vez más hacia mí. Sus ojos azules brillan al mismo tiempo que los relámpagos de la tormenta.

—Nos vemos en Chile, Catalina.

—¡Oye!

Él se detiene y alza las cejas, viéndome por sobre su hombro.

—¿Puedes hacer que se detenga la tormenta?

—Ez[6], yo solo las invoco. —Me dedica una sonrisa maliciosa—. Y tampoco lo haría si pudiera. ¡Agur!

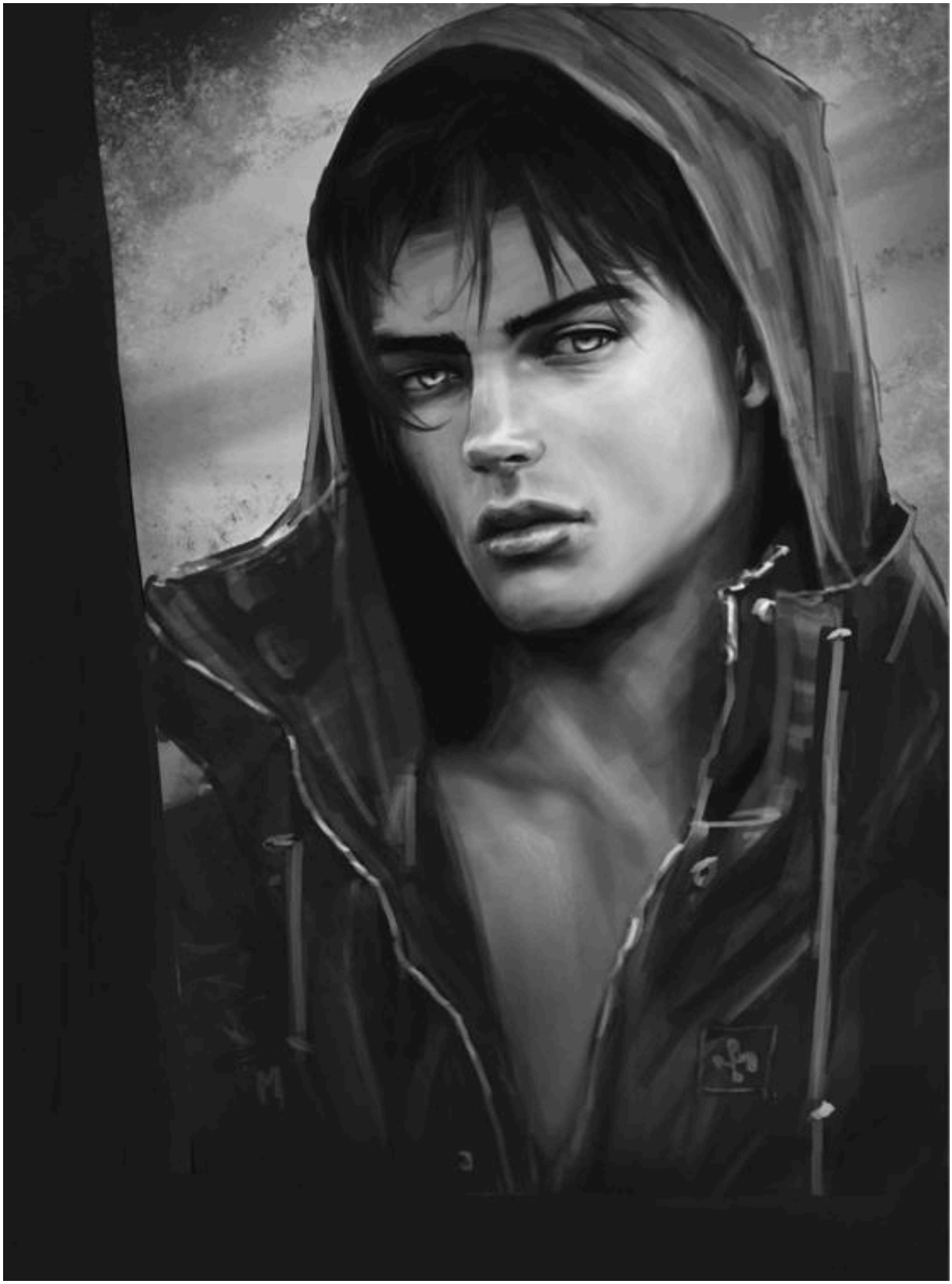
Con un portazo malhumorado, se va. La lluvia y los truenos aumentan. Se escucha un estruendo, las luces del hospital parpadean otra vez y ¡paf! se apagan, como si se hubiera ido toda la electricidad.

Sospecho que no fue casualidad.

Muy bien, Catalina, lo lograste. Has hecho enojar a un semidiós.

Sin embargo, no me importa. Me tiro de espaldas sobre la almohada y sonrío. Ni siquiera me importan los truenos que siguen retumbando. ¡Que emoción! Tal vez se ha enfadado, pero si eso me abre las puertas para estar otra vez con Sebastián, entonces ha valido la pena.

Haría enojar a todos los dioses del olimpo si fuera necesario. O bueno, de donde sea que vengan los dioses vascos.



4. Sebastián

Dos semanas después. En Valparaíso, Chile.

♡ Catalina ♡

¡No puedo creerlo! ¡Aaah! Brinco y chillo por mi habitación porque no puedo de la emoción, ¡de verdad, no me lo creo! Reviso el chat de nuevo. Por quinta vez. ¡El semidiós inepto ha hecho algo bien! Bueno, algo bien aparte de ser guapo, que no es mérito suyo sino de sus padres divinos, obviamente.

Aún no olvido que haya dicho que Sebastián no me ama, pero con esto empiezo a perdonarlo un 5%.

Pulso rápido la pantalla de mi celular y le pregunto por WhatsApp:

>Catalina: ¿Estás seguro?

>Catalina: ¡No me hagas ilusiones!

>Fakediós: Bai. Estoy seguro.

>Fakediós: Yo mismo tuve que hacer los papeleos...

>Fakediós: ¿Sabes lo jodido que es tramitar una beca en Chile?

>Catalina: ¡Ay!

>Catalina: ¡Dile a tu papá que es el mejor dios del universo, que lo amo!

Le envío muchos emojis de corazones.

>Catalina: ¡Le rezaré todas las noches!

>Fakediós: Deberías rezarme a mí...

>Catalina: Sueña xd

Tiro el celular sobre la cama y chillo de emoción otra vez. ¡Voy a estudiar con Sebastián! Aún no puedo creerme que el dios Sugaar, como compensación y para que sea más fácil cumplir mi deseo, me

acabe de otorgar una beca para estudiar en Costa del Paraíso, ¡la universidad más prestigiosa de todo Chile!

Sebastián terminó conmigo porque la distancia nos iba a separar, así que ni se imagina que estaré cerca de Valparaíso. ¡Me muero por ver su sorpresa cuando ingrese a la misma facultad que él! Entraré un semestre atrasada, a diferencia suya que ingresó a inicio de año, pero no importa, ya me pondré al día.

¡¡Ayyyy!! Por ahora, a la única que le he contado es a mi bestie Andrea, aunque no parece muy contenta, supongo que porque pensaba que estudiaríamos juntas.

Miro la pantalla del celu de nuevo.

>BestieA: Creo que deberías llamar a la policía, parece una estafa.

>Catalina: ¡Claro que no!

>Catalina: Llamé a la facultad y estoy matriculada.

>Catalina: ¡Confirmadísimo!

>BestieA: Ese tal Sugaar me parece sospechoso.

>BestieA: Una beca por cinco años, con la residencia universitaria y comida básica pagada. ¿Qué más dijiste que te entregó?

>Catalina: Un montón de dinero mensual de libre disposición jejeje

>BestieA: ¡Es una locura! ¿Y si es un mafioso? ¿Cómo logró matricularte a mitad de semestre?

>Catalina: No tengo idea, pero su hijo es súper normal, te juro.

Bueno, normal salvo por el hecho de que es un semidiós, pero no puedo contarle esa parte a Andrea. Y tampoco creo que sea normal lo guapo que está. Aunque eso no me interesa.

>BestieA: ¿No es un poco sicópata de tu parte estudiar en una universidad solo para seguir al Seba?

>Catalina: ¡No es solo por eso! ¡Tiene el mejor equipo de básquetbol de Chile!

>BestieA: No te gusta el básquetbol...

>Catalina: ¡Ahora me encanta!

Andrea me envía más mensajes sobre lo aburrido que es el básquet, pero la ignoro. A Sebastián le fascina ese juego y, si es necesario, tendré que ver videos de YouTube para así entender algo de los partidos cuando lo vaya a ver.

¡Al fin estaré cerca de él! Cierro los ojos y me pierdo imaginando el momento en que sus ojos dorados se iluminen, alegres por verme otra vez.

Ya quiero que sea mañana. Esta noche viajo y temprano estaré en Valparaíso, en una misión para recuperar al amor de mi vida. Y de paso, disfrutar de la mejor universidad del país.

ϟ Mikel ϟ

Qué coñazo. No solo estoy en un país extranjero, sino que el mayor sueño de mi vida depende de que cumpla el deseo absurdo de una chavala. Declararse a su amor... ¿No podía pedir un Lamborghini? ¿Ser millonaria? ¿Una noche de sexo conmigo?

Esos son deseos de verdad.

Además, es una tramposa. De solo recordar nuestra conversación en el hospital me siento estafado. ¡Nunca el estafado había sido yo!

Pero ya estoy aquí, en Chile, simulando que soy un estudiante de intercambio de master, para así poder acercarme a Sebastián. Es mejor asumirlo. Mientras más eficiente sea en cumplir mi misión, más pronto seré un dios.

Camino por el campus universitario que es bastante grande y bonito, debo admitirlo. Tiene edificios elegantes y espacios verdes. Estamos rodeados de cerros coloridos y el olor del mar llega hasta aquí, traído por el viento de un día nublado. Es más agradable de lo que esperaba. Creía que todos los países de Latinoamérica estaban en la jungla, pero este puerto más bien me recuerda a mis vacaciones genovesas en Italia. Incluso se parece bastante a Bilbo.

No está tan mal.

O eso pensaba antes de ver mi habitación en las residencias del campus. Abro la puerta y casi se me cae el alma. ¡¿Es una broma?! ¿Voy a vivir en esta pocilga?

Reviso las instrucciones que envió mi aita a mi móvil y contengo la ira que crece en mi interior al ver el número de residencia. No es una broma, esta es la habitación que mi padre me asignó. ¡Ni siquiera tiene el tamaño de mi cocina en Bilbo! Hay dos camas miserables, una al lado de otra, separadas por un espacio de mierda. ¡Y son de una plaza!

¡Una plaza! ¿Cómo se supone que duerma ahí?

Afuera se escuchan unos truenos y en los jardines empieza a caer un repentino aguacero. Se ven desde la única ventana de la

habitación. Coño. Tendré que controlar mejor mi genio en este lugar, no se suponía que fuera un día de tormentas; ya la he jodido. Espero que no caiga ningún rayo en la cabeza de nadie; mi padre se pone furioso cuando eso pasa.

¡Por favor que no muera un ser humano por culpa del temperamento de Mikel!

Ruedo los ojos, lanzo mi bolso a la cama y me siento en el diminuto espacio que queda despejado. ¿Acaso la gente de este país es enana? Le doy una patada al bolso, lo dejo caer al suelo y me dejo caer de espaldas en el colchón —de mierda—, mientras sufro a causa de mi mala suerte.

Qué año más jodido me espera.

Al menos, solo tendré que simular que estoy haciendo un máster y no cursar la carrera entera otra vez. Observo el folleto de nuevo revisando la información, asumiendo mi terrible destino y… la puerta de la habitación se abre.

Ante mis ojos aparece un dios.

Bueno, estoy hablando metafóricamente, porque aquí el único que tiene sangre divina soy yo. Pero, este chico bien podría serlo de tan apuesto que es.

Está empapado a causa de la lluvia que mi mal humor provocó; obviamente nadie esperaba una tormenta. Su pelo cobrizo cae en bucles húmedos al costado de su rostro y los músculos de sus brazos brillan a causa del agua.

Me clava sus ojos dorados, sorprendido por mi presencia. Son como el oro fundido.

—¡Lo lamento, estoy mojando todo! —dice, al tiempo que entra y cierra la puerta—. ¿Eres el chico de intercambio?

Mientras habla se saca la camiseta deportiva, que está chorreando y la arroja al suelo cerca de la puerta del baño. Recorro con la mirada la forma en que se marcan sus pectorales y cada músculo de su zona abdominal. Comienzo a pensar que el deseo de

esa pobre muchacha no era tan descabellado. Este chico, tal vez, merece ser un deseo divino.

Me siento en la cama.

—Sí. Mi nombre es Mikel. No esperaba que los dormitorios de este lugar fueran tan pequeños —digo riendo y escondiendo mi mal humor—. Espero que no te moleste tenerme de compañero durante un año.

—Claro que no, Mikel. Es un gusto, ya me estaba aburriendo aquí solo. —Toma una toalla del armario y comienza a pasarla por su cuerpo tonificado—. Yo soy Sebastián, espero que lo pasemos bien.

—Bai, seguro, lo pasaremos de la hosti... —digo, pero me corrijo buscando un término más neutral—, lo pasaremos genial.

—Bueno, mientras no te importe ser espectador cuando me traiga a alguna chica a dormir, estamos bien —dice Sebastián riendo.

Tomo nota mental de eso... mal inicio para mi misión. Sebastián 1; Catalina 0.

—Mientras no te importe que de vez en cuando me quiera unir a vosotros —bromeo—, estamos bien.

Él me sonríe de forma encantadora y me recuerdo a mí mismo que no puedo dedicarme a jueguitos con él. He venido a hacer de cupido y si me llevara a este tío a la cama… estoy seguro que luego él no querría estar nunca más con una mujer.

El deseo de Catalina se iría a la mierda.

Y junto con ello, se iría a la mierda mi futuro divino de inmortalidad.

Tomo el móvil para enviarle un mensaje a mi clienta, diciéndole que ya conocí a su amorcito, pero luego me arrepiento.

Qué va. Será más divertido darle una sorpresa.

5. La fiesta, parte 1

♡ Catalina ♡

¡El campus es maravilloso! Alucino con el lugar al que he venido a estudiar. Ufff, definitivamente, es algo que jamás habría podido costear mi familia. Mi madre aún no puede creerlo, creo que incluso está feliz de que casi me haya muerto para ganar semejante oportunidad. ¡Tienen la biblioteca más grande del país!

Me muero por encontrarme con Sebastián, pero he llegado a la ciudad casi de noche y tendré que esperar hasta mañana.

¿Y Mikel? No he sabido nada del semidiós incompetente, pero aunque me parezca odioso, estoy tan alegre que ya casi lo he perdonado un 20% solo por darme la oportunidad de venir a esta universidad.

Entro al cuarto que me han asignado y me encanta. Hay dos camas de plaza pequeña, pero es acogedor y ordenado. Sentada en la cama de la izquierda hay una chica, que se saca los audífonos cuando me ve entrar.

Su cara es redonda y la piel morena, incluso más que la mía. Lleva una camiseta de mangas cortas y jeans. Se aparta el pelo rizado y negro del rostro y me mira con una sonrisa.

—¡Eres la chica nueva! ¡Al fin tengo compañera!

Se pone de pie de un salto y se acerca.

—Soy Fernanda, ¿y tú? ¡Creí que estaría sola el resto del año! Mi compañera de habitación anterior reprobó todos los ramos por andar de fiesta en fiesta, ¿puedes creerlo?, era muy irresponsable. ¿Te ayudo con eso? —Me arranca el equipaje de las manos y cruza la habitación—. A veces no entiendo cómo hay gente que puede despilfarrar esta universidad, con lo que cuesta de cara... ¡y solo por pasarlo bien! —Deja los bolsos sobre una cómoda y me mira—. ¿Eres mayor de edad, verdad?

—Sí —digo riendo, la chica habla demasiado, algo en ella me agrada de inmediato—. Me llamo Catalina y soy mayor de edad, cumplí dieciocho hace algunos meses.

—¡Genial! ¿Te puedo decir Cata? ¿Estás cansada por el viaje?

—En realidad un poco...

—Ah, bueno, pero podrás soportarlo, seguro.

—¿Soportar qué?

Fernanda me mira y una sonrisa maligna aparece en su rostro.

—Hoy inicia el segundo semestre, Cata. Es la noche de bienvenida, ¡hay una fiesta enorme en la mansión de Las Palmas Negras! Casi se cancela por esa tormenta repentina, pero no ha llovido en horas y la acaban de confirmar por Instagram. —Finge un puchero con los labios—. Supongo, que ya que estás aquí... ¿me vas a acompañar?

Hmmm. ¿Las Palmas Negras...? ¿Me llevará a una fiesta o a un culto satánico? Con la suerte que tengo, ahora no solo conoceré a un semidiós, sino seguro en esa fiesta aparece un semi demonio.

—No lo sé...

—¡Las clases no empiezan hasta el lunes! —insiste Fernanda—. ¡Tenemos que festejar!

¿No se estaba quejando ella de que su compañera anterior se había perdido de fiesta en fiesta?

—Bueno, iré, aunque acabo de llegar...

—¡Genial! No quería ir sola porque acabo de pelear con Samanta, pero ahora que te tengo de excusa... —Fernanda toma mis manos—. ¡No te preocupes! Es una fiesta de solo chicas. La mansión de las Palmas Negras es muy exclusiva.

Suelto una risa, contagiándome de su buen humor.

—Está bien, deja que me cambie de ropa.

Después de todo, es una fiesta de solo chicas, ¿qué tan mal podría salir?

ϟ Mikel ϟ

Al fin he controlado mi temperamento. La tormenta de afuera se ha calmado y hay una temperatura agradable para los humanos normales. O eso supongo, ya que Sebastián se está poniendo una camiseta sin mangas y unos jeans, sin abrigarse demasiado. ¿Yo? Soy casi un dios; siempre tengo calor.

Y aunque es un fastidio, voy asumiendo que esta misión no será fácil, especialmente considerando que Sebastián parece tener cualquier cosa en la cabeza menos a Catalina; se ha pasado este rato enviándose mensajes con alguien que le saca muchas sonrisitas tontas. Mala señal.

Sentado en mi cama, tomo notas en el móvil mientras lo observo vestirse. Soy un semidiós muy profesional. Cualquier detalle de él sirve no solo para deleitar la vista, sino para anotarla y tenerla en cuenta en mi misión cupido.

«Nota 1: Sebastián se viste de abajo hacia arriba.» Supongo que ese dato podría servirme en algún momento. Nadie sabe los alcances que tendrá esta misión. Sí, la misión más idiota que me han encomendado en la vida, pero la más importante.

«Nota 2: lleva media hora mensajeándose con alguien por el móvil. Esperemos que sea mujer. Si de pronto se asume gay, esta misión está jodida.»

Sebastián deja el móvil, conge gel de la cómoda junto a la cama y se pasa las manos por los mechones de cabello castaño, levantándolos un poco.

«Nota 3: Sebastián es demasiado guapo para Catalina.»

—¿Tienes novia, Mikel?

Aparto la mirada del móvil y alzo las cejas mirándolo a los ojos.

—¿Tú tienes? —pregunto, porque obviamente debo aprovechar cada conversación para obtener información.

Él suelta una risa.

—No, terminé con la que tenía hace unos meses.

—Ah, pero hace unos meses... seguro aún sientes algo por ella.

—¿Qué? ¡Ni cagando! Está totalmente olvidada.

Uuh, qué mal. Tendré que hacer un milagro divino para solucionar esta situación. Sebastián me mira con curiosidad.

—¿Y? ¿Alguna novia?

—Ah, no —digo, con una sonrisa—, yo siempre estoy soltero.

Sebastián ríe otra vez y vuelve a teclear algo en el móvil. Luego me observa, con una sonrisa maliciosa.

—Me alegro, porque unas amigas me invitaron a una fiesta —dice, mientras me lanza la chaqueta que dejé sobre la cómoda—, y "soltero", es el único requisito para entrar a esa mansión.

Uuh, actualizo la puntuación en mis notas: «Sebastián 2; Catalina -1»

Le sonrío de vuelta, me levanto de la cama y amarro la chaqueta en mi cintura para ir a esa fiesta. Supongo que asistir a una jornada de música y alcohol universitario cumple como jornada laboral, después de todo, debo aprender lo más posible sobre Sebastián.

Y al menos no me aburriré tanto en esta misión de mierda.

6. La fiesta, parte 2

♡ Catalina ♡

Sostengo la mirada de la chica alta y rubia que tengo frente a mí. Me estudia, seria, como si estuviera decidiendo un asunto muy importante.

—Sé que viene contigo, Feña —dice la chica, apoyando una mano en las caderas y mirándome de arriba a abajo—. Pero aquí no aceptamos a cualquiera.

La música nos envuelve y la luz violeta le da a esta muchacha un aspecto espectacular, con sus pantalones blancos ajustados y un peto corto ceñido a los pechos, del mismo color. Me mantengo erguida ante la líder de Las Palmas Negras; ya llegué hasta aquí y no pienso marcharme.

Estamos en el salón VIP. Mientras la chica me evalúa sus amigas nos observan, desparramadas en unos sillones de colores, alrededor de una mesa de centro con vasos y botellas de alcohol.

—No seas pesada, Vero —protesta Fernanda—. ¡Es mi nueva roomie!

—Bue... que al menos dé el primero paso —insiste Verónica.

—¿Y eso qué sería? —murmuro.

La chica me sonríe con picardía, se acerca a la mesa, sirve cuatro shots de tequila, unas servilletas con sal y deja al lado unas rodajas de limón.

—Los cuatro al hilo —dice Verónica.

¿Así que me quiere emborrachar? Bueno, no hay hombres en esta fiesta, así que, ¿qué más da?

Me acerco y me siento en el suelo frente a la mesa de centro. Los bajos del reguetón retumban a nuestro alrededor y desde el primer piso se escuchan los gritos y risas de las chicas que están bailando.

Sujeto el primer shot con una mano, me pongo sal en la otra y agarro el limón. Chupo la sal, me trago el tequila con un movimiento rápido y luego muerdo el limón.

¡Ay, delicioso!

Siento el alcohol quemando mi estómago y la acidez del limón en mi boca mitigada por el tequila. De inmediato me animo, ¡hace mucho no salía con amigas! Me encantaba bailar con mi bestie Andrea, pero los meses que estuve con Sebastián él prefería que nos quedáramos solos y fui a pocas fiestas.

No, Catalina, nada de pensar en Sebastián ahora, ya irás por él mañana. Esta noche es de chicas.

Voy por el segundo shot, luego por el tercero y no me he dado cuenta cuando ya estoy riendo sentada en el suelo, junto a la mesa de centro, tomando el quinto o sexto shot. ¿O ya van diez? Las demás chicas se unieron también. En algún momento, ¿qué se yo? Y sueltan carcajadas entre vasos y vasos de tequila.

Yo converso con Verónica y una tal Daniela, porque Fernanda se fue a un sillón del fondo donde se está besando con una muchacha. ¡Mi roomie ya me abandonó!

—Es que te juro que el nuevo de intercambio está divino —dice Daniela, mirando a Verónica—. ¿Lo has escuchado hablar? ¡Tiene un acento tan sexy!

—Nadie es más sexy que mi bebé —replica Verónica.

—Ah, es que no lo has visto —insiste Daniela—, espero llevármelo a la cama antes de una semana.

Verónica suelta una carcajada y yo me río también, porque de pronto todo me parece muy gracioso.

—¡Imposible! —Verónica se aparta el pelo rubio del rostro—. ¡¿En una semana?! Lo dudo, podemos apostar.

—Okey, apostemos. —Daniela se toma otro shot antes de seguir hablando—. Y, si gano, ¡lo haremos en la pieza, estés ahí o no!

—Las weás que hablan —digo riendo.

Las dos me observan y Daniela levanta una ceja.

—No te pongas mojigata, chica nueva.

—Déjala, Dani, no la molestes. —Verónica le da un empujón amistoso.

—Eres tú la que la emborrachó.

—Ya, pero es distinto. —Verónica me observa, con una sonrisa en su rostro—. No le hables de sexo, mira, tiene cara de virgen.

—No soy virgen.

Las dos me estudian, incrédulas.

—Bueno, no tanto —digo.

Sueltan una carcajada y se revuelcan en el piso. Daniela se levanta, limpiándose las lágrimas de los ojos.

—¡No tanto! –repite.

Las dos vuelven a reírse y yo también, aunque hablaba en serio. Voy a explicarme, pero alaridos de emoción llegan hasta nosotras desde el piso de abajo y Verónica se pone de pie de un salto.

—¡Llegaron! Vamos, Cata, ¡a bailar! —Me tira de la mano hasta que me pongo de pie.

Todo gira a mi alrededor y Daniela me sujeta para que no me caiga.

—¿Quiénes llegaron? —pregunto riendo, de pronto todo es tan gracioso porque sí.

—¡Los chicos!

Ups. No tan gracioso. ¿Chicos? Y yo con suerte puedo tenerme en pie.

—¿No eran una fiesta sin chicos?

—*Era* sin chicos. —Verónica tira de mi mano—. ¡Pero solo hasta la una de la mañana! Ahora, vamos a bailar.

Tal vez debería volverme a la residencia, estoy demasiado ebria. Sí, eso es buena idea, pero Verónica tira de mi mano y de pronto estoy bajando la escalera con ella y Daniela. En un instante nos encontramos en el primer piso, rodeadas de personas agitadas que

bailan, conversan o beben, mientras el ritmo centroamericano del reguetón nos envuelve.

Me río, ya no sé de qué y me pierdo entre la gente con las chicas. Hace calor y se siente bien la música retumbando dentro de mí.

Bueno, no es tan terrible que haya hombres, ¡tampoco estoy tan borracha! Solo un poco mareada. Lo malo es que pensar en chicos me lleva también a pensar Sebastián. Pero no. ¡Ya dije que no pensaré en Sebastián! No voy a… Oh.

Está frente a mí. Como una aparición celestial entre todo ese caos de cuerpos acalorados. De verdad es él. Sebastián está riendo con un grupo de amigos, vestido con un jeans y una camiseta manga corta de color rojo. Su cabello rubio oscuro se agita cuando se gira hacia mí. ¡Ay qué lindo es! Me quedo paralizada cuando nuestros ojos se cruzan.

No puedo pensar. No esperaba encontrarlo así, la primera noche y en un lugar como este. Todo da vuelta otra vez y las piernas me tiemblan, no sé si por el tequila o porque el amor de mi vida acaba de posar sus ojos dorados en mí. Ojos que se abren de la sorpresa cuando me ve.

—¡¡¡Cata!!! —Cruza en dos pasos el metro que nos separa. Hace ademán de abrazarme, pero se arrepiente y baja las manos—. ¿Qué haces aquí?

Apenas lo escucho a causa de la música y abro la boca sin saber qué decir.

—¿Quién es? —pregunta uno de sus compañeros, mirándome.

—Eeh... una amiga —dice Sebastián y me sonríe.

Una amiga. Solo una amiga. Siento un dolor en el pecho y me preguntó por qué me importa tanto, si es algo que ya sé. Ya no somos novios. Pero, escucharlo de sus labios es simplemente más triste de lo que esperaba. Justo en ese momento ponen una canción lenta y romántica, que permite que se escuchen mejor las conversaciones a mi alrededor. Y que mi tristeza sea peor.

Inspiro profundo, intentando no echarme a llorar aquí mismo, pero no puedo. Me escuecen los ojos y estoy a punto de volverme para irme de ahí, cuando otro de los amigos de Sebastián se voltea y sus ojos de ese azul eléctrico me recorren de arriba abajo.

—¡Ah! ¡Eres tú! —dice Mikel riendo—. ¡Eres enana de pie!

Me quedo sin habla, pues tardo unos segundos en reconocer al chico alto y de cabello negro que tengo frente a mí. En realidad, esa mirada eléctrica es inconfundible, pero es demasiado extraño ver al semidiós misterioso que me visitó en el hospital, aquí en una fiesta universitaria, vestido solo con unos jeans negros y una camiseta blanca sin mangas, que deja ver sus brazos desnudos.

—¡¿Mikel?! —la sorpresa hace que las ganas de largarme a llorar se me pasen—. ¿¡Tú?! ¿Pero qué haces aquí?

—¿Ustedes se conocen? —Sebastián frunce el ceño.

Mierda, me sorprendí tanto que olvidé que debía hacer como que no lo conocía. Él me dijo que me vería en Chile, ¡pero nunca mencionó que estaría junto a Sebastián en nuestra propia universidad!

—Nos conocimos en Euskadi —dice Mikel, con una sonrisa—. Debo admitir, enana, que te ves mejor ahora que cuando estabas en esa camilla.

—¡Estaba convaleciente!

Doy un paso adelante, pero me mareo y decido que mejor me quedo donde estoy.

—Esperen, esto es raro. —Sebastián se pone entre los dos y nos mira confundido. Sus otros amigos ya están festejando otra vez y nos ignoran—. ¿Conociste a Cata en España?

—En Euskadi, la conocí en el hospital. ¿Por qué sería extraño?

—Eres mi compañero de cuarto y... —Sebastián frunce más el ceño—. Ella es mi ex novia. ¿Qué casualidad es esta?

Una canción lenta suena despacio y a nuestro alrededor algunas parejas que bailan se besan. La palabra "ex" resuena dentro de mí y

aprieto los puños. Y como si el destino quisiera destruir mi corazón, Verónica llega corriendo entre la gente y se cuelga del cuello de Sebastián.

—¡Te extrañé, bebé! —La chica va y le planta un beso en la comisura de los labios.

Sebastián se ríe mientras se la quita de encima y me observa incómodo, pero ya no aguanto más. Eso ha sido demasiado para mí; no esperaba verlo con una chica tan pronto. Con ella. Con la más guapa de todo este lugar. Me giro y me alejo entre la gente, con toda la dignidad que puedo. Choco con alguien, el entorno se vuelve borroso, pero sigo caminando. No tengo idea a donde voy. Simplemente quiero salir de ahí y sacarme de alguna manera el corazón que me está desgarrando el pecho.

7. La fiesta, parte 3

ϟ Mikel ϟ

Catalina se aleja entre la gente y me basta con ver cómo da tres pasos para confirmar que está totalmente borracha. Y que le acaban de romper el corazón. A mi lado, Sebastián se ha olvidado de ella y se está besuqueando con una chica rubia y alta que apenas lleva ropa.

Y así es como la inmortalidad se aleja de mí.

Ah, coño. Sigo a Catalina entre la gente y me abro paso para alcanzarla, pero la pierdo cuando sale hacia el exterior. ¿Dónde se fue? Prometo que le cobraré a mi padre la inmortalidad con indemnización de perjuicios incluida. ¡Me voy de copas el primer día y termino cuidando una chavala! Qué desagradable, joder.

Al menos la encuentro rápido. Está apoyada en el muro de la mansión, cerca de la entrada. Su pelo castaño y largo está desordenado y se abraza a sí misma mientras tiembla ligeramente. Ya, supongo que para alguien que no es un semidiós es una noche fría, en especial luego de salir del calor que hacía dentro con la fiesta. En especial considerando la camiseta escotada que se puso, con apenas unos tirantes sujetos a su cuello, que dejan la mitad de sus pechos afuera. En especial con la falda que con suerte le cubre parte de los muslos bronceados...

Bueno, lo admito, tal vez no sea una chavala. Es una chica adulta, aunque su actitud es bastante pendeja.

Me acerco, tomo la chaqueta que llevo al hombro y se la ofrezco. Al comienzo no reacciona, pero luego la coge y se cubre con ella. Usa los puños de las mangas —que le quedan enormes—, para limpiar las lágrimas que caen por sus mejillas.

Mierda, ¿qué le digo? Soy pésimo para estas cosas. Me apoyo en la pared junto a ella y la observo en silencio. ¿Consolarla debería ser

parte del servicio de atención al cliente? Apuesto que mi aita diría que sí. Si me sube la paga quizás lo haga.

—Soy una tonta, nunca debí venir —solloza y las lágrimas caen otra vez—, ¡nunca debí pedir ese estúpido deseo!

Bueno, en eso estamos de acuerdo. Meto las manos a los bolsillos de mis jeans y paseo la mirada por las luces del puerto de Valparaíso que parpadean más abajo en la ciudad.

—¡Solo han pasado tres meses! ¡Tres meses! ¿Cómo puede...? ¿...estar con otra? —Catalina inspira y se limpia otra vez los ojos—. ¡Es un traidor!

—Claro que no es un traidor. Ya no estáis juntos, no tiene nada de malo que se líe con otra chica.

Ella alza la mirada brillante y furiosa.

Coño. Mal inicio Mikel. Es obvio que Catalina no está razonando y no sirve decirle esas cosas.

—¡Vete, Mikel! ¿Para qué se supone que estás aquí?

—Para ayudarte...

—¡No lo haces!

Me gustaría decirle que la chaqueta que hizo que dejara de temblar es mía, pero me contengo para que no se enoje más.

—No es fácil ayudarte si tú te echas a llorar y sales corriendo —digo, girándome hacia ella—. ¿Cómo crees que te deja eso ante Sebastián?

Catalina me mira con ojos llorosos. Mi chaqueta le queda tan grande que le llega casi tan abajo como su propia falda.

—¿De qué estás hablando? —pregunta.

—De que te ves patética así, llorando por él.

Ella me da un empujón y se aparta.

—¡Te odio!

Se da vuelta y comienza a caminar —de manera muy poco elegante— hacia el camino de salida de la mansión.

Bueno, al menos la he hecho enojar y eso es mejor a que siga llorando como una tonta. La sigo mientras desde la mansión llega el retumbar de la música y la tomo del brazo. Ella se voltea, con los ojos enrojecidos y hace ademán de apartarse, pero yo la acerco hacia mí y me inclino para hablarle.

—Espera, Catalina, ¿te olvidas de algo? Ese deseo no solo te afecta a ti, sino también a mí. ¿De verdad vas a rendirte tan pronto?

—¡Olvídalo! No tiene caso, ¿no ves que está con otra chica?

Deja de forcejear y suelto su brazo.

—Bueno, no es tan así. No está con ella —digo y me encojo de hombros—, no exactamente. Hace un rato le he preguntado si tenía novia y dijo que no. Así que no es algo formal, venga, tienes una oportunidad.

Ella parpadea, poniendo atención.

—Pero...

—Es una chica cualquiera —interrumpo—, con la que está tonteando. Y pronto vendrá otra y otra, y quizás otro... mientras tú sigas mostrándote así de patética.

—¡Deja de decir eso!

—Entonces ¿deja de serlo?

Está enojada, es evidente por cómo me mira y cómo aprieta las manos. Muy bien, esa ira me servirá mucho más que la chavala llorona.

—No es fácil —murmura ella.

—¿Cómo que no? Le gustaste una vez.

—¿Acaso viste a Verónica? No puedo competir con ella.

—Escúchame, Catalina. —Me acerco un poco más—. No tienes nada que envidiarle a la rubia esa, salvo unos centímetros de altura.

Ella me mira con más odio y contengo la risa. Concéntrate Mikel, tu inmortalidad está en juego. Intento ponerme serio.

—Eres una chica linda, pero da lo mismo que seas la más guay. Si eres una babosa, no le vas a interesar. Ni a él, ni a nadie, de hecho. ¿Quién quiere una chavala llorona?

Catalina frunce el ceño, pero al fin me está escuchando.

—Creo que ya no le intereso de ninguna forma —dice y las lágrimas amenazan otra vez en sus ojos.

—No estaría tan seguro, ¿sabes? Creo que aún le importas.

Parece pensarlo un momento. Al menos se contiene y no llora.

—¿En serio crees eso? —pregunta y casi siento lástima por la esperanza en su voz.

—Vale, muy poco, pero algo. Espera —digo, antes que se largue a llorar otra vez—. ¿Es que no lo ves? Pareció perturbado de que nos conociéramos de antes. Tengo una teoría...

—¡Cuál!

—Está claro que sintió celos. —Le dedico una sonrisa y ella frunce el ceño de nuevo—. Lo que tiene sentido, porque Sebastián no está ciego. Es obvio que se dio cuenta de que cualquier chica que me ve una vez se olvidaría de él. Me vio como una amenaza.

—¡Claro que no! ¡Él es más guapo!

—Tú debes tener un problema —digo riendo—. ¿Eres miope?

Catalina me mira entornando los ojos, molesta y borracha, y yo doy otro paso hacia ella. Aferro la chaqueta con mis manos, debajo de su cuello y la atraigo hacia mí.

—Catalina, ¿estás dispuesta a hacer todo para recuperar a Sebastián?

Una nube se mueve en el cielo y la luz de la luna se desparrama sobre nosotros. Sus ojos resplandecen como miel fundida. Veo la determinación en ellos y por primera vez esta noche, de verdad creo que tiene una oportunidad de recuperar a ese chico. Especialmente si lo mira de esa manera, con esa intensidad.

—Estoy dispuesta.

—Entonces, sígueme el juego. ¿Harás lo que yo te diga?

Ella asiente y antes de soltarla, murmuro.

—Promételo.

Catalina rueda los ojos pero me mira otra vez.

—Lo prometo. ¡Pero no te pases!

—Ah, no sé, ya lo prometiste. —Suelto la chaqueta y la tomo de la mano—. Vamos a volver ahí dentro y si mis sospechas son ciertas, cuando termine esta noche estarás un paso más cerca de recuperar a Sebastián.

8. La fiesta, parte 4

♡ Catalina ♡

Debo enfocarme, lo sé, pero es difícil. Mientras Mikel tira de mi mano y entramos de nuevo en la mansión, intento concentrarme en el enojo que siento. Al menos tengo que tratar de cumplir mi promesa y no largarme a llorar otra vez si veo a Sebastián con Verónica.

Eres patética.

Las palabras de Mikel resuenan dentro de mí y hacen que mi determinación se vuelva firme. No quiero ser la muchacha que otros miran con lástima, mucho menos Sebastián. Me costó controlarme cuando los vi juntos... pero esta vez no me pillará de sorpresa.

Tengo que intentarlo, ¿no? Tal vez el Fakediós tenga razón y Seba se haya puesto un poco celoso.

Sigo a Mikel hasta un sector donde la gente está bebiendo y diviso a Sebastián tomando cerveza junto a Verónica en el bar. Mi estómago se aprieta de solo verlos tan cerca uno del otro, pero contengo mi ánimo. No todo está perdido.

La música se escucha en esta zona también, pero no tan fuerte como en el salón. La mayoría de las personas a nuestro alrededor conversan mientras beben y algunos bailan al ritmo de Karol G, que llega desde la otra sala.

Mikel se sienta en la barra, cerca de Sebastián, pero dándole la espalda. Le pide al barman dos mojitos y yo me siento también, a su lado. Ahora que me he calmado un poco recién le pongo más atención a Mikel. Una parte de mí aún cree que es una locura que sea un semidiós, pero recuerdo demasiado bien lo que pasó en el hospital como para dudar otra vez.

Además, con esos brazos tonificados, esa boca carnosa y los ojos eléctricos que tiene, sinceramente, cualquiera creería en su divinidad. Una imagen que disfrutaría si no fuera porque detrás está Sebastián, casi besuqueándose con Verónica otra vez.

—Venga, ¿qué estás mirando?, concéntrate en lo nuestro. —Mikel toma los dos vasos que ofrece el barman y deja uno frente a mí—. ¿Empiezas tú o empiezo yo?

Miro el vaso lleno de hielo, unas hojas de menta y una rodaja de limón.

—¿Mojito? ¡No me preguntaste si quería uno! Me gusta de frambuesa, no de limón, y no sé si es buena idea, ya estoy media ebria...

Mikel empuja el vaso un poco más hacia mí.

—¿Qué parte de hacer lo que yo te diga no entendiste? —Una sonrisa se asoma en sus labios—. Te necesito valiente para lo que viene. Bébelo.

Lo observo molesta, ¡detesto que me den órdenes! Estoy a punto de desviar los ojos hacia Sebastián que está detrás de él, porque juraría que nos está mirando, pero Mikel toma mi mentón y me obliga a mirarlo a los ojos.

—No hagas que me enoje —murmura—, enfócate.

Ufff, su mirada es tan azul, tan mágica.

Ya, y tiene razón. No debo prestar atención a Sebastián o volverá a darme una crisis. Tomo el vaso de mojito y me bebo la mitad de un largo trago. El alcohol quema mi garganta mientras baja y sostengo la mirada mágica de Mikel.

—Ahora tú, Fakediós —lo desafío.

Él alza una ceja, toma su vaso y se lo lleva a los labios. La manzana de adán de su garganta se mueve mientras se bebe todo el mojito sin detenerse. Lo deja vacío en la mesa y me sonríe.

—Tu turno —dice, con una sonrisa maliciosa.

¡Mierda! A mí se me ocurre desafiar a un semidiós en una competencia de alcohol. Aferro el vaso entre mis dedos y hago un esfuerzo por tomarme la mitad que me queda, pero desisto antes de llegar al fondo, porque mi estómago se revuelve.

Lo dejo sobre la mesa, aún sin terminar.

—Qué débil —dice Mikel, riendo—, será porque eres enana.

—¡No soy enana! ¡Mido 1,60!

—Enana.

—¡No lo soy! ¡Mira! —digo, levantándome de golpe.

Mierda, todo gira a mi alrededor. Me tambaleo, paso a llevar el vaso y derramo sobre mí lo que queda de mojito. Mikel observa con espanto su costosa chaqueta manchada con mojito y su cara de horror es tan graciosa que suelto una carcajada.

—¡No es gracioso! ¡Qué bruta! —dice, pero se le escapa la risa a él también.

Nos miramos a los ojos, sonriendo, pero llegan dos chicas corriendo entre la gente y se detienen frente a nosotras.

—¡Tú eres el vasco! —Una rubia de cabello corto alza la voz para que se escuche por sobre la música—. ¡Seba dijo que eres su nuevo compañero! ¡Bienvenido!

Mikel observa a la chica de arriba a abajo y luego inclina su rostro hacia un lado, curioso.

—¿Y vosotras sois...?

Ambas se miran entre ellas y ríen.

—Amigas de Seba.

Sé que Sebastián está poniendo atención, pero me niego a mirarlo directamente. En vez de eso, me apoyo en el hombro de Mikel, porque el piso se está moviendo demasiado. Las chicas le hablan, muy coquetas. Le preguntan por cuánto tiempo se vino y cuando él responde se derriten con su acento. Pfff.

—¿Vamos a bailar? Oh, igual dicen que los vascos no bailan, ¿es cierto? —La morena busca su mirada.

—Suele ser cierto —admite él—. Pero yo sí que bailo.

—Pruébalo —dice la rubia y le sonríe—. Veamos cómo se te da el reguetón.

Mikel se ríe y luego las observa.

—Venga, tenéis razón. Lo voy a probar —Se levanta, toma mi mano y tira de mí—. Permiso, chavalas.

¿Qué? ¡¿Conmigo?!

Tropiezo siguiéndolo entre la gente y todo da vueltas a mi alrededor, pero él me ayuda a mantenerme en pie. Entre sus brazos, el olor dulce a guindas me inunda.

—Bailando se te va a pasar lo borracha, enana, vamos.

Caminamos hacia el otro lado del salón. Aquí la música se oye mejor y seguimos dentro del alcance visual de Sebastián. De reojo veo que aún bebe con Verónica, pero los ignoro. No lo mires, no lo mires, no lo mires. Bien. Tengo a un chico guapo dispuesto a ayudarme a provocar a mi ex… y voy a aprovecharlo.

El reguetón vibra latente a nuestro alrededor y Mikel se me apega, moviendo su cuerpo. Alzo la mirada hacia él, aún algo mareada y me cuelgo de su cuello para no caerme de lo borracha que estoy. ¡Dioses!, de verdad todo da vueltas. La música está fuerte, se me mete dentro y ¡vaya!, el vasco realmente baila bien. Debe ser porque es un semidiós.

Suelto una risa cuando él toma mis manos, me hace girar sobre mí misma y luego me estrecha otra vez contra su cuerpo. Alzo la mirada y me encuentro con sus ojos azules y brillantes, misteriosos bajo esa luz violeta que hay en todo el salón. Y el reguetón se vuelve rápido y no sé qué me parece tan gracioso, pero no puedo parar de reír. Mikel se ríe también, se acerca más, bailando más apegado y yo me muevo, aferro su cuello y dejo que mi cuerpo ebrio se deje llevar por el ritmo de la música. Él me sujeta de los hombros, me voltea y se apega a mi espalda.

Sin dejar de bailar, desde atrás, acerca su rostro a mi oído.

—Vas a tener que ser más creativa.

—Ya, pero... ¿crees que esto va a resultar?

Él resopla, me agarra de la cintura y me aprieta más contra él, sin detener su ritmo, *nuestro ritmo*. Su aliento huele al limón del mojito cuando se inclina y habla cerca de mi oído.

—Solo admitió que eras su ex al enterarse que nos conocimos —dice, alzando su voz para que lo escuche—, créeme, esto no le va a gustar.

—¿Esto qué?

—Esto, enana —sisea en mi oído y acerca sus labios debajo de mi oreja, rozando mi piel con ellos. Me corre el pelo hacia un lado y provoca un escalofrío en todo mi cuerpo al dejar dos besos suaves en mi cuello—. ¿No crees que hace mucho calor?

Mikel toma el borde superior de la chaqueta que tengo puesta —su chaqueta—, y la baja, deslizándola por mis brazos, hasta que cae al suelo.

Voy a recogerla, pero me lo impide, sujetándome contra él y guía mi cuerpo con el suyo, al ritmo de la música.

Sigo bailando, dejándome llevar por el alcohol en mis venas y la melodía que resuena a nuestro alrededor. Meneo mis caderas, pegada a su vientre, de espalda contra él. El reguetón es intenso y el bajo resuena en mi estómago. Mikel me rodea con un brazo y desliza la otra mano dentro de mi camiseta, acariciando la piel debajo de mis costillas.

Mierda. Cierro los ojos, algo mareada. Sí, de pronto hace mucho calor y no sé si es por el alcohol, por el baile o porque mi pulso está muy acelerado bajo el tacto del Fakediós. La música se torna más intensa y Mikel también. Mueve sus caderas contra mí, su mano tibia bajando peligrosamente por mi vientre. El ritmo de los bajos se vuelve candente, constante y los dos frotamos nuestros cuerpos siguiendo los latidos del reguetón.

Ya no queda nada de frío en mi interior, solo el calor del alcohol en mi estómago, el calor de todas las personas que bailan alrededor de nosotros y el calor de la mano de Mikel que abandona mi vientre, se desliza por encima de la tela de mi falda hasta llegar al borde inferior y acariciar mi muslo.

Y yo lo dejo. Todo me da vueltas y la música me hipnotiza mientras él empieza a subir sus dedos por el interior de mi pierna. El

olor dulce de Mikel me envuelve y su mano asciende cada vez más, levantando mi falda en un recorrido agonizante. Otro escalofrío me recorre y siento su boca en mi cuello. Ah, se siente bien. Me da igual si hay más gente alrededor, no lo detengo.

Inclino mi cabeza hacia atrás y la apoyo en su pecho, sin dejar de contonearme contra él, mientras bum, bum, bum, los bajos se nos meten dentro. Sus labios de semidiós suben por mi piel hacia mi oreja y yo giro el rostro hacia él.

Abro los ojos. Su mirada es tan azul, me olvido de todo. Su boca está cerca de la mía y el corazón me golpea con fuerza el pecho. Los dedos suaves recorren el camino entre mis muslos, más y más arriba, y me pregunto cuándo bailar había sido tan delicioso.

Entonces, alguien tira de mí y me separa de Mikel.

—¡Oye, Mikel! ¿Qué mierda haces? —Sebastián agarra mi brazo y me baja la falda de un tirón, poniéndola en su lugar—. ¡Está borracha!

Mierda. Me había olvidado de Sebastián.

Un momento, ¿yo me había olvidado de Sebastián?

Respiro agitada mirando a Mikel, intentando ordenar mis pensamientos, pero cuesta. Él se pasa la mano por el flequillo de pelo negro y le dedica una sonrisa arrogante a Sebastián.

—¿Tú crees?

Sebastián suelta un bufido y me empuja despacio entre la gente. Todo me da vueltas otra vez, pero él me sujeta y me ayuda a caminar.

—Nos vamos —dice mi ex.

Yo lo sigo, agarrándome de su brazo. Cuando salimos y me golpea el viento frío de la noche, me doy cuenta de lo caliente que estaba allá dentro. Aunque, a medida que descendemos por el camino hacia las residencias, el calor sigue dentro de mí.

Sonrío victoriosa mientras mi ex me acompaña, con la emoción creciendo en mi pecho. Me aferro a Sebastián y apoyo mi rostro en

su brazo mientras caminamos.

Al fin, esto es lo que quería.

Sin embargo, cuando respiro, es el olor a guindas lo que siento, impregnado en mi pelo.

ϟ Mikel ϟ

Abandono la mansión e inspiro profundo, lentamente. Qué alivio es la caricia de la brisa marina en mi piel. Y qué ganas de invocar una tormenta, para que me quite este calor que de pronto me abruma desde adentro.

¿Se me pasó la mano con Catalina? No. Tenía todo calculado; era obvio que Sebastián no permitiría que le pusiera una mano encima a su ex borracha frente a él. Salió como quería y debo admitir que ella lo hizo muy bien. Demasiado bien. Hasta yo por un momento creí que me dejaría seguir subiendo por la piel de su pierna que, hostias, se sentía bien bajo mis manos.

Sonrío, imaginando cómo se habrá sentido Sebastián al ver eso. Por un momento, allá adentro, incluso me olvidé de él.

Y, aunque logramos lo que queríamos, me siento intranquilo cuando veo sus siluetas caminar hacia las residencias de la universidad, en medio de la oscuridad. Es decir, la chica está completamente ebria y no conozco a Sebastián desde hace más que unas horas. ¿Voy a dejar a mi clienta en manos de un ex molesto? ¿Totalmente borracha?

No me parece prudente. Con lo babosa que es, tal vez termine acostándose con él y eso arruinaría todo. Si la obtiene así de fácil, es evidente que perderá el interés otra vez y el deseo de Catalina se arruinará.

Desciendo por el camino que lleva a la universidad y —solo porque es mi trabajo—, los sigo en silencio.

9. Cenicienta

♡ Catalina ♡

Sebastián se sienta a mi lado en la cama y me observa, muy serio. ¡Qué lindo es así! Preocupado y con ese pelo cobrizo que cae ondulado alrededor de su rostro.

—¿Estás mejor, Cata? ¿Quieres más café?

—Estoy bien, Seba.

Dejo la taza en la mesita de noche y suspiro. Al menos se me ha pasado lo ebria. Casi todo.

—Voy a matar a ese idiota de Mikel —murmura él—. ¿Qué tiene en la cabeza?

—No hablemos del Fakedi... de Mikel.

La lengua se me traba un momento, aún me siento algo mareada. Pero mi corazón late de felicidad porque estoy en la habitación de Sebastián. Alzo el rostro y miro sus ojos que son como el oro fundido. Parece molesto y yo contengo una sonrisa mientras recorro con la mirada su cuello, sus brazos fuertes de chico deportista y el olor dulce de la habitación me envuelve. Un olor a... ¿guindas?

Cierto, su compañero de cuarto es el Fakediós. Sus ojos azules se cuelan en mis recuerdos y siento un escalofrío en el cuello, ahí donde él estaba pasando sus labios.

Sacudo la cabeza y me quitó esas ideas. Al fin estoy con el amor de mi vida.

—Me sorprendí de verte hoy aquí, Cata. —Seba se acomoda en la cama, apoyando sus manos en la colcha—. ¿Te invitó alguien de la facultad a la fiesta?

La sorprendida soy yo, de que tan pronto se ande besuqueando con otras chicas. Sin embargo, contengo mis celos y sonrío.

—Me gané una beca, así que también estudiaré aquí.

Él abre los ojos, muy sorprendido, y luego sonríe.

—¡Eso es genial! ¡Felicidades! Siempre has sido una chica inteligente, no me extraña que te ganaras una beca.

Lo cierto es que me la gané de estúpida y casi muero por eso, pero para qué entrar en detalles.

—Lamento haber arruinado tu noche de fiesta —digo bajando la mirada. En realidad, no me arrepiento para nada—. Creo que se me pasó la mano con el mojito.

—No es tu culpa y tranquila, está todo bien.

Guardamos silencio y se oyen algunas voces de estudiantes afuera en el pasillo, que seguro andaban tonteando en la fiesta. Se produce una tensión incómoda y cuando alzo los ojos me doy cuenta de que Seba me estaba mirando.

—No deberías ser amiga de ese idiota de Mikel. —Acerca su mano y arregla un mechón de mi cabello que caía sobre mi frente—. Allá en Europa no tienen ninguna moral. Los españoles son raros.

—Es vasco.

—Lo que sea. Es la misma weá. —Acaricia mi rostro y frunce el ceño—. Eres muy inocente, Cata, no cachai. Es cinco años mayor que tú, seguro solo quiere jugar contigo. Nadie decente se aprovecha de una chica ebria.

Asiento y miro sus ojos. Él me estudia un momento y luego niega con la cabeza, apartando la mirada, sin retirar su mano de mi mentón.

—Admito que tenía ganas de matarlo. Yo... —Vuelve a poner sus ojos en mí—. Creo que...

—Te extrañé, Seba —digo, interrumpiéndolo.

Nos observamos como reconociéndonos después de varios meses, hasta que él sonríe. Esa sonrisa hermosa con la que sueño desde que terminamos. Inclina su rostro hacia mí y siento sus labios sobre los míos.

Cierro los ojos y me dejo llevar. ¡Al fin estoy con él! Se acelera mi corazón y rodeo su cuello con mis brazos. Él me besa despacio, pero pronto comienza a volverse más intenso. Su lengua ansiosa en mi boca, su mano que desciende desde mi rostro hacia mi cuello y luego baja hasta mi cintura.

—Cata... —Me mira un momento a los ojos. Su respiración se ha vuelto agitada—. Creo… yo también te extrañaba.

Recibo sus labios otra vez y el peso de su cuerpo me empuja contra la colcha de la cama. Sus dedos buscan mi pierna debajo de la falda y de pronto se detiene. Separa su rostro un poco del mío para mirarme.

—¿Estás bien?

—Sí. Ya se me pasó lo borracha, Seba. Solo fue que bebí muy rápido.

Él sonríe y sus labios buscan los míos de nuevo. Yo suspiro mientras besa mi cuello y, de pronto, recuerdo el baile de hace un rato con el Fakediós; su boca carnosa recorriendo mi piel.

No, no. No pienses en eso ahora, idiota.

—¿Qué dices? —Seba levanta el rostro y me mira extrañado.

Mierda.

—¡Nada! Que se siente bien.

Él hunde su rostro en mi cuello de nuevo y sus dedos recorren mi cuerpo con ansiedad. Su mano aprieta uno de mis pechos con algo de brusquedad, pero yo lo dejo, quería tanto estar con él. Ahora todo será como antes, seremos novios y estudiaremos juntos. Disfruto los músculos suaves de sus brazos, tan perfectos. Mis manos tiemblan cuando descienden, busco el cierre de su pantalón y lo bajo. Esta vez quiero entregarme por completo a él.

Ay, había olvidado cómo era sentirlo entre mis manos, tan firme.

—Cata, mírame. —Se apoya en los codos y acaricia mi rostro mientras yo lo toco—. ¿Estás segura de que...? —Suelta un gemido cuando yo aprieto su erección—. Olvídalo.

Vuelve a besarme, baja mi ropa interior hasta quitármela y la arroja al suelo. Se saca los pantalones y los bóxers de manera torpe y me aplasta otra vez. Yo jadeo mientras él abre mis piernas, pero sus palabras me han distraído y de pronto las dudas me invaden.

—¿Seba? Espera. —Lo aparto un poco y miro sus ojos que brillan a la luz de la lámpara—. ¿Qué ibas a decir?

Hace calor. Estamos sudorosos. Él respira agitado y se aparta el pelo de la cara.

—Nada. O sea, preguntaba si estás segura, si quieres esto —dice, inclinando su boca y besando uno de mis pechos—, aunque no vayamos a ser novios otra vez.

Lo empujo un poco.

—¿Qué?

ϟ Mikel ϟ

Camino apurando el paso entre alumnos que festejan el inicio del semestre. Está lleno de chicas y chicos de primer año ebrios, riendo y tonteando sentados en los pasillos del área residencial.

¿Habré sido así de patético cuando tenía dieciocho años? Lo dudo. No recuerdo haber sido un desparpajo como ellos. Debe ser porque son solo humanos.

Al fin llego al pasillo de nuestra habitación, pero cuando estoy cerca de la puerta, una chica que no conozco llega corriendo desde la otra esquina, se detiene frente a mí y me mira furiosa.

—¡Tú estabas acosando a mi amiga! ¡¿Dónde está?!

—Y tú, ¿quién eres?

Se escucha un gemido dentro de la habitación a nuestra derecha y todo mi cuerpo se tensa. ¿Esa fue Catalina?

—Soy amiga de la Cata, ¡te vieron aprovechándote y luego desaparecieron! Yo te seguí pero...

—Shhh, cállate. —Alzo una mano y me acerco a la puerta.

Oigo sonidos extraños, respiraciones agitadas. Pongo la mano en la manilla, dudando si entrar o no. Es obvio que mi clienta quiere estar con ese chico, pero después de ver la actitud de Sebastián hoy, estoy seguro que si se la folla se olvidará de ella de nuevo.

Además estaba jodidamente ebria.

Tengo que...

La puerta se abre de golpe y me echo hacia atrás. La chica a mi lado lanza una exclamación y Catalina aparece en el umbral de la puerta. Se frena de golpe al vernos, confundida. Tiene los ojos rojos y se pasa una mano por el pelo largo y desordenado mientras respira agitada. El tirante de su camiseta esta caído y el escote apenas le tapa el pecho.

Luce como si hubiera estado follando. Me lo esperaba, pero, ¿por qué me irrita verla así? Y al mismo tiempo, coño, no puedo evitar

mirarla. Se ve... sexy.

Catalina se gira hacia el interior de la habitación donde Sebastián se está subiendo los pantalones. Creo que voy captando lo que acaba de pasar.

Mi clienta se agacha y toma una de mis zapatillas que por la tarde dejé desordenada cerca de la puerta.

—¡Eres un imbécil, Sebastián! ¡Púdrete!

La lanza hacia la cabeza de Sebastián. Le da justo en la frente y él suelta una maldición, llevándose una mano a la cara.

—¡Qué chucha te pasa! ¡Por esto terminé contigo! —le grita a mi clienta.

Cata me empuja al pasar junto a mí, furiosa, y se aleja corriendo por el pasillo. Su amiga se va detrás de ella llamándola y yo entro en la habitación observando el desastre. Sebastián está sentado en la cama semi desnudo y se frota la cabeza. Su camiseta está tirada en el suelo, al lado de una tanga celeste.

Por la cara de mierda que tiene Sebastián, creo que no alcanzaron a follar.

—Y tú de qué te ríes —me dice, molesto.

—Hostias, para ser yo el que estaba abusando de ella —digo, mientras me tiro en mi cama—, me alegro de que hayas sido tú el que terminó con un zapatazo en la cabeza.

Saco el móvil del bolsillo de mi pantalón y le envío un mensaje a Cata.

>Mikel: Se te quedó algo, cenicienta.

Le saco una foto a la tanga celeste con brillos que hay en el suelo y se la envío por Whatsapp.

>Mikel: Tienes buen gusto, enana ;)

Dejo el celular en la mesita de noche y sonrío mientras Sebastián se va al baño malhumorado.

10. Despacito, parte 1

ϟ Mikel ϟ

Respiro agitado, de pie junto a Sebastián. Me apoyo en el fierro de las graderías de la cancha, acepto la botella de agua que me ofrece, la levanto y dejo caer un chorro sobre mi cabeza. ¡Qué seco es el aire de este país! Mientras tomo agua, Sebastián sigue justificando la escena del otro día con Catalina y hago un esfuerzo por entender lo que dice. Cuando los chilenos hablan rápido casi no parece castellano.

—¿No te habla desde ese día? —Me paso la mano por los ojos y le regreso la botella—. Igual es normal, eres su primer novio. Estaba ilusionada y eso.

En realidad creo que todo esto es ridículo, pero debo dejar bien a mi clienta si quiero que tenga una chance con este tío. Él me observa poco convencido, frustrado. El sol ilumina su pelo castaño y la camiseta de básquetbol que lleva puesta, sin mangas, deja ver los músculos de sus brazos.

Es objetivamente atractivo para ser mortal y entiendo que las hormonas de Catalina se vuelvan loquitas con él. Sin embargo, después de lo que pasó el fin de semana, ya no me parece tan guapo. Sus explicaciones sobre lo que pasó con Catalina son cada vez más idiotas. Y me hastía la gente idiota.

Pero debo mantenerme cerca para tener más información. Como me gusta mantenerme ejercitado, le pregunté si podía unirme al entrenamiento matutino que hace con sus compañeros de básquetbol. Aunque ni por asomo practicaría en serio un deporte tan ridículo como ese.

—Es típico de ella sobre exagerar las cosas. —Sebastián se deja caer en la banca mientras observa a sus compañeros de deporte trotar por la cancha y continúa la conversación sobre lo sucedido el

fin de semana—. Tampoco era para golpearme. Aunque sea una chica, está mal que sea tan violenta.

Apoyo la zapatilla en el tablón a su lado y descanso el brazo sobre mi rodilla, mirándolo.

—Deja ver si entendí bien. Prácticamente le dijiste que podíais follar, pero no volver a ser novios... mientras le sacabas la ropa. ¿Eres gilipollas?

—No fue tan así... ¿Qué iba a hacer? ¿Mentirle?

Resoplo.

—Obvio.

Sebastián toma un largo trago de agua y luego se moja el cabello como hice yo. Me siento a su lado y lo observo.

—Si no quieres ser su novio, ¿para qué te metiste con ella otra vez? Si es para solo follar, ya tienes a la rubia esa. Catalina es la ex que mencionaste el otro día, ¿no? Dijiste que estaba superada.

Sebastián se inclina y apoya los codos en sus rodillas, pensativo.

—Creo que me enojó verla contigo. Lo admito. —Sigue con la mirada unas nubes que se mueven perezosas en el cielo—. Y al tocarla... me di cuenta de que en verdad la extrañaba. Era fácil olvidarla cuando no la tenía al frente. Y la verdad es que me gusta, pero...

Una emoción se revuelve en mi pecho. ¡Aún hay esperanza! Mi posibilidad de ser inmortal, que depende del estúpido deseo de Catalina, de pronto no parece tan lejano.

—Tal vez aún la amas —digo, intentando darle un empujoncito.

Él observa sus manos y frunce el ceño.

—No estoy seguro... Es linda y me gusta su forma de ser, cuando no está enojada. Es graciosa y tierna...

¿Tierna?

¿No estábamos recordando recién cómo le tiró una zapatilla por la cabeza? Y él no sabe que la noche en la clínica quería acuchillarme, además de electrocutarme.

Definitivamente debe estar enamorado de ella para distorsionar la realidad de este modo.

—Tienes razón, es muy tierna —digo, solo para seguir con la motivación—. Y tiene esos ojos color miel tan bonitos, con esa intensidad en su mirada cuando se enoja...

Sebastián gira su rostro hacia mí y frunce el ceño.

—¿Qué pretendes con ella, Mikel?

—¿Yo? Nad... —Me detengo y lo pienso un momento. Lo más conveniente es que siga viéndome como una amenaza—. Nada serio, solo tontear con ella.

Sebastián bufa y se pone de pie.

—Mira, escucha bien esta weá, Mikel. —Me apunta con la botella, como si fuera un arma—. Quiero mucho a la Cata. Pero estoy confundido, ¿vale? Tengo veinte años, incluso si la amara, ¿cómo voy a desperdiciar mis primeros años de universidad con una chica? Es decir, somos tan jóvenes... es una etapa para explorar. ¡Nadie puede comprometerse a esta edad, es absurdo! Pero eso no significa que vaya a tolerar cómo otro weón se mete con ella solo para jugar un rato.

—¿No es lo que ibas a hacer tú la otra anoche? —digo, sin poder contener la risa.

—¡Es diferente! Es mi ex. Tú... ¿No dijiste esta mañana que querías ser mi amigo? Si quieres serlo, entonces hay reglas. Nada de meterse con la ex del otro.

Me pongo de pie y lo observo. Somos casi de la misma altura, tal vez soy un centímetro más alto que él.

—Bien.

Parece sorprendido. Supongo que pensaba que iba a contradecirlo o algo.

—Pero seguiré siendo su amigo, no puedes impedirme eso —continúo—. No seas pendejo.

Él entorna los ojos, estudiando los míos. No es idiota. Me analiza como intentando descubrir si hay algún truco en lo que estoy diciendo.

Pero no hay ningún truco. Es derechamente una mentira, porque ser amigo de Catalina es todo lo contrario a lo que pretendo.

♡ Catalina ♡

Camino por el pasillo, bullicioso de conversaciones estudiantiles, mientras intento sostener la torre de libros en mis manos y escucho la conversación de Fernanda. No para de hablar, aunque va igual de cargada que yo. ¡Tres días de clases y ya nos pusieron trabajo! Esta es la misión para conquistar al amor de mi vida más difícil que se me pudo ocurrir.

En realidad, se le ocurrió al Fakediós. ¡Es el peor estratega ever! ¿No podía inventarse un viaje romántico a Cancún con Sebastián para conquistarlo, o algo así? No. Catalina, entra a la universidad para pasar tiempo cerca de tu ex y aprueba todos los ramos para que no te expulsen y todo se vaya a la mierda.

Y ya, siempre quise estudiar leyes, pero como no entré directo, antes debo pasar los ramos comunes de bachillerato y los detesto.

—Por eso no le conté a la Vero, cachai —continúa Fernanda, hablando sobre lo que pasó el fin de semana—, no sé qué tan enganchada está del Seba. Si sabe lo que hiciste el finde con él capaz te agarra mala. ¿Y si es súper celosa? ¿Y si te quiere matar? Y si ella te quiere matar, también van a querer la misma weá todas las Palmas Negras. Y ya, la Vero es mi amiga, pero tú eres mi roomie... Ay, me siento desleal. Nah, en realidad no. No me cae tan bien la Vero. Pero, Cata, si insistes en meterte entremedio...

—¡Ella se metió entremedio! ¡Solo terminamos hace tres meses! —Casi tropiezo de la indignación y la torre de libros que llevo se tambalea peligrosamente.

Están a punto de caerse, pero alguien los sujeta del otro lado. El olor a guindas me envuelve y lo reconozco antes de que asome sus ojos azules por el costado de la pila de libros.

—¿Te ayudo? —dice, afirmándolos—. ¿Por qué a los enanos siempre les gusta cargar cosas?

Mikel está vestido con una camiseta deportiva azul que deja ver sus brazos de músculos marcados. Debe haber estado entrenando porque tiene el pelo negro y húmedo levantado de forma

desordenada adelante. Me mira con esos ojos azules eléctricos que tiene y recuerdo acalorada la imagen de mi ropa interior, que el muy imbécil me envió por Whatsapp esa noche.

—¡No, gracias! —Recupero mis libros y trato de tapar con ellos mi cara para que no vea lo roja que estoy.

Maldición. Llevo tres días evitándolo a él y a Sebastián. ¿Por qué tenía que ser tan tonta de olvidarme la ropa interior en su habitación? ¡Qué vergüenza!

Sigo caminando junto a Fernanda que lanza miradas curiosas a Mikel. Él avanza por el pasillo a mi lado.

—¿Hasta cuándo vas a evitarme, enana? Tengo información nueva.

—Deja de llamarme así —protesto, poniendo la torre de libros entre él y yo e intentando no tropezar.

¡¿Cómo me encontró?! El campus es enorme y hasta me salté un par de clases que creo que comparto con él para no verlo. ¿Será alguna habilidad misteriosa? Tal vez sí tiene algún superpoder y no es un semidiós tan inútil como quiere parecer.

—Venga, dame eso. —Mikel me quita la mitad de los libros—. Tal vez si los uso para esconderme como tú, esas chicas dejen de acosarme.

Miro hacia atrás, ahora que tengo menos peso sobre mí, y veo a dos muchachas que nos siguen un poco rezagadas en el pasillo. Murmuran entre ellas y espían a Mikel con la mirada.

—Qué popular —murmuro—, no saben que eres un pesado.

—Dudo que eso les importe —dice Mikel riendo mientras doblamos en la esquina que lleva a la cafetería—. Ni siquiera que les dijera que era gay las disuadió de invitarme a salir.

—¿Eres gay? —Fernanda asoma su cara curiosa por sobre su torre de libros.

—Claro que no —dice Mikel alzando una ceja—, ¿por qué elegir chicas o chicos si puedes tener ambos?

Pongo los ojos en blanco, pero lo ignoro y entramos a la cafetería. Nos rodean las cientos de voces de alumnos que se concentran en el lugar y dejamos los libros en una mesa iluminada, cerca de las enormes ventanas de cristal que permiten ver los jardines del campus universitario.

—¡Tengo que correr a mi clase de reiki! —Fernanda se despide con la mano—. ¡Nos vemos más tarde, Cata!

—¿Hay clase de reiki? —pregunta Mikel mientras mi amiga nos abandona—. Debí tomarla. Esta misión me tiene estresado. Especialmente desde que mi clienta se esconde por el campus, evitándome.

Meto las manos en los bolsillos de mi pantalón, me apoyo de espalda en el borde de la mesa y me concentro en unas migas de pan que hay en el suelo, intentando no mirar a Mikel. Estúpida tanga, ¿no podía ser una prenda más seria? ¿Tenía que ser la celeste con brillos? Nunca más le hago caso a la Andrea con la ropa que me compro.

—La idea de venir a la universidad era que frecuentaras a Sebastián. —Mikel se acerca y se sienta en la mesa a mi lado—. No que te escondas de él.

Intento dejar a un lado mi vergüenza y suspiro. Miro mis zapatillas, recordando como le lancé una a Sebastián en la cabeza.

—No sé qué me pasa. Cuando me enojo... no me controlo. Lo arruiné todo con él esa noche. Seguro ahora me odia. Soy una tonta.

—Es verdad, eres una tonta.

Siento la rabia dentro de mí al escuchar sus palabras, pero no digo nada y sigo con la vista en mis zapatillas. Es un antipático, pero tiene razón.

—Hay que ser demasiado ingenua para creerse que porque quería acostarse contigo pretendía volver a ser tu novio —dice Mikel, removiendo aún más la humillación que siento desde ese día. Estira

su mano y toma mi mentón, alzando mi rostro hacia él—. Pero no arruinaste nada, enana.

Mis ojos encuentran los suyos, que brillan azules bajo la luz de las ventanas. Dios, vaya que son hermosos.

Mikel sonríe.

—El imbécil fue él —dice, sin soltar mi mentón.

Miro sus labios y recuerdos borrosos de la ebriedad de esa noche se cuelen por mi mente. Su boca suave en mi cuello y siento que me pongo roja otra vez.

—Pero... —No sé qué decir.

—Si te quieres rendir con él, hazlo. Es un pendejo. Puedes decirle que lo amas, para que cumplamos ese tonto deseo, y ya está. Luego lo mandas a la mierda.

Aparto su mano de mi rostro y sostengo su mirada. ¡Qué tonta! Casi me engaña con sus palabras bonitas.

—No, eres un egoísta. ¿Te haces el simpático para conseguir rápido esa estupidez de ser un dios? —bajo la voz al recordar que estamos en la cafetería, pero hay mucho ruido de cientos de conversaciones y nadie nos presta atención—. No quiero mandarlo a la mierda. No quiero a otro chico, quiero a Sebastián.

Mikel frunce el ceño.

—¿A pesar de lo que te dijo?

—Sí. Me enojé en ese momento, porque no quiero eso. No quiero que solo me quiera para una noche. —Niego con la cabeza—. Pero es lo que más me gusta de él. Es un chico sincero.

Y muchas cosas más que tú no entiendes, tonto Fakediós.

—Eso y sus abdominales, seguro —dice él.

Lo miro, entornando los ojos.

—También.

Mikel suelta una risa y me observa ladeando el rostro, suspicaz.

—Con esa tanga, sabía que solo eres de las que se hacen las tontas.

—¡Shhh! —Lo golpeo en el brazo y Mikel se ríe otra vez—. ¡Olvídate de eso!

—Bueno, ya. Tranquila. —Mikel sujeta mi muñeca—. Entonces seguimos con el plan. Hoy admitió que se había puesto celoso de vernos juntos. Mientras más tiempo pases conmigo, frente a él, mejor.

—¿En serio? —Tiro de mi mano para liberarla de su agarre.

—Sí, pero hay que ir despacito, enana. No te emociones. Muy despacio. Si se te da una chance, dile que no.

—Okey.

—Hablo en serio. —Mikel entorna los ojos.

—Ya lo rechacé el sábado, ¿crees que no puedo hacerlo otra vez? El problema... —digo, mirando los libros que forman columnas en la mesa—, es que tengo un trabajo para esta semana. —Suspiro frustrada—. Si me expulsan por reprobar, ni siquiera podré intentar nada con Sebastián. No sé en qué momento buscaré tiempo con él.

—¿Dé qué es tu trabajo?

—De una mierda de leyes. La costumbre o algo así.

—Ah, pero eso es perfecto. —Mikel se aparta de la mesa—. Ahora tengo clases, pero nos vemos a la tarde, enana.

—¿Ah, sí?

—Sí, porque vamos a estudiar juntos. —Mete las manos en los bolsillos de su pantalón y sus labios se curvan hacia un lado en una sonrisa—. En mi habitación.

11. Despacito, parte 2

♡ Catalina ♡

Estoy nerviosa y ni siquiera sé por qué. Ya, voy a estudiar a la habitación de Mikel con el maléfico plan de sacarle celos a mi ex, pero tampoco es tan terrible. ¿Qué tan mal puede salir? He visto a Sebastián muchas veces, esta situación no debería tenerme así de tensa.

De hecho, traté de abortar la misión un par de horas antes, escribiéndole a Mikel que no estudiáramos juntos.

>Catalina: Creo que mejor lo dejamos para otro día.

>Fakediós: Cobarde.

Sujeto mi mochila y me apoyo en la pared junto a la puerta de su habitación. ¡No soy ninguna cobarde! Por supuesto que con eso me convenció de venir. Estúpido Fakediós, quien justo ahora se acerca desde el otro pasillo. Aunque no lo veo, escucho su voz más allá de la esquina del corredor. Su acento español sobresale de entre los demás alumnos y cuando aparece doblando la esquina, se está riendo de algo que dice otro chico.

Camina hacia acá, conversando y tonteando con un pelirrojo bastante guapo. Aunque nada comparado con el Fakediós, pero él hace trampa; esos ojos azules que tiene Mikel no son humanos.

El chico es Esteban, del club de básquetbol, lo reconozco como uno de los amigos de Sebastián. Mikel y él se ríen de algo y se detienen cerca de mí.

—Entonces, ¿mañana a las siete? —pregunta Esteban.

—Claro, si me atraso te escribo.

Esteban estira el brazo y le da un apretón cariñoso a Mikel en el cuello. Me dedica una mirada furtiva y luego se va caminando.

Mikel se gira y baja la mirada hacia mí.

—Ah, así que viniste, enana.

—No soy enana, y sí, ¿ese era el plan o no?

Mikel sonríe.

—Lo último que dijiste es que no venías. Casi me voy con Esteban y no llego hasta el otro día.

Yo frunzo el ceño y observo cómo Esteban se aleja por el pasillo.

—Si Sebastián se da cuenta que eres gay, ¡no se pondrá celoso de nada!

Mikel rueda los ojos.

—Que no soy gay.

—Es obvio que prefieres a los chicos. —Espero a que pasen unos alumnos por el pasillo antes de continuar—. A las muchachas de esta mañana las evadiste todo el tiempo.

—No son mi tipo en chicas. ¿Acaso me tienen que gustar todas?

Pareciera que los chicos sí. Lo miro entornando los ojos, pero finalmente niego con la cabeza. Él simplemente se ríe.

—¿Cuál es el problema? No te preocupes, enana. Sebastián se creerá que tenemos algo, puedo fingir muy bien —añade, metiendo las llaves en la puerta. Gira la manilla y empuja, entrando a la habitación—. ¿Vas a venir o no?

Miro hacia ambos lados del pasillo, como si estuviera cometiendo un delito al entrar ahí y luego lo sigo. Mikel cierra la puerta, arroja la mochila sobre una silla que hay cerca y se deja caer de espaldas sobre la cama, mirando el techo.

—Ah, me he pasado el día fuera. Qué agotadora puede ser la vida universitaria. Y se suponía que eran como unas vacaciones...

Cierra los ojos un momento y yo lo observo, algo incómoda. Aún no sé por qué acepté venir, si tengo tanto que estudiar. ¿Cómo voy a

concentrarme cuando llegue Sebastián?

El sol de la tarde que entra por la ventana cae sobre Mikel, que de verdad parece querer dormir una siesta. Su rostro se ve curiosamente angelical, con los ojos cerrados y el dorado de la tarde suavizando sus facciones.

—Si quieres me voy y vuelvo otro día —murmuro.

Él se despereza, se sienta y se pasa una mano por el pelo negro, que queda desordenado adelante. Me observa un momento y luego se pone de pie. Afirma la mochila que llevo al hombre y me la quita.

—Ni hablar, tú te quedas. —Le toma el peso y me mira alzando una ceja—. ¿Trajiste la biblioteca aquí dentro?

—Más o menos.

Deja la mochila a los pies de la cama y suelta un bostezo.

—Voy a ducharme, a ver si despierto —dice, volteándose hacia la puerta del baño.

—¿Ducharte? ¿Para qué? Deberíamos empezar a estudiar antes de que llegue Sebastián.

Mikel se gira hacia mí y ladea la cabeza.

—¿Puedes relajarte un poco? Me vas a estresar. Además, voy a ducharme porque jugué dos partidos de ese juego aburrido con el balón y me siento sucio.

—¡Oh, qué sorpresa! —Levanto las manos simulando impresión—. ¡Creí que los semidioses no transpiraban!

Él levanta las cejas.

—Sí transpiro. Aunque mi sudor, a diferencia de los humanos normales, es dulce.

Abro la boca sorprendida, yo solo estaba bromeando. ¿De verdad...? Mikel sonríe y me doy cuenta que solo está burlándose de mí.

—Idiota —digo.

Él suelta una risa.

—No es broma. —Me mira, divertido—. Hablo en serio.

—¿No puedes tener superpoderes útiles?

—Ah —dice, dedicándome una sonrisa torcida de suficiencia—, es muy útil, créeme.

Suelto un bufido, obviamente sin creerle.

—Ya.

Él da un paso hacia mí.

—¿Quieres probar?

—No, gracias.

—Bueno, luego te extraña que prefiera a los chicos. —Mikel se voltea a medias, agarra el borde inferior de su camiseta y la levanta hasta quitársela por completo. La arroja sobre la cama y me mira—. Cobarde.

Se gira hacia el baño. Yo me quedo boquiabierta viendo la piel desnuda de su abdomen y la forma en que se tensan los músculos de su espalda y su brazo cuando gira la manilla de la puerta.

Esos oblicuos... ¡Maldito! Obvio que se la quitó frente a mí a propósito.

Ay, Catalina, un semidiós acaba de ofrecerte probar sus habilidades sobrenaturales de... saber bien, ¿y vas a rechazarla?

—No soy cobarde —digo, cuando Mikel está abriendo la puerta.

Él se vuelve hacia mí. El sol comienza a ponerse al otro lado de la ventana y sus ojos se perciben aún más azules en las penumbras.

Ladea el rostro.

—¿Ah? ¿Escuché mal?

Doy tres zancadas hacia él y lo tomo de la muñeca antes de arrepentirme. Intento mirarlo a los ojos y que no se me vaya la vista hacia esos abdominales semi divinos que tengo a unos centímetros.

No, definitivamente, no voy a arrepentirme.

—Dije que quiero probar.

Él me estudia un momento y yo levanto su muñeca para acercarla a mis labios, pero me detiene.

—Ah no, ahí no vas a percibir mucho... —Sujeta mi mano y la pone en su pecho, cerca de la clavícula—. Aquí.

Alzo la mirada hacia él y su sonrisa divertida me desafía. Es obvio que cree que no me atreveré. Está equivocado; seré semi virgen, pero no idiota.

Doy un paso y apoyo una mano en su hombro, para afirmarme. Él sigue agarrando mi muñeca cuando apoyo mis labios en su pecho. Los separo despacio y siento su piel en mi lengua.

¡Dios, huele tan bien! Respiro y el olor dulce me inunda mientras paseo mi boca un poco más allá, abajo de su clavícula. Saboreo su piel, que no sabe dulce, pero aun así, sabe bien. Un sabor que... acelera mi pulso.

Quiero más. Aumento la presión de mi lengua contra su pecho. Mikel aprieta ligeramente mi muñeca derecha que aún tiene afirmada.

—Despacito, enana. Soy muy… hmmm, sensible.

Ah, es que, ese aroma... Me aparto un poco y alzo la mirada.

—Sabes salado.

—Obvio. —Mikel sonríe, sin soltarme—. ¿Quién tendría un superpoder tan inútil?

Yo resoplo, pero creo que se me escapa una sonrisa. Él se acerca un poco más. Tengo que levantar el rostro para sostener su mirada porque apenas le llego a los hombros.

—Y tú, enana —dice y sus ojos azules brillan ligeramente—, ¿a qué sabes?

Con su mano libre, Mikel hace a un lado mi pelo y sus dedos rozan mi cuello. Me estremezco, me provoca un escalofrío justo ahí, por donde pasaron sus labios la otra noche cuando bailamos.

Se inclina hacia mí en las penumbras y murmura, cerca de mi oreja.

—Ah, creo que ya lo recuerdo, sabes a...

La puerta se abre y yo doy un respingo. Mi corazón late como loco. Mikel se aleja de mí, aunque sigue sujetando mi muñeca. Sebastián ingresa cargando su bolso deportivo en el hombro, enciende la luz y su rostro pasa de la sorpresa a la confusión.

—¿Y ustedes? —Pasea la mirada de Mikel a mí—. ¿Qué haces aquí, Cata?

Tiro de mi mano para soltarme del agarre del Fakediós. Él mete las manos en los bolsillos y acomoda su pantalón, como si le molestara.

—Vino a estudiar —dice Mikel—, tiene trabajo de leyes.

Sebastián recorre a Mikel de abajo hacia arriba con los ojos.

—¿Y la ley está escrita en tus abdominales? ¿Eso es un chupón?

Seguro que lo es. Paso la lengua por mis labios casi sin darme cuenta y siento otra vez el sabor a sal de su pecho.

Sebastián entorna los ojos mirándome y luego camina hacia su cama. Deja el bolso en el suelo y se gira hacia nosotros. La mirada que me lanza no es para nada simpática.

Mikel da un bostezo y estira los brazos. Okey, debo dejar de mirar esos brazos.

—Ahora sí voy a ducharme. —Mikel alza las cejas y nos mira a los dos—. ¿Queréis uniros?

—No —respondemos al mismo tiempo.

El idiota se ríe.

—Bueno, tenemos harto que estudiar, Catalina. Así que... espero que cuando salga del baño —dice y nos dedica una sonrisa—, no os encuentre revolcándoos otra vez.

Siento como la sangre se me sube al rostro y lo miro con odio mientras él se ríe y se mete al baño.

Estúpido Fakediós.

Pero, mierda, qué bien sabe.

ϟ Mikel ϟ

Cierro la puerta del baño y mi sonrisa desaparece. Rayos, a veces tener que mantener una imagen de perfección es cansador. Pero, debo hacerlo, ¿no? Voy a ser un dios, no puedo andar por ahí con mala cara, por mucho que esté cansado.

Me termino de quitar la ropa y enciendo la ducha. Dejo que el agua escurra sobre mi rostro, bien fría. Eso necesito, frío. Que baje por mi cuerpo y calme lo que esa enana maliciosa encendió.

La verdad es que cuando le dije a Catalina que probara, estaba bromeando. Me gusta ver cómo se escandaliza, pero hostias, no creí que fuese a atreverse. Sin embargo, cuando sentí su boca en mi piel, hubiera deseado que siguiera... explorando.

Tendré que controlarme un poco. Si no hubiera llegado Sebastián, estoy seguro de que me dejo llevar. Y se supone que solo demos tontear cuando esté él presente.

Pero es que la seguridad en su mirada cuando tomó mi muñeca y dijo que quería probar, pudo conmigo.

¿Que no me gustan las chicas? Catalina no tiene idea en el territorio en el que se está metiendo.

Mientras el agua fría me calma, recuerdo su lengua en mi pecho y su largo cabello castaño enredado en mis dedos. No se apartó cuando me acerqué a su cuello. Ella iba a dejarse.

Quizás estoy equivocado, pero sospecho que mi clienta... sabe perfectamente lo que está haciendo.

Sebastián 2, Catalina 1... no, 2. Tal vez, 3. Meto la cara otra vez en el agua fría; creo que ese marcador se fue a la mierda.

12. Fácil

♡ Catalina ♡

Hundo el rostro en las hojas con apuntes. ¡Cómo voy a meterme todo esto en la cabeza! Estudiar leyes definitivamente no es como hacen creen en las series de Netflix. Ya llevamos dos horas leyendo y repasando y esto no me entra en la cabeza. Afuera está oscuro e incluso empieza a hacer un poco de frío.

¡Estoy agotada! No puedo leer tantas páginas si no son novelas de fantasía. De verdad, jamás había estudiado tanto en mi vida y Mikel se lo tomó muy en serio. Se pone mandón y no me deja mirar el celular, ni siquiera para saber por qué Fernanda me ha enviado tantos mensajes.

—Es demasiada información —me quejo—. ¿Cómo memorizo todo esto?

—No se trata de memorizar. —Mikel está sentado a mi lado en la cama, de piernas cruzadas y apoyado en la pared—. Deja ver eso.

Me quita los apuntes y pasea sus bonitos ojos por ellos. Al menos ahora se puso camisa y me desconcentra menos. Aunque sigue siendo una camiseta deportiva sin mangas, azul oscuro y yo intento no quedarme viendo sus brazos tonificados. Cuando aparto la vista, me encuentro con la mirada de Sebastián fija en mí, sentado al frente en su cama, supuestamente estudiando sus cosas también.

Él entorna los ojos, seguro porque me pilló con las manos en la masa. ¡Y qué! Él no quiere ser mi novio. Miro a los chicos que se me da la gana.

Aparto la mirada de Sebastián y me apego un poco más al Fakediós y nuestros brazos se rozan. No sé si lo hago para fastidiar a mi ex o porque los brazos de Mikel están calentitos.

Él vuelve a poner los papeles sobre mi regazo y los apunta con el dedo.

—¿Estás estudiando o pintando los apuntes?

Yo miro los párrafos que he resaltado. Cada uno tiene un color distinto, rosado, otro celeste y otro amarillo.

—Los colores son didácticos —digo, defendiendo mi forma de apuntar.

—Muéstrame tu resumen.

Le lanzo una mirada quisquillosa; ya está con ese tonito mandón otra vez. Sin embargo, le paso el cuaderno donde estaba resumiendo la materia. Mikel lo revisa y luego lo arroja lejos, al suelo.

—¡Oye!

—Son basura.

Lo miro molesta, pero luego suspiro. Yo no sirvo para esto.

—Me cuesta concentrarme.

¿Cómo voy a hacerlo? Tengo al amor de mi vida lanzándome miradas acusadoras desde la cama del frente, como si fuera un pecado estar al lado de un semidiós sexy, al que además le chupetié el cuerpo.

Ay, no, no pienses en eso, Catalina. En ese olor dulce mezclado con la sal de su transpiración que...

—¿Me estás escuchando? —Mikel me empuja un poco.

—Sí. —Claro que no.

Pero hago un esfuerzo y pongo mi atención en el dedo que tiene sobre mis apuntes. Dios, hasta sus dedos son sensuales. Son largos y se ven suaves. Me pregunto sí... No. Enfócate. Enfócate.

—No necesitas hacer resúmenes escritos, enana. —Mikel me muestra sus hojas y veo que solo tiene una frase destacada por párrafo—. Si marcas con color más de un 30% de un párrafo, es porque no estás entendiendo lo que lees. No estás distinguiendo qué es importante y qué no.

Vaya, tiene sentido. No lo había pensado así. Veo mis apuntes todos pintados, qué desastre.

Alzo la mirada y observo sus misteriosos ojos azules.

—Y yo que creí que habías hecho trampa para ser abogado. Pero, al parecer, igual algo sabes.

Él frunce el ceño.

—¿Por qué haría trampas?

—No lo sé, ¿con ayuda divina, quizás?

Sebastián suspira en la cama del frente, de forma exagerada.

—¿Pueden hablar más despacio? No me dejan leer a mí. ¿No podían ir a estudiar a la biblioteca?

Luego dice algo de que somos insoportables, saca sus audífonos del bolso, se los pone en las orejas y hace como que vuelve a estudiar.

Dejo los apuntes a un lado y me empino hacia el oído de Mikel.

—Estoy segura de que nos está escuchando igual —murmuro.

Mikel sonríe, lanza una mirada a Sebastián y luego a mí.

—¿Lo comprobamos? —susurra—. Porque veo que tu capacidad de estudio ya se agotó por esta noche.

—Es que ya me dio hambre, no puedo estudiar así.

—¿Quieres chuparme el cuerpo otra vez? Así tal vez se te pase.

Frente a nosotros Sebastián suelta una maldición y recoge el lápiz que se le acaba de caer al suelo.

¡Es obvio que está escuchando!

Mikel se levanta y se acerca a la mesita para tomar su celular. Yo lo observo curiosa.

—¿Qué haces?

—¿Te gusta la pizza?

Empieza a pulsar la pantalla.

—La verdad no.

Él me mira y alza una ceja.

—¿A quién no le gusta la pizza? No te llevarías bien con Haize.

—¿Quién es Haize?

Mikel va a responder, pero Sebastián lo interrumpe.

—A la Cata le gusta el sushi y sin carne. —Mi ex se quita uno de los audífonos—. Pero no veo por qué tengamos que pedir comida, si ya son casi las once de la noche, Cata, ¿por qué no te vas a dormir?

—Sushi entonces... —Mikel vuelve a pulsar el celular, ignorando a Sebastián—. ¿Algo más?

—Una cerveza —digo, lanzando una mirada desafiante a Sebastián.

—Seis cervezas —sisea Mikel, haciendo el pedido.

Sebastián resopla, pero vuelve a mirar su cuaderno y se pone los audífonos otra vez. Se pasa una mano por los rizos castaños y mira a Mikel de mala gana antes de seguir leyendo.

Me siento un poco culpable, se ve tan lindo enojado. Pero se lo merece y yo no pienso ceder. Tomo mi celular y veo qué era lo que trataba de decirme mi roomie con tantos mensajes.

>Feña: Cata, viene mi chica a la pieza, ni se te ocurra volver temprano.

>Feña: Cata, ¿puedes tardarte un par de horas más?

>Feña: Cata hermosa, mejor no regreses. ¡Te adoro!

—No puedo volver a mí habitación todavía, aunque quisiera. —Me siento en el borde de la cama y miro el celular—. Fernanda me ha escrito diez veces diciendo que está con su novia en nuestro cuarto, que vuelva tarde o que me mata.

—Uh, sexo gay, creo que vinimos a estudiar a la habitación equivocada. —Mikel se sienta en la cama otra vez, a mi lado.

—Supongo que le arruinaré su noche romántica si me voy ahora.

—Eso me da una idea... —Mikel estira su mano y en un movimiento rápido me quita mi celu.

—¡Oye!

Trato de recuperarlo pero él se pone de pie. Yo lo sigo y él levanta la mano ¡Es imposible alcanzarlo!

Mikel me da la espalda y desliza sus dedos por mi celular revisando en mi Whatsapp.

—¿Esto soy yo? ¿Me has puesto Fakediós? ¡¿De verdad?!

—¡Que inmaduro! ¡Devuélvemelo!

Se gira hacia mí otra vez, sosteniendo en alto el celular. Baja la mirada hacia la mía.

—¿Cómo me pones un nombre tan feo en Whatsapp? —Entorna los ojos—. Y yo que te pedí seis cervezas.

Intento quitarle el celular y forcejeamos. ¡Me muero si ve mis fotos secretas! ¡O mis libros de romance!

¡Voy a matarlo! ¡Odio que revisen mis cosas!

Me cuelgo de su hombro tratando de agarrarle el brazo, pero Mikel pierde el equilibrio y los dos caemos en la cama. Me subo encima de él y trato de quitarle el aparato de las manos, pero él lo esconde detrás de su espalda, riéndose de mí.

—¿Puedes calmarte? —Mikel se gira y me empuja de espaldas contra el colchón, apoyando el peso de su cuerpo sobre mí y sujetándome por las muñecas—. Solo quiero enviar un mensaje a tu amiga.

Yo respiro agitada observando sus ojos azules. Dioses, está tan cerca. Su aroma dulce me envuelve y un escalofrío me recorre. No sé si estoy furiosa o...

Sebastián carraspea sonoramente. Otra vez me olvidé de Sebastián. Me paso la lengua por los labios en un acto reflejo y me pregunto si el Fakediós tenía en su transpiración alguna droga que me ha puesto tonta.

—¿Podrían hacer menos escándalo? —Sebastián frunce el ceño.

Mikel me mira un momento, inclina sus labios en una sonrisa, se aparta y después de dar tres zancadas se mete al baño, con mi celular.

Yo lo sigo y golpeo la puerta, comenzando a enojarme de verdad.

—¡Mikel, devuélvemelo, hablo en serio!

Pero se tarda. ¿Qué mierda está haciendo? La furia crece en mi interior. Esa que me da a veces y que no es buena, para nada. Golpeo la puerta con fuerza y empujo la manilla.

Justo la puerta se abre y casi me voy de bruces contra Mikel. Él me sujeta y yo me aparto, furiosa, quitándole el celular de las manos.

—Venga, tía, ¡tranquila!, casi echas abajo la puerta.

—¡Eres un imbécil!

Me doy media vuelta y empiezo a meter los libros a la mochila.

—¿Qué haces? —Mikel frunce el ceño.

—¡Me voy!

Cierro la mochila con brusquedad, intentando no mirarlo, porque lo mandaré a la mierda otra vez. Desde su cama, Sebastián suelta un silbido.

—No debiste hacer eso —dice riéndose—, odia que le revisen sus cosas.

Yo le lanzo una mirada de odio también a él, aunque no ha hecho nada. Le doy la espalda a Mikel, abro la puerta y salgo de la habitación. Él me sigue por el pasillo pero lo ignoro, hasta que me aferra del brazo.

—¿Puedes esperar?

Me detengo y aprieto los labios. Estoy de verdad furiosa y cuando estoy así, sé que es mejor no abrir la boca. Tiro de mi brazo para soltarme, pero cuando voy a dar un paso, Mikel se pone delante de mí. Resoplo y apoyo la espalda contra la pared, abrazando mi mochila. El pasillo está oscuro, apenas iluminado por las luces de emergencia y las que vienen del jardín a través de los ventanales.

Él se acerca y me mira ladeando el rostro, aunque yo evito verlo a los ojos.

—¿Por qué te has enojado tanto? Solo estaba molestando.

No respondo.

—No seas odiosa.

—¡Tú eres el odioso! —Alzo la mirada y lo enfrento—. ¡No te di permiso para revisar mi celular!

—¿Y qué tan terrible podría haber en tu celular? —Mikel alza las cejas.

Yo me pongo roja, con el corazón acelerado de solo pensar en lo que pudo encontrar.

—Cálmate, enana. No he visto nada, en serio. Solo le quería escribir a Fernanda.

—¿Y por qué no me pediste que lo hiciera yo?

—Para joder un rato, obvio. —Él sonríe y luego frunce el ceño—. Pero, coño, no pensé que fueras tan enojona.

—No soy enojona.

—No, claro que no —dice riendo.

¡Qué pesado! Lo miro molesta y él da un paso hacia mí. Yo aferro la mochila en mi pecho, como si fuera un escudo entre nosotros. Mikel la sujeta de la parte de arriba y al ver que yo no la suelto, pone sus manos sobre las mías. Su aroma a guindas llega hasta mí y aparto la mirada, tratando de recordarme que estoy enojada, muy enojada.

—Vale, perdona, no lo volveré a hacer —sisea, con su acento español.

Guardo silencio y miro hacia el lado. ¿De verdad no habrá visto mis cosas? Bueno, ese no es el punto, no debería revisar celulares ajenos.

—Te daré mi sushi si me disculpas.

No respondo. Se acerca un poco más.

—Haré tu trabajo de leyes.

¿Ah? Alzo la mirada hacia él y me encuentro con sus ojos de azul intenso, que siempre en la oscuridad parecen brillar más. Él sonríe y… estoy enojada, estoy enojada. ¡No seas fácil, idiota!

—¿De verdad lo harás? —Mi boca me traiciona.

Él asiente.

—Haré tu trabajo, pero me ayudarás en el proceso. O si no, nunca aprenderás nada y si te expulsan... tu deseo y mi deseo se irán al carajo.

—Me lo pensaré.

—No sigas enojada.

—Tal vez.

—¿Te estás haciendo la difícil?

Entorno los ojos, mirando los suyos. Ay, qué lindos son. No, no. Enojada, recuerda.

—No me estoy haciendo nada.

—Entonces... —dice Mikel y aprieta mis manos sobre la mochila—, volvamos ahí dentro, que nuestro plan de fastidiar a tu ex va de lujo, pero falta la mejor parte.

Sé que no debo caer en sus trucos, que no debería perdonarlo y tendría que largarme de aquí, pero la intriga puede más.

—¿Qué parte? ¿El sushi?

—Pues, no exactamente. —Mikel sonríe de forma maliciosa—. Más bien, la parte donde te quedas a dormir.

—¿Qué?

Doy un respingo porque el celular vibra en el bolsillo de mi pantalón.

—Tal vez deberías revisarlo —dice riendo.

Saco el celular y veo la pantalla con mensajes de Fernanda. Deslizo mis dedos para ver qué escribió Mikel hace un rato, haciéndose pasar por mí.

>Catalina: Feña, disfruta tu noche de romance.

>Catalina: Me quedaré a dormir donde Mikel.

>Feña: ¡¿Qué?! ¿El que te dio besos ricos en el cuello?

>Catalina: Exacto, el mismo. ¡Buenas noches!

¡No puedo creer que Fernanda haya soltado esa información! El calor enciende mi rostro y estoy tan roja, que seguro podría iluminar el pasillo.

Mikel sonríe y aplasta la mochila con el peso de su cuerpo, apegándose más a mí.

—¿Y bien? ¿Aceptas la segunda parte de esta misión? —Acerca su mano a mi rostro y levanta despacio mi mentón para que lo mire a los ojos—. Siempre puedo darte *besitos ricos* de nuevo.

¡Claro que no! Maldito Fakediós, no solo se metió en mi celular, sino que se hizo pasar por mí. Contengo el aliento mirando sus ojos azules y abro la boca para mandarlo a la mierda.

Ay, dioses.

—Acepto.

13 Duro y suave, parte 1

ϟ Mikel ϟ

Mi primera semana en Chile no ha sido tan desagradable como esperaba. El deseo de Catalina era tan absurdo, que pensé que ella sería una niña tonta con la que me aburriría un montón. Sin embargo, ahora viendo cómo va por la tercera lata de cerveza y se ríe sentada en el suelo al lado mío, estoy seguro que no me aburriré para nada.

Lleva una camiseta verde de mangas largas y, de una manera graciosa, mueve mucho los brazos mientras cuenta su historia, con una lata de cerveza que agita peligrosamente en una mano y las piernas cruzadas, enfundadas en sus jeans oscuros.

—Era demasiado gracioso ver a Andrea corriendo por toda la playa en Bilbao. Bueno, en Neguria. —Catalina se limpia los ojos, que lloran por la risa—. Aún tengo el video, pero Andrea me prohibió que lo suba.

—¡Muéstramelo! Cata, porfa —Sebastián suelta una risa también —. Te juro que no le digo.

—No. —Catalina le saca la lengua y bebe otro sorbo de cerveza.

Sebastián está sentado en el suelo frente a nosotros, con la espalda apoyada en su cama y sonríe, mirando a Catalina. Del sushi ya no queda nada y le hemos convidado una cerveza para que no nos mirara feo.

—Tu madre siempre se queja de problemas económicos. —Sebastián la mira confundido—. Me sorprendió ver sus fotos de vacaciones en España.

—Eran en Euskadi —corrijo y doy también un sorbo a mi cerveza.

Ignoran mi comentario.

—Todo iba bien, ¡hasta que me electrocuté en ese templo de mierda!

—Venga, ¿cómo que templo de mierda? —Le doy un empujón amistoso.

Pero ha sido un error. No sé si con tres cervezas ya se emborrachó, pero se va de costado hacia el suelo y se derrama la cerveza sobre la ropa.

—¡Ups! —Observa la ropa mojada, el líquido desparramado en el suelo, se muerde el labio, me mira y se ríe de forma tonta—. Chico tormentoso, tendrás que darme otra.

—¿Tormentoso?

Es raro, yo suelo usar esas palabras porque, bueno, mi padre es el dios de las tormentas. Es raro oírlas en una chica.

—Te está insultando —dice Sebastián.

—¿Y dónde eso es un insulto?

—¡En Roshar! —dice Catalina y toma una servilleta para limpiar el suelo.

—No sé dónde está Roshar —digo confundido.

—No existe. Es de uno de los libros ñoños que lee. Lo simula bien, pero es una nerd —dice Sebastián riéndose—. Se cree todas esas historias de magos, dragones y dioses.

—Los magos son estúpidos, pero los dioses molan —comento, mientras Catalina termina de limpiar lo que derramó.

Ella suelta la servilleta y me mira.

—Los dioses *de verdad* —dice dedicándome una sonrisa sarcástica —, sí, molan.

Ah, ¿quiere guerra?

—No me provoques, enana.

Ella estira la mano hacia mí.

—Mi cerveza —dice, la muy descarada.

Sebastián frunce el ceño y niega con la cabeza.

—Ya son casi la una y mañana tenemos clases.

—¿Qué eres? —digo riendo—. ¿Su padre?

Sebastián pone los ojos en blanco.

—Si la pillan a las dos de la mañana escabulléndose hacia su habitación, le pondrán una multa horrible.

Catalina lo ignora y mira su camiseta con cerveza.

—¡Estoy toda mojada!

Yo dejo mi lata de cerveza en la mesita de noche y me levanto. Me acerco a mi clienta desastrosa y la ayudo a ponerse de pie.

—Te presto una camiseta. —Bajo la mirada y le sonrío—. Seguro te quedará de vestido.

—¡Ja, que gracioso! —Alza las cejas y una sonrisa media borracha escapa de sus labios—. Aún no te perdono, Fakediós.

Entorno los ojos. Detesto ese sobrenombre. Pero es imposible enojarme con esa cara tan graciosa que tiene cuando toma cerveza.

Sebastián se levanta también.

—No seguiremos bebiendo, me quiero dormir.

Catalina va a protestar, pero yo levanto una mano.

—Tiene razón, ya es tarde y, la verdad, no pienso meter a una chica ebria en mi cama.

Ella se pasa la mano por el largo pelo castaño y se encoge de hombros.

—¿Qué dijiste? —Sebastián se vuelve hacia mí—. ¿En tu cama? ¿Me estay webiando?

Su enojo me causa gracia, pero contengo la risa y lo miro muy serio.

—¿No te dijimos? Se va a quedar a dormir.

—No estoy ebria, solo tome tres vasos...

—¡No me dijeron! —Sebastián la ignora—. ¿Cómo que se va a quedar a dormir? ¿Estás loco?

—Fernanda no quiere que vuelva —se excusa Catalina.

—¿Y dónde va a dormir? —Sebastián mira el suelo—. Ni siquiera tenemos otro colchón.

—Pues, ya dije que dormirá en mi cama. Bueno, si es que se le baja esa cerveza de la cabeza.

Tormentas, de verdad es hermoso ver cómo la ira se forma en los ojos dorados de Sebastián. ¿Soy muy cruel? Porque realmente lo estoy disfrutando. Y por la sonrisa maliciosa que asoma en los labios de mi clienta, creo que ella también.

Ignoro la mirada asesina de Sebastián y camino hasta mi armario. Tomo una camiseta de manga corta.

—Creo que el rojo te quedaría bien, enana —digo, pasándosela a Catalina.

—Gracias —La toma, se acerca a su mochila medio borracha y saca su cepillo de dientes—. Ya vengo.

Se escabulle hacia el baño, pero antes de cerrar la puerta, se gira hacia mí.

—¿Me prestas una toalla?

Le paso una y cuando se encierra en el baño se escucha el sonido de la ducha. Mejor que se bañe un rato, así se le baja el alcohol de la cabeza.

Sebastián se vuelve hacia mí.

—¿Por qué de todas las chicas del universo, tienes que estar tonteando con mi ex?

—No seas egocéntrico, no se trata de ti. La conocí en Euskadi mucho antes de saber de tu existencia.

Él alza las cejas.

—Dijiste que...

—Dije que seguiría siendo su amigo. ¿Acaso nunca has dormido con una *solo* amiga?

—No.

Yo tampoco, la verdad. Pero siempre hay una primera vez. O tal vez no.

—Mira, Mikel, quizás en Europa esto no les importa, siempre dicen que son súper abiertos de mente y todo eso, pero... —Se acerca hacia mí y me entierra el dedo en el pecho—. Catalina es virgen —murmura, mirándome a los ojos—. Si le pones un dedo encima solo para fastidiarme, te voy a matar.

Hostias. Eso sí que es una sorpresa. ¿Catalina es virgen? Como la otra noche los pillé casi a punto de follar, no pensé que lo fuera. Su comportamiento tampoco me lo hizo sospechar, aunque tal vez no sé mucho de eso. No voy por ahí preguntando a las chicas con las que me acuesto si son vírgenes o no. ¿Quién hace eso?

Además, lo que vi en su móvil no me habrían hecho pensar que era tan inocente como para ser virgen[7].

—¿Qué pasa, Mikel? Te noto preocupado. —Se burla Sebastián—. ¿No que no tenías esas intenciones?

—No es preocupación, es sorpresa, de que en siete meses con una chica no te la hayas llevado a la cama.

Él me sonríe de forma petulante.

—Dije que es virgen, no que... bueno, ya sabes. Hay muchas formas de tener sexo. —Se encoge de hombros y me da la espalda —. Pero eso no es asunto tuyo.

Estoy confundido. ¿Está insinuando lo que yo creo? No, imposible. Rayos. Algo se me está escapando; alguna pieza que no estoy encajando. ¿Es virgen pero tuvieron sexo? ¿Se referirá a sexo oral? ¿Por qué harían solo eso?

En el baño, la ducha ya se apagó y se escucha el secador de pelo.

Estúpido Sebastián. Ahora estoy intrigado. Y abrumado. Maldición. No me gusta la idea de que sea virgen, ahora pienso que tal vez me he pasado un poco y he perturbado una mente inocente.

Luego recuerdo que estaba de lo más entusiasmada lamiéndome el pecho. No, definitivamente no es una mente inocente.

Bueno, tampoco me la pensaba follar o lo que sea que está pensando Sebastián. Solo estamos fingiendo. Aunque sea divertido el proceso, no es nada más que eso.

La puerta del baño se abre y Catalina sale caminando entre el vapor, con el pelo castaño recién seco, largo y peinado hacia un costado. Aunque la camiseta roja que le pasé le cubre hasta casi la mitad del muslo, ella tironea un poco los bordes para bajarla más y sus pechos se marcan debajo de la tela. Coño. Es imposible que, después de las imágenes que vi en su móvil, no imagine lo que hay debajo.

Ella mira mi cama y se pasa una mano por el pelo.

—¿Vamos a caber ahí?

Desde su cama, Sebastián resopla. Probablemente, porque me ha escuchado todas las noches quejarme de lo pequeñas que son.

—Joder, son unas camas minúsculas —admito, caminando hacia Catalina—, pero, por suerte, tú también.

—Okey —murmura ella.

En vez de molestarse como siempre por tratarla de enana, alza la mirada hacia mí y se sonroja.

Hostias. Se supone que no quiero nada con ella, no realmente. Me meto al baño y mientras me lavo los dientes, trato de recordármelo una y otra vez.

14. Duro y suave, parte 2

♡ Catalina ♡

Nunca he sido una chica indecisa; siempre sé lo que quiero. Lo sé con tanta certeza que cuando quiero algo, lo quiero hasta el final. Así fue como me enamoré de Sebastián. Fue mi amor platónico durante al menos tres años. Él iba un curso más arriba y, obviamente, era uno de los chicos más populares de la escuela, porque es demasiado lindo. Además de simpático.

A pesar de eso, no me fijé en él de inmediato. Me la pasaba con mis amigas, leyendo novelas metida en mi propio universo, solo tenía dieciséis años. Fue un día en que yo iba caminando cerca de la cancha de básquet que el balón se escapó de las manos de un jugador, salió disparado y me dio en la cabeza, obvio, justo a mí.

Nuestra historia de amor empezó como un buen cliché.

Sebastián se acercó preocupado y me acompañó a la enfermería. Recién entonces me di cuenta de que ese chico bonito también era dulce. Desde entonces buscaba excusas para pasearme cerca del gimnasio, aunque él parecía haberse olvidado de mí. Yo no quería otro chico, lo quería a él. Quería que él fuera mi primer beso, mi primer todo. Porque así soy yo. No quiero lo que el destino me traiga, quiero lo que se me da la gana.

Él no se había olvidado de mí.

Un día, una amiga nos presentó después de un partido, porque Sebastián se lo comentó, y así empezamos a salir. Y fue mi primer beso y mi primer de varias cosas más. Pero todo se arruinó porque nos vimos obligados a separarnos y, aunque Mikel diga que cuando amas a alguien eso no importa, ¿qué sabe de amor el Fakediós? Está claro que es un hombre frívolo que siempre obtiene a los chicos o chicas que desea. Él no sabe lo que es querer estar con una sola persona, no lo comprende.

En cambio, yo sí entiendo que Sebastián esté confundido y no quiera un compromiso siendo tan joven y en la universidad. Pero no soy de las que se rinden fácil; como dije, siempre he estado segura de lo que quiero.

Bueno, al menos era así, hasta ahora.

—¿Estás cómoda, enana? —Mikel se gira hacia mí en las penumbras.

—No mucho —miento.

Estoy terriblemente cómoda. Porque las noches de Valparaíso son heladas y él está calentito. Porque toda su cama huele delicioso como él y, mierda, no sé si estoy tan contenta porque hemos logrado poner celoso a Sebastián o porque estar apretada entre la pared y Mikel, tapados con las mantas, es una sensación odiosamente agradable.

Demasiado agradable.

Sus ojos azules brillan de forma misteriosa y me pregunto si nadie más se da cuenta de lo sobrenaturales que son. Es lo único que veo en la oscuridad. Y como si se hubiera dado cuenta de la privacidad que nos proporcionaban las sombras, Sebastián se levanta, corre las cortinas y la luz de las farolas del jardín nos da encima, dejándonos un poco más iluminados.

Aunque aún hay suficientes penumbras.

—Dejaré las cortinas abiertas, hay una noche bonita —dice muy hipócrita mi ex y se acuesta de nuevo en su cama.

—Mikel, apégate más —murmuro, aunque no tan despacio como debería si quisiera ocultar realmente mis palabras—, te estás cayendo y yo tengo frío.

Me acomodo entre la pared y Mikel, observando el techo. Él se apega un poco más a mí y su lengua española sisea en mi oído.

—Finges muy bien ese repentino interés en estar cerca mío, Catalina.

Sebastián resopla.

—¿Me pueden dejar dormir?

Mikel apoya su cabeza en la almohada junto a la mía y se toma mis indicaciones bien en serio. Me pasa la mano por sobre la cintura y apega su cuerpo al mío. Su aroma a guindas me inunda y siento un cosquilleo en los labios, ahí donde saboreé su piel.

—¿Ese escalofrío también lo estás fingiendo? —murmura en mi oreja.

Contengo el aliento y me acomodo entre sus brazos. Bajo las manos y, mierda, creo que rocé su pierna. ¿Era su pierna? ¡No sé dónde poner las manos! De verdad esta cama es minúscula.

—Tranquila, enana, no te haré nada —susurra Mikel entre risas.

¿Ah no? Ahora me siento estafada. No. Yo no he pensado eso. ¿Qué me está pasando?

Suspiro y dejo mis manos tranquilas bien pegadas a mi estómago, ahí no rozarán nada peligroso.

Nos quedamos en silencio. Afuera se escucha el viento porteño y el murmullo de las hojas de los árboles, pero nada más. El mar está lejos como para sentirse desde esta zona del puerto. Pasan los minutos... ¿se habrán dormido? La respiración de Sebastián se escucha profunda lenta.

Sí, seguro se durmieron; el silencio es absoluto. Estoy tan calentita y mis párpados comienzan a volverse pesados, pero Mikel acerca su rostro a mi cabeza y me abraza más. Mierda, ¿cómo voy a dormir así? Solo se acostó con bóxers y una camiseta negra sin mangas. Saber eso, y el aroma dulce que emana de la piel de su brazo desnudo, es suficiente para que se acelere mi pulso.

—¿Te dormiste? —pregunto en el susurro más despacio que puedo.

Afuera, se escuchan las ramas de los árboles agitadas por el viento, además de la respiración pausada y regular de Sebastián.

—Si quisiera dormir —murmura—, te habría armado una cama en el suelo.

Dioses de las tormentas y de lo que sea, se me va a salir el corazón. Estoy segura de cualquiera podría oír cómo golpea mi pecho.

Eso me pasa por preguntar *weás*.

—¿Qué pasa, enana? —Siento el roce de su nariz en mi oreja—. ¿Quieres más de esos besitos ricos?

No respondo. No puedo. Porque no debería querer, pero mierda, sí quiero.

—Catalina —susurra Mikel—, ¿de verdad eres virgen?

ϟ Mikel ϟ

Ella da un respingo en mis brazos. Claro, yo no tendría por qué saber eso, supuestamente.

—¿Sebastián te dijo eso?

—Sí.

Guarda silencio un momento. Sebastián sigue durmiendo y supongo que, si el viento y el crujido de los árboles de afuera no lo ha despertado, no lo hará que nosotros susurremos un poco.

—Soy virgen —murmura—, pero no tanto.

Frunzo el ceño. Otra vez ese comentario.

—¿A qué te refieres?

Pero ella no responde. Uso el brazo que tengo sobre su cuerpo para empujarla del hombro y hacer que se gire un poco hacia mí. Catalina aparta la mirada y, con la poca luz del farol que llega desde la ventana, percibo que está totalmente ruborizada.

Algo se remueve dentro de mí.

—Puedes contarme, enana, no me voy a burlar esta vez.

Sus ojos como miel se clavan en mí.

—¿De verdad?

Asiento en silencio, rogando para que Sebastián no se despierte con nuestra conversación, aunque apenas murmuramos. De verdad quiero saber esto. ¿Cómo coño se puede ser *no tan* virgen?

Ella parece incómoda, demasiado incómoda. Abre la boca ligeramente para hablar, pero luego se muerde el labio. ¿Qué hostia puede ser tan difícil de decir? ¿Qué cosa...? Oh, joder. Una idea pasa por mi cabeza y las palabras de Sebastián y las de ella cobran sentido.

—Has tenido sexo con él —murmuro—, ¿por atrás?

Se pone tan, pero tan roja, que es confirmación suficiente. Aparta la mirada otra vez y yo siento una repentina ira creciendo dentro de mí. Ese Sebastián sí que es imbécil.

—Me vas a decir —susurro—, que en los siete meses que estuvisteis juntos siempre te folló por...

—¡Shhh! —Levanta las manos y me tapa la boca—. Cállate, Mikel, si sabe que te di detalles me va a odiar. Esas cosas no se dicen.

Tomo su mano con la mía y la aparto de mi boca, sin soltarla.

—¿Por qué le permitiste eso? Es algo súper egoísta.

No me lo puedo creer. Hacerlo de esa forma está genial cuando es una alternativa, pero joder, he estado con suficientes chicas para saber que es la segunda opción, no la primera. Bueno, salvo gustos particulares. Pero en este caso, sospecho que no fue elección de ella y las palabras que dice a continuación me lo confirman.

—Dijo que era más seguro —murmura, mirando la oscuridad.

Sebastián es un imbécil, definitivamente es un imbécil. Era su novia, ¿y solo se preocupaba de su propio placer? Aprieto su mano con la mía.

—¿Cómo va a ser más seguro? Para eso existen los condones. Coño, entonces de verdad eres virgen.

O lo que sea.

Ella guarda silencio y evita mirarme, como si se avergonzara, cuando el único que debería avergonzarse es Sebastián. Claramente él lo pasaba bien mientras ella obtenía sexo a medias. Porque ya, el sexo no es solo penetración, pero es que él sí la penetraba. Por otro sitio.

No le pregunto más, porque es evidente que está incomoda, y ella se remueve y me da la espalda.

Estoy flipando. Aún no me puedo creer lo que me ha contado, qué disparate.

La rodeo con los brazos y la atraigo más hacia mí. Hablo lo más despacio que puedo.

—¿Nunca le pediste a Sebastián hacerlo de forma... tradicional?

Ella niega con la cabeza y su pelo me hace cosquillas en la nariz. Huele rico, a shampoo y a... a Catalina. Llevo pocos días con ella,

pero comienzo a reconocer su aroma. Es como, no, no lo sabría definir. Algo que me recuerda a frutas.

Es agradable.

—En parte... creo que estaba asustada —susurra—. Lo pasaba bien, pero también me dolía bastante. ¿Los chicos tienen sexo así, no? ¿Siempre duele tanto?

—Es diferente, los chicos no tienen dos opciones —murmuro apoyando mi frente en su cabeza.

Joder, ¿cómo se lo puedo explicar? No. Mikel, ni se te ocurra. Esa no es una opción. No le vas a hacer una demostración. Solo estamos fingiendo. Y su ex está a dos metros de nosotros.

Coño.

♡ Catalina ♡

Siento la respiración de Mikel en la parte de atrás de mi cuello y mi piel se eriza.

—¿Cómo sabes? —Intento ordenar mis ideas, estar así de cerca de él me dificulta pensar. Hablar de esto no es fácil, menos con un chico sexy abrazándome—. No eres mujer. ¿Cómo sabes que es más rico por... delante?

—Sé que las chicas prefieren por delante —susurra y su aliento tibio roza mi oreja—, por sus gemidos cuando las follo.

Ok, me queda claro. Contengo la respiración, como si con eso pudiera detener mis pensamientos. Como si así pudiera evitar las imágenes de Mikel desnudo haciéndome gemir como a otras chicas.

—Y no —continúa susurrando—. Tu ex es un bruto, no te debería doler. No te imaginas lo que te has perdido, enana.

Créeme, Fakediós, tengo una gran imaginación. Cierro los ojos y respiro su olor dulce que me envuelve. Es fácil creerle.

—Siempre dicen que la primera vez por delante también duele —murmuro.

Los dedos suaves de Mikel tocan mi cuello y retiran con cuidado mi pelo hacia un lado, haciendo arder mi piel con cada roce. ¿Qué ha hecho para que me sienta así?

—¿Confías en mí, Catalina?

Recuerdo la primera vez que lo vi, con sus ojos azules y misteriosos brillando en la oscuridad del hospital. Creí que era un dios de la muerte que había venido a buscarme. Mi sangre late con fuerza en mis venas, igual que aquella vez, y sé que miedo no es.

—Sí —digo, porque desde esa noche, siempre he confiado en él.

Su aliento golpea la piel de mi cuello. Mierda, ay dioses, siento lo que había deseado desde que bailamos juntos en la fiesta; sus labios suaves y calientes debajo de mi oreja.

—Podría darte de esos besitos ricos —dice contra mi piel, mientras me besa—, darte tantos. —Otro beso—. Y conseguir que te mojes tanto, tanto —susurra con su lengua y sus labios cerca de mi hombro—, que nada de lo que te haga te va a doler.

¡Ah, qué bien se siente! Su lengua deja húmeda mi piel y yo aprieto sus manos entre las mías, debajo de mis pechos. Comienza a volverse difícil respirar y mientras besa, detrás de mi oreja, mis pensamientos se nublan y su nombre se escurre entre mis labios.

—No olvides —susurra—, que estamos fingiendo.

Asiento como una tonta. Nada me importa. Su aroma dulce y sus brazos suaves, rodeándome, son una droga.

Él libera una de sus manos de las mías, la sube y tantea despacio uno de mis pechos, tocándome sobre la camiseta. Mi cabeza da vueltas cuando muerde con suavidad el lóbulo de mi oreja y sus dedos aprietan mi pezón a través de la tela.

Ah, mierda, nadie me ha tocado así jamás. Nadie de la manera en que lo está haciendo él. Se me escapa un gemido y Mikel se detiene.

—Espera, ¿no estabas enojada? —susurra el maldito—, creo que porque miré tu móvil, ¿eh?

Yo niego con la cabeza y me retuerzo entre sus brazos, rogando por más.

—¿Y si te dijera que mentí? —murmura y pellizca mi pezón con sus dedos mientras besa mi mejilla—, ¿que sí vi tus fotos prohibidas?

Ah, mierda, siento su lengua en mi cuello y lo odio y deseo a la vez.

—Shhh, vas a despertar a tu ex —aprieta más fuerte mi pezón, y me duele y me gusta—. ¿A quién le mandaste esas fotos sucias, Catalina?

—Eso —jadeo, intentando enfocarme—, no es asunto tuyo.

Se apega más contra mí y me estremezco porque su miembro duro se percibe a través de los bóxers. Mierda, se siente grande,

presionando contra mi trasero.

—Joder, Catalina —dice, con sus labios en mi piel—, creo… que sí te quiero follar.

Respiro agitada y, dioses, huele tan bien. Puedes hacer lo que quieras conmigo, maldito Fakediós.

Tomo su mano y la guio hacia mi entrepierna. Él sabe lo que quiero y sus dedos comienzan a moverse suavemente sobre la tela de mi ropa interior. Cientos de escalofríos recorren mi piel cuando me deja besos hambrientos en la mejilla, cerca de mi boca.

—Mikel, por favor —murmuro, moviendo mi cadera al mismo ritmo que el frota sus dedos en mi sexo.

—Así de mojada como estás, si te follo ahora, no te dolería nada.

Pero no podemos y ambos lo sabemos. Desliza sus dedos debajo de mi ropa interior y es una verdadera descarga de corriente lo que siento cuando toca la piel delicada de mi sexo.

Gimo entre sus brazos y, sin dejar de frotarme, sube la otra mano que tiene debajo de mi cuerpo y tapa mi boca.

—Cállate, enana —murmura mientras me frota.

Me muerdo el labio, su voz grave es tan sensual como los dedos que juegan masajeando mis partes íntimas. Disfruto sus besos en mi mejilla, su miembro duro contra mi trasero y dejo escapar otro gemido. Él aprieta más la mano que tiene cubriendo mi boca y las sensaciones que recorren cada parte de mi cuerpo, me harán estallar.

—Mírame, Catalina.

Jadeo y giro mi rostro hacia arriba, encontrando sus ojos. Me ruborizo mientras el placer me inunda. ¿Se puede sentir vergüenza y deseo a la vez? No solo porque vio mis fotos, sino porque me está mirando mientras hacemos algo como esto.

Me observa tan serio y sexy, moviendo sus dedos de manera intensa y constante en mi sexo empapado, como si escuchara el ritmo de mi sangre, el ritmo que me está llevando muy, muy lejos.

Suspiro y tiemblo viendo esos ojos imposiblemente azules que penetran los míos, mientras me masturba.

Y ya no puedo más.

Una explosión de electricidad sube desde mi vientre hasta mi pecho y estallo en placer. Gimo entre sus dedos cuando él vuelve a tapar mi boca y a estrecharme contra su pecho.

Entonces, siento que se baja los bóxers, toma su pene y toca con él mi trasero. Se siente duro y suave, y una parte de mí ruega por tenerlo adentro. Por tener más. Pero no. En vez de eso, me abraza y empieza a masturbarse contra mí.

¡Mierda! Lo está haciendo solo él, pero el puro roce de su masturbación en mi cuerpo, mientras con el otro brazo me estrecha, es suficiente para excitarme otra vez. Oh, mierda, mierda. ¡Tengo a un maldito semidiós sexy masturbándose en mi espalda!

Empiezo a tocarme yo misma y él deja escapar un gruñido de placer contra mi oído al darse cuenta de lo que estoy haciendo.

—Mikel —murmuro, tocándome y él se apega más desde atrás, sin dejar de masturbarse—, Mikelatz, por favor.

—Por favor qué —gruñe despacio.

Muevo mi cadera y rozo su pene con mis nalgas, masajeando mi sexo e imaginando que lo tengo dentro, mientras él se masturba contra mí.

—Ah, por favor, te necesito dentro.

—Si no estuviera tu ex al lado, ya me tendrías ahí, bien dentro tuyo, enana. Pero, no —jadea y su rostro se hunde en mi cuello—. No podrías contener tus gritos.

Ah, se siente tan grande y duro detrás de mí, que estoy segura de que es cierto.

La cama cruje, pero a ninguno de los dos nos importa. Gimo su nombre completo otra vez y sé que lo excita porque me aprieta más y, entonces, justo cuando el orgasmo empuja mi vientre de nuevo, Mikel acaba sobre mí. El líquido tibio se desparrama en la piel de mi

espalda y él deja caer su cuerpo encima del mío, jadeando, mientras los escalofríos me recorren.

En la cama del lado Sebastián se remueve y se da vuelta, medio dormido. Mikel y yo respiramos agitados y él me da un beso en la mejilla. Mi cuerpo aún tiembla y palpita, calentito junto al suyo.

—Menos mal —susurro entre jadeos—, que estamos fingiendo.

Mikel se ríe despacio y besa mi cuello. Afuera, el viento parece aún más furioso y no sé cómo Sebastián no se ha despertado con el ruido de los árboles.

O bueno, con los míos.

—No tengo idea —murmura Mikel—, cómo coño vamos a limpiar este desastre sin despertar a tu ex.

Yo tomo su brazo y lo paso sobre mí.

—Déjalo así, no me molesta. —Me acurruco contra él, debajo de las mantas.

Mikel apoya su cabeza en la almohada, junto a la mía. Me abraza y nuestras respiraciones se apaciguan. El viento afuera se vuelve cada vez más calmo, como si hubiera decidido dormirse junto a nosotros.

—Sabía que eras una pervertida —murmura en la oscuridad, su voz suena adormilada—. ¿Vas a mandarme esas fotos sucias que tienes?

—Ni lo sueñes.

Él me aprieta entre sus brazos y enreda sus piernas entre las mías.

—Pues, ya veremos.

15. Tibio, tibio, frío, fío

♡ Catalina ♡

Humm, calentita. Estoy calentita. Y tengo hambre. Pero me siento tan bien. Como si... mmm... ¿Estoy despierta? Sí. Estoy despierta.

Cuando los abro, mis ojos se encandilan un momento a causa del sol que entra por la ventana y creo que lo que me despertó fue un ruido y... ¡Oh!, vaya, tengo un semidiós profundamente dormido encima mío. Semi desnudo. Su pecho sube y baja de forma tranquila mientras su brazo perfecto, de músculos divinamente marcados, envuelve mi cintura. Su cabeza descansa en mi pecho, con su pelo negro revuelto sobre mi camiseta.

Se ve tan lindo con los ojos cerrados y durmiendo plácidamente.

Mierda, de solo recordar lo que hicimos anoche algo se enciende dentro de mí y la sangre se me sube al rostro. ¡¿Por qué hicimos eso?! ¡De día todo parece más terrible! Me quedo muy quieta, por temor a despertarlo si me muevo.

¿Nos habrá visto Sebastián? Miro la espalda desnuda de Mikel y... ¿eso es un tatuaje? Sí, tiene dibujado con tinta negra un relámpago en el omoplato derecho, con unas letras extrañas debajo. ¿Yo le saqué la camiseta? No. Él tenía camiseta anoche, se la debió quitar mientras dormíamos. Ah, sí, claro, porque se la manchó toda con su... Dioses. No puedo creer que hayamos hecho eso.

Intento no moverme y miro de reojo hacia la cama del lado. Está vacía. Entonces escucho el sonido de la ducha y supongo que lo que me despertó fue la puerta del baño cuando Sebastián se levantó.

Sebastián. El chico al que quiero recuperar, mientras... ¿tengo sexo con otro?

Creo que se nos pasó la mano. ¿En qué estaba pensando? Claramente no estaba pensando. Miro el rostro dormido de Mikel;

esos labios carnosos y rosados con los que me besó el cuello y de inmediato un cosquilleo se apodera de mi estómago.

Dioses de la tormenta, la calamidad y... al parecer, el sexo.

Debo escapar de aquí.

ϟ Mikel ϟ

Frío. De pronto tengo frío. O, al menos, frío para mis estándares en que siempre tengo mucho calor. Y hambre. Ey, un momento, ¿estoy solo? Me siento en la cama. El sol de la mañana ilumina la pequeña habitación, las latas de cerveza que dejamos anoche y mi camiseta, tirada en el suelo. De Catalina no hay rastro.

¿En qué momento se fue? La puerta del baño se abre y Sebastián sale vestido, frotándose una toalla en el pelo. Pasea su mirada dorada por el lugar, me observa y entorna los ojos.

—Dormí como la mierda —dice.

Alzo las cejas por costumbre ¿Eso es una acusación? Me da la espalda y empieza a ordenar su mochila.

Me tiro de espaldas sobre la cama, mirando el techo, pero al hacerlo, me llega el olor al pelo de Catalina que aún permanece en la almohada. De inmediato recuerdo su rostro sonrojado mientras la estaba tocando y me excito otra vez. Rayos, eso no es bueno, se supone que tengo que irme a clases.

Me siento de nuevo, resignado, asumiendo que tendré que levantarme y seguir con esta farsa de ser estudiante porque, aunque ya sea abogado, no manejo las materias de derecho de este país y no pueden expulsarme antes de fin de año.

Resoplo, me levanto y empiezo a ponerme de mal humor mientras ordeno mi ropa. ¿Por qué Catalina se fue? Joder, la idea me molesta.

—Ey, Sebastián, ¿Catalina estaba cuando despertaste?

Él se gira hacia mí y me observa un momento.

—No. Creo que se fue durante la noche.

—Ah, vale.

—¿Por qué?

Porque las chicas suelen quedarse en mi cama, no escaparse. Pero no le digo eso y simplemente me encojo de hombros. Me acerco al armario y busco ropa, intentando controlar mi mal humor

porque hay entrenamiento de ese juego idiota y los chicos querían entrenar en la cancha de afuera. No sería bueno que cayera una tormenta y arruinara su panorama, solo porque una chica hace algo tan sin sentido como escaparse durante la noche y enfadarme.

Ya sé que solo estábamos intentando poner celoso a su ex, pero aun así, lo pasamos bien. No tenía por qué arrancarse. Qué fastidio. ¿Acaso hice algo malo?

Resoplo, casi sin darme cuenta.

—¿Sabes, Mikel? No lo tomes personal. Igual es normal. —Sebastián termina de guardar su notebook en la mochila, la cierra, se la cuelga de un hombro y me mira—. Eso pasa cuando duermes con una chica que está enamorado de otro.

Sonríe de esa forma encantadora y detestable que tiene, me da la espalda y abandona la habitación.

♡ Catalina ♡

Me estremezco de frío en la sala de clases. La chica que está al lado mío estornuda. Pobrecilla, igual que yo, lleva un vestido ligero porque hacía un día hermoso en la mañana y, a pesar de eso, de la nada se ha largado a llover. Al menos yo me puse zapatillas y no sandalias como ella. La mayoría del salón protesta por el frío y se quejan de no sé qué paseo. Al parecer, tenían uno planeado a la playa en la tarde y se ha arruinado con esta lluvia repentina.

Lanzo una mirada a mi celular y veo que mi bestie Andrea me envió decenas de mensajes, pero justo entra la profesora de cátedra por lo que dejo a un lado el teléfono, sin mirarlos. La profesora es una mujer joven, de unos treinta y algo, pero se rumorea que es muy estricta y, por las pocas clases que llevo con ella, me consta que puede ser muy dura si se enfada. Prefiero no provocarla mirando el WhatsApp.

Además, esta es una de mis clases favoritas de bachillerato, porque es de leyes. Estoy lista para concentrarme totalmente en esta clase. Ya me tomé mi café de la mañana y guardé bajo diez llaves mentales las cosas que hice anoche con... ¿ah? ¿qué cosas? Ya no las recuerdo. Guar-da-dí-simas.

La profesora empieza a hablar sobre lo importante que es aprender los principios bases del derecho chileno y la puerta trasera del aula se abre. Ella detiene su discurso y cometo el error de girarme a mirar.

Mikel entra despreocupado, con la mochila al hombro y, dios, ¿cómo alguien puede ser tan endemoniadamente sexy? No es su cabello negro que cae húmedo y desordenado sobre esos ojos eléctricos, ni los brazos perfectos que se insinúan bajo la camiseta azul sin mangas, no. Es la manera en que camina, relajado y con una sonrisa confiada en el rostro, como si no hiciera un frío de mierda, como si el salón, el clima y el mundo, fueran todo suyos.

Los pantalones deportivos negros hacen destacar el largo de sus piernas cuando, de unas cuantas zancadas, cruza el salón. Se deja

caer en un asiento al lado contrario de la sala, lejos de donde estoy yo. El aroma a guindas que dejó su paso llega hasta mí y siento un escalofrío.

Okey, las diez llaves y seguros bajo las cuales guardé los recuerdos de anoche, acaban de irse a la mierda. Gemidos, sus labios en mi oído, sus palabras sucias mientras se tocaba en mi espalda y…. Basta, Catalina, stop.

Mikel deja la mochila en el suelo y saca su iPad, que deja sobre la mesa. La profesora carraspea para llamar su atención y él clava sus ojos azules en ella.

—Señor...

—Mikelatz —dice él.

—Señor Mikelatz, no se puede ingresar si he cerrado la puerta de mi cátedra.

Él se pasa una mano por el pelo negro, levantando la parte de adelante.

—Lo siento, señorita —sisea con su acento español y sus labios se curvan hacia un costado en una sonrisa—. No volverá a ocurrir.

La profesora se sonroja, juro que lo hace. ¿Se puede considerar eso acoso estudiantil?

—Ah, es el alumno de intercambio —dice la acosadora, al escuchar su acento—, pues no se preocupe, usted no tenía por qué saberlo. Solo espero que no vuelva a pasar.

Carraspea otra vez y empieza a repetir lo que ya había dicho, porque claro, hay que rebobinar la clase si Mikel se la ha perdido.

Él observa un momento más a la profesora. Cuando ella se concentra en su discurso de nuevo, Mikel se recuesta contra el respaldo del asiento y pasea la mirada por el salón. Nuestras miradas se cruzan un instante, pero sus ojos simplemente siguen de largo. Luego vuelve a poner su atención en la case.

¿Acaba de ignorarme? Apoyo los brazos en la mesita de la clase, escucho lo que está diciendo la profesora, pero no entra en mi

cerebro. La mirada fría y ajena que me acaba de ofrecer el estúpido Fakediós se me ha quedado calada, y no logro quitármela de encima.

Tomo el celular, ignoro los treinta mensajes que tengo pendientes en el chat de mi bestie Andrea y le mando uno a Mikel.

>Catalina: No sabía que compartíamos esta clase.

Pasan los segundos y me vuelvo hacia él. Mikel toma el celular, lo apoya entre la mesa y su abdomen para que no se vea desde donde está la profesora y pasa sus dedos por la pantalla.

Y no responde mi mensaje.

Definitivamente, me está ignorando. Me olvido del frío de la sala mientras algo caliente crece en mi interior y no es para nada ese cálido bueno, sino el cálido malo. Ese que me hace enojar.

Le vuelvo a escribir.

>Catalina: Te estoy hablando, Fakediós.

Pasan unos segundos y luego me llega un mensaje de respuesta.

>Fakediós: Ah, no me había dado cuenta de que estabas en la sala.

>Catalina: Mentira, me miraste.

>Fakediós: ¿Sí?

>Fakediós: Pues, perdona. Eres demasiado enana, seguro no te vi.

¡Idiota! No escribe nada más y cuando miro de reojo veo que sigue paseando los dedos por el celular. ¿Qué tanto está haciendo?

Voy a escribirle otro mensaje. Sé que no debería hacerlo, pero es que siento demasiada rabia de la actitud tonta que está teniendo. Sin embargo, cuando voy a abrir de nuevo su chat, los mensajes de Andrea llaman mi atención, pues ya son demasiados.

Los abro, comienzo a leer y... oh, mierda. Hay unos pantallazos de conversación de ella con Sebastián por Whatsapp.

>Andrea: ¿Cómo que escuchaste todo? De qué estás hablando, Sebaaaa.

>Andrea: La Cata no haría algo así.

>Seba: Te digo que escuché todo.

>Seba: Se corrieron una paja al lado mío, los muy putos.

>Andrea: ¿Estás seguro?

>Seba: Créeme. Segurísimo.

>Andrea: ¡Por qué no te levantaste o algo! ¡Para que pararan!

>Seba: Creo... que no podía.

>Seba: Estaba furioso, Andri, y caliente.

>Andrea: ¿Qué?

>Seba: Escuchaba como la Cata gemía mientras el vasco de mierda le susurraba cosas.

>Seba: Csm, me tenían durísimo.

>Seba: Creo que nunca había estado tan excitado en mi vida.

>Andrea: ¡Eres un imbécil!

Mis ojos recorren los mensajes una y otra vez. El enojo con Mikel se me olvida, reemplazado por una crisis nerviosa. ¿Qué mierda significa esto? No sé qué pensar, ni qué sentir. Leo lo que escribió Sebastián y no logro comprender si es algo bueno o malo. Es una locura.

Entonces, me llega otro mensaje de Whatsapp. De Sebastián.

>Sebaloveofmylife: Hola Cata.

Me escribió. Al fin me escribió y… yo solo quiero morir.

16. Frío, frío, tibio, tibio

♡ Catalina ♡

La clase se me hace una lenta tortura, esperando cada momento a que termine. Con lo que leí en el Whatsapp no pude concentrarme nada.

Pero al fin llega la hora, la profesora abandona la sala y se oyen los murmullos de decenas de alumnos ansiosos por salir al break entre clases. Guardo las cosas en mi mochila y me acerco a Mikel, que se ríe de algo mientras mira su celular, aún desparramado sobre la silla.

Me acerco por detrás y frunzo el ceño al ver la aplicación que tiene abierta.

—¿Tinder? ¿En serio?

Él baja el celular y se gira hacia mí, alzando una ceja. Mikel es tan guapo que con tan solo respirar la mitad de las personas del salón se quedan embobadas mirándolo. Si lo preguntara con una sonrisa, cualquiera aceptaría salir con él. Usar Tinder ya es avaricia de su parte.

—¿Qué pasa? ¿Necesitas algo, Catalina?

Frunzo más el ceño cuando él se levanta, guarda su iPad a la mochila, se la carga al hombro y camina hacia la salida. ¿Qué mierda le pasa? Lo sigo indignada y cuando va a mitad del pasillo, lo tomo de la muñeca.

Él se detiene y baja la mirada hacia mí. Se queda viendo mi mano con la que lo sujeto, como si hubiera algo extraño en ella y luego se voltea hasta quedar frente a mí. Unos cuantos alumnos que caminan por el pasillo se nos quedan mirando.

—¿Qué te pasa, Mikel?

Él alza las cejas otra vez, retira la mano que estoy sujetando y me sonríe. Una sonrisa fría. Sus ojos azules, fríos. Yo me estremezco y afuera suena un trueno.

—Nada, ¿por?

—No seas pendejo, necesito hablar contigo y tú te vas.

Mete las manos al bolsillo y mira a la gente pasar, como aburrido.

—Vale, mándame un mensaje, te respondo más tarde.

Se da media vuelta y sigue caminando. La ira crece dentro de mí como una llamarada en el pecho. Detesto, detesto que me hagan esto.

Camino furiosa detrás de él, pero justo en ese momento, la puerta de un aula se abre de golpe y —obviamente—, me da de lleno en la frente. ¡Aaah! Alguien me empuja y me lanza al suelo.

El dolor palpita en mi cabeza. De repente, me encuentro de espalda y mirando el techo del pasillo, mientras veo estrellitas a mi alrededor. ¿Cuántas veces más terminaré así este año? Parpadeo intentando recuperarme, pero ahora, además, veo una aparición divina sobre mí.

Ah no, solo es el estúpido Fakediós, mirándome preocupado.

—No te muevas —dice y apoya sus manos en mi hombro cuando me trato de levantar. Se gira hacia el chico que me empujó—. Oye gilipollas, ¿por qué no vas a la enfermería a buscar a alguien?

—¿Qué? ¡No! —Me pongo de pie, a pesar de que Mikel intenta que me quede en el suelo.

Sacudo mi vestido y trato de mostrarme lo más digna posible, aunque hay varias personas mirándome y cuchicheando. Genial.

Lanzo una mirada molesta a Mikel y camino por el pasillo, alejándome de él. Ahora solo tengo rabia. Sin embargo, no doy ni cinco pasos cuando siento su mano alrededor de la mía.

—Enana, espera un poco.

Sigo enojada porque me ha ignorado toda la mañana y porque me duele la frente, pero su mano sujetando mis dedos está tibia y

de inmediato algo se ablanda dentro de mí.

Ay, por qué tengo que ser tan fácil.

—Ven un momento. —Mikel tira de mi mano con cuidado y me dejo arrastrar por él hacia otro pasillo.

Está menos iluminado y conduce hacia los baños, donde casi no hay gente. Al lado de unos casilleros empotrados en la pared hay una banca. Mikel me lleva hasta ella y sé que debería irme, por cómo me ha tratado, pero antes de que sea capaz de decidirlo estoy sentada al lado de él.

—¿Estás bien? —Levanta su mano y aparta el pelo de mi frente, acercándose y observando donde me pegué.

Respiro su perfume dulce y es imposible evitar los recuerdos de la noche anterior. Él deja el dorso de su mano apoyada en mi mejilla y cualquier enojo que tuviera con él se termina de esfumar.

—Estoy bien. —Pero no quites tu mano, por favor.

Mikel me observa y yo disfruto del contacto de sus dedos en mi piel. Sí, ya sé que estamos fingiendo para sacarle celos a mi ex, pero no puedo evitarlo. Después de cómo me tocó ayer, mi cuerpo desea que lo haga otra vez.

¿Y cuál es el problema?. No tengo por qué sentir que estoy traicionando a Sebastián, él ya no es mi novio. Además, el sexo es sexo y... el amor es amor.

Ja, puedo separar las cosas.

—Deberías ser más cuidadosa, ese golpe pudo ser muy feo.

—Que estoy bien.

Mikel retira su mano de mi rostro y entorna los ojos

—Bueno, si estás bien... ¿Qué tanto querías decirme, Catalina?

Ahí está, esa frialdad otra vez. Suspiro, frustrada y me froto los brazos con las manos.

—Sebastián sabe lo que hicimos —murmuro—. Nos escuchó anoche, todo.

Mikel parece un momento pensativo y luego se pasa una mano por el pelo negro, dejándolo más desordenado.

—¿En serio? Eso explica lo gilipollas que estaba esta mañana —comenta, mirando hacia el pasillo—. Tenía un humor de la hostia.

Y aunque se supone que lo busqué para hablar de Sebastián, mi boca decide preguntar otra cosa.

—¿Y por qué estás de mal humor tú?

Él baja la mirada hacia mí y me observa, como si buscara la respuesta de algo en mi rostro. Intento apartar los recuerdos que esa mirada azul me trae, pero, dioses... ¿cómo se supone que lo haga? Estar aquí a su lado y sentir su olor dulce hace que quiera salir corriendo otra vez y, al mismo tiempo, arrojarme sobre él. ¿Qué mierda me pasa?

—¿De mal humor? —Mikel tuerce los labios—. ¿Quién te dice que lo estoy?

La tormenta de mierda que hay afuera, tal vez.

—Me has evitado desde que llegaste a la clase.

—Creí que eso querías. ¿No te escabulliste como ninja en la noche por eso?

¿Qué? ¿De eso se trata toda esta pataleta que está haciendo? ¡No puedo creerlo!

—¡No me escabullí durante la noche! Dormí toda la noche contigo...

—Ah, ¿de verdad? —dice y frunce el ceño. Parece confundido—, ¿dormiste conmigo?

—Sí...

—Qué raro. —Entorna los ojos—. Porque desperté frío y abandonado.

—¿Abandonado? —No puedo evitarlo y se me escapa una carcajada—. ¡Qué exagerado! Además, ¿qué te importa si me voy o no? Estábamos fingiendo, que no se te olvide, Fakediós.

Mikel ladea el rostro, penetrándome con su mirada y un escalofrío recorre mi espalda.

—Puede que estuvieras fingiendo, enana pervertida, pero lo haces muy bien. —Se inclina hacia mí, apoya una mano en la banca y su rostro queda frente al mío.—. Y fingiendo o no, no me gusta que ninguna chica me abandone por la mañana.

—No te... no te abandoné —tartamudeo, intentando no mirar esos labios carnosos que están a pocos centímetros. Mierda. Trago con fuerza y miro sus ojos otra vez—. Estás exagerando.

—Yo creo que la exagerada eres tú —dice y alza una ceja—, que anoche gemías como si te estuviera follando, cuando con suerte te toqué...

Sonríe de forma maliciosa y la sangre se me sube a la cabeza.

—No era mi inten...

—Me rogabas que te follara —interrumpe—, ¿y luego te escabulliste como una delincuente? Eso no se hace. Al menos, a mí no.

Baja la vista hacia mis labios, y los suyos están tan cerca, que me estremezco de solo imaginarlos en mi piel.

—Está bien —murmuro, mirando su boca—. No lo haré de nuevo.

—¿Qué cosa? —Su sonrisa me desarma, mientras con su otra mano sujeta mi mentón—. ¿Escabullirte? ¿O rogarme que te folle?

—¡Escabullirme! O sea... —digo, negando con la cabeza—, lo otro tampoco.

Él arquea las cejas.

—¿Segura?

Contengo el aliento. No estoy para nada segura.

—Sebastián me invitó al cine —digo, de forma atropellada, intentando cambiar el tema.

Mikel parece confundido y se aparta un poco, soltándome. Yo me estremezco otra vez, no sé si por el frío que hace aquí dentro o por el alivio de que se haya alejado.

—Supongo que eso es bueno —dice y se encoge de hombros—, dile que no.

—Pero...

—Es obvio que le puso mucho lo de anoche. Eso explica lo odioso que fue en la mañana conmigo, supongo que también le molestó en su orgullo. Pero, no es suficiente, Catalina. Necesitas más que eso, debes torturarlo.

Lo miro pensativa un momento, pero luego suspiro.

—Bueno, supongo que tienes razón.

—Claro, yo siempre tengo razón —dice Mikel y curva sus labios en una sonrisa.

Dos estudiantes pasan por nuestro lado y espero a que se metan al baño antes de hablar.

—Entonces, ¿estamos bien? Recuerda que prometiste hacer mi trabajo.

—Estamos bien. Y recuerda que tú prometiste enviarme esas fotos.

Mikel se pone de pie y yo también.

—¡Nunca prometí eso!

—Ah, ¿no? —Ladea la cabeza—. Tal vez me confundí. Gemías tanto que no te oía bien.

—¡Deja de decir eso! —Me pongo roja y le doy un golpe en el pecho.

Él toma mi muñeca y me observa divertido.

—Bueno, enana, pero no tienes que buscar excusas para tocarme.

Yo quito mi mano y me alejo.

—Veo que ya se te ha pasado el mal humor.

—¿Cómo no? —dice y alza las cejas—, ya me rogaste perdón.

—¿Puedes hacer que se vaya esta tormenta de mierda, entonces?

—Pues... no —dice riendo—. Yo solo las invoco, el inútil que se las lleva es mi hermano... Y está muy lejos. Y créeme, es mejor así. Nadie lo quiere cerca.

A mí me suena como que el inútil es él, y el hermano es el útil. Salvo cuando se trata de sexo, claro. Pero no digo nada.

Mikel me mira un momento y luego abre su mochila, saca una chaqueta negra y me la pasa.

—Es todo lo que puedo hacer.

Yo la acepto y me la pongo. Me queda enorme, pero está calentita. Y huele rico.

Mikel toma su celular, desliza los dedos por la pantalla y maldice.

—Lo siento, pero debo irme.

—¿A dónde? ¿No ibas a ayudarme con mi trabajo?

—Mañana, o la otra semana. Tenemos tiempo. —Cierra su mochila y se la cuelga del hombro—. Ahora estoy atrasado, voy a salir con Esteban. ¿Qué? No me mires así. ¿Cuál es tu problema?

Cruzo los brazos, abrigándome con su chaqueta.

—Eres un promiscuo.

Mikel suelta una carcajada, estira su mano y acaricia mi mejilla.

—Qué exagerada. Además, ¿qué te importa si soy promiscuo o no? —dice el maldito, repitiendo lo que yo dije antes—. Estábamos fingiendo, que no se te olvide, enana.

Se da media vuelta y me deja aquí plantada, respirando el olor dulce de su tormentosa chaqueta.

17. Predicciones

♡ Catalina ♡

Ha pasado una semana y empiezo a tomarle el ritmo a esto de estudiar. Hacer trabajos sobre derecho puede ser muy interesante. Son especialmente interesantes cuando tienes a un semidiós sentado al lado tuyo, haciéndolo por ti y explicándote con la esperanza de que aprendas algo.

Y he aprendido muchas cosas. Por ejemplo, que el cuerpo de Mikel siempre despide calor y por eso suele llevar camisetas sin mangas, como la de color gris que tiene puesta ahora. Si usa chaquetas, solo es para aparentar, porque no las necesita, aunque haga frío. Tal vez por eso aún no me pide que le devuelva la que me prestó el otro día.

También he aprendido que su cabello negro es porfiado y aunque insiste en pasarse la mano para el lado derecho, se levanta hacia el izquierdo.

También, que sus ojos azules se ven casi normales a la luz del día, pero brillan como relámpagos en la oscuridad. Aunque, desde esa noche que dormimos juntos, no he vuelto a estar con él en la oscuridad.

Sin embargo, almorzamos casi todos los días y estudiamos en la biblioteca para que Sebastián vea que pasamos tiempo juntos. Aunque Mikel insiste que tampoco debe parecer que tenemos algo serio, que Sebastián debe creer que aún estoy disponible o podría desalentarse.

Suspiro cansada y dejo caer mi cabeza sobre el libro, en la sala de estudio de la biblioteca donde estamos los dos encerrados. Estudiar y recuperar el amor de tu vida, al mismo tiempo, puede ser agotador.

Mikel frunce el ceño y baja la mirada hacia mí.

—Aún no terminamos.

—Sí, sí, señor maniático del estudio.

—Agradece que es una materia entretenida. —Mikel apoya la mano en el manual de derecho administrativo y lo mira pensativo—. Joder, admito que pensé que solo tendría que fingir para cumplir ese estúpido deseo tuyo, pero aprender estas cosas ha sido interesante. Me van a servir mogollón para mi trabajo.

También he aprendido, que aunque Mikel hace como que nada le interesa, le encanta su profesión. El derecho parece algo apasionante en sus ojos azules, que se iluminan cuando me explica algo que él encuentra interesante. Es tierno ver que una materia tan aburrida como esta, a él, le parezca genial.

—¿Y de qué te sirve aprender esto para tu trabajo? —Levanto la cabeza y apoyo los codos en la mesa, mirándolo—. Si mi deseo se cumple, ¿acaso no vas a convertirte en un dios?

Él se ríe.

—Ya te dije, somos dioses, no magos. —Levanta una de sus manos y mueve los dedos en el aire—. No hacemos magia. O no de esa clase. ¿De dónde crees que sale el dinero? Hay que currar en algo.

—¿Y de qué sirven sus habilidades dioses, entonces?

Alza una ceja.

—¿Quieres que te lo recuerde, enana pervertida?

—Qué tonto —murmuro, evadiendo su mirada e intentando no ponerme roja.

No quiero pensar en... esas habilidades. Ya es difícil no hacerlo cuando su olor a guindas me acosa de forma constante, como para que además me lo esté continuamente ofreciendo, aunque sea en broma.

Supongo.

Mikel sonríe con suficiencia y vuelve a tomar notas en el cuaderno. En pocos segundos, siento curiosidad otra vez.

—¿Y para qué quieres ser un dios? Si tienen que trabajar de todas formas...

Mikel juega con el lápiz entre los dedos y me mira de nuevo.

—¿Ser inmortal te parece poco? Además, hay algo más —murmura y su semblante se vuelve pensativo. Yo me inclino hacia él para escuchar mejor—. Los dioses viven en un lugar asombroso. En...

Se detiene y frunce el ceño, observándome.

—¿Viven dónde? —pregunto, terriblemente intrigada.

—Ahora que lo pienso, no sé si puedo decirte estas cosas.

—¡No puedes dejarme así!

Mikel abre la boca para decir algo, pero su celular vibra sobre la mesa, interrumpiéndolo. Cuando sus ojos se posan en la pantalla su cuerpo se tensa de inmediato. Toma el celular mientras me hace una seña, poniendo el dedo índice en sus labios, pidiéndome silencio.

Acerca a su oreja el celular que sigue vibrando y contesta.

—Ya era hora que llamaras. —Espera a lo que sea que le responden del otro lado, mientras me mira—. Sí, mejor de lo que pensaba, aita. ¿Qué? ¿Mi clienta? No. Esa es peor de lo que pensaba.

¿Aita? ¿Está hablando con su papá? ¡Oh, oh, mierda! ¡Está hablando con un dios! ¡Está hablando por celular con un dios!

Mikel dice algunas cosas que no me hacen sentido y luego tuerce los labios, molesto.

—Pero, aita, dijiste que esta misión de mierda serían como unas vacaciones, que no tendría que trabajar y... Ya, sí. No, no se lo envíes a ese idiota. ¿Ah? ¿En serio? ¿Estás seguro? —Sus labios titubean en una media sonrisa—. Bai, claro. Venga, ya lo hago. Qué va, en ese caso no, no habrá problemas.

Corta la llamada y mira el celular muy serio. Yo no aguanto los nervios y tomo su muñeca, para llamar su atención.

—¿Qué? ¿Qué pasó? ¿Era el dios de verdad?

Mikel asiente y me mira, sus ojos azules parecen confundidos.

—Supongo que son buenas noticias —murmura y se pasa la mano otra vez por el pelo—, aunque extrañas. Me felicitó, dijo que lo estaba haciendo muy bien, con lo de tu deseo.

—¿Ah sí? ¡Pero hoy vi a Sebastián almorzando con Verónica! Y Fernanda me dijo que habían salido varias veces esta semana.

—Mmm, ¿tal vez quiere hacerte creer que no le importas? No lo sé, la verdad a mí también me pareció extraño. Pero sus Sorginak le dijeron que ya se estaba produciendo un cambio. Aseguraron que... tu deseo se cumplirá antes de que acabe el año. Hostia, eso son unos meses más.

Algo en mi pecho se revuelve, emocionada. ¿Tendrán razón esas...?

—¿Sorginak?

—Son como brujas.

—Ya sé lo que son, mi abuela es vasca. Lo que no entiendo es qué tienen que ver con tu papá.

—Unas cuantas trabajan para él y jamás se equivocan —dice Mikel, deja el celular en la mesa y me observa—. ¿Qué sucede? No pareces tan contenta como deberías.

Doy un respingo y aparto la mirada.

—Unos meses, podría ser a fin de año. Es mucho tiempo, puede pasar cualquier cosa

—Claro, no hay que confiarse —murmura Mikel.

Guardamos silencio, mientras afuera de nuestro cubículo pasan un par de estudiantes cargando libros. Más allá, se ven otros tantos estudiando en las mesas comunes.

Mikel parece sumido en sus pensamientos.

—¿Por qué en algún momento parecías molesto?

—Ah, eso es otra cosa. —Mikel resopla y apoya el brazo en la mesa, observándome—. Quiere que revise un contrato para ver si me parece bien, y pues, los contratos de mi padre son horrorosos de

largos y tediosos. Se suponía que no me haría trabajar en eso mientras estoy aquí... pero bueno, le dije que lo envíe de todas formas. Supongo que si puede fastidiarme lo hará.

En ese momento, suena su iPad que está sobre la mesa.

—Ese debe ser el contrato —dice de mal humor.

Toma el iPad y abre la carcasa. Yo me acerco para mirar también. Los dedos de Mikel se deslizan por la pantalla, abriendo el correo electrónico. Está repleto de mensajes y abre el más reciente. En él, hay un archivo que dice "Contrato Mikelatz". Pulsa con el dedo y el contrato se abre en un documento Word.

—Hostia puta —dice con voz ronca.

El iPad se le cae de las manos y queda hacia arriba sobre la mesa. Mis ojos se posan en el enorme título que hay en el centro de la pantalla y ahogo una exclamación.

"CONTRATO DE ACEPTACIÓN DE DIVINIDAD,
MIKELATZ EKAITZ"

18. La chaqueta, parte 1

ϟ Mikel ϟ

Me mojo la cara en el baño del local, creo que se me pasó la mano con las cervezas. La música suena suave más allá, donde los chicos comen chorrillana y beben. Se supone que vinimos a celebrar un partido de basquet que ganaron y yo también debería estar haciéndolo. Hostias, al fin tengo ese contrato en mis manos y es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Celebrar es lo mínimo que puedo hacer.

Pero algo me tiene inquieto. El contrato es un gran paso, sin dudas. Significa que mi aita está hablando en serio con lo de convertirme en un dios. Sin embargo... no me convertiré en un dios solo por firmarlo. Solo quiere decir que acepto las condiciones y que cuando me convierta, no habrá vuelta atrás. A pesar de eso, si fallamos con el deseo de Catalina, incluso si he firmado el contrato, no seré un dios. Y por mucho que las Sorginak hayan auspiciado que el deseo se está cumpliendo, no me siento seguro.

El móvil en el bolsillo de mis jeans vibra. Lo cojo y veo mensajes de Catalina.

>Enana: ¡Yapooooooooo!

>Enana: ¡Déjame ver ese contrato! ¡Fakediós!

Ya le dije que no pensaba mostrárselo a una humana. Es un contrato de dioses. ¿Cómo puede ser tan insistente? Luego recuerdo que estoy aquí precisamente por el deseo que pidió, porque ser insistente es la esencia de su vida.

>Mikel: Deja de insistir.

>Enana: ¡Por favor!

>Mikel: Mándame esas fotos y te lo muestro.

>Enana: ¬¬!

Me mojo un poco el pelo, porque en este local hace mucho calor. Saco papel para secarme las manos y el celular vibra de nuevo.

>Enana: ¿Estás en el campus?

>Enana: ¿Por qué no vienes? En verdad quiero ver ese contrato.

Suspiro. Catalina tiene serios problemas con la obstinación.

>Mikel: Mañana hablamos, enana.

>Mikel: Voy a salir con Esteban.

>Enana: ¿Otra vez vas a salir con él?

>Mikel: Agur[8]!

Guardo el móvil que no vuelve a vibrar, abro la puerta y apenas salgo del baño me encuentro con Esteban en el pasillo. Él se acerca, se pone detrás de mí y me rodea el abdomen con los brazos.

—Estabas demorando demasiado —murmura y siento sus labios debajo de mi oreja—. ¿Mucha cerveza?

Me da unos besos cariñosos en el cuello y se siente bien. Sin embargo, luego me da otro en la mejilla y otro cerca de los labios y... ahí es donde yo me aparto.

Esteban resopla y se pasa una mano por sus rizos rojizos, mientras yo descanso la espalda en la pared, mirando hacia el bar donde los muchachos del equipo se ríen de algo.

Esteban se apoya también en la pared, junto a mí.

—¿Cuál es tu problema Mikel? Entendería que no quieras besarme en público, pero tampoco en privado. Y No. No empieces de nuevo con eso de "me volveré a Euskadi a fin de año, no quiero una relación". Es un puto beso, no un anillo de matrimonio.

—Sin besos, te dije.

Resopla de nuevo y se encoge de hombros.

—Como quieras —dice malhumorado.

¿Por qué la gente siempre quiere más? Ignoro su actitud taimada y me acerco al sector de la barra donde están los demás. En este momento se ríen y Camilo, uno de los pivots del equipo, me ofrece una cerveza. La acepto y me siento en una silla en la barra, entre él y otro muchacho. Esteban se va a los sillones a conversar con otros amigos.

—El Seba te va a matar por esta weá, Camilo culiao —dice riendo otro de los chicos, cuyo nombre no recuerdo—. Vas a arruinar la salida a la playa. Parece que este va a ser el último fin de semana de calor en el año. ¿Pa que invitai a la Vero? No weí con esta weá.

Doy un sorbo a mi cerveza y escucho lo que hablan.

No weí con esta weá.

Tengo que concentrarme. A veces no entiendo el chileno, coño. Y todo lo que tenga que ver con Sebastián, obviamente por la misión, es de mi interés.

¿En este contexto *weí* es bueno o malo? Ya, malo, seguro. Y ¿con *weá* se refiere al tema o a Verónica? Joder. ¿Por qué usan la misma puta palabra para decir cosas distintas?

—Oye Matías cálmate. La Vero es de las nuestras —murmura Camilo, inclinándose en la barra para hablar—. Por mucho que Seba ande caliente de nuevo con su ex, yo no voy a hacerle eso a la Vero.

Casi me atraganto con la cerveza y Camilo me da unas palmadas en la espalda cuando toso.

—Vale, he bebido muy rápido —miento.

—Igual, te digo… —Matías apunta a Camilo con la boca de su botella de cerveza, como si fuera un arma—. El Seba invitó a la Cata, le vas a cagar toda la onda si invitas a la Vero.

—La Vero es del equipo —repite Camilo—, no me voy a retractar. No hay paseo a ningún lado si no va ella.

—¿De qué paseo habláis, tíos? —pregunto, intentando ponerme al día.

—Todos los semestres hacemos un paseo a una playa virgen entre los cerros. —La sonrisa de Camilo se ensancha insinuando muchas cosas sobre ese paseo—. Antes de que termine el calor. Tocaba la semana pasada, pero esta tormenta de mierda la arruinó y se corrió para este finde semana. Creí que te habían avisado weón, obvio que tienes que ir.

—Ajá, me muero por ir.

Ellos siguen hablando, pero no les presto atención. Es raro que Catalina supiera de esto y no me haya dicho nada. Me siento cabreado y creo que es mejor irme de aquí. Después de todo, iba a salir con Esteban.

Me levanto, pero un comentario de Matías atrae mi atención.

—Con estas fotos, no me extraña que el Seba esté dudando entre ella y la Vero. —Suelta un silbido—. ¿Qué hace el idiota de Sebastián para que chicas así babeen por él?

—Ser más lindo que tú po weón —dice riendo Camilo—, y ser capitán del equipo.

—A mi la Cata me parece más bien normalita —comenta otro.

Me giro hacia ellos. Están los dos inclinados sobre la barra mirando el móvil de Matías.

—¿De que estáis hablando, tíos?

Matías me hace una seña para que me acerque, me inclino sobre su hombro y veo algo que definitivamente no me esperaba. Una foto... sensual. Muy sensual.

Y no es ninguna de las que vi el otro día cuando le quité su móvil, sino una nueva.

En el Instagram de Catalina se ve una imagen que acaba de subir a historias "solo para amigos". Está de espaldas y mirando hacia la cámara por sobre su hombro. Desnuda. Más que en las fotos que ya había visto. El cabello castaño está recogido hacia adelante y se ven las curvas de su cintura hasta donde inicia su trasero, mostrando un poco más de lo casual, pero no tanto para llegar a ser escandaloso.

Lo escandaloso, es que al estar un poco de costado, se ve la esfera inferior de uno de sus pechos bajo la chaqueta negra con la que se está cubriendo la parte delantera del cuerpo.

Mi chaqueta.

Respiro profundo, muy profundo. De pronto, me siento furioso.

¿Por qué? No tengo puta idea. Solo sé que esa jodida foto, con mi jodida chaqueta, me molesta.

Intento calmarme, no quiero traer una tormenta de nuevo y arruinar por segunda vez el panorama de los chicos. Pero no logro quitarme de la cabeza la imagen que acabo de ver.

¡Hostias! O traigo una puta Tormenta o voy donde Catalina.

Opto por la segunda opción.

19. La chaqueta, parte 2

♡ Catalina ♡

Estoy enojada. A veces me pasa, que estoy furiosa con algo y no tengo idea con qué. Es como si hubiera dentro de mi pecho una chispa malvada que no me deja en paz.

Y cuando estoy enojada suelo hacer estupideces. Pero bueno, ya lo hice. Subí la maldita foto y volví a vestirme. Sin embargo, en vez de guardar la chaqueta de Mikel, me la pongo y me abrigo con ella. Ha pasado una semana desde que me la pasó, pero su olor a guinda sigue impregnado en su ropa, como si fuera algo mágico.

Me siento en la cama, esperando calmar mi mal humor. Hace unas horas salí a tomar una cerveza con Fernanda y las chicas de las Palmas Negras, pero no hizo más que empeorar mi estado de ánimo. Escuchar a Verónica hablar de lo buena que es haciendo sexo oral hizo desastres en mi imaginación, pensándola a ella con Sebastián. Y ni siquiera puedo enojarme con ella ¡porque la maldita es simpática!

La que sí es detestable es la amiga esa que tiene, Daniela. Es insoportable y desde la fiesta en la mansión de las Palmas insiste que se va a meter en la cama de Mikel. Creí que se le habría pasado, pero al parecer Mikel cometió el error de rechazarla de manera brusca y eso hizo que se le enterrara bien profundo en la cabeza, de forma obsesiva. Y no es que me caiga mal porque le gusta Mikel. ¡A cualquiera le puede gustar Mikel! Es la forma en que habla de él como si fuera una especie de reto, un trofeo. Dan ganas de golpearla.

Resoplo, frustrada. Todos lo están pasando bien, soy la única idiota encerrada en su habitación porque no sé controlar mi mal humor. Intento apartar de mi mente la imagen de Mikel en su cita con Esteban que se pasa por mi cabeza desde que me respondió el mensaje por celular. Pfff, Daniela obsesionada con él, y él anda en una cita con un chico.

—¿Catalina?

Doy un brinco cuando alguien golpea la puerta. Esa voz...

Me levanto y siento los nervios apretando mi estómago. Sin embargo, me aferro a la chaqueta de Mikel e inspiro su aroma para darme valor. Para no ser una tonta como suelo ser. Para cumplir la promesa que le hice, de mantenerme firma con Sebastián.

Abro la puerta y levanto el rostro hacia esos ojos dorados con los que tantas noches soñé.

—Hola, Seba.

ϟ Mikel ϟ

Lo bueno de que el campus esté algo alejado del centro de Valparaíso es que los veinte minutos, que me ha tomado caminar hacia el área de las residencias, ha hecho que se me calme un poco el enojo.

Hostias, qué inmadura es Catalina. Sospecho un poco por qué hizo esa foto; es probable que fuera para fastidiar a Sebastián. Pero, ¿por qué coño tenía que hacerlo con mi chaqueta? Por alguna razón, eso me enfurece.

Es *mi* chaqueta.

Entro al campus, cruzo el jardín y camino por el pasillo que lleva a la habitación de Catalina, tranquilo, intentando calmar mi mal temperamento. Me cruzo con estudiantes que conversan y se preparan para el fin de semana, que como ha dicho Matías, podría ser el último con clima de verano.

Me acerco a la puerta de mi odiosa clienta, pero, poco antes de llegar, se abre y Sebastián sale de la habitación. Me detengo y lo observo mientras él pasa por mi lado. Levanta la mano como saludo, me sonríe y sigue de largo, alejándose.

¿Qué habrán estado haciendo? La idea de imaginar a Sebastián quitándole *mi* chaqueta a Catalina de pronto me parece detestable.

Espero a que desaparezca por el pasillo y empujo con cuidado la puerta que está semi abierta. Es primera vez que entro a su habitación y observo desde el umbral, preparado para decirle que me devuelva mi chaqueta y largarme.

Pero Catalina está sentada en el borde de la cama, mirando sus manos, el cabello castaño cayendo delante de sus hombros. Lleva un vestido lila, suelto y con flores que cubre la parte superior de sus muslos, y unos botines.

Tal vez ya no está desnuda como en la foto que se tomó hace un rato, pero sigue con mi chaqueta. Eso hace que me enoje otra vez.

—¿Catalina?

Ella da un respingo, como si recién notara que estoy aquí y se pone de pie, sorprendida.

—Mikel, ¿qué haces acá?

—¿Puedo pasar?

Frunce el ceño.

—Como si hubieras preguntado la primera vez.

Supongo que se refiere a cuando la asusté en el hospital. Si no estuviera enojado, me causaría gracia. Cierro la puerta a mi espalda y camino hacia ella. Quisiera preguntarle por qué mierda se sacó esa foto con mi ropa, pero parece preocupada.

Bueno, quizás puedo primero averiguar qué le pasa y luego decirle que me devuelva mi chaqueta, que no es para hacer fotos porno para otros chicos.

Llego junto a ella, pero Catalina observa el suelo frunciendo el ceño y evita mi mirada. ¿Qué le ocurre? Algo se remueve dentro de mí al pensar en las opciones que la pueden tener así; todas relacionadas con Sebastián.

Hostias, ¿en qué momento me involucré de manera tan personal en esto? Al principio me parecía una chavala con su deseo estúpido y deseaba que ojalá se solucionara pronto. Ahora, me sigue pareciendo un deseo estúpido, pero no me hace gracia verla así.

Paso por su lado y me siento en la cama, apoyando la espalda en la pared. Ella alza las cejas.

—¿Pides permiso para entrar, pero no para tirarte en mi cama? —Frunce el ceño, de pie frente a mí—. ¿Y tu cita con Esteban?

—La arruinaste.

Aunque de todas formas iba a arruinarse en algún momento. Ya quedó claro que Esteban no es de los que llevan bien el sexo casual.

—¿Y a ti qué te pasa? —Estiro mi brazo, tiro de su mano y ella cae sentada en la cama, a mi lado.

—Bueno... —Se arregla un poco el vestido que se ha levantado sobre sus piernas y pasea su mirada por la habitación, evitando la

mía—. Sebastián vino a decirme algunas cosas. No me lo esperaba.

¿Por qué me miente? Es obvio que lo esperaba. Subió esa foto mostrando el suficiente cuerpo para que cualquier ex con el que se besuqueó hace pocos días se ponga celoso. Es evidente que lo hizo para que Sebastián viniera tras ella.

—Vi tu foto. Bonito trasero.

Da otro respingo y, por primera vez desde que llegué, me mira a los ojos. Y se sonroja como el sol de la tarde que está entrando por la ventana. Aparto mi espalda de la pared, sentándome derecho y quedo más cerca de Catalina.

Ella desvía la mirada de nuevo. ¿Qué la tiene tan nerviosa? Vale, sí sé que tuvimos sexo hace una semana, pero hemos pasado muchos días juntos desde eso y jamás la vi incómoda. No tanto.

Algo no me está contando y lo único que se me ocurre...

—En la foto estabas desnuda. ¿Te vestiste antes o después de que llegara Sebastián?

Clava en mí sus ojos color miel, que destellan furiosos.

—¡Eres un imbécil, Mikel! —Hace ademán de ponerse de pie, pero yo la sujeto del brazo y tiro hacia mí—. ¡Suéltame!

—No. ¿Por qué te molesta tanto mi pregunta? Sabes que eres fácil cuando...

—¡Te dije que no iba a volver a meterme con Sebastián y...! —Me mira indignada—. ¿Qué dijiste?

Se suelta de mi brazo y se pone de pie. Ahora sí que está furiosa. No sé qué diablos le pasa, pero respira agitada y, mierda, sus ojos se ponen llorosos.

Nunca la había visto así. No quería hacerla llorar. Me levanto rápido y me pongo frente a ella, para que no pueda escaparse, como pretendía hacer.

—Cálmate, no era para tanto.

—¿No es para tanto? —Sube y baja sus manos, frustrada—. ¿Crees que puedes decirme que soy fácil solo porque...? —le tiembla

voz y me mira con los ojos al borde de las lágrimas—. ¡No porque haya hecho eso contigo la otra noche es que voy a hacerlo con todos! Eso no te da derecho ahora a tratarme de fácil.

Intenta pasar por mi lado, pero ya lo sujeto de la cintura y la empujo hacia la cama. Ella cae sentada en el colchón y me siento a su lado, sujetándola de la muñeca para que no se pare otra vez.

—Suél...

—Espera, coño. ¿Puedes calmarte?

—¡No!

—No quise decir eso.

—¡Fue lo que dijiste!

—¡Porque me interrumpiste!

Me mira y aprieta los labios. ¿Es que no se puede calmar? Estiro mi mano hacia su rostro despacio, temiendo que reaccione mal otra vez. Pero ella no se aparta y se estremece cuando mis dedos tocan su piel y, tormentas, me encanta que reaccione así al roce de mis dedos.

—Enana, me refería a que eres fácil cuando se trata de Sebastián. ¿Estás enamorada de él o no?

Sus ojos observan los míos y guarda silencio, apretando los labios, como si aún estuviera muy enojada.

—A eso me refería, nada más —continúo—. Sé que no eres fácil. Si lo fueras, créeme, esa noche, habrías perdido conmigo la poca virginidad que te queda.

Parpadea y sostiene mi mirada, como si intentara descubrir si estoy jugando con ella o no.

Y bueno, no estoy jugando. No tanto. De verdad esa noche me la quería follar.

—Y si fuera fácil, ¿qué? Tampoco tendría por qué ser ningún problema —dice y no la entiendo. ¿La ofende ser fácil o no la ofende?

—Ya.

No digo nada más, porque esto no se trata de lógica. Algo la tiene afectada y no tengo idea que es. Ella baja vista al suelo, frotándose lo brazos cubiertos por las mangas negras que le quedan anchas y largas. Por un momento, recuerdo la foto que subió esa tarde, desnuda con nada más que mi chaqueta, y me dan ganas de quitarle ese estúpido vestido que tiene ahora.

Rayos, eso es lo que pasa cuando tienes sexo con tus clientes.

Aparto ese tipo de pensamientos, porque está muy enojada y aún no sé por qué. Lo que dije no la habría alterado tanto en otro momento; seguro algo le dijo su ex.

—¿Qué ocurrió con Sebastián?

Afuera, el día se va acabando y casi no queda luz.

—Vino a invitarme a un paseo a la playa el fin de semana —murmura, mirando los puños de mi chaqueta en sus manos—. Yo le pregunté que por qué me invitaba, si sigue con Verónica tonteando y dijo que... que no tiene nada con ella en este momento.

—Eso es bueno, ¿no?

—Dijo que está confundido. Que no quiere mentirme y decirme cosas lindas, que está hecho un lío porque iba bien con ella hasta que volví yo y que... —suspira exasperada—, dice que quiere pasar más tiempo conmigo y aclarar sus ideas. Sin compromisos. Que pasáramos el fin de semana con los chicos en la playa.

Supongo que lo que la puso sensible fue la estúpida sinceridad de Sebastián. Si no fuera porque de eso depende que me convierta en un dios, a veces desearía que lo mandara a la mierda.

—Los chicos invitaron a Verónica —le advierto—. También irá a la playa.

Catalina se encoge de hombros y se aparta un mechón de cabello de la frente.

—Supongo que no puedo hacer nada con eso —suspira otra vez —. Ella es tan linda y simpática, ¿cómo voy a pasar tiempo con Sebastián si Verónica está ahí?

A mí no me parece ni tan linda ni tan simpática como insiste Catalina, pero no la contradigo. Supongo que son gustos. Miro un momento por la ventana donde el jardín se ha oscurecido y pienso en las opciones. Catalina estira el brazo, enciende la lámpara de la mesita de noche y luego vuelve a sentarse a mi lado.

—Bueno, ya sabes que nadie se puede resistir a mis encantos —sugiero—, puedes apostar a que soy perfectamente capaz de distraerla para que pases tiempo con tu ex.

Catalina se pone tensa y alza la mirada hacia mí

—¿Qué dices? —Frunce el ceño—. ¿Distraerla? ¿Cómo?

—Sabes cómo.

—No.

—¿No? Es la mejor idea para apartar a la chica de...

—¿Puedes parar? ¿Por qué tu sugerencia para todo tiene que ser coquetear con alguien?

Me encojo de hombros. Supongo que se me da bien y ya. ¿Cuál es el problema?

—Verónica no va a salir contigo, Mikel. Dani se muere por tirarse encima tuyo y Verónica no se meterá con el chico que le interesa a su mejor amiga.

—En ese caso, puedo sugerirle a Verónica que saldré con Dani, pero que no la conozco, que solo lo haré si salimos en grupo el fin de semana. Seguro que si es tan buena amiga se quedará aquí en vez de ir a la playa...

—¿Y vas salir con esa odiosa de Daniela?

—No me voy a morir.

—No me parece buena idea. Tus ideas son pésimas, esa chica me cae pésimo.

—¿Y qué? —digo riendo—. Soy yo el que va a flirtear con ella no tú.

Me lanza una mirada hastiada y yo guardo silencio, observándola. Aún parece enojada, pero ya ni siquiera sé con qué o con quién. Se

cruza de brazos y se ve muy graciosa con el ceño fruncido y con mi chaqueta que le queda tan grande.

—¿Por qué viniste, Mikel?

Ah, cierto. Verdad que estoy enojado.

—No me gustó que usaras mi chaqueta para sacarte una foto sexy.

Ahora que lo digo en voz alta, suena bastante idiota haberme enojado por eso.

Ella parece sorprendida. Parpadea mirándome a los ojos, como si no entendiera lo que acabo de decir.

—¿Sexy? —Frunce el ceño y aparta la mirada—. Es extraño —dice pensativa—, pero siempre he creído que el único que me ve de esa forma es Sebastián. Él... fue el primer hombre que me encontró sexy.

Suelto una carcajada y ella me mira enojada.

—¡No es chistoso!

—Sí lo es. Es obvio que no fue el primero, ni el único. Si hubieras visto la cara de gilipollas de Matías hoy cuando ha visto tu foto… —Me inclino hacia ella y Catalina se echa hacia atrás, apartándose—. Eres una enana sexy y lo sabes. No te hagas. Por eso te tomaste esa foto, para que Sebastián viniera sabiendo que estabas sola.

Ella me mira a los ojos, en silencio.

—En realidad no —murmura y aparta la mirada—, no esperaba que Sebastián viniera.

Resoplo. Sí, como si fuera a creerle. Como si no fuera evidente que se puso mi chaqueta para que... Un momento. De cualquier cosa que pudo elegir, se puso *mi* chaqueta.

¿Será...?

Entorno los ojos, estudiándola. Ella se da cuenta y aparta la mirada otra vez, de esa forma que ha hecho desde que llegué. De pronto, está roja de nuevo, como si la hubiera pillado haciendo algo malo.

Porque, dioses, la he pillado.

—Serás gilipollas —murmuro, mientras una sensación agradable crece en mi interior.

Y debajo de mis jeans.

Hace ademán de pararse, pero no, está loca si cree que se va a escapar de esta. La tomo del brazo y la empujo de espaldas contra el colchón. Ella contiene el aliento cuando me recuesto sobre ella, sujetando sus brazos a los costados y aplastándola con la mitad de mi cuerpo.

—De verdad, eres gilipollas —repito—. Mírame, enana.

Su pecho sube y baja alterado y tiene el cabello desordenado alrededor de su cabeza. Duda un momento pero, finalmente, acepta mirarme.

—Yo...

—Cállate —ordeno, pero se me escapa una sonrisa mientras inclino mi rostro hacia el de ella—. ¿Sabes cuánto me hiciste enojar? Sí. Claro que lo sabes. Eso querías.

Ella se muerde los labios y su rostro está tan sonrojado... mierda. Esto está mal, muy mal.

Pero no me importa.

—¡No soy gilipollas! En serio no esperaba que viniera Sebastián —dice, cerrando los ojos.

Y esta vez, le creo. Esa foto no era para él.

—Eres *muy* gilipollas —murmuro acercándome más y rozando su nariz con la mía. Ella abre los ojos y se estremece. Y me estremece a mí—. La próxima vez que quieras que venga a tu cama, simplemente tienes que decirlo.

—Es que...

—Shhhh. —La miro a los ojos—. Arruinaste mi cita con Esteban a propósito. Vas a tener que compensarlo.

Suelto una de sus manos y bajo la mía hasta su muslo, paseando mis ojos por los de ella. Esperando que la aparte si no quiere. Pero

simplemente parpadea y me mira en silencio. Sonrío, tomando eso como una aceptación de lo que sabe que voy a hacer.

Su pierna se siente tibia cuando deslizo mi mano, levantando su vestido, sin apartar mi mirada de esos ojos color miel tan bonitos que tiene. Sus pupilas se agrandan cuando mis dedos rozan su ropa interior.

Cierra los ojos y suelta el aliento, despacio.

—No, enana, mírame.

Los abre otra vez y, mientras observo sus pupilas dilatadas, deslizo lentamente mi dedo índice, desde la parte superior de su pelvis hacia abajo, recorriendo con la yema de mi dedo la tela ajustada de sus bragas, bajando por el centro de su sexo.

Me pone tanto ver cómo se ruboriza mientras la toco. Especialmente, porque la vez anterior estábamos con la luz apagada. Tenerla frente a mí, ver el rubor en sus mejillas mientras mi dedo la recorre, me pone tan duro que no sé si esta vez me voy a poder contener.

Su respiración se agita y yo acerco mi rostro al suyo. Enredo mis dedos en sus bragas, metiéndolos debajo de la tela entre sus piernas y beso su rostro cerca de los labios, luego debajo de su oreja, su cuello.

Con su mano libre, se agarra de mi cuello, mientras respiro el aroma de su pelo.

—No te olvides —susurro cerca de su oído, mientras la escucho jadear—, que estamos fingiendo.

Meto mis dedos bajo su ropa interior y, ah, su sexo está mojado. Ella gira su rostro hacia el mío y nuestros ojos se encuentran. Entonces, desliza su mano por mi abdomen y tira de los botones de mis jeans.

La sangre se me acelera cuando siento su clítoris caliente en mis dedos y, al mismo tiempo, su mano bajando por dentro de la tela de mis bóxers, mientras nos miramos a los ojos.

Aferra mi miembro duro y lo aprieta, provocándome una punzada de placer.

—¿Estás fingiendo esto, Fakediós?

—No.

La voy a follar.

Catalina sonríe y, en ese momento, la puerta se abre de par en par.

Hostias.

Ella se aparta, se sienta rápido en la cama bajándose el vestido, y yo me subo el pantalón, deseando matar al ser humano que acaba de entrar a la habitación.

Me giro respirando agitado y me paso una mano por el pelo. En la puerta hay tres chicas. Fernanda, Verónica y Daniela, cargando cajas de pizza y cervezas.

Genial. Mi noche de sexo se acaba de arruinar.

20. Audios nocturnos

♡ Catalina ♡

Fernanda entra cargando las pizzas y las chicas la siguen, con cervezas en la mano. Verónica me observa con el ceño fruncido y Daniela se come descaradamente a Mikel con la mirada, mientras yo intento calmar los latidos de mi corazón, que aún están por mil.

—¡Cata perdón! —dice mi amiga, dejando las cajas en la mesita de noche y mirándonos con cara de que sabe que arruinó algo—. ¿Por qué no me avisaste que estaban acá? Sebastián nos regaló una noche de pizzas, dijo que estabas sola.

¿Sebastián? Me paso una mano por el pelo y arreglo mi vestido.

—Voy a matarlo. Hijo de puta —murmura Mikel a mi lado, se levanta y se abrocha el pantalón.

—Ni siquiera me gusta la pizza —comento, frustrada.

—Mandó un sushi para ti —dice Daniela y deja un paquete de Rolls encima de mis piernas—, son tempura, no se te vayan a enfriar. —Se gira hacia Mikel y le sonríe—. Oye vasco, puedes quedarte si quieres, cabemos todos.

Tomo la caja de sushi y la dejo a un lado en la cama. Alzo la mirada y me encuentro con los ojos azules de Mikel clavados en mí, eléctricos, como si aún hubiera una tormenta dentro de ellos, deseándome.

Un escalofrío me recorre solo de pensar donde estaban sus dedos hace un momento.

—Podemos ir a otro lado. —Me levanto, tomo la mano de Mikel y tiro de él hacia la puerta—. Daniela, puedes comerte mi sushi.

Paso junto a ella, disfrutando cómo frunce el ceño y tiro de la mano de Mikel que me sigue sin rechistar. Sin embargo, cuando abro la puerta, me encuentro con Esteban y Matías en el pasillo.

—¡Ah, estabai acá weón! —Matías sonríe mirando a Mikel.

Esteban nos observa y sus ojos se detienen en mi mano que sujeta la de Mikel. Yo lo suelto de inmediato.

De pronto me siento mal y ya no quiero irme con Mikel a ningún lado. No me importa cabrear a Daniela que solo quiere acostarse con Mikel para demostrar algo, pero Esteban... La mirada que le dirige a Mikel en este momento, dioses, le gusta de verdad.

Me siento fatal.

Porque a mí no me gusta Mikel, solo me gusta cómo me toca, que es distinto. Y como huele. Y... ¿por qué arruiné su cita con Esteban? ¿Solo por una noche de sexo?

¿Qué estoy haciendo? Seguro es porque ese día le chupé el cuerpo. Debe tener una droga mágica de semidiós o algo. ¡Aaaaah!

—¿Sabéis que existe el Whatsapp, tíos? —dice Mikel, mirando a sus amigos.

—Te escribimos, pero nos ignoraste. —Esteban se encoge de hombros—. Sebastián dijo que te viniéramos a buscar porque estamos ordenando las cosas para el paseo, el bus sale a las 10 de la mañana.

—¿Y que sois? ¿Sus esclavos?

—Yo sí —dice Matías—, Sebastián tiene mi alma, puede hacer lo que quiera con ella.

—No, en serio —insiste Esteban—, son órdenes del Capitán. Ordenar todo en equipo, ya sabes. Repartir el trabajo.

Mikel suelta un bufido despectivo, mientras yo me quito su chaqueta y se la paso. ¡Es mejor devolvérsela!, tal vez su perfume también me está drogando.

Sí. Seguro hice todo lo de hoy, subir esa foto para que viniera, revolcarme con él, porque estoy poseída por una chaqueta misteriosa. Como la capa de invisibilidad de Harry Potter, pero del sexo.

Él baja la mirada hacia mí y frunce el ceño, mientras me froto los brazos por el frío de la noche.

—No te la he pedido de vuelta, enana. —Me envuelve con la chaqueta de nuevo, dejándola sobre mis hombros—. Quédatela. —Se inclina y me susurra al oído—. Puedes toquetearte con ella durante la noche.

Ya, bueno ya. ¡Ay, dioses! Que alguien se apiade de mi alma, me iré al infierno.

Los labios de Mikel se inclinan en una sonrisa y da un paso hacia sus compañeros de equipo.

—Gabon[9], Catalina —dice despidiéndose en euskera—, ¡disfruta ese sushi! —Da unos cuantos pasos más y añade, mirándome por sobre su hombro—. ¡Nos vemos en el paseo!

Me dedica una sonrisa maliciosa y se va con sus amigos por el pasillo. Lo observo alejarse mientras aferro su chaqueta alrededor de mi cuerpo, respirando su aroma a guindas y con un montón de pensamientos confusos en mi interior.

ϟ Mikel ϟ

Los chicos recién se han ido de nuestra habitación. Ya son casi las tres de la mañana y tenemos un montón de bolsos, tiendas para dormir y comida no perecible amontonados junto a la puerta. Y mucho alcohol.

Sebastián está en su cama, riéndose mientras se mensajea con alguien por el móvil. Ninguno de los dos ha dicho algo sobre lo que pasó hoy, pero ambos sabemos que hizo todo por sacarme de la habitación de Catalina.

Y eso debería ser bueno. Significa que no se va a rendir tan fácil y eso quiere decir que tal vez de verdad le importa. Según la enana, él dice que está confundido con Verónica, pero con un poco más de presión, Catalina lo tendrá comiendo de su mano.

Lo que sería genial. Por supuesto, porque solo falta eso para que yo pueda ser un dios. No debería frustrarme tanto solo porque me arruinaron un buen momento. Solo era eso. Un buen momento. Nada más...

Me tiro de espaldas sobre la almohada y me tapo con las mantas. Cierro los ojos para tratar de dormir, pero mi móvil vibra en la mesita. Las únicas personas para las que tengo notificaciones activadas son mis padres, mi hermano y, desde hace poco, Catalina.

Tomo el móvil y veo un mensaje.

>Enana: Me estoy tocando, con tu chaqueta puesta.

Hostias. ¿Qué pretende? Como si no fuera suficiente haberme dejado con ganas hace un rato. Empiezo a pensar que mi clienta no es una enana. Es un imp del infierno.

>Mikel: foto o fake.

>Enana: mándame el contrato.

Sí, es un imp del infierno.

No respondo, intentando apartar de mi mente la imagen de ella tocándose con mi chaqueta. Pero la muy maldita envía un audio. Acerco el móvil a mi oído para que no suene en altavoz, le doy play y, coño, ¿en serio se está masturbando? Escucho sus gemidos... mientras dice mi nombre y palabras chilenas que no entiendo.

Ni toda la fuerza de voluntad logra impedir que se me pare la polla. Joder, está loca.

No puedo creer lo que estoy haciendo. Cierro su Whatsapp y busco entre mis contactos el que más detesto en el universo.

>Mikel: Ata, ¿estás ahí? Contesta

Mierda, ¿podré ir a correrme una paja al baño sin que Sebastián se dé cuenta? Pasan unos segundos y Catalina manda otro audio, pero no lo pienso abrir. Entonces, llega respuesta al otro mensaje que envié.

>ImbécildivinoN°1: Qué quieres, Mikel. ¿No es de madrugada en Chile?

>Mikel: ¿Podemos mostrar el contrato a los humanos?

>ImbécildivinoN°1: ¿Qué? ¿Estás imbécil?

>ImbécildivinoN°1: ¿Por qué coño le mostrarías el contrato a un humano?

Ah, joder.

>Mikel: Puede que un humano lo haya visto sin querer.

>ImbécildivinoN°1: No jodas, Mikel.

>ImbécildivinoN°1: Le diré a nuestro aita.

>Mikel: ¡No seas un puto traidor!

>Mikel: Solo vio el título.

>ImbécildivinoN°1: Ten más cuidado, o te juro que le digo.

>ImbécildivinoN°1: ¿Fue Catalina?

Mierda, el hecho de que el imbécil de Ata diga su nombre hace que se me pase lo caliente de inmediato. ¿Por qué coño mi hermano sabe el nombre de Catalina? ¿Se lo habrá dicho mi padre? Esto no me gusta nada.

>Mikel: No.

>Mikel: No le digas nada al aita, seré más cuidadoso.

>ImbécildivinoN°1: Más te vale.

Le envío un emoji del dedo del medio y cierro su chat. En el otro, Catalina me ha mandado un audio que no quiero abrir. Dejo el móvil en la mesita y me acomodo para dormir, mientras Sebastián sigue tonteando en el suyo.

Está oscuro y de verdad trato de dormir, pero es difícil con la cantidad de cosas que pasan por mi mente. El aroma a frutas dulces del pelo de Catalina, pero también los mensajes con mi hermano. ¿Por qué sabe de ella? Rayos, no puedo quitarme el sabor de su piel cuando hace un rato saboreé su cuello. ¿Por qué ese imbécil sabe su nombre? Empiezo a preocuparme otra vez, pero vuelven los recuerdos de Catalina. Sus gemidos diciendo mi nombre, su entrepierna mojada entre mis dedos.

¿Habrá seguido enviando sonidos calientes en el siguiente audio?

Ah, a la mierda. Tomo el móvil y me levanto para escucharlos. Tendré que conformarme con una paja en el baño.

21. Inicia el paseo

♡ Catalina ♡

¡Qué lindo día! Es una mañana perfecta para nuestro paseo en la playa. Corro hacia el bus mientras disfruto del viento agitando mi pelo y metiéndose entremedio de mi camiseta.

El bus que contrató Sebastián es amplio y caben al menos veinte personas además de los bolsos y comida. Paseo la mirada y no sé dónde sentarme. Casi todos llegaron antes y hay pocos asientos vacíos entre los bolsos, amigos de Sebastián y las chicas de las Palmas Negras. Daniela tiene un asiento libre a su lado, pero no me pienso sentar ahí. Fernanda, que salió antes de nuestra habitación, está sola y me saluda con la mano, pero también Sebastián. Y ella sabe que estoy intentando recuperarlo, así que asumo que comprenderá que prefiero sentarme con él.

Me dejo caer a su lado, apoyo mi mochila entre mis pies en el suelo y él me sonríe. Su cabello castaño y ondulado cae sobre su frente y sus ojos dorados se ven más intensos con la luz que entra por los cristales.

¡Ah! Por mucho que me haya hecho sufrir, ¡sigue siendo tan lindo!

—Ya creí que no llegabas —comenta y me ofrece de las galletas que está comiendo—, son las que te gustan.

Tomo una y me la llevo a la boca. Está deliciosa, amo el chocolate y me encanta que Sebastián lo sepa.

—Me dormí tarde, apenas me podía levantar.

—Puedes dormir aquí, son dos horas de viaje.

La puerta del bus se abre y sube Verónica, cargando un bolso pequeño. Camina por el pasillo y sus muslos perfectos y bronceados brillan bajo la luz del sol. Dirige una mirada glacial a Sebastián y se sienta en la parte de atrás del bus, al lado de Fernanda.

Debería sentirme feliz porque llegué antes que ella, pero algo me molesta. Asomo la cabeza por el costado del asiento, mirando de nuevo hacia los asientos de atrás y de adelante. ¿Dónde está Mikel? No lo veo por ningún lado.

El chofer enciende el motor del bus que empieza a ronronear mientras algunos chicos comentan que al fin nos vamos y lo maravillosa que son las playas vírgenes de los cerros. Pero yo siento una punzada de decepción al notar que no solo falta Mikel, sino tampoco Esteban. ¿Estarán juntos?

El edificio del campus parece moverse cuando el bus se pone en marcha y Sebastián me dice algo, pero no lo escucho. ¿Por qué no vino? Anoche hablamos por Whatsapp hasta tarde y...

El bus se detiene, la puerta se abre de nuevo y la molestia que sentía en el pecho se convierte en alivio porque es Mikel, que sube de un salto. Su pelo negro está húmedo y desordenado, como si hubiera corrido de la ducha. Lleva unos jeans claros y una camiseta negra de manga corta, que se ciñe a los bíceps perfectos de sus brazos. Cruza el pasillo del bus y un escalofrío me recorre cuando sus ojos azules se clavan en mí.

¡Ah!, vaya chico, qué suerte tengo de haberle rezado al dios equivocado. Sus piernas largas avanzan por el pasillo, buscando un asiento. Cuando pasa por mi lado, respiro su aroma dulce con el mismo placer que una droga.

—Buenos días, enana —dice y me revuelve el pelo con la mano, dejándolo desordenado.

Sigue de largo, mientras yo me arreglo el pelo y él se ubica en el asiento detrás del mío, al lado de Daniela. No los veo, porque tendría que girarme, pero escucho como ella lo saluda, llamándolo vasco como siempre hace, muy melosa.

Qué detestable.

El bus se pone en marcha de nuevo y yo intento concentrarme en el chico que tengo al lado. En Sebastián, mi primer amor, el amor de mi vida, con el que soñé durante cientos de noches, al que juré que no descansaría hasta volver a conquistar. En él debo enfocarme, no en el chico que tengo detrás, ese maldito ser divino que con solo rozar mi piel con sus dedos, causa una tormenta eléctrica en mi interior.

ϟ Mikel ϟ

Ese puto de Sebastián no me despertó. Claro, cuando necesita que vaya a suplir al pivot que le falta en el equipo de básquetbol, ahí sí se acuerda de hacerlo temprano. Cabrón.

Sin embargo, estoy de buen humor. Muero de sueño, pero de buen humor, por lo que no me hago problemas y me acomodo en el asiento del bus, mientras saco mis audífonos del bolso. Nos esperan dos horas de viaje y no podré descansar con todos los murmullos y risas de quienes claramente se morían por este paseo desde hace días.

—¿Te gusta la playa, vasco?

Observo a Daniela, que está sentada con la espalda apoyada contra la ventana y las piernas hacia mí. Su pantorrilla toca mi rodilla y lleva una falda azul muy corta, que deja ver sus piernas. Y bastante más.

—Depende, de con quién voy a la playa.

Ella sonríe y sus ojos de color chocolate brillan con el sol. Tiene un pelo negro y largo que sabe llevar muy bien. La verdad, es una chica linda, aunque no me cae demasiado bien.

Desenredo los cables de los auriculares y los conecto al móvil, pero lo dejo sobre mi regazo. Aún no escucharé música porque Catalina y Sebastián se han puesto conversar en el asiento de adelante y debería averiguar qué tal va eso. Porque es mi trabajo, claro.

Hostia, ¿tienen que hablar en chileno y tan rápido? Aunque es castellano, tienen un puto dialecto del demonio. No entiendo bien de qué hablan, porque además hay muchas conversaciones en el bus, pero al parecer están recordando no sé qué fiestas en un club que les gustaba frecuentar cuando iban al colegio. Supongo que eso es bueno; que hablen de algo que los una, recuerdos bonitos de novios.

Recuerdos *aburridos* de novios.

A mi lado, Daniela me dice algo sobre lo bonitas que son estas playas vírgenes a las que vamos.

—¿Cómo pueden ser vírgenes esas playas, si hoy en día eso casi no existe? —pregunto para hablar de algo con Daniela, aunque lo digo más alto de lo normal—. ¿O también son vírgenes a medias?

Daniela comienza a explicarme que están muy ocultas en los cerros y yo la escucho. Sin embargo, mi móvil vibra y de un vistazo leo la notificación del mensaje Catalina que acaba de aparecer en mi pantalla.

>Enana: Te escuché, Fakediós.

Contengo una sonrisa e ignoro el mensaje. Confirmado, recuerdos aburridos de novios, de lo contrario Catalina no estaría pendiente de mí.

Sebastián 0, Mikel 1. No, no, seguro yo ya voy en 10, aunque no sé en qué momento empecé con ese marcador.

Abro Spotify y empiezo a pasear por mi biblioteca mientras me pongo un auricular en la oreja y dejo la otra libre para escuchar lo que hablan.

—¿Vas a compartirme un auricular, vasco? —Daniela mira mi iPhone—. A mí me dura poco la batería si escucho música.

Cambia de posición en el asiento y se apega más a mí.

—No, créeme, no es tu tipo de música.

—Eso no lo sabes.

Pero no me importa, no pienso compartir mis auriculares con ella. Que poco higiénico, son de los que van en los oídos. Que asco. Es casi como tener sexo casual sin condón.

Daniela empieza a hablarme sobre música de bandas chilenas que podría probar, pero estoy atento a los asientos de adelante. La enana pervertida acaba de decirle a Sebastián que se muere de sueño y él dijo que podía recostarse sobre él.

Ey, van demasiado rápido. ¿No se supone que lo tenía que torturar? Por el espacio entre los asientos veo que Catalina se apoya

en el hombro de Sebastián y él pasa una mano por su pelo de forma cariñosa.

No debería permitirle que haga eso aún, arruinará nuestros planes. ¿Qué es lo siguiente? ¿Van a follar en el bus? ¿Es que no sabe hacerse la difícil? Me acomodo en el asiento y muevo mi rodilla hacia el asiento de Catalina y la entierro en su respaldo.

Ella maldice y se separa de Sebastián. Se gira en el asiento y se asoma por sobre la cabecera para mirarme.

—*Mikel* —dice pronunciando con molestia mi nombre—, ¿puedes tener cuidado?

—Ah, perdona, *Catalina*, es que en este país todo es diminuto, apenas quepo aquí.

Sebastián suelta un bufido en el asiento al lado de ella y Catalina entorna los ojos mirándome. Yo le sonrío, ella pone los ojos en blanco y vuelve a sentarse adelante. Intenta acomodarse como antes, en el hombro de Sebastián, pero entierro la rodilla otra vez en el respaldo y ella suelta un insulto.

Qué descarada, me desvela toda la noche con sus audios calientes y, ¿ahora cree que la dejaré descansar muy tranquila en el hombro de su ex? Su estúpido romance tendrá que esperar.

Ni de coña te dejaré dormir, Catalina.

22. Mother Tongue[10]

♡ Catalina ♡

¡Qué odioso es Mikel! ¿Por qué me está molestando? Es mi oportunidad perfecta para tener un momento con Sebastián y está arruinando todo. Suspiro y desisto de recostarme en el hombro de mi ex, porque está claro que me va a fastidiar hasta el cansancio.

—Qué inmaduro tu amiguito —murmura Sebastián—. Podemos cambiar de asiento si quieres.

Niego con la cabeza.

—En ese caso te va a empezar a webear a ti.

—Pero no soy yo el que se pone como un demonio cuando tiene sueño —dice Sebastián y me dedica una media sonrisa—, créeme, no quiero invocar a *esa* Catalina.

Le sonrío de vuelta. Aunque eso haya sido casi un insulto, adoro que me conozca tan bien.

Hago un intento más de recostarme en su hombro y esta vez no siento nada; al parecer Mikel se aburrió de molestar. Mientras el bus serpentea entre las calles de Valparaíso camino a los cerros, Sebastián se acomoda y me pasa el brazo por alrededor de los hombros. Me siento bien, cómoda y, al fin, en el lugar que quiero estar.

Cierro los ojos y Sebastián apoya su cabeza en la ventana, después de todo, él también se durmió tarde. Empiezo a sentir el cuerpo pesado por el sueño que me envuelve, pero la risa de Mikel llega hasta mí.

—Está guapo, ¿lo hiciste sola? —escucho sisear su lengua española desde el asiento de atrás—. Son buenas fotos.

¿De qué están hablando? Daniela se ríe y después de unos segundos, donde al parecer están viendo algo, Mikel suelta una carcajada.

—Yo no podría hacer eso —dice—, ¿eres gimnasta o qué?

¿Gimnasta? ¿Qué mierda están viendo?

Sebastián se quedó dormido, así que me separo de él con cuidado y espío a través del espacio entre los asientos. Mikel está inclinado hacia el asiento de la odiosa de Daniela, viendo algo que ella le muestra en su celular, sus cabezas casi pegadas.

En ese momento, vibra mi celular y lo levanto. No reconozco el número que me escribió y frunzo el ceño, abriendo Whatsapp. Por la imagen, y por lo que escribe, es Verónica.

>+5692828xxxx: Te gusta tener a dos chicos, Catalina

>+5692828xxxx: Y no te culpo por insistir con mi Seba

>+5692828xxxx: yo haría lo mismo

¿Mi Seba? Indignada, miro el resto de los mensajes.

>+5692828xxxx: Pero anda despidiéndote del españolito

>+5692828xxxx: La Dani juró que se lo come en este paseo

Me giro hacia el pasillo, pero Verónica está como si nada mirando el paisaje de los cerros por la ventana. ¡Que cínica! Es obvio que me está enviando estos mensajes para que deje en paz a Sebastián, creyendo que me importa Mikel.

No pienso responderle y caer en su juego. No me interesa lo que esté haciendo Mikel atrás con Daniela, él y yo estamos fingiendo para provocar a Sebastián. Sí, me gusta este juego, no lo voy a negar. Si tengo que sacarle celos a mi ex, como mínimo lo voy a disfrutar. Pero es solo eso. Si Mikel quiere salir con otras personas, es asunto suyo.

El celular vibra de nuevo y mis ojos traidores bajan a mi regazo para ver las notificaciones.

>+5692828xxxx: ruega para que no se lo coma la Dani

>+5692828xxxx: uffff, es la mejor haciendo sexo oral en todo Valparaíso

>+5692828xxxx: si el españolito le da una sola oportunidad

>+5692828xxxx: No se acordará después siquiera de tu nombre

¿Cree que con eso voy a caer? Claro, ella debe pensar que tengo algo de verdad con Mikel.

Me apoyo de nuevo en el hombro de Sebastián. Recuerdo que cuando le hice sexo oral a Sebastián, fue solo algunas veces y creo que no lo hacía muy bien, porque siempre prefería que hiciéramos otro tipo de cosas. Quizás no tengo claro los estándares de un chico sobre sexo oral. ¿Será realmente buena Daniela?

¡Maldita! Detesto imaginarla haciéndoselo al Fakediós.

Trato de pensar en otra cosa, porque no debería molestarme, pero se escucha otra vez la risa de Mikel.

—¿Cómo hiciste eso, Dani? Está bueno, podrías enseñarme.

—Cuando quieras.

¿Por qué con Daniela, que es una pesada? De todas las personas, tenía que ser con ella.

—En la playa sería un buen lugar, siempre he querido ver si puedo hacer eso.

Me giro disimuladamente en el asiento para mirar otra vez por el espacio que hay al medio, pero no logro saber de qué diablo están hablando.

—Bueno, ahí lo intentamos, después de todo, estaremos tres días en la playa —dice riendo Daniela, guarda su celular y se levanta—, ya vengo, iré al baño del bus.

Pasa por delante de Mikel para salir al pasillo. Al hacerlo, prácticamente le pone el culo en la cara. ¡Es obvio que lo hizo adrede! Se aleja por el pasillo hacia la parte trasera del bus y Mikel se gira para mirarla.

Qué puto es. Sebastián está profundamente dormido y quisiera volver a recostarme sobre su hombro, pero, dioses, es imposible que me vuelva a dormir con lo que sea que se está estrujando mi estómago. Esa rabia que me suele poseer, sin fundamento ni sentido alguno.

A la mierda.

Me levanto, tomo mi mochila y me paro al lado de Mikel. Él alza sus ojos azules hacia mí y yo intento no perder el equilibrio porque el bus se mueve bastante.

—¿Y tú? —pregunta el muy odioso.

—Córrete.

Mikel se ríe y arquea una ceja.

—¿Sabes lo que significa eso en España?

Ay, qué tonto. Siento que me pongo roja, pero no le sigo el juego.

—Fakediós, ¡muévete o...!

—Ya, ya… —Levanta las manos y me dedica una sonrisa torcida—. Lo que tu digas, enana.

Pone las piernas de lado para que yo pueda ir al asiento de la ventana, pero cuando estoy pasando frente él, mueve su rodilla y me hace tropezar. Caigo sentada sobre él y rodea mi cintura con esos brazos tibios y divinos que tiene. Un escalofrío me recorre entera cuando siento el roce de sus labios en mi oreja y su olor dulce me envuelve.

—Retiro lo que dije anoche sobre que no eras fácil —murmura, estrechándome contra él—, en realidad, eres *demasiado* fácil, Catalina.

Le doy un codazo en el pecho y él se ríe mientras me aparto al asiento del lado. Tomo la mochila de Daniela y la paso por encima

de la cabecera de adelante, dejándola donde estaba sentada yo con Sebastián.

—No sé qué está pasando por tu cabeza retorcida —murmuro, mientras apoyo mi espalda en el asiento al lado de Mikel—, pero no podía dormir con tus tontas carcajadas. Solo por eso me cambié.

—Claro —dice Mikel, riendo.

Entorno los ojos, dedicándole la mirada más fría que puedo a esos odiosos y brillantes ojos azules.

Si Daniela cree que le voy a dejar a *mi* semidios, al que invocar casi me costó la vida en esa fuente, está demente.

ϟ Mikel ϟ

Catalina se acomoda en el asiento al lado mío y el sol que entra por la ventana roba destellos dorados a su pelo castaño. Me observa con esos ojos intensos que tiene, como si intentara decidir si hice algún tipo de trampa para traerla aquí.

Paseo los ojos por la camiseta sin mangas que se puso, de color verde y ajustada. Los shorts de mezclilla que lleva son muy cortos y dejan ver la piel morena de sus muslos. Recuerdo los audios que me envió anoche y me pregunto si podré follarla aquí en el bus.

—Qué miras, Fakediós —murmura, despacio, supongo que para no despertar a Sebastián.

A nuestro alrededor, se escuchan las conversaciones del resto de personas del bus.

—Tus piernas —digo, viéndola a los ojos.

Disfruto cómo se pone roja y aparta la mirada.

—¿Qué pasa? —pregunto y muevo mi pierna, rozando con mis jeans la suya—, ¿solo eres atrevida detrás de una pantalla?

—¡Shh! —Hace un gesto con la mano y mira escandalizada a los asientos de adelante.

Justo en ese momento, vuelve Daniela del baño y observa molesta el cambio que se produjo. Lanza una mirada despectiva a Catalina, quien le sonríe de vuelta.

—¿Se te perdió algo? —pregunta mi clienta—. Ah sí, tu mochila, la dejé adelante.

Yo me hago el tonto, pasando la lista de Spotify con el dedo y espero a que Daniela se siente al lado de Sebastián. El bus toma una curva y empieza a internarse en un paisaje muy verde, de árboles enormes. Me inclino un poco hacia Catalina, para mirar por la ventana. La luz matutina se cuela entre las hojas del bosque que nos rodea y el bus va muy lento por las curvas. Supongo que por eso tarda dos horas en llegar, aunque no esté realmente lejos.

—¿Te gusta? —murmura Catalina.

—¿Qué cosa? —bajo la mirada hacia ella, que levanta la suya hacia mí.

—Chile.

Vaya, pues, no lo había pensado. Recorro su cuerpo con los ojos de forma intencionada y la miro otra vez.

—Es mejor de lo que esperaba —digo y le sonrío.

Ella resopla y aparta la mirada. Creo que nunca me cansaré de ver como se sonroja.

—Estaba hablando en serio —murmura, viendo por la ventana.

Pues, yo también hablaba en serio. Pero guardo silencio mientras el bus se pierde entre los cerros. Catalina bosteza, se acomoda en su asiento, somnolienta y yo me pongo los auriculares para escuchar música.

Entonces, Catalina levanta mi Iphone que tengo sobre mi regazo y se recuesta ahí, apoyando la cabeza en mis piernas y mirando hacia arriba, hacia mí. Deja sus piernas flectadas sobre su asiento, las zapatillas apoyadas en el borde de la ventana.

—¿Qué escuchas? —Pasea sus ojos por mi móvil, deslizando la lista de Spotify—. ¡Ah! ¡Me encanta!

—¿En serio? —Estoy escuchando "Bring me the horizon" y jamás habría pensado que fuera de su gusto—. ¿Qué canción te gusta?

—Mother tongue.

—Dale a esa si quieres.

Ella sonríe y, rayos, se ve tan linda así, recostada sobre mis jeans con el cabello castaño desordenado alrededor de su rostro. Sus dedos se deslizan por la lista de música hasta que da con la canción que quiere.

También es una de mis favoritas y cuando el bajo empieza a sonar, me quito un auricular y se lo paso. Ella se lo pone y sonríe de nuevo al sentir la canción que ambos estamos escuchando.

—¡Es tan romántica! —dice y me mira—. ¿Sabes por qué la escribió?

Niego con la cabeza.

—Su esposa es brasileña y él inglés —continúa Catalina—, por eso dice que le diga *te amo* en su idioma natal, portugués, y no en inglés.

Lo que me encanta de esta canción es el ritmo y nunca me había puesto a pensar en lo que dice el estribillo, pero tiene sentido.

—Bueno, enana, tienes razón. Es muy bonito... —Paso mis dedos por su mejilla y da un ligero respingo—. Yo siempre puedo enseñarte mi idioma natal. De esa forma —añado, murmurando para que nadie más escuche—, podrías decirme *fóllame Mikel,* en euskera.

Ella pone los ojos en blanco, diciendo que soy un idiota. Pero, cuando se gira sobre mis piernas y se acurruca mirando hacia mí, una sonrisa se asoma en sus labios.

Y en los míos también.

Catalina cierra los ojos y yo paso un brazo por sobre ella, dejando mi mano enredada entre su pelo, que se siente suave. Normalmente, tendría pensamientos muy sucios con una chica recostada en mi regazo, pero la verdad, es que se ve demasiado tierna durmiendo ahí. Me mola muchísimo.

Por alguna razón, me viene el recuerdo de cuando le pregunté a Sebastián qué le gustaba de ella. En ese entonces, pensé que estaba loco cuando dijo que era graciosa y tierna.

Ahora, aunque está medio loca y es una pervertida sin lugar a dudas, debo admitir, que puede ser tierna... cuando está dormida.

Apoyo mi cabeza en el respaldo y cierro los ojos. El bus se mueve despacio entre una curva y otra y siento como el sueño me lleva, poco a poco, mientras escuchamos la misma música.

23. Fingiendo en la playa, parte 1

♡ Catalina ♡

¡La playa es paradisíaca! ¿De verdad un lugar así estaba escondido entre los cerros? Yo soy del sur de Chile y es primera vez que exploro este sector de Valparaíso, por lo que estoy igual de impresionada que Mikel, cuyos ojos azules recorren el paisaje a nuestros pies. El viento marino revuelve su pelo negro mientras, con la mano en la baranda del mirador, observa la pequeña bahía de arena pálida que se despliega varios metros más abajo.

A mi lado, Fernanda suelta un chillido de emoción.

—¡Qué playa tan linda! ¿Sabías que hay una pequeña cascada entre las rocas por allá? —dice mi amiga, apuntando una pared rocosa donde termina la playa.

—¿Tendremos que bajar por ahí? —Mikel mira de mala gana el sendero que desciende serpenteando por el acantilado hasta la bahía—. ¿No creéis que es un poco peligroso?

Se me escapa una risa y él me mira con el ceño fruncido. Fernanda se va corriendo para ayudar a su novia que está ordenando los bolsos con los demás chicos.

—Siempre hubiera pensado que un semidiós sería una especie de persona valiente y arrojada —digo riendo y alzo la mirada hacia Mikel—, ¿ves? Eres una estafa, Fakediós.

—No soy una estafa... En menos de un año, cuando se cumpla tu estúpido deseo —dice arqueando una ceja—, voy a ser inmortal. ¿Crees que voy a ponerme en peligro antes de eso?

—Hay barandas.

—Se ven precarias, son una mierda.

—No lo son. —Apoyo mi cuerpo en la baranda de madera. Del otro lado hay una caída de varios metros y la madera cruje con mi peso—. Oh, bueno, tal vez un poco.

Mikel sujeta mi brazo y tira de mí para apartarme de ahí.

—No hagas estupideces.

Observo sus facciones bajo el sol del mediodía, sus labios carnosos —y deliciosos—, más serios de lo que acostumbran estar. Bajo la mirada hacia su mano que aún sujeta mi brazo y luego busco sus ojos otra vez.

—¿De verdad vas a ser inmortal?

—Bai —dice mirándome.

El viento agita nuestras ropas y Fernanda nos llama para que ayudemos a bajar las cosas.

—¿Como un vampiro?

—No, enana —dice Mikel y la sonrisa habitual regresa a sus labios —, como un dios.

Me da la espalda y camina hacia los muchachos. Observo como toma su bolso y se ríe de algo que le dice Matías. Cualquiera que lo ve pensaría que es una locura lo que dice, que es un chico como cualquiera.

Pero yo sé que es cierto.

Suelto el aliento y me acerco a ellos, rogando para que hayamos traído suficiente alcohol. Voy a necesitar mucho para quitarme la sensación desagradable que, de un momento a otro, se ha apoderado de mi cuerpo.

ϟ Mikel ϟ

Coño, jugar fútbol en la playa con basquetbolistas es malísimo. Pero jugar fútbol en la playa con basquetbolistas borrachos, es un desastre. Llevamos media hora y nadie ha logrado meter el balón en el arco improvisado que pusimos en... ¿dónde está el arco?

Matías me empuja y caemos enredados al suelo, mientras otro chico me roba el balón. Hostias, ¿cuánto bebimos?, ni siquiera soy capaz de seguir la maldita bola.

Y creo que nunca pusimos un arco.

—Coño, tío —digo y escupo arena—, venga, que no es rugby.

Matías se sienta y se sacude el pelo castaño.

—¿Que no es fútbol? ¿Qué diferencia hay entre el rugby y el fútbol? El americano —dice riendo.

—Olvídalo —digo riendo también.

Paseo los ojos por la cancha improvisada y veo a Catalina corriendo detrás del balón junto a Daniela, bajo el sol de la tarde. Ambas corren como borrachas, pero Catalina logra quitárselo a su amiga. Chilla emocionada, mientras su largo cabello castaño se agita con el viento, hasta que Sebastián la alcanza, la agarra de la cintura y ambos caen al suelo.

—¡Falta, es falta! —grita Catalina, riéndose mientras se quita de encima a su ex.

Frunzo el ceño.

—¡Mati, vasco! —Daniela se acerca con una botella de vodka—, ¿terminaron de revolcarse?

Acepto la botella que está heladísima y doy un largo trago mientras miro como Sebastián y Catalina se ríen, medio enredados en el suelo y las demás personas del equipo siguen tonteando con el balón.

—Ufff, creo que me estoy mareando, pero bueno —dice Matías, me quita la botella y toma él también—. Así como vamos...

—Qué débiles —dice Daniela y le pide el vodka.

Entorno los ojos viendo como Sebastián se inclina hacia Catalina. Él está sin polera, igual que la mitad de los chicos y chicas, aunque ellas llevan bikini, salvo Catalina, ella es aburrida y está con camiseta aún.

—¿Por qué no vamos a mojarnos? —Daniela se saca los shorts y queda solo en bikini.

Desvío mi atención hacia ella.

—Creí que no se podía bañar en estas playas —digo.

—Hasta la cintura sí. —Me sonríe y me ofrece la botella otra vez.

Niego con la cabeza, ya estoy demasiado ebrio. Hasta me cuesta enfocar cuando busco a mi clienta otra vez. Ahí está, con Sebastián prácticamente encima de ella, riéndose de algo. No debería preocuparme que vayan demasiado rápido, supongo. Catalina dijo que lo torturaría, que se haría la difícil y... ¿le está sacando la ropa?

Ella chilla entre carcajadas y él... sí, le está sacando la camiseta. Catalina lo empuja un par de veces pero luego se ríe y él tira del borde de su camiseta hacia arriba, hasta quitársela. Catalina lo empuja con el pie y recupera el aliento, sentada sobre la arena. Se aparta el pelo largo hacia atrás y luego se pasa la mano por el bikini que cubre sus pechos, sacudiéndose la arena que se le ha metido entremedio. Mientras la observo, los audios que me envió anoche —con sus gemidos—, regresan a mi mente.

Ella alza la mirada y nuestros ojos se encuentran. Y Sebastián le pasa un brazo por los hombros, la atrae hacia él y le da un beso en la mejilla. Catalina lo mira, sonríe y siento el vodka que he bebido como si me quemara en el estómago.

—Ay, vasco. —Daniela me da un empujón—. No puedo creer que cambiaras a Esteban por esa chica.

Me giro hacia ella y le quito la botella de las manos.

—No sé de qué estás hablando —murmuro y doy varios tragos que hacen arder mi esófago.

—Aaah, qué lástima que te guste la chica de Sebastián, todos saben que babea por él —dice Daniela riendo.

La miro y sus ojos negros chispean. Qué chica tan detestable. Especialmente porque tiene razón; Catalina babea por Sebastián, porque está demente.

—Qué lástima que estés equivocada. —Doy el último sorbo y le paso la botella a Matías—. No me gusta.

—Entonces demuéstralo. —Daniela se levanta—. Deja de mirarla como idiota y vamos a bañarnos. ¡Mati! Tú también.

Estira sus manos, una hacia cada uno de nosotros. Yo la observo un momento y me parece que, por un instante, el mundo gira a mi alrededor.

Coño, puede que sí necesite un poco de agua helada. Tomo su mano y la sigo hacia donde las olas rompen con la playa.

♡ Catalina ♡

Ay, todo gira y Sebastián se ríe a mi lado y a ratos no estoy segura de qué estamos haciendo. Hay mucho sol y mucho calor. Y mucha arena y... un beso en la mejilla.

Mi cuerpo se tensa y me llevo la mano al lugar donde acaba de poner sus labios. Se siente... bien. No como los de..., no, no. Sebastián. Sebastián. Me gusta Sebastián.

Alzo la mirada y ahora parece concentrado en algo más allá. Observo su perfil iluminado por el sol. Su nariz ligeramente respingada, sus labios delgados y la forma en que las ondas de su pelo castaño se mecen con el viento.

Sebastián siempre me pareció lo más hermoso que pisaba la tierra y, en este momento, creo que lo sigue siendo. Él es de verdad. Una persona normal, como yo, que no va a convertirse en nada extraño.

—Creo —murmura Sebastián, mirando hacia la playa—, que no deberían hacer eso.

Sigo la dirección de sus ojos y, oh, lo hice demasiado brusco y me mareo.

Pero, entonces, lo veo. Mikel está sin camiseta, con la mitad del cuerpo en el mar, y se pasa las manos por el pelo negro hacia atrás, despejando su rostro. El agua escurre por sus hombros firmes, por los músculos marcados de su abdomen, hasta su traje de baño azul oscuro que casi se confunde con el océano y que tiene un poco demasiado abajo y, ah, ¿qué va a convertirse en un dios? A mí ya me lo parece.

Retiro lo dicho, definitivamente él es lo más hermoso que ha pisado la tierra.

Me pongo de pie y camino hacia allá, pero me detengo porque Daniela emerge del agua a su lado y lo abraza por atrás. Él se gira y los dos se ríen, mientras Mikel la sujeta entre sus brazos mojados.

Estúpido Fakediós.

Sebastián pasa por mi lado y da rápidas zancadas hasta ellos. Recién entonces noto que Matías está con Mikel y Daniela, pero más hundido, con el agua hasta el cuello y por eso no lo había visto.

—¡Oigan! ¡Salgan de ahí! —Sebastián se mete en el agua y tira del brazo de Matías para levantarlo—. ¡Mikel! ¿Cómo son tan idiotas? ¡No pueden entrar tanto al mar!

Daniela se sigue riendo y es evidente que está borrachísima. Verónica pasa corriendo por mi lado y llega hasta el agua, toma a Daniela con fuerza y la arrastra fuera del mar, mientras Mikel las sigue.

—Suficiente alcohol por hoy. —Verónica deja a su amiga en la arena—. Al menos hasta que comamos.

—¿Cata, estás bien? —Fernanda que salió de algún lugar misterioso me pasa el brazo por los hombros—. Con la Vero y Carlos hicimos sándwiches, vamos a comer.

Gracias dioses vascos o a quien sea porque en este grupo alguien tiene un poco de cerebro. ¿Y quién diablos es Carlos? Da igual. Sigo a mi roomie hasta el campamento. Lo montamos pegado a la enorme pared rocosa por la que descendimos al llegar, aunque aún no levantamos las tiendas. Un poco mareada, me siento en la banca de una de las mesas de madera largas que están en la sombra y donde las chicas han dejado bebidas y sándwiches. Y aunque quiero tomar uno, todo me da vueltas, así que simplemente apoyo la frente en la mesa.

A los pocos segundos escucho las voces de los demás. Tanto el equipo femenino como masculino de básquetbol, se sientan a comer entre risas y conversaciones que no logro comprender. Demasiado alcohol.

—¡Dios, el agua está heladísima! —Daniela se deja caer al lado mío, envuelta en una toalla, y de reojo veo que toma una caja de jugo.

Fernanda y Verónica se sientan también y sé que Mikel está cerca porque siento su estúpido olor a guinda pasar, pero no quiero

levantar mi cabeza. Tenerla apoyada en la madera es lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Creo que tomó demasiado —murmura Fernanda y me pasa una mano por el pelo—. Cata, come un poco.

Me obliga a enderezarme y pone un sandwich en mis manos. El olor abre mi apetito de inmediato y le doy una mascada. Oh, cielos.

—Fernanda, te amo —digo mientras doy otra mascada y el alma vuelve a mi cuerpo—. No sé qué era de mi vida sin ti.

Ella se ríe y Verónica me pasa un vaso de jugo.

—Con eso te vas a sentir mejor, Cata. Además, debes recuperarte —dice, sentándose de nuevo al lado de Daniela—, porque esto recién empieza.

Ay, Verónica es tan linda y amable, tal vez Sebastián tiene razón de haberme cambiado por ella.

—No sé por qué la tratas bien —protesta Daniela, mirando a Verónica y luego a mí—, si se está joteando a tu chico.

Yo miro a Verónica mientras sigo comiendo mi sándwich. La verdad, yo tampoco lo sé.

—No seas odiosa, Dani —Verónica le lanza una mirada molesta.

—Pero es, cierto —insiste su amiga—. Ella...

—¿Puedes parar? —La voz de Verónica es firme—. Las Palmas no nos peleamos por ningún chico.

—¿Ah, no? —pregunto.

—No —dice Verónica, se encoge de hombros y ordena su melena rubia tirándola hacia atrás de sus hombros—, la que se lo queda, se lo queda, y ya está.

—¡Ella ni siquiera es de las Palmas! —Daniela frunce el ceño, mirándome.

—Claro que sí —dice Fernanda—. Es mi roomie, y pasó la prueba del tequila.

Yo muevo los ojos de una a otra, concentrada en el segundo sándwich que como. Tenía tanta, pero tanta hambre. Me alegra que Verónica no quiera pelear conmigo.

—Bueno, bueno —se ríe Daniela y alza las manos—, mejor si la consideran una de las nuestras. Como tú dices, no nos peleamos por chicos. Espero entonces que no se enoje cuando esta noche me tire al vasco.

Mierda, me atraganto con el pan y Daniela me dedica una sonrisa satisfecha. Fernanda me da unas palmaditas en la espalda y vuelvo a respirar, entre toses.

—Esta noche no se me escapará. Menos después de bañarme con él. ¿Por qué tenías que interrumpirnos, Vero? —continúa Daniela—. Yo estaba feliz en el agua toqueteándolo. ¿Qué tiene ese chico? El agua estaba como hielo pero él estaba caliente como... ufff

La detesto.

—Qué pesada eres, Dani —murmura Fernanda, mirándome incómoda.

—Da igual —digo, le doy una mascada a la mitad de sándwich que me queda y me encojo de hombros—, con Mikel solo somos amigos.

Siento un olor dulce y alguien se deja caer en la banca a mi lado, entre Fernanda y yo. Mikel me quita el pedazo de sándwich que tengo entre las manos y le da una mascada.

Traga y me sonríe.

—Muy buenos amigos. Amigos que comparten mucho —dice, con una sonrisa maliciosa.

Me giro completamente hacia él y trato de recuperar mi sándwich, pero se mete el último pedazo a la boca. ¡Qué antipático! Sus ojos azules chispean con burla y desde su pelo negro, aún mojado, se deslizan gotas que caen hasta su torso desnudo. ¿Por qué tiene que ser tan jodidamente sexy?

—Te odio, Fakediós —murmuro, mirándolo a los ojos.

Como si así pudiera hacer que fuera verdad.

—No, no me odias, enana. —Pasa su brazo por alrededor de mis hombros y me estrecha contra su pecho. Apoya su cabeza en la mía y habla tan despacio que solo yo lo escucho—. Te mueres por mí, admítelo. Enana depravada.

Hunde su rostro en mi pelo y siento su aliento a alcohol. Rayos, creo que está más borracho que yo. Pero no lo aparto. El sol ya está cerca del horizonte, comienza a correr un viento más helado y sus brazos alrededor mío se sienten calentitos.

—¡Gente, atención! —Sebastián agita los brazos llamando a todos los que están sentados en la mesa—. Terminen de comer, vamos a armar las carpas.

Mikel sigue con su cabeza pegada a la mía y murmura algo sobre lo mandón que es Sebastián. A mi lado, Daniela nos mira y pone los ojos en blanco.

—Vamos a preparar los papelitos entonces. —Verónica se pone de pie—. Dani, ayúdame.

—¿Qué papelitos? —La miro a ella y a Fernanda que también se levanta.

—Los papelitos para los juegos nocturnos —dice Daniela con una sonrisa traviesa—, y para las carpas.

—¿Por qué necesitamos papelitos para las carpas?

Ah, apenas la pregunta deja mis labios sé que la respuesta es evidente.

—Porque caben dos o tres personas por carpa y somos casi veinte. —Verónica sonríe—. En este campamento, quién duerme con quién, lo decide la suerte.

Genial. Mi mejor amiga, la suerte...

24. Fingiendo en la playa, parte 2

♡ Catalina ♡

La madera de la fogata cruje. Las llamas se retuercen y sueltan chispas que se elevan hasta cielo para perderse entre las miles de estrellas sobre nuestras cabezas. Las olas retumban chocando contra la arena y suena reguetón en los parlantes que puso Fernanda, pero no tan fuerte y podemos hablar sin problemas.

—¿Y qué pasa si no cumplo los desafíos? —pregunto mirando el cuenco de plástico que llenaron con papelitos cuyo contenido, francamente, me da miedo.

Un poco más allá, escucho la risa de Mikel que conversa con Matías, Carlos y otro chico que no sé su nombre. Al menos ya no estamos tan borrachos, aunque, considerando que pronto empezará el jueguito de los papeles, sospecho que es un estado de sobriedad que no durará mucho.

—El que no cumple los desafíos —dice Verónica mientras revuelve los papeles con la mano—, no viene a ningún otro paseo. Y lo mismo pasa con el sorteo de las tiendas de dormir.

Asiento en silencio, pero tengo una sensación desagradable en el cuerpo. ¿Por qué me siento así? Dioses, beber todo el día y estar en la playa escuchando las risas de tus amigos, no es el mejor momento para intentar reflexionar sobre qué mierda me pasa.

Además, hace frío. El viento marino de la noche sopla, me envuelvo mejor en la chaqueta de Mikel, de la que me he apropiado para siempre, y subo la cremallera hasta arriba. Observo como los dedos de Daniela cortan otro papelito, anota algo y lo tira al cuenco.

Sebastián, que está junto a ella, mete otros tantos que ha escrito él.

¿Y si está alterando los resultados? ¿Y si el nombre de Daniela está escrito muchas veces? Todos hemos puesto papelitos con desafíos, pero los de las tiendas de dormir los armaron solo ellas, Fernanda, Verónica y Daniela. Bueno, pero confío en Fernanda. Además, no debería importarme con quién le toque dormir a Daniela. Si duerme con Mikel es asunto suyo.

Arggg, ¡no debería importarme!

Las chicas empiezan a reírse de los desafíos que pusieron en el cuenco y los comentan, pero yo no presto atención, porque escucho el siseo español de Mikel un poco más allá y su conversación con Matías se cuela entre las demás hasta mí.

—Hostias, tío, si hubiera sabido no me habría liado con él.

—Tampoco es que sea tu culpa —comenta Matías—, Esteban es así, ese weón siempre se enamora rápido. Si no quiso venir por eso, no le hagas caso.

—Esteban es idiota —dice Carlos—, si sabe que estás de intercambio. ¿Para qué se pone meloso?, es obvio que te vas a ir. Si se hizo ilusiones porque es pendejo nomás.

No sabía que eso había ocurrido entre ellos. ¿Se pelearon y por eso no vino Esteban? Los chicos tienen razón. Observo a Mikel, que está de piernas cruzadas junto a la hoguera. Lleva unos jeans y, aunque todos los demás nos hemos puesto chaquetas, chalecos o sudaderas, él simplemente está con una camiseta blanca. Sigo la línea de su perfil, de su nariz recta y su cabello negro levantado, que se recortan contra la luz de la hoguera.

Como si sintiera mi mirada, se gira. Nuestros ojos se encuentran y él me sonríe.

Sí, hay que ser idiota para ilusionarse con alguien que sabes que se va a ir. Hay que ser muy, pero muy imbécil, para sentir cosas por alguien que se va a convertir en un puto dios inmortal, o lo que sea.

Alguien... totalmente inalcanzable.

ϟ Mikel ϟ

Catalina se levanta y camina hacia mí. Como el resto de las personas, se abrigó y se puso unos jeans ajustados. Y mi chaqueta. Tengo que admitir que adoro que la use, especialmente sabiendo lo que hizo con ella.

A pesar de que se ha pasado la tarde lanzándome miradas odiosas, no tengo idea por qué.

—¡Gente, vamos a empezar los juegos! —Verónica nos hace señas para que nos acerquemos—. Vayan al baño o lo que sea, porque cuando esto empiece, nadie se va.

Los chicos se levantan y se dirigen hacia ella que está del otro lado de la fogata, pero Catalina se acerca y se sienta a mi lado.

—¿Podemos hablar antes del juego, Mikel?

Se ha hecho una cola a un lado de la cabeza y su pelo se agita ligeramente con el viento. Se abraza las rodillas contra el pecho y mira el fuego.

Mientras algunos van al baño o a buscar más cosas para abrigarse, yo la observo y espero que hable.

—Es sobre nuestro deseo —murmura ella, mirando las llamas.

—Tú estúpido deseo, querrás decir.

Catalina gira su cara hacia mí y algo se remueve dentro mío cuando sus ojos brillan como miel a la luz de las llamas.

—Pero tú deseas ser un dios.

—Ese no es un deseo, es mi destino —me encojo de hombros—, que está amarrado a tu tonto deseo.

—Como sea. Se trata sobre eso. Tu padre dijo que un cambio ya se estaba produciendo. —Mira el suelo, como si le costara lo que va a decir—. ¿Aún crees que es demasiado pronto para que avance con Sebastián?

Ah, de eso se trata. Supongo que ya le va costando hacerse de rogar.

—Solo han pasado tres semanas —digo en voz baja, aunque los demás se están riendo y conversando del otro lado de la fogata y dudo que nos escuchen con la música y el sonido de las olas rompiendo en la playa—. ¿Por qué apurarte? Yo no veo que le esté dando ninguna atención especial a Verónica.

—Porque quiero —dice, de forma demasiado brusca. ¿Qué le pasa? Me pregunto si le habrá ocurrido algo que yo no sepa—. Entiendo lo de hacer que le cueste, ¿okey? No soy tonta. Pero puedo avanzar un poco.

—No he dicho que seas tonta, eh. Bueno, no ahora.

Me lanza una mirada molesta y luego vuelve a mirar el fuego.

—Si no lo dejo avanzar nada, se va a aburrir. No es que vaya a acostarme con él como esa noche... Sé que lo arruinaría todo, pero... No lo sé. Tal vez un beso.

—¿Me estás pidiendo permiso para darle un beso a tu ex? —digo riendo.

—¡No te estoy pidiendo permiso, Mikel! Lo estoy conversando porque tenemos un trato... porque los dos queremos lo mismo.

No sé, con esta conversación de mierda, estoy dudando de que queramos lo mismo. Definitivamente, Catalina no tiene idea lo que yo quiero.

—Vale, gracias por considerar que era necesario discutir nuestros maléficos planes antes de arruinarlos, Catalina. —Me inclino hacia ella—. Pero no, no te doy permiso.

Me mira molesta y suelta el aire con brusquedad, exasperada.

—No te he pedido permiso, solo lo estoy conversando por si tenías algo útil que decir, pero veo que no.

—Claro que dije algo útil, te dije que no.

Resopla y se aparta un mechón de pelo castaño que cae sobre su frente.

—Solo es un tonto beso.

—¿Ah, sí? ¿Segura?

Se pone de pie y mete las manos en los bolsillos de mi chaqueta, mirándome desde arriba.

—Sí.

Me pongo de pie también y cuando ella se va a dar vuelta, la tomo del brazo. Mira mi mano y luego alza el rostro frunciendo el ceño. Más allá, los chicos ya se han reunido y Fernanda nos grita que nos apuremos.

—Estás haciendo esto para cabrearme —digo, acercándome a ella —, ¿se puede saber qué te pasa?

—No tendría por qué cabrearte.

Vale, eso es cierto. Pero me cabrea.

—Sí, porque vas a arruinar las cosas —digo, mirándola.

Ella tira de su brazo y se suelta.

—No voy a arruinar nada. Además, —dice y rueda los ojos—. Solo es un tonto beso.

Se da vuelta y camina hacia sus amigas. Yo suelto con brusquedad el aliento que ni siquiera me había dado cuenta de haber estado conteniendo.

Vale, si quiere arruinar las cosas, que no se queje después.

♡ Catalina ♡

Oh dioses, voy a tener que beber más para enfrentar este juego de mierda. Pero no quiero emborracharme tanto. ¿Y si me toca dormir con Sebastián y estoy toda ebria y arruino todo? No, no. No tengo que pensar en eso.

—Dame más, por favor —digo a Fernanda y ella me pasa una lata de cerveza—. No hay forma de que haga *eso* sobria —digo, mirando a la que tuvo el primer turno.

Suena una cumbia de fondo y todos se ríen y silban mientras Magdalena baila en ropa interior. Pobre, eso decía el papel que le salió y aunque nadie la obligó, si no aceptas tu turno, no vuelves en el próximo paseo. Pfff, si a mí si me toca algo así prefiero optar por el castigo antes que bailar frente a todos.

Doy un largo sorbo de cerveza y le devuelvo la lata a Fernanda, que está de mal humor porque le tocó besar a un chico. La mitad de la gente está sin camiseta, algunos con el torso desnudo, como Sebastián, Mikel y Matías, porque les tocó desafío de prenda, y algunas chicas en bikini. Una tuvo que sacarse todo para arriba, pero se está tapando con una sudadera, lo que debería ser trampa... En fin. He tenido suerte y a mí solo me tocó quitarme los zapatos. ¡Ja!

La botella gira sobre la caja que está al medio de todos y gira, y gira, y gira y... se detiene apuntándome a mí.

Aaah, bueno, *había* tenido suerte.

—¡Papelito! —Verónica se acerca tambaleándose y sus piernas morenas brillan a la luz del fuego, porque le tocó quitarse los pantalones. Llega hasta mí y me pasa el cuenco—. ¡Revuelve bien!

Meto la mano, mis dedos revolotean borrachos entremedio de los papeles y escojo uno. Apenas entiendo lo que dice, las letras se me mueven todas. Pero entiendo lo suficiente. No es tan terrible.

Verónica lee en voz alta, mirando el papel por sobre mi hombro.

—¡Ah, chupones! Alguien debe hacerte tres chupones. —Verónica tira el papel al fuego—. Este es fácil, te has salvado Catalina.

¡Escoge un chico o chica!

Paseo la mirada por los demás, que se están riendo o gritando que elija a tal o cual y mis ojos se posan en Sebastián. Estúpido Fakediós, si piensa que tengo que pedirle permiso para algo, está muy equivocado.

ϟ Mikel ϟ

Eligió a Sebastián, claro. Él se levanta y ambos se paran frente a frente, con la fogata detrás, donde todos podemos ver bien de cerca el desafío. Un desafío tonto y aburrido que algún nerd puso en la olla.

Sebastián estira su mano hacia el rostro de Catalina mientras la luz del fuego hace resplandecer sus siluetas y le aparta hacia atrás una mecha de cabello, de forma cariñosa. Algo totalmente innecesario, que no es parte del desafío. Se acerca hasta quedar bien juntos y nuestros idiotas compañeros borrachos sueltan silbidos y obscenidades —qué nerds, como si fueran a ver una peli porno en vivo—, mientras Sebastián baja la cremallera de mi chaqueta que tiene puesta Catalina.

Supongo que eso es lo que me desagrada tanto de lo que estoy viendo. Que hagan algo tan estúpido con *mi* chaqueta puesta.

Tomo la botella de vodka que tiene Matías enterrada en la arena y le doy un largo trago mientras Sebastián se inclina sobre Catalina y le da un beso en el cuello. Un beso largo, porque le estará haciendo un chupón. Ella levanta las manos y se apoya en los hombros de Sebastián.

Qué lío hacen para algo tan soso. ¿No pueden hacerlo rápido? Sebastián se pone de rodillas, levanta la camiseta de Catalina y le hace otro chupón en el vientre. Ella suelta una risa tonta cuando él sube más la camiseta, justo hasta debajo de sus pechos y le da otro beso ahí donde inicia el esternón.

Entre chiflidos y gritos, terminan su aburrida sesión de chupones y Catalina viene y se sienta a mi lado izquierdo. Toma la botella de la que yo estaba bebiendo y da un sorbo de vodka.

Bajo los ojos hacia ella, que no me mira para nada y veo el chupón que le acaba de hacer Sebastián, rojo, ahí en ese cuello donde *yo* le he dado los mejores besos de su vida.

Aparto la mirada y en ese momento Daniela, que viene bastante borracha, se deja caer entre Matías y yo, sentada en la arena a mi

derecha. Se apoya en mi brazo y me mira, riéndose.

—Ay, vasco, yo te hubiera elegido a ti. Con esos labios deliciosos que tienes.

Bueno, ella es una chica que sí tiene criterio.

♡ Catalina ♡

La botella ha girado varias veces. Matías tuvo que darse un beso con Carlos y hay una chica casi con hipotermia porque algún desgraciado metió un papel sobre darse un revolcón en el agua de la playa.

Por suerte, a mí solo me han salido papelitos con desafío de beber. Un vaso de vodka al seco, una botella de cerveza y… creo. Ya no recuerdo. La botella gira y gira y, oh, no otra vez. Parece que se va a detener frente a mí, pero... no. Deja de moverse y apunta a Mikel, que está a mi lado.

Verónica se acerca, él revuelve los papeles y sin revisarlo siquiera se lo pasa para que ella lo lea.

—Besar con lengua a la persona que tienes a tu derecha —dice Verónica—. O tomar un vaso de vodka al seco. ¿Desafío o vodka, Mikel?

La persona que tiene a su derecha... es Daniela. Mikel baja la mirada hacia mí, a su izquierda. Observa la botella de vodka que tengo en la mano y niega con la cabeza.

—Creo que ya he bebido suficiente, elijo desafío. Además —dice en voz baja y sé que solo yo puedo escucharlo—, solo es un tonto beso.

Touché. Puto.

Mikel se pone de rodillas frente a Daniela, a menos de un metro de mí. Ella se arrodilla también, con una sonrisa maliciosa y devora con los ojos el torso desnudo de Mikel. A nuestro alrededor, se escuchan chiflidos y silbidos de los que aún están relativamente sobrios. La mitad ya se ha quedado inconsciente, tirados en la arena cerca del fuego.

Mikel sujeta la cara de Daniela con ambas manos y no sé si es porque estoy borracha, pero veo todo como si fuera en cámara lenta. El cómo acerca su rostro, cómo se miran las bocas durante un

largo instante y el momento exacto en que él apoya sus labios carnosos sobre los de ella.

Aprieto la botella entre mis manos. Esos labios que he deseado tanto tiempo, con los que he soñado desde la primera noche que bailamos juntos. Percibo cada detalle; la manera en que Mikel los separa ligeramente y sus lenguas se encuentran. Daniela se cuelga de su cuello y se aprieta contra él mientras se siguen besando.

De pronto, un fuego arde dentro de mí y creo que no tiene nada que ver con el vodka que me he bebido. Una burbuja de rabia crece dentro de mi pecho y siento que va a explotar, que voy a enloquecer.

Pero no lo hago. Me quedo quieta y tranquila. Cuando se separan y Mikel vuelve a sentarse a mi lado, sigo quieta y tranquila.

Quieta. Tranquila. No lo arruines. Cálmate.

—Siento que acabo de besar a un dios —dice Daniela, dejándose caer de espaldas sobre la arena.

Mikel se ríe, me quita la botella de vodka de la mano y le da un largo sorbo. Y yo suelto el aire lentamente. Tranquila. Quie…

No. Ya no puedo quedarme quieta. Me pongo de pie, me tambaleo y me quito la estúpida chaqueta de Mikel. Se la arrojo sobre las piernas y camino sobre la arena hasta el otro lado de la fogata, donde está Sebastián, y me siento a su lado.

Mi ex me mira y me dice algo, pero no lo escucho. No lo puedo escuchar, porque la ira que siento dentro es tan grande, que no entiendo lo que me dice.

Dioses, ¿por qué me importa tanto?

Al parecer, el juego se acabó porque la mayoría ya no puede seguir bebiendo. Verónica y Fernanda sacan el cuenco donde están los papelitos para repartir las tiendas de dormir.

Me estremezco de frío ahora que no tengo la chaqueta y Sebastián me pasa una mano alrededor de los hombros.

Alzo el rostro y mis ojos encuentran los de Mikel, que brillan de un azul intenso en las sombras más allá del fuego, mirándome muy

serio.

Sostengo su mirada y él alza una ceja.

Sin palabras, sé lo que me está diciendo.

Entendí el mensaje, Fakediós.

No solo es un tonto beso.

25. Sexo oral, parte 1

♡ Catalina ♡

Están todos tan ebrios, que el silencio en el campamento es casi absoluto. Me envuelvo bien con el saco de dormir, intentando controlar mis pensamientos que giran en mi cabeza de forma caótica por el alcohol.

Ni siquiera pongo atención a la conversación en murmullos que tienen Verónica y Camila, una chica de las Palmas con la que nunca he hablado. Sí, con ellas me tocó dormir. Sebastián... creo que a él le tocó con Fernanda y Carlos, no tengo idea. No me interesa.

Piensa en el sonido del mar, Catalina. Sí, que bonito se oye, como las olas rompen contra la playa.

¡No puedo! Estúpida mente. No logro dejar de ver la imagen de Mikel besando a Daniela. Sus labios perfectos en los de ella, sus lenguas enredadas. ¡Aaaah! Debe ser porque estoy borracha, pero no lo controlo.

Sentí tanta, tanta rabia cuando los vi... y ahora me arrepiento de haberme enojado con él. Ya no tengo rabia. Ahora, sabiendo que Matías, Daniela y él están durmiendo en la misma carpa, solo estoy desesperada.

Hundo mi rostro en el saco de dormir. Ojalá pudiera sentir rabia otra vez, es mejor que esto. Soy una tonta. No puedo estar sintiendo esto por algo que solo era un juego. No puede importarme tanto. No puedo, porque... no, no. No me puede gustar Mikel de verdad.

—¿Por qué dices eso, Cami? ¿Te envío un mensaje de texto? —La voz de Verónica se cuela por la tormenta de mis pensamientos.

—No. No hay señal, pero es obvio —dice Camila—, ya se debe estar tirando al españolito.

Me pongo tensa. Soy una tonta, no debería importarme.

—No empieces —murmura Verónica.

—Pero si es verdad. La Dani dijo que besa como los dioses, no lo va a soltar.

—Cállate Camila o te irás a dormir afuera. Además... Cata, no le hagas caso. Te está webiando a propósito, no van a tirar con Matías al lado.

—Es la Dani —dice riendo Camila—, le importa una mierda. Como mínimo se lo va a chupar. Y luego de eso, Mikel no la va a dejar, porque es una diosa con el sexo oral.

Entonces comprendo. Recuerdo el mensaje de texto que creí que era de Verónica y que ella era una cínica por estar mirando tranquilamente por la ventana. Nunca fue ella, fue esta chica.

¿Por qué dice estas cosas? ¿Por qué está siendo cruel? Probablemente es súper amiga de Daniela o algo así. Ahora ya no solo los imagino besándose, sino que mi tortura mental se ha puesta creativa con eso del sexo oral.

Imagino sus besos. Los imagino acostados, desnudos y a ella haciendo... ¡aah!

Maldita mente obsesiva.

Los odio.

Ay, no. ¿Estoy siendo egoísta? Mikel me ha hecho sentir genial, de solo pensar en sus dedos tocándome recuerdo los orgasmos que recorrían mi cuerpo la otra noche. Tal vez se merece que alguien lo haga sentir así. Alguien que le haga cosas ricas como las que él me hace a mí.

Aunque no sea yo, que ni siquiera sé hacer sexo oral. O sea sí sé. ¿Pero soy buena? Nunca me lo han dicho.

Tapo mi cabeza con el saco de dormir. No. Soy una hipócrita. Se supone que quiero a Seba no a Mikel. Pero aun así… No podré dormir una mierda rogando para que no lo hagan.

ϟ Mikel ϟ

Tal vez debería haber bebido más vodka, así podría dormir a pesar de los ronquidos de Matías, que se mezclan con el constante sonido de las olas en la playa. En la oscuridad, me acomodo en mi orilla de la carpa y apoyo la cabeza en la chaqueta que Catalina me devolvió, usándola como almohada.

Tiene su olor. Ese aroma a frutas que he probado ya varias veces en su piel.

¿Habré sido muy cruel? La verdad no pensaba que fuera a enojarse tanto. Recordar el brillo en sus ojos viéndome desde el otro lado de la fogata, furiosos, me produce algo de lástima y... una extraña satisfacción.

Se lo merece, por posesiva. Insiste en volver con Sebastián, está enamorada de él, pero ¿se molesta porque beso a otra chica? Qué clienta más hipócrita tengo.

A pesar de eso... hostias, como desearía que estuviera en esta carpa conmigo.

—Oye, vasco —susurra Daniela en la oscuridad. Se acerca a mi espalda y rodea mi cintura con sus brazos—, tengo frío, ¿por qué no me abrazas?

—Yo tengo calor.

Se acerca más y me tenso al sentir sus labios en mi cuello. Tomo su muñeca y aparto su brazo de mí.

—Duérmete, Dani.

—¿Para qué te haces el difícil? Si hubieras querido, habrías elegido el vodka. Y ese beso delicioso, no lo niegues, fue con ganas.

La empujo despacio con el brazo. A pesar de que tengo calor, subo el saco de dormir y me tapo hasta el cuello, para que me deje tranquilo.

—Sí, tía, lo admito, fue con ganas. —Cierro los ojos—. Ganas de fastidiar a Catalina. Buenas noches.

Ella se gira hacia el otro lado y me da la espalda, diciéndome pendejo y otro insulto chileno que no entiendo.

Y que no podría importarme menos.

♡ Catalina ♡

Abandono la carpa y entorno los ojos, encandilada por la luz fuerte del sol matutino. Con el infierno mental de imaginar a Mikel con Daniela, me costó mucho dormirme anoche, así que soy la última en levantarme. Sin embargo, tomé una decisión. Gracias a ello pude calmar mi mente y finalmente dormir. Una decisión que, con la fuerza renovada del día, mantendré a toda costa.

Después de desayunar, claro.

Me arreglo los shorts de mezclilla, la camiseta sin mangas y me amarro el pelo en una cola alta. Bien, es lo más presentable que puedo estar en estas condiciones, es lo que hay. Trato de no pensar en tonterías ni semidioses y corro hacia las mesas, disfrutando del aire frío de la mañana que despeja mi mente, que sigue pesada después de una noche de vodka.

—¡Cata, ven! —Fernanda me hace señas y me acerco a la mesa donde está ella con Verónica y la desagradable de Daniela—. ¡Te guardé un sandwich! Estas bestias no estaban dejando nada...

No los puedo culpar, tengo un hambre famélica, me imagino que los chicos también.

—¿Te he dicho que te amo, Fernanda? —digo, tomando el pan y sentándome junto a ella.

Samanta, la novia de Fernanda me da un empujón cariñoso.

—No te pases —dice riendo.

Yo le sonrío y muerdo el pan, disfrutando de tener comida después de horas y horas con nada más que alcohol en mi estómago. Paseo la mirada por las otras dos mesas, donde los demás conversan y se ríen desayunando. Al menos no veo alcohol por ahora en la mesa, genial. Sobriedad.

Y tampoco veo a Mikel. Sebastián está con Matías y Carlos riéndose de algo que miran en el celular y comentando de esa forma emocionada que solo hacen cuando es algo que tiene que ver con básquetbol. Camila, la pesada que anoche decía que Daniela se

estaba tirando a Mikel, está en otra mesa, riéndose con chicas de Las Palmas que no conozco demasiado.

—Qué mañana tan linda —dice Daniela, apoyando los codos en la mesa y mirando hacia el mar—. Dormí tan bien, calentita apegada a Mikel. Deberíamos venir más seguido.

Mastico mi pan y la ignoro. Es obvio que lo hace a propósito, no caeré en sus juegos. Bueno, la ignoro lo mejor posible, porque es imposible que mi estómago no se retuerza levemente con su comentario. Pero ya no estoy borracha, ya no tengo imágenes infernales acosándome.

Soy una mujer madura y segura de mí misma. Claro que sí. No me importa que Daniela sea una chica morena y hermosa, que haya dormido abrazada con mi semidios sexy.

Ay, rayos. ¿Será verdad lo que dice? Parece muy contenta y, después de ver como se besaron... ¿habrán hecho algo más? ¿Le habrá hecho sexo oral? ¿Será tan buena que Mikel no va a volver a querer tener sexo conmigo?

Necesito saberlo.

No. No, lo necesito. Qué idiota soy. Anoche, antes de dormirme, tome una decisión y la voy a cumplir. No seguiré con este estúpido juego que tengo con Mikel, no quiero volver a sentirme como anoche, nunca más. ¡Se supone que el sexo del otro día solo fue para sacarle celos a Sebastián!

Termino mi pan, me tomo un vaso de jugo —con la determinación de hacer lo que tengo que hacer bien firme en mi mente—, y me levanto.

—¿Dónde está Mikel?

Daniela me lanza una mirada y se encoge de hombros, con una sonrisa tranquila en su rostro.

—No lo sé.

—Está en los baños, duchándose —dice Fernanda.

Gracias, bendita Fernanda...

Les doy la espalda y camino hacia allá. Aparte de las mesas, los baños son la única estructura humana que hay en este lugar. Es un edificio pequeño con cinco cubículos con inodoros y cinco duchas; todo de cerámica y cemento. Nada del otro mundo, pero suficiente para acampar.

Toco la puerta para ingresar a lugar, pero nadie responde. Noto que no está con seguro y entro. Está iluminado por el sol que se filtra por un enorme tragaluz que hay en el techo. Escucho el agua corriendo y solo hay una ducha con la cortina cerrada, así que asumo que Mikel está ahí.

Me acerco y observo el espacio inferior descubierto que deja la cortina, que no llega hasta el suelo. Solo se ven los pies de Mikel y el agua escurriendo entre ellos para perderse en el agujero del suelo de la ducha. De su cuerpo no se ve nada, pero su silueta se dibuja como una sombra en la cortina y parece que se está frotando el pelo.

Reúno valor y trato de impregnar mi voz del tono más enojado y serio posible.

—Fakediós, tengo que hablar contigo.

Su silueta se detiene un momento, pero luego sigue frotándose el cabello.

—Egun on[11], enana —dice desde el otro lado, saludándome en euskera—, ¿quieres hablar ahora?

—Sí.

Antes de que me arrepienta.

—Aquí, ¿en las duchas?

—Que sí.

—Bueno, si eso quieres...

Doy un respingo cuando su brazo se asoma por la cortina, sujeta del mío y tira con fuerza hacia dentro de la ducha.

Lanzo un chillido y cierro los ojos porque el agua helada me cae encima de la cabeza y, mierda, ¡está congelada! Aprieto más los ojos

y contengo el aliento ante el hielo que recorre mi cuerpo y me empapa por completa. Escucho el sonido del metal girando cuando Mikel corta la ducha y trato de escapar, pero siento sus manos en mis hombros y me empuja contra la pared mojada.

Temblando, abro los ojos y me encuentro con los suyos, azules y eléctricos, que me observan divertidos. Sus pestañas están mojadas, su pelo negro peinado hacia atrás está mojado, la sonrisa maliciosa de sus labios está mojada y los músculos de su pecho desnudo están mojados y... Alzo la mirada de nuevo. No miraré más abajo. Dioses, por qué no miré más abajo.

Mis dientes castañean y sus labios se curvan más en una sonrisa.

—¿Qué pasa, enana? ¿Tienes frío?

Se apega a mí y apoya sus antebrazos tibios contra mis hombros. Su olor a guindas me envuelve, contengo el aliento y sostengo su mirada, porque no quiero bajarla. En realidad sí, pero no.

Aprieto los labios y trato de dejar de temblar, pero es imposible.

—No te escucho —dice burlándose e inclina su rostro hacia el mío —. ¿Demasiado frío para hablar? Puedo abrazarte si quieres.

—No —sí, abrázame por favor te lo ruego.

Vamos, Catalina, concéntrate en sus ojos, en su nariz recta y perfecta, en esos labios gruesos que tanto te hicieron sufrir anoche. No en su cuerpo desnudo y...

—¿No querías hablar aquí? —Mikel acerca su mano y alza mi mentón—. ¿Qué ibas a decir? Parecías enojada.

¿Enojada? ¿Yo? Miro su boca cerca de la mía. ¿Enojo? No sé lo que es eso.

—¿Y bien? —insiste, apegándose más.

Siento su cuerpo caliente contra el mío, el vapor emanando de su piel. Sus ojos azules bajan por mi cuerpo y observan descaradamente mi ropa mojada.

Sus labios se inclinan hacia arriba en una sonrisa otra vez.

—Alguien no se puso el sujetador—murmura mirando mis pechos.

Suelto el aliento despacio, provocando una nube de vapor.

Sé fuerte Catalina. Decidiste que no querías seguir con esto, te está afectando demasiado y... dioses, ese cuerpo...

—Mírame a los ojos, enana —dice, levantando de nuevo mi mentón.

Los miro. Y reúno toda la fuerza de voluntad que tengo para decirle que no podemos continuar tonteando. Enredarme con Mikel no está bien. No puedo seguir con este peligroso juego y... Abro la boca para terminar con esto.

—Enséñame a hacer sexo oral.

La sonrisa desaparece de su rostro y parpadea, dejando caer gotitas de agua de sus pestañas y soltando mi mentón.

—¿Qué?

Ay, por qué soy tan idiota. Pero ya lo dije. Contengo los temblores de frío de mi cuerpo y trato de mantenerme seria, aunque quiera salir corriendo por lo que acabo de decir.

—Que no sé hacer sexo oral y quiero que me enseñes.

Mikel me mira evidentemente confundido. ¿Tan extraño es lo que estoy diciendo? Bueno, tal vez sí.

Se aparta un poco de mí y me observa, ladeando su rostro. Frunce el ceño y yo hago un esfuerzo por mantener mi mirada en sus ojos.

—No sé qué pasa por esa cabeza depravada tuya. —Frunce más el ceño—. ¿Estás hablando en serio? Coño, sí. Estás hablando en serio.

—Sí.

Mikel entorna los ojos.

—¿Acaso no le hacías a Sebastián?

—Sí, pero no tanto... no sé si lo hago bien.

—¿Hacerlo bien? ¿A qué te refieres con *bien*? A ver, espera, déjame adivinar —dice, levantando una mano—. ¿Dormiste con

Verónica y la escuchaste decir que le ha hecho a Sebastián el mejor sexo oral de su vida, o algo así?

—Eeeh... sí, eso mismo.

Mikel resopla. Mira el techo un momento y luego baja sus ojos otra vez hacia mí.

—¿Me estás pidiendo hacerlo conmigo?

—Sí.

—Quieres chuparme la polla... ¿para luego hacerlo bien con tu ex?

—Eeeh... algo así.

—Tú estás loca —dice, mirándome muy serio—, estás mal de la cabeza.

Qué exagerado, no es para tanto. Creo.

Me aparto el pelo mojado del rostro, sin apartar mis ojos de los suyos, mientras me estremezco y no sé si es por el frío.

—¿Y? ¿Vas a ayudarme o no, Mikel?

Pone los ojos en blanco, murmura algo en su idioma que no entiendo y resopla, pasándose una mano hacia atrás por el pelo negro y me mira otra vez.

—Está bien.

¿Está bien? Oh, dioses de las tormentas, la calamidad y el sexo.

Camina hacia mí y todo mi cuerpo se tensa. Mikel apoya sus manos en la pared, a los costados de mi cabeza, acorralándome otra vez. Se inclina y mi corazón se vuelve loco cuando nuestras miradas se encuentran.

—Que conste —dice, chorreando gotas de agua en mi frente—, que fue *tú* idea, no mía.

Yo asiento y contengo el temblor de mi cuerpo. Su rostro está muy cerca del mío. Se inclina más, pasa su mano por detrás de mi cabeza sujetando mi nuca y acerca sus labios a mi cuello.

Me estremezco y alzo el rostro hacia el techo cuando siento su lengua tibia en mi piel y me aferro a sus brazos mojados mientras deja besos en mi cuello, haciendo que la sangre lata con fuerza en mis venas.

Con la otra mano sujeta mi cintura y me estrecha contra él. Está todo desnudo, todo. Me dejo y se me pasa cualquier frío que haya sentido, pero Mikel se detiene. Levanta su rostro y me mira a los ojos.

—No lo haremos aquí.

—¿Ah, no?

—No, enana depravada. Aquí nos puede interrumpir cualquiera y además... —dice y esa sonrisa maliciosa aparece otra vez—, será mejor que mires para estar segura de lo que quieres hacer.

—¿Que mire qu...? Ah.

Trago con dificultad y bajo los ojos por su cuerpo cubierto solo por agua. Por sus abdominales perfectos, por los oblicuos marcados y por su... ah, ¡semidiós tormentoso!

No necesito tocarlo para notar lo duro que está y... Ah, rayos, es tan grande, recto y esa punta redondeada y gruesa...

Siento un escalofrío y me muerdo los labios.

¿Voy a tener que meterme *eso* en la boca?

Mikel se aparta y yo me estremezco otra vez.

—Te espero en mi tienda —dice, corriendo la cortina.

Sale de la ducha y yo observo su trasero perfecto mientras camina hasta la pared y toma la toalla que está ahí. Se seca con ella un poco, se pone los shorts y la camiseta en el cuerpo que aún está húmedo y se gira hacia mí.

—Tienes el camino de aquí a la tienda para arrepentirte, enana.

Me sonríe y arroja la toalla sombre mi cabeza. La sujeto y me envuelvo con ella mientras él desaparece por la puerta.

Contengo el aliento y tiemblo, arropada por la toalla de Mikel.

¿Arrepentirme?

26. Sexo oral, parte 2

ϟ Mikel ϟ

Soy Mikel, hijo de un dios. Tengo veintitrés años, soy abogado y mi vida solo ha sido un éxito tras otro, en mi camino por llegar a la divinidad. Puedo invocar las tormentas, llevar los negocios más retorcidos de mi padre y...

Estoy nervioso por una maldita mamada.

Esto no tiene ningún puto sentido, joder. Tormentas.

Debe ser porque es una situación extraña. Como una especie de... clase depravada. ¿Qué tiene en la cabeza Catalina? Bueno, lo que sea que tenga, ya acepté. ¿Qué iba a hacer? ¿Negarme?

Ni de coña.

Hostia, tal vez no fue buena idea esperar en la tienda. Con el sol de la mañana, está demasiado calurosa. Quizás debería invocar una tormenta para que se pase el calor... pero podría arruinarlo todo. No es que pueda llamar unas nubecitas y ya. O es tormenta completa o nada.

Ah, coño. ¿Qué hago mientras espero? ¿Irá a venir? Me estoy aburriendo, ¿cuánto rato ha pasado? Tomo el Iphone que apenas le queda carga y... no han pasado ni diez jodidos minutos.

Tal vez se arrepintió. Quizás...

Escucho pasos en la arena y una silueta se recorta afuera de la tienda. Catalina. La reconozco por la forma de su sombra contra la tela.

Coño. ¿Por qué me pongo tenso? He hecho esto millones de veces.

La sombra de Catalina rodea la tienda y cuando está cerca de la entrada se detiene.

—¡Cata, ahí estás! —exclama una voz afuera.

Creo que es Fernanda.

—¿¡Ah?! —Catalina alza la voz más de lo normal, como si la hubieran pillado haciendo algo muy malo.

—¡Te estaba buscando! Los chicos ya se fueron a la vertiente, estamos por irnos también...

—¡¡Aah!! La vertiente... eeh, ¿todos los chicos?

Veo que el perfil de la sombra se gira hacia la tienda. ¿Estará pensando que me fui a ese estúpido paseo? Hostia, de solo escuchar su voz y saber lo que vamos a hacer ya me puse duro; no dejaré que se vaya.

Carraspeo despacio para que sepa que estoy aquí y ella da un respingo afuera de la tienda.

—Creo que no iré, Feña —continúa Catalina—. Dormiré siesta, tengo sueño.

Vale, siesta...

—¡Pero si acabamos de despertar! —Veo como la sombra de Fernanda se acerca y tira de la mano de Catalina—. Vamos, ¡es un lugar muy lindo!

—En serio, Feña, no dormí nada con lo que hablaban las chicas anoche... creo que prefiero dormir.

Fernanda insiste y le dice que es peligroso que se quede sola. Que prefiere quedarse con ella si tanto quiere dormir.

Ufff, ¿esa tía no puede ser mala amiga una vez? Bueno, no queda otra alternativa. Me acerco a la entrada de la tienda, bajo la cremallera y asomo mi cabeza.

—Ya vete, Fernanda. No se va a quedar sola.

Fernanda suelta a Catalina y me mira a mí, luego a ella, luego a mí y otra vez a Catalina.

—Ajam, comprendo —dice, alzando las manos—. Siesta. ¡Adiós!

Se da media vuelta y se aleja caminando por la arena, más allá del campo de visión que tengo desde la tienda.

—Y, ¿vas a entrar o qué, enana?

Catalina se gira hacia mí y ahora entiendo por qué demoró largos diez minutos. Se fue a poner ropa seca y su pelo largo y húmedo cae sobre sus hombros, encima de una camiseta verde sin mangas.

Abajo, solo tiene unos shorts de mezclilla cortos, ajustados a sus muslos morenos.

Sus ojos encuentran los míos y tiene el descaro de ponerse roja, a pesar de que esta idea retorcida ha salido de *su* mente pervertida, no de la mía.

Entro de nuevo a la tienda y espero, mientras compongo mi habitual sonrisa y me desordeno el pelo con la mano. Puede que esté un poco nervioso —porque es una situación rarísima, coño—, pero no dejaré que se me note.

Voy a ser un dios.

Y más vale que Catalina lo recuerde.

♡ Catalina ♡

Juego distraída con los mechones de mi pelo que cae a los costados de mi rostro, mientras observo la entrada de la carpa. Inspiro profundamente el aire marino y espero a que la silueta de Fernanda se pierda en el sendero entre las rocas por donde se han ido los demás.

Mikel está esperando dentro.

Ya no hay vuelta atrás, Catalina.

¿O sí? ¡Estaba tan decidida a terminar con este juego! De solo recordar el beso que Mikel y Daniela se dieron la noche anterior hace que me enoje de nuevo. Y odio eso. Odio que alguien me pueda afectar así.

Y Mikel siempre me hará sentir así, lo sé.

Porque es inalcanzable. Va a convertirse en un dios y...

Le haré sexo oral a un semidiós.

¡No hay forma de que vaya a perderme eso! Aún así, mis dedos tiemblan cuando tomo el cierre de la carpa y lo bajo.

Me cuelo dentro y de inmediato me impregno del aroma a guindas de Mikel. Todo tiene un aspecto azulado adentro y está caluroso, aunque no a un nivel insoportable. Esta algo desordenado, un par de mochilas, ropa por ahí y por acá, y sentado en medio de todo eso… ah, dioses de las tormentas, ¿cómo puede ser tan jodidamente guapo?

Está cruzado de piernas sobre los sacos de dormir, descalzo, con unos shorts de baño del color del mar, una camiseta gris sin mangas y el pelo negro desordenado y levantado en la parte de adelante.

Mi sangre palpita fuerte cuando encuentro el brillo de sus ojos azules fijos en mí. Rayos. Comienzo a cerrar la entrada de la carpa pero, mierda, se atasca. ¡Estúpido cierre!

Escucho la risa de Mikel detrás mío, pero me niego a girarme.

—¿Nerviosa? Que extraño, porque eres tú la depravada que quiere hacer esto.

¡Ay! ¡Por qué tiene que *decir* lo que vamos a hacer! Al fin logro cerrar la maldita entrada y me giro hacia él. Me acerco y me siento frente a frente, intentando calmar mi respiración.

Dioses de las tormentas, hace mucho calor aquí. Y mucho silencio. Mikel me observa tranquilamente mientras se oyen las olas rompiendo contra la playa. Mis ojos se pasean de un lado a otro dentro de la tienda, sin saber dónde diablos fijarlos.

—Sé que estoy bien dotado pero, sinceramente, no lo tengo de un metro. Dudo que desde ese lugar vayas a conseguir nada...

—Muy gracioso —digo y me armo de valor para mirarlo a los ojos —. Antes quiero preguntarte algo.

Mikel se inclina hacia atrás, apoyando las manos en el suelo y me observa.

—Venga, dime.

—¿Pasó algo entre Daniela y tú anoche? Porque ella anda insinuando que...

—¿Por qué me preguntas eso? —Mikel ladea su rostro.

—¡Porque no quiero que se me pegue el sida! Por qué más...

—No tengo sida. —Se sienta derecho nuevamente y entorna los ojos—. Me hice exámenes antes de venir a Chile, puedes quedarte tranquila.

—Pero Daniela...

Mikel pone los ojos en blanco.

—No pasó nada con Daniela.

—¿De verdad?

Me observa muy serio.

—Ya respondí. —Entorna los ojos un momento—. Y tampoco con Esteban, si tanto quieres saber.

—Oh.

—Bueno, así como nada... pero no llegamos a lo que te preocupa.

—Aaaah. —Bajo la mirada a mis manos, que de pronto me parecen muy interesantes—. Bien.

—Bien —dice, como si fuese una confirmación.

Demonios, no quedan más preguntas. Eso significa que... Contengo el aliento y Mikel me mira divertido.

—¡No te burles, Fakediós!

—Vale —dice, pero una sonrisa se asoma en la comisura de sus labios.

Yo comienzo a mover mi pierna para acercarme un poco, pero la sonrisa de Mikel desaparece, se sienta derecho y levanta una mano.

—Espera —dice y yo me detengo, aunque tampoco es que me haya movido demasiado—. No estoy listo.

Lo observo sin comprender. Parece repentinamente... ¿incómodo? Se pasa una mano por el pelo negro, pasea la mirada por el desorden que nos rodea y me mira otra vez.

¿Está nervioso? ¿Mikel está nervioso? Por alguna razón, eso me hace ganar confianza.

—¿Cómo quieres hacerlo? ¿Quieres...? ¿Solo practicar o qué...? —Suelta el aliento despacio y frunce el ceño—. Coño, esto es muy raro. ¿Quieres que te dé instrucciones?

—¡Sí! Eso. Tienes que explicarme, de verdad no sé si lo hago bien —suelto, porque bueno, supongo que es cierto—. ¡Debes decirme todo!

Él asiente, pensativo y yo me acomodo más cerca de él, de piernas cruzadas.

—¿Todo, todo?

—Todo.

—Vale.

Ay, mierda, esta es la situación más incómoda que he estado en mi vida.

—Si lo estoy haciendo mal tienes que decirme —murmuro—. Recuerda que esto es algo totalmente práctico y con fines de investigación.

—Investigación, ajám. —Mikel alza una ceja—. Intentaré mantenerme totalmente objetivo y no disfrutarlo.

—Eh... bueno, no me refería a que...

Pero no termino la frase, porque Mikel toma mi mano, tira de ella y caemos juntos sobre los sacos de dormir.

Ah, mierda, estoy sobre él. Mi pelo se desliza a ambos costados de su rostro y el corazón se me va a salir de lo fuerte que golpea mi pecho cuando nuestros ojos se encuentran. Ay, estoy perdida, es que es tan lindo.

Mikel acaricia con su mano el contorno de mi cara.

—Solo bromeaba. Créeme, enana, que lo voy a disfrutar. —Sonríe y soy incapaz de pensar cuando su dedo pulgar roza de forma cariñosa mi labio inferior—. ¿Empezamos?

ϟ Mikel ϟ

Catalina contiene el aliento, se sonroja y a mí se me quitan todos los nervios. Ver como reacciona a lo que le hago me provoca demasiado. Tanto, que cuando deslizo mis dedos por su cuello, siento como si la electricidad pasara de su piel a la mía.

Aparto su cabello con la mano y veo el chupón que Sebastián le dejó anoche. Siento la necesidad de besar su cuello, toda su piel, para borrar esas horribles marcas, pero me contengo.

Esta vez, es ella la que decidirá qué hacer.

—¿Estás listo? —murmura y se muerde el labio.

¿Listo? De solo imaginar donde estará esa boca en unos momentos ya estoy durísimo.

Asiento en silencio, curioso por saber qué va a hacer a continuación. Ella se aparta de mí y se sienta, observándome. Sus ojos se detienen en mis pantalones y bueno, por su expresión, creo que acaba de averiguar lo listo que estoy.

Inspira, como si reuniera valor y hace un gesto con la mano.

—Quítate la camiseta.

Me apoyo en los codos y la miro.

—¿Quién eres, Christian Grey?

Catalina sonríe y ahí está esa chispa pervertida en su mirada. Tormentas, de verdad me la quiero follar.

—Quítatela —repite.

—Me la quitaré si tú te la quitas.

Se pone tan roja que creo que se va a negar. Pero entones, suelta el aliento y sujeta el borde inferior de su camiseta.

—Lo haré —dice, mirándome—, pero sin tocar.

—¿Qué? ¿Cómo que sin tocar?

—¿Aceptas o no?

¿Qué clase de tortura es esta? Resoplo, pero acepto. He tocado sus senos pero nunca los he visto; no me voy a negar.

Catalina se sube la camiseta y me parece que tarda demasiado en hacerlo. Es una puta eternidad. Hasta que al fin veo asomar la curva de sus senos, que son como los imaginaba; perfectos. Mientras alza los brazos para quitarse la camiseta por la cabeza, observo el movimiento que hacen y creo que voy a morir si no los beso.

Mierda. ¿Qué me está pasando? Son solo unos pechos. Pero es que así, desnuda, me parece tan hermosa.

—¿Mikel? Te toca.

Ah, sí, cierto. Me quito la camiseta, la tiro a un lado y vuelvo a recostarme apoyado en los codos. Al parecer, su mente pervertida ha superado los nervios, porque descaradamente se come mi cuerpo con la mirada. Coño; el deseo que brilla en sus ojos color miel me excita aún más y juro que si no se apura voy a terminar arriba de ella, con esos pezones gruesos que tiene entre mis dientes.

Sin embargo, se acerca, apoya una mano en el suelo cerca de mi brazo y se inclina sobre mí. Por un momento creo que me va a besar y miro su boca, deseándola. Levanto una mano para acariciar su cuello, pero ella la aparta de un manotazo y me clava sus ojos.

—Tú quieto, *Fakediós.*

Vale, se ha puesto mandona.

—Lo que tú digas, *enana.*

Catalina se inclina y se me acelera el pulso cuando sus labios tocan, por segunda vez en mi vida, la piel de mi pecho. Apoya su mano en mí, debajo de mis costillas, y otra corriente eléctrica me recorre mientras sus dedos se deslizan curiosos por los músculos de mi abdomen.

Mierda, se recuesta a medias encima mío y tengo que contener las ganas de tocarla al sentir sus pechos sobre la piel de mi vientre; su boca descendiendo hacia mi abdomen mientras deja una huella húmeda por el centro de mi cuerpo, que hace arder mi entrepierna.

Estoy flipando. De verdad, y ni siquiera me lo ha chupado.

Su pelo largo está desparramado sobre su espalda desnuda y contengo el aliento mientras ella aparta un poco su cuerpo del mío, para seguir descendiendo con su boca por mi vientre. Con una mano tira del broche de mi traje de baños, lo desprende y sujeta la tela entre sus dedos.

Su boca se separa de mi piel, se quita el pelo castaño de la cara y alza sus ojos hacia mí.

—¿Alguna sugerencia?

Ah sí, la clase, verdad. Joder, solo quiero que siga.

—Usa las manos y... no te lo metas todo en la boca.

—Ni siquiera se me habría ocurrido —murmura y con ambas manos tira de mis shorts hacia abajo.

Aguardo ansioso el par de segundos que parece dudar mirando mi miembro, que está como una roca de tanta espera.

Lo afirma entre sus dedos. Retengo el aire otra vez cuando agacha su cabeza y sus labios rozan la parte superior de mi... aah, como me pone verla así. Un escalofrío me recorre en el instante en que aprieta un poco sus dedos masajeando la base y, hostia mierda, siento su lengua. Está tibia y, ¡aah! Coño. Qué mierda.

Me dejo caer de espaldas sobre las mantas disfrutando la oleada de placer que me invade y cierro los ojos. No. Los abro otra vez y ladeo la cabeza en el suelo para no perderme cómo lo hace. Hostia, ver como mi pene entra y sale de su boca es lo más excitante que he visto.

Su lengua juega con la parte superior de mi erección.

—Ah, coño, qué mierda más rica.

Acaricio su cabeza y mis dedos se enredan en su pelo mientras una corriente sube por mi vientre, por mi espalda y su boca mojada succiona, chupa y vuelve a succionar. Aprieta con sus labios sin dejar jamás de masajear la mitad inferior con su mano.

Hossstiiaa, hunde más mi pene dentro de su boca y se me escapan quejidos de placer. No puedo pensar. Sus labios tibios me

atrapan en una marea de sensaciones con cada succión. Ah, tormentas, amo sus labios.

Entonces, se detiene. Suelto el aliento y, mierda, cuando alza la mirada hacia mí, con mi erección en su mano, los labios mojados y el pelo castaño revuelto entre mis dedos, creo que es la imagen más hermosa que he visto jamás.

—¿Te gusta?

—Coño, ¿es broma?

—No me estás enseñando —dice y la maldita aprieta mi pene provocando un espasmo en mi vientre.

De verdad quiere que la folle.

Cálmate Mikel. Es Catalina, no es cualquier chica, no puedes arruinarlo. Mierda, esta chavala tiene mi futuro en sus manos con su estúpido deseo y ahora también tiene mi polla.

Bien, Mikel.

Respiro agitado y me apoyo en el codo para alzarme un poco y observarla bien.

—No me puedo concentrar —digo—, lo intentaré.

Ella sonríe y acerca su boca a mi miembro otra vez, sin dejar de mirarme. Y empieza a chuparlo, sin dejar de mirarme. Y lo aprieta y saborea, sin dejar de mirarme. Un mechón de pelo cae sobre su rostro y yo lo aparto, intentando controlar mis pensamientos mientras esos ojos intensos me miran y esos labios chupan.

Imposible. Inclino hacia atrás mi cabeza y miro el techo conteniendo la electricidad que recorre mi abdomen, mis piernas. Mierda, no puedo verla y concentrarme, por lo que intento mirar el techo de la tienda sobre mí.

Su lengua me recorre y contengo el aliento. Ya sé. Ya sé que falta. Me dejo caer sobre las mantas y tomo la mano libre de Catalina. La guio hacia mis genitales mientras disfruto de la succión de sus labios.

Ella comprende de inmediato lo que quiero y chupa con más fuerza mientras con su otra mano acaricia mis testículos.

—Coño, no pares, por favor.

Su boca deja mi miembro y sigue aferrándolo con sus dedos y masturbándome mientras baja sus labios hacia mis testículos y, joooder, los chupa. Espasmos me atormentan y ella, lentamente, pasa sus labios mojados y su lengua tibia por uno, por el otro, por el centro y se me escapan gruñidos de placer. Me voy a morir.

Su boca sube hacia mi erección otra vez y ahora la chupa como si quisiera tragarme entero. Una marea enloquecedora, eléctrica, me invade cuando aprieta más fuerte con su mano la base y la mueve más rápido, succionando con más ganas.

La tormenta de placer nubla mi mente y, mierda, esa boca va a enloquecerme. Coño. Esa lengua, esas manos. Mentirosa, sí sabe hacerlo. Está jugando conmigo.

Aferro las mantas debajo de mí y trato de contener la fuerza que crece ahí donde ella está haciendo estragos con su lengua. Pero no puedo, no logro contenerla más y juro que podría agitar el mar con la locura que siento.

Afuera se oye un trueno.

—Mierda, Catalina, no puedo más.

Hostia, me contengo todo lo que puedo y la miro, esperando que se aparte. Pero encuentro sus ojos fijos en mí y comprendo lo que quiere. Coño. ¿En serio?

Joder, joder. Me dejo caer de espaldas y me pierdo en esa boca que chupa más fuerte. Siento que voy a estallar y ella sube y baja su mano, aprieta la base de mi pene, su lengua trastornándome.

Una tormenta estalla en mi interior y, ah, la fuerza que aguanto se escapa de mí y Catalina chupa mientras eyaculo en su boca.

—Ah, puto coño.

Los espasmos se apoderan de mí, y en un momento estoy en el cielo y en el siguiente viendo como ella se traga mi semen.

Respiro agitado el aire caliente de la tienda, disfrutando el placer residual en cada parte de mi ser, mientras miro a Catalina. Una corriente deliciosa aún me recorre y no puedo dejar de observarla. Se aparta de mí, se endereza y su pelo castaño y largo cae a los costados de su rostro, cubriendo sus pechos desnudos. Se pasa la mano por la boca, limpiándose los labios mojados con mis fluidos y sonríe.

—Tu semen sabe a guindas, Fakediós.

Una risa escapa de mi boca y me siento, frente a ella. ¿Qué coño está diciendo? Catalina alza su mirada color miel hacia mí y yo observo esos labios que están rojos de tanto chupar y húmedos con todo lo que había dentro de mí.

Tormentas. Es hermosa. La deseo tanto que no me contengo. Tomo su rostro con mis manos y ella da un respingo cuando me inclino y nuestras narices se rozan.

—Enana —digo, mirándola a los ojos—, eso fue...

Pero no puedo expresarlo con palabras. Simplemente, lo único que quiero en este momento es...

—Mikel...

No termina de hablar porque paso mi dedo pulgar por esos labios que me están enloqueciendo. Los necesito. La necesito.

Necesito que sean míos.

—¿Sabe a guindas, dices?

Me inclino hacia ella y la beso.

27. Tormentoso Beso

♡ Catalina ♡

Besar a Mikel es como una tormenta. Como un rayo que me atraviesa y tengo que aferrarme a sus brazos desnudos cuando sus labios buscan los míos porque pierdo la fuerza de mis piernas. Ah, son tan suaves y tibios. Eléctricos. Rozan los míos despacio, como si tanteara, como si quisiera saber si quiero lo mismo.

Abro los ojos y encuentro su mirada azul y brillante. Murmuro su nombre, que se pierde en su boca y esta vez la aprieta más fuerte contra la mía. Mi corazón se dispara y cierro los ojos; sus brazos bajan y rodean mi cintura, apretando mi torso desnudo contra el suyo y causándome un cosquilleo donde nuestra piel se toca. Mierda, abro mi boca y su lengua entra en la mía, y me doy cuenta de cuánto deseaba hacer esto con él.

Lo deseaba tanto.

La corriente recorre todo mi cuerpo mientras me besa y siento su piel caliente contra mis pechos. Jadeo y abro los ojos. Mikel sonríe, con sus boca sobre la mía.

—Sí sabe a guindas —murmura—, enana pervertida.

Vuelve a inclinarse y nuestros labios se encuentran otra vez, ahora con más deseo, más fuerte. Cedo bajo el peso de Mikel y caemos sobre las mantas, enredados, respirando el aliento del otro, besándonos; nuestros cuerpos transpirados en esta carpa pequeña y calurosa.

Dioses tormentosos, ¿qué me hace? Su mano sube por mi piel y acaricia uno de mis pechos y lo aprieta, mientras penetra mi boca con su lengua. Me cuesta respirar, cada lugar que toca me arde, despertando en mí una desesperación, un hambre de más; de que me acaricie, de que me bese, de que haga lo que quiera, pero que lo haga ya, por favor.

El peso de su cuerpo me aplasta y sus caderas se aprietan contra las mías y siento su miembro duro de nuevo. Mierda.

—Joder, ¿qué me estás haciendo, Catalina?

Respira agitado y me mira, rozando su nariz con la mía. Su pelo negro está revuelto y sus ojos brillan como si tuvieran una tempestad dentro.

Pasa su mano por mi frente, apartando mi cabello y se inclina otra vez hacia mí, pero en ese momento la carpa se agita y Mikel se detiene.

—¡Hostia! —maldice y mira hacia la entrada de la carpa—. ¿Habrán vuelto?

Nos apartamos y observo alrededor, pero no se ven sombras o siluetas humanas cerca de la carpa. A pesar de eso, se agita otra vez y a lo lejos se escucha un trueno.

—¡Ah, la mierda! —Mikel toma mi camiseta, me la tira y comienza a ponerse la suya—. Hostia, hostia.

Me visto rápido y lo miro preocupada.

—¿Qué pasa?

La carpa se mueve de nuevo y, ahora que estamos separados y logro pensar otra vez, me doy cuenta de que es el viento

—Es una tormenta. Creo que... me dejé llevar —Mikel se pasa una mano por el pelo y me observa frustrado—, puede que...

Los dos nos sobresaltamos cuando escuchamos voces afuera, alarmadas y agitadas. Me paso los dedos por mi cabello, intentando ordenarlo un poco, gateo hasta la entrada y abandono la carpa.

El viento me golpea de inmediato y mi pelo se agita alrededor de mi rostro. ¿Cómo puede estar así el día? La carpa estaba tan calurosa dentro que era imposible notarlo, pero afuera se ha desatado un clima de mierda. El cielo está cubierto de nubes grises y desde la línea del horizonte se encaminan otras aún más grandes, negras y amenazantes.

Escucho voces a mi espalda, me giro y encuentro a Fernanda y a Samanta corriendo hacia mí.

—¡Cata! ¡Tenemos que irnos! —Llega hasta mi lado jadeando y mira hacia el mar, mientras el viento revuelve su pelo—. Sebastián

subió al mirador para tener señal y pedir un vehículo de emergencia.

—Qué mala suerte, weón —protesta Samanta—, se suponía que haría buen clima toda la semana. ¡Esto no tiene ningún puto sentido!

Me abrazo a mí misma porque ahí fuera hace mucho frío, y observo estremecida el mar agitado y los relámpagos que ahora se perfilan en la oscuridad del horizonte.

—Si no escapamos antes que esa tormenta llegue —murmura Fernanda—, esto será un desastre. Vamos, hay que desarmar el campamento.

Ella y Samanta corren hacia donde están las mesas y las otras tiendas.

Mikel sale de la tienda; se ha puesto unos jeans y tiene su chaqueta en la mano. Sé que debería estar preocupada porque se nos viene una puta tormenta encima y se arruinó el paseo, pero no puedo evitar las cosquillas en mi estómago al ver su rostro sonrojado y el cabello negro revolviéndose con el viento. Quisiera estar dentro de esa carpa con él otra vez, aunque se nos caiga el cielo encima.

Él se acerca, me pasa la chaqueta por sobre los hombros y me abraza desde atrás.

—No me la devuelvas otra vez o me voy a enojar. Y si esto pasa cuando me excito demasiado —murmura, apoyando su mentón en mi cabeza, mientras miramos la avalancha de nubes oscuras y relámpagos que se acerca desde el mar—, créeme, no me quieres ver enojado.

ϟ Mikel ϟ

Corremos hacia el bus que nos espera en el camino de acceso al mirador, cargando los bolsos y acosados por un viento huracanado. Los chicos maldicen la tormenta y la lluvia que cae sobre nosotros y nos subimos al vehículo entre un caos de gente mojada, bolsos desparramados y más insultos al clima.

Qué exagerados. El enojado debería ser yo porque se arruinó mi segundo tiempo con Catalina. Aunque fue mi culpa.

Avanzo por el pasillo del bus y Carlos se disculpa cuando me empuja, cargando un montón de cosas. Estamos todos apretados porque entramos juntos para no mojarnos más. La verdad, es una suerte que esto no haya ocurrido de noche o cuando estábamos todos borrachos. Tendré que preocuparme más de mi autocontrol...

—¡Aah, por qué! ¡Por qué se arruinó nuestro fin de semana! —Verónica pasa por mi lado estrujando su largo cabello rubio y se deja caer en un asiento al lado de Daniela—. ¡Qué mala suerte!

Tomo lugar en un par de asientos vacíos, acomodo mi mochila en el suelo y paseo la mirada por el pasillo. Catalina está en la parte delantera del bus, de pie hablando con Sebastián, que se inclina sobre ella mientras le dice algo que no alcanzo a escuchar. El pelo ondulado de él está mojado y una gota cae sobre la nariz de Catalina, que se la limpia con la manga de mi chaqueta que lleva puesta. Ella asiente un par de veces y luego camina por el pasillo, detrás de él.

Sebastián se acerca y se ubica en los asientos del otro lado del pasillo, frente al mío, donde hay dos lugares. Catalina mira el asiento junto a Sebastián y veo la duda en sus ojos.

—¿Qué haces, enana? —Me muevo al asiento de la ventana y tiro de su mano, haciéndola caer en el que está al lado mío—. Tú te vienes aquí.

Ella me sonríe, aunque tiembla de frío y disfruto en silencio como Sebastián nos observa con el ceño fruncido.

—Quítate eso, está empapado —digo y bajo la cremallera de la chaqueta que le di. Busco en mi mochila que es impermeable, y no una mierda como la suya, y le paso una sudadera seca—, ponte eso.

Me agradece, sonrojándose y se pone la sudadera. Yo me quito la camiseta que tengo mojada y debo admitir que disfruto como Catalina —descaradamente—, recorre mi torso desnudo con esos ojos tan bonitos que tiene. Detrás de ella, Sebastián pone los ojos en blanco y se da la vuelta. Empieza a cambiarse de ropa también, pero Catalina está demasiado ocupada mirando mis abdominales como para haberse dado cuenta.

Sebastián -10, Mikel 50.000.

—Gracias, Mikel —repite Catalina y se arropa con mi sudadera—, tenía mucho frío.

Mientras las últimas personas se suben al bus y el chofer pone en marcha el motor, saco una camiseta manga larga de mi mochila y me la pongo. Paso el brazo alrededor de los hombros de Catalina, atrayéndola hacia mí, para que no tenga frío. El olor de su pelo húmedo cuando se apoya en mi pecho es delicioso e intento no pensar en lo que estábamos haciendo hace un rato.

—Al menos hemos logrado nuestro objetivo en este viaje —murmuro bien cerca de su oído, viendo como Sebastián se ha terminado de poner ropa seca y se cruza de brazos malhumorado.

—Claro —susurra Catalina, somnolienta—, súper logrado, Fakediós.

El bus empieza a avanzar de forma cuidadosa entre las curvas mojadas y las gotas de agua golpean las ventanas con violencia. Catalina bosteza y se acurruca entre mis brazos, mientras apoyo mi cabeza en el respaldo, sintiéndome cansado pero satisfecho.

Es obvio que hemos logrado poner más que celoso a Sebastián. Aunque terminó antes de lo esperado, durante el paseo él no demostró ninguna intención de acercarse a Verónica.

Eso es bueno, para mi deseo y el de mi clienta depravada. Tal vez Catalina tiene razón y si en la universidad Sebastián se sigue

mostrando igual que ahora, en un par de semanas sería bueno que ella le diera algún tipo de esperanza. Un avance, aunque sea pequeño.

Muy pequeño. Demasiado pequeño. No sé, ¿que le dé la mano, quizás? Si de verdad la ama de nuevo, que se conforme con eso. Porque la idea que tuvo Catalina de besarlo es pésima. Entre eso y que terminen follando hay un paso. Ni hablar.

Observo el paisaje lluvioso y tormentoso desde el cristal de la ventana, pensando en las posibilidades. Bajo la mirada y ella, media dormida, se acomoda recostada en mis jeans. Yo aparto el pelo de su rostro y miro esa boca que hace una hora me estaba haciendo una de las mamadas más buenas que me ha dado una chica, esos labios que se sentían tan bien enredados en los míos.

Definitivamente, que le dé la mano me parece lo más prudente para que él no se rinda, pero tampoco avance demasiado. No porque me moleste verlos juntos, claro. No puede molestarme que Catalina esté con Sebastián, porque *necesito* que Catalina esté con Sebastián.

Sin embargo, deberían limitarse a contactos menores, para estar bien seguros de que la ama de verdad, no porque me desagrade la idea de verlos besándose.

No, no me molesta para nada. Solo es una mala idea objetivamente hablando, y ya está.

Nada más.

28. Sentimientos

♡ Catalina ♡

La cafetería es mi segundo lugar favorito después de la biblioteca; está siempre tibia a pesar del frío que hace afuera, llena de murmullos animados de cientos de alumnos que ríen y conversan; algunos como yo, estudiando para las primeras pruebas del semestre.

Cruzo las piernas sobre el sillón junto a la mesa en la esquina donde estamos —porque sí, en esta universidad la cafetería tiene sillones—, y apoyo los codos en la mesa, respirando el delicioso olor a café, pasteles y a guindas. A guindas, porque Mikel está sentado pegado a mí, rodeando mi cintura con sus brazos y viendo mis apuntes por sobre mi hombro.

Sí, somos los mejores fingiendo. Deberían darnos un Oscar. Desde que volvimos del paseo a la playa han sido semanas atareadas con los primeros exámenes, pero eso no ha impedido que usemos tiempos de estudio o descanso para hacer *parecer* que tenemos algo. Siempre que estamos en lugares donde también ronda Sebastián, Mikel me abraza o me da un beso en la mejilla o rodea mi cintura con sus brazos, como está haciendo ahora.

Aunque, en este momento, no hay ni señas de que Sebastián esté cerca.

—Eres pésima haciendo esquemas, son los apuntes más cutres que he visto jamás —dice Mikel y se inclina un poco más sobre mí para mirar—. Horribles.

—¡No es cierto! He mejorado...

—Algo...

¡Qué pesado! Levanto el rostro hacia él, enojada, pero… error. Dioses, su cara está demasiado cerca de la mía, su boca demasiado cerca de la mía y sus ojos azules, también demasiado cerca de los míos, me miran divertidos.

—¿Hay algo que hagas bien, Catalina? Porque haciendo sexo oral también eres malísima. —Sus labios inclinan hacia un lado en una

sonrisa—. Creo que deberíamos practicar de nuevo, no puedes vivir siendo tan mala para todo.

Siento que mi cara arde y Mikel se inclina un poco más hacia mí. De pronto, ya no oigo el murmullo de la cafetería, las voces de los demás han desaparecido y solo soy consciente de los latidos de mi corazón y su voz.

—Dicen que yo también lo hago pésimo, soy malísimo. —Mikel acerca una mano y levanta mi rostro, obligándome a mirarlo—. Cuando quieras lo podemos comprobar, enana.

Miro esos labios carnosos y de pronto los imagino entre mis piernas y... No, no. Basta. ¡No haré eso! Si me provoca estas sensaciones solo con lo que hemos hecho, ¿qué sucedería si seguimos cada vez más? Dioses, si continúo esto no podré quitármelo de la cabeza jamás.

—Dudo que seas malísimo. Me... mentiroso —tartamudeo.

—Mentiroso, ¿como tú?

Dejo de mirar su boca y observo sus ojos. Debes se firme, Catalina.

—No haré eso contigo.

Él arquea las cejas y acaricia distraídamente mi mentón con su pulgar.

—¿Por qué no?

Maldito semidiós tormentoso, si me sigue tocando...

Aparto su mano y niego con la cabeza.

—Es algo demasiado íntimo.

—¿Qué? ¿Íntimo? —dice Mikel riendo—. Pero si te tragaste mi...

—¡¡¡Shhhhh!!!

Levanto mis manos y le tapo la boca, mirando a mi alrededor, pero no hay nadie tan cerca para oír. Paseo los ojos por la cafetería y, rayos, acaba de entrar Sebastián, conversando con unos amigos.

Mikel aparta mis manos de su boca, para poder hablar.

—Eres la persona más hipócrita que he conocido en mi vida, Catalina.

Al otro lado de la cafetería, Sebastián se gira hacia mí y nuestras miradas se encuentran. Está tan lindo como siempre, con su cabello rubio oscuro y ondulado brillando bajo las luces de la cafetería. Está vestido con una chaqueta y pantalones deportivos, cargando el bolso que usa cuando va a entrenar. Levanta la mano y me saluda, con esa sonrisa que siempre aceleraba mi corazón.

Acelerado igual que ahora, que está a mil porque Mikel tiene mis manos entre las suyas y su cuerpo demasiado cerca.

—Ah, tu ex. Genial —murmura Mikel, jugando con mis dedos y girándose un poco hacia Sebastián.

Él se despide de sus amigos y luego camina hacia nosotros entre la gente. Saluda a un par de personas mientras rodea las mesas acercándose, porque bueno, Sebastián siempre ha sido muy popular.

Se detiene frente a nuestra mesa, sus ojos se bajan un instante hacia nuestras manos entrelazadas y luego mira a Mikel a los ojos.

—Oye, no respondiste mis mensajes, ¿puedes encargarte hoy a la tarde, o no?

—Ah, sí los vi, pero me olvidé de responderte. —Mikel le dedica una media sonrisa—. ¿No puede ninguno de tus esclavos?

—No. —Sebastián se encoge de hombros—. Carlos está con gripe y Esteban no es capaz de hacer que nadie del equipo le haga caso... Vamos, solo es por hoy, no suelo faltar a los entrenamientos. A ti se te da bien liderar al equipo.

Mikel resopla y con sus dedos acaricia el dorso de mi mano. Sé que lo está haciendo porque Sebastián nos está mirando, pero no puedo evitar el cosquilleo agradable que me produce.

—Está bien... ahí estaré —dice—. Tendrás que buscar alguien más que sea competente, Sebastián. No te acostumbres, no me tendrás el próximo año aquí.

Sus palabras son como hielo. Es algo que sé, que tengo presente, demasiado presente, pero aun así, no esperaba que escucharlas provocara que se me apretara el estómago de esta manera. Sus manos sobre las mías de pronto ya no se sienten bien. Solo se sienten como... mentira.

—¿Cata?

La voz de Sebastián me hace dar un respingo. Aparto la desagradable sensación que tengo encima y miro sus ojos dorados.

—¿Nos vemos a las cinco, entonces? —Sebastián se pasa una mano por la frente, apartando el pelo de su rostro—. No puedo antes, tengo clases.

—Claro, a las cinco está bien, Seba.

Él me sonríe y yo también. Observo como se aleja y cuando ya no puede vernos, alejo mis manos de las de Mikel.

—¿Por eso va a faltar al entrenamiento? —dice Mikel—. ¿Para juntarse contigo?

—Haremos el trabajo de arte que nos encargaron. —Tomo la punta de la hoja de mi cuaderno y empiezo a doblarla y desdoblarla, una y otra vez, sin mirar a Mikel—. Es la única clase que compartimos.

—¿Por qué no me habías contado que ibais a juntaros?

Contengo el aliento y levanto el rostro hacia él. Tiene el pelo negro desordenado, el ceño fruncido y ya no está sonriendo.

—¿Tengo que contarte todo, Mikel?

—Lo que tiene que ver con Sebastián, deberías. Somos un equipo en esto...

—Un equipo muy bueno, ¿verdad? —Le dedico una sonrisa fría—. Tanto, que Sebastián no ha intentado nada nuevo con Verónica, Fernanda me tiene muy al día. Estas semanas ha sido amable y se ha acercado sin presionarme. Creo que esta vez está siendo sincero, no como esa noche que solo quería... bueno, eso.

—¿Y dónde haréis el trabajo? ¿En la biblioteca?

—No. En su habitación, necesitamos mucho espacio porque hay que pintar un lienzo y... Mikel, ¿por qué tengo que darte explicaciones?

Mikel resopla.

—¿Que está siendo sincero, dices? Es obvio que me encargó el equipo para que yo no estuviera en nuestro cuarto a esa hora... —dice y suelta una risa fría—. Cabrón.

—Estás mal pensando las cosas. —Me alejo un poco de él y me giro para mirarlo de frente—. Está intentándolo de verdad.

—Sí, tienes razón. —Mikel ladea el rostro, con una sonrisa cínica en él—. Supongo que te quiere tanto que está dispuesto a faltar al entrenamiento. Qué tierno, ¿no?

El sarcasmo en su voz es evidente. De pronto, siento esa sensación de enojo, que tanto detesto, creciendo en mi interior.

—No le crees, ¿verdad? —Inspiro y luego resoplo, frustrada—. Piensas que aún solo quiere sexo conmigo.

—Yo no lo dije así.

—Pero eso crees.

Mikel no responde y esta vez la que resopla soy yo.

—¿Esto es lo que quieres no, Mikel? Dijiste que debía parecer que tenemos algo, pero no demasiado, para que él tenga alguna ilusión. Ahora quiere acercarse más y... ¿es la idea o no?

—La idea —murmura Mikel y se inclina un poco más hacia mí—, es que se enamore de ti, no que te quiera follar en el cuarto y ya.

—¡No haremos eso!

Él alza una ceja.

—Venga, si tú lo dices.

—Crees que después de todas estas semanas solo quiere acercarse por sexo, ¿por qué? ¿Porque se quedó con las ganas? —Me levanto, tomo mis cuadernos y empiezo a meterlos a la mochila —. Piensas que a pesar de tener a una diosa como Verónica

esperando por él, solo quiere estar conmigo por sexo. ¿Qué más podría querer, verdad?

Termino de guardar mis cosas y cierro la mochila.

—Catali...

—¿Crees que es imposible que quiera algo de verdad, Mikel? —Interrumpo y frunce el ceño cuando me paro frente a él, que se queda sentado—. ¿Crees que solo lo hace… por qué? ¿Por competir contigo? Claro, debe ser eso, porque es muy difícil pensar que alguien pueda querer algo serio conmigo, ¿verdad?

Dioses, no sé por qué estoy tan, pero tan enojada con él. Pero lo estoy. Demasiado.

—Pues...

—Mejor no digas nada, porque no entiendes. —Me cuelgo la mochila en el hombro—. Tal vez esa noche Sebastián quería eso porque, no sé, estábamos ebrios, no nos veíamos hace tiempo... Pero él no es así.

Mikel frunce más el ceño y sé que sigue pensando lo mismo, porque solo se limita a torcer los labios.

—No todos son como tú, Fakediós.

Le doy la espalda y camino entre las mesas abarrotadas de gente, sin mirar atrás. Porque cuando estoy así de enojada, no me controlo y sé que le diré cosas que no pienso. Como lo último que salió de mi boca, que fue injusto y no lo debí decir. Porque sí, Mikel solo quiere sexo conmigo y, ¿qué? Es también lo que se supone que quiero yo, no puedo criticarlo. Por eso soy una idiota. Sabía que no tenía que acercarme más.

Intento controlar la frustración que siento, las emociones que son una tormenta en mi interior. Abandono la cafetería y salgo al jardín del campus, agradeciendo el aire frío en mi cara, rogando para que calme un poco mi mente agitada.

¿Cómo puedo ponerme así por él? Mierda, estoy temblando. Me siento en las escaleras, encojo las piernas y apoyo la frente en mis rodillas.

Solo era algo sexual. ¡Solo era un juego! No puede afectarme tanto solo porque mencionó que se va a fin del semestre. ¡Si es algo que ya sé desde el inicio!

Soy una tonta. Esto no me puede estar pasando.

Alzo el rostro y respiro profundamente el frío aire porteño. Como siempre, la ira que me controlaba se esfuma tan rápido como llegó. O más bien, se transforma, convirtiéndose en un vacío, en un escalofrío que recorre mi espalda. De un momento a otro, ya no siento enojo, solo miedo.

No puedo enamorarme de Mikel. No pienso enamorarme de Mikel.

No pienso dejar que me vuelvan a romper el corazón.

29. Estúpidos

ϟ Mikel ϟ

Intento concentrarme en el juego, en la bola. Intento enfocarme en el sonido de mis zapatillas chirriando contra el suelo con cada movimiento, en el retumbar del balón cuando dribleo entre mis compañeros. Paso entre uno y otro, esquivo sus intentos de quitármelo, estiro mi cuerpo debajo de la canasta levantando mi brazo y, con facilidad, encesto.

Jadeo y me limpió el sudor de la frente mientras Carlos maldice y discute con Matías porque no supo cómo impedir que encestara.

—¡Lleva tres meses jugando y te evade, Mati! ¡Qué mierda te pasa!

Tormentas. Este juego es terriblemente aburrido si no está Sebastián, que es el único al que no logro superar del equipo. Salgo de la cancha, tomo una botella de agua, me dejo caer sobre una de las bancas y miro el techo del gimnasio mientras mis compañeros retoman el juego, intentando quitarme a Sebastián de la cabeza. O más bien, intentando quitarme las odiosas ideas de Sebastián solo en su habitación con Catalina.

Ella tiene razón. Es lo que queríamos, lo que yo necesito para que se cumpla su deseo y ser un dios. Pero, tormentas, desde ese día en la carpa, me cuesta imaginarla con Sebastián. Cuando cierro los ojos, lo primero que veo es su rostro sonrojado antes que le diera un beso.

Ese estúpido beso, que solo fue un beso y que se sintió… tan bien.

Suelto el aire que estaba conteniendo dentro de mí e intento no pensar en eso. Me levanto para retomar el juego, porque debo confiar en Catalina. Ella dijo que no arruinaría nuestros planes, que no avanzaría demasiado con Sebastián.

Pero, rayos, estaba tan enojada. ¿Por qué estaba tan enojada?

No todos son como tú, Mikel.

¿Qué coño quiso decir con eso? Claro que no todos son como yo, porque yo voy a ser un dios. Qué frase más sin sentido. Pero bueno, sentido es algo de lo que Catalina definitivamente carece, o no insistiría en que está enamorada de Sebastián.

Tomo un sorbo de agua de la botella, la dejo en la banca y camino de regreso hacia la cancha, pensando en las palabras que me dijo en la cafetería. Parecía tan afectada solo porque comenté que Sebastián solo quiere follar con ella. Si es obvio que solo quiere eso, porque Sebastián es idiota.

No todos son como tú, Mikel.

Me detengo, justo antes de entrar al borde de la cancha. Carlos me observa, esperando para iniciar el juego, pero me quedo aquí, parado, como un idiota.

La voz de Catalina suena clara en mi mente.

Solo quiere estar conmigo por sexo. ¿Qué más podría querer, verdad?

Joder, ¿eso piensa? ¿En serio?

—Carlos, ¿puedes encargarte del entrenamiento?

—¿Eeh?? ¿¿¿Yo???

No espero más respuesta, me giro y subo los escalones para abandonar el gimnasio. Afuera, el viento marino agita con fuerza los árboles del jardín, mientras cruzo hacia las residencias. Porque sí, es cierto que Catalina dijo que cuidaría nuestro plan, pero está enojada. Y ya he descubierto que, enojada, mi clienta puede hacer cosas muy tontas.

Y no quiero arruine las cosas yendo demasiado rápido con él.

Voy caminando por el pasillo, ignoro a los estudiantes que se cruzan en mi camino y estoy cerca de mi habitación cuando el móvil vibra en mi bolsillo.

Solo puede ser Ata o mi padre. O Haize, pero en Euskadi es de mañana y mi mejor amigo suele estar entrenando a estas horas. Me detengo y lo saco para revisar, y sí, es mi jodido hermano.

>ImbécildivinoN°1: Hermanito, solo quiero advertirte que controles tu temperamento.

>ImbécildivinoN°1: Si sigues arruinando el clima de Chile tendré que viajar.

¿Qué? ¿Está bromeando? Escribo rápido una respuesta.

>Mikel: Ni de coña te vengas a Chile. Te mato.

Rayos, cierto, mi hermano ya es un dios, no puedo matarlo.

>ImbécildivinoN°1: ¿Por qué no has firmado el contrato?

>Mikel: Lo estoy revisando, tiene cláusulas abusivas.

>ImbécildivinoN°1: No sirve de nada que lo revises, las cláusulas no son discutibles.

>ImbécildivinoN°1: Firma el contrato, ¿no te morías por ser un dios, Miki?

Idiota, detesto que me diga de esa forma. ¿Amaneció con ganas de cabrearme? Estoy a punto de guardar el móvil e ignorarlo, pero alcanzo a ver otro mensaje más. Un mensaje que hace que me ponga tenso y un escalofrío recorra mi espalda.

>ImbécildivinoN°1: Uno suele hallar su destino en el sendero que toma para evitarlo.

>ImbécildivinoN°1: Cuidado, Miki.

Mierda. ¿Qué quiere decir? ¿Me está espiando y sabe que voy a intervenir entre Catalina y Sebastián? Leo la frase una y otra vez. Se

siente como una frase poderosa, ¿se la habrán dicho las sorginas? ¿Sabrá algo que yo no sé?

>Mikel: ¿Las sorginas dijeron algo?

>Mikel: ¿Se está arruinando el deseo de Catalina?

>Mikel: No me jodas, Ata. Responde.

>ImbécildivinoN°1: Las sorginas no han dicho nada.

>ImbécildivinoN°1: Solo es mi sabiduría.

>ImbécildivinoN°1: El deseo de Catalina va mejor que nunca.

>ImbécildivinoN°1: Deja de intervenir y firma pronto ese contrato.

>Mike: Y tú deja de espiarme, es asqueroso.

>ImbécildivinoN°1: ¿Espiarte? No. Eso dejó de ser divertido desde que preferiste a una chica. Esteban estaba más guapo.

Suelto un bufido y guardo el móvil en mi bolsillo, pero me quedo preocupado. Si Ata me está diciendo estas cosas, por muy imbécil que sea, debe ser por algo. Así que, vuelvo a sacar el móvil, le reenvío toda la conversación a Haize para que me dé su opinión y me lo guardo otra vez. Ojalá estuviera acá. Aunque nos comuniquemos por Whatsapp, la diferencia de horario hace que la comunicación entre mi mejor amigo y yo sea un asco desde que estoy en Chile.

Abrumado por mis pensamientos, casi ni me doy cuenta de que he llegado. Me detengo frente a nuestra puerta y estoy a punto de bajar la manilla cuando escucho risas adentro. La risa de Sebastián,

pero también de Catalina. No entiendo lo que dicen, pero Catalina se está riendo mucho, demasiado. Creo que nunca la había escuchado reírse a carcajadas de esa forma.

Su risa es... linda.

Una parte de mí desea abrir la puerta y saber qué rayos le parece tan divertido, pero por otro lado... pienso en la complicidad que ella y Sebastián compartían esa noche que comimos sushi y recordaban cosas de su pasado. O como se reía cuando jugaba con Sebastián enredados en la arena de la playa.

Aprieto la manilla entre mis dedos, pero no la muevo. ¿Y sí ella tiene razón? ¿Y sí realmente Sebastián lo está intentando? Él sabe la comida favorita de Catalina, sabe las cosas que la ponen de mal humor, sabe los libros que le gusta leer.

Sabe cómo hacerla reír.

Tal vez, sí está enamorado de ella.

¿Qué sé yo sobre el amor? No hay espacio para eso en alguien que se va a convertir en un dios. Probablemente podría ver el amor pasar delante de mí con un traje muy sexy y no lo reconocería.

Suelto la manilla y retrocedo. Dentro de la habitación se hace el silencio, pero las risas vuelven otra vez mientras me alejo por el pasillo y camino en dirección contraria, hacia el ala norte de las residencias donde esté la habitación de Catalina.

Debería sentirme eufórico porque el deseo de mi clienta se esté cumpliendo, pero no lo estoy. Sí, lo que más anhelo en el universo es ser un dios, sin embargo... No sé, creo que no esperaba que ocurriera tan pronto, eso es todo.

Camino desanimado por los pasillos, afuera suena un trueno y escucho caer la lluvia contra el edificio. Llego a la habitación de Catalina y toco la puerta, aún distraído con pensamientos que no consigo ordenar. Algo me tiene inquieto, pero no sé qué es. Odio no saberlo.

Es esa frase que dijo Atarrabi. Sonó tan profunda, tan premonitoria.

La puerta se abre y Fernanda da un respingo al verme, obviamente no me esperaba. Y al parecer la pillo a punto de salir, porque está demasiado arreglada para irse a dormir, con su cabello negro trenzado y un vestido azul y corto bastante bonito.

—No está Catalina, Mikel.

—Sí sé, está en mi cuarto con Sebastián y quieren... estar solos. ¿Puedo pasar?

Ella se hace a un lado y entro en la habitación. Mi chaqueta, que ahora es de Catalina, está doblada a los pies de su cama y en su mesita de noche hay un libro gordísimo, que estoy seguro de que no es para estudiar. Me siento sobre el colchón y observo el escritorio de la esquina, donde hay cuadernos y libros que sí son para estudiar, además de una impresora.

—¿Te molesta si me quedo cuando te vayas? —pregunto mirando a Fernanda—. No quiero volver al gimnasio y ni de coña puedo regresar a mi habitación.

—No hay problema, aunque encuentro idiota que estés aquí. —Fernanda se pone unas botas para la lluvia, además de un abrigo sobre el vestido corto y me observa—. No entiendo qué pasa entre ustedes. Es obvio que se gustan, ¿por qué entonces no están juntos y ya?

—Lo nuestro solo es algo sexual.

—Aaaah, algo sexual. —Fernanda alza las cejas y me sonríe—. Tiene sentido. Sexo entre idiotas.

Se da la vuelta y camina hacia la puerta.

—Fernanda —digo, antes que se vaya—. ¿Está funcionando esa impresora?

Ella asiente y luego abandona la habitación. Me acerco al escritorio y enciendo la impresora y, mientras se pone en marcha, busco en mi iPhone el contrato que me envió mi padre. Lo envío por bluetooth, me siento en la silla y observo con paciencia a que las hojas empiecen a salir.

Ata tiene razón. Las cláusulas no son discutibles y, la verdad, ni siquiera sé por qué me molestan tanto. Siempre las he conocido. Tomo las hojas que van saliendo y las ordeno. Las primeras, donde se explica en qué consiste convertirse en un dios. Las siguientes, donde salen todos los derechos y beneficios que tendré por ser un dios. Ahí está la parte sobre la inmortalidad, los poderes súper guay y esas cosas. Y las finales, donde están las obligaciones y prohibiciones de un dios; las cláusulas más abusivas de todas.

Aunque la más arbitraria —y desde mi punto de vista ilegal— de las cláusulas, es la última.

> "El dios Sugaar, dios de las tormentas y la calamidad, se reserva el derecho de anular este contrato si considera que su hijo no es digno de ser un dios. Sin embargo, una vez firmado, el aspirante a dios no puede revocar su decisión."

Coño, eso es muy injusto. ¿Quién mierda hizo este contrato? ¿Por qué yo no puedo arrepentirme, pero mi padre sí? Aunque no sé por qué me molesta tanto, si de todas maneras no hay opción de que vaya a arrepentirme de querer ser un dios... Pero igual me fastidia. Me jode que me impongan cosas.

Es una actitud inmadura, lo sé. El imbécil de mi hermano tiene razón, estoy siendo gilipollas por siquiera cuestionarme un contrato que tiene miles de años de fuerza legal divina y que yo no voy a cambiar, haga los berrinches que haga.

Tomo el lápiz por firmar y miro una última vez las últimas cláusulas de compromisos de mierda, por si acaso.

- ☐ Una vez investido con la divinidad, un dios no podrá dejar de serlo jamás.

Claro, es lógico, lo siguiente.

☐ Los dioses se comprometen a dedicar diez años solares de su vida al aprendizaje divino.

Sí, suena aburrido, pero no es terrible. Dediqué cinco años a estudiar derecho, no será peor dedicar diez a aprender lo que sea que aprendan los dioses, especialmente si tendré todo el tiempo del universo para ser inmortal.

☐ Los dioses se comprometen a no revelar detalles de la existencia divina a ningún mortal, solo lo necesario para cumplir sus deseos.

Sí, sí, eso lo sé, por algo no he podido mostrarle este contrato a Catalina.

☐ Todos los dioses deben elegir una mascota.

Espera, esa no la recordaba. ¿Mascota? Que ridículo, si hasta las plantas se me mueren. En fin... sigo con la siguiente.

☐ Los dioses se comprometen a colaborar y solucionar cualquier conflicto con el resto de su panteón familiar divino.

Ajám, claro que esa la sé; solo por eso soporto al idiota de mi hermano, aunque lo deteste.

Bajo los ojos al último de los compromisos.

☐ Los dioses se comprometen a no tener relaciones románticas

ni sexuales con mortales.

Una cláusula que, como hijo de un dios que la infringió, conozco mejor que cualquiera de las otras. Siento un escalofrío. Después de todo, las consecuencias que tuvo que pagar mi madre... es algo que jamás podría olvidar.

Aprieto la parte superior del lápiz y la punta se asoma, lista para rayar mi firma sobre el papel. Lista para dejar mi sello en el contrato que durante toda mi vida he anhelado firmar.

Sin embargo, hostia, siempre pensé que este momento… se sentiría mejor.

♡ Catalina ♡

Dejo la habitación de Sebastián, arrastrando los pasos. ¿Estoy haciendo lo correcto al darle una oportunidad de demostrarme su cariño? Era lo que más quería en el universo, lo deseaba con toda mi alma... Hasta hace poco él era todo lo que había en mi cabeza. Y es muy extraño que, aunque aún lo quiero, ahora se sienta... diferente. Menos emocionante.

Pero es Sebastián, sería una idiota si no aprovechara que está intentando acercarse de verdad. No solo por sexo como cree el odioso de Mikel.

Camino por los pasillos y miro por la ventana la lluvia que cae en el jardín exterior. Hace tiempo no había una lluvia tan constante, todo el día, sin parar. Aarrrg, ¿qué me pasa? Darle una segunda oportunidad a mi ex es la mejor decisión que he tomado en mucho tiempo, pero... eso no me hace sentir bien. Tengo una sensación desagradable en el cuerpo, como si estuviera mal.

¡Eso no tiene ningún sentido! Apresuro el paso porque los pasillos están casi vacíos y muy oscuros. Se nos hizo muy tarde pintando ese lienzo y ya van a ser las diez de la noche. Es extraño que Mikel no llegara a su habitación, ¿a dónde habrá ido? Espero que no haya ido a estas horas a pasear por Valparaíso, es muy peligroso.

Ay, no, ya estoy pensando en él otra vez.

Un trueno suena en la distancia y corro el tramo que me queda. ¡Malditos truenos! Ojalá Fernanda vuelva temprano de su cita con Samanta, detesto estar sola cuando hay tormenta. Espero que Mikel no la haya invocado a propósito porque fui pesada con él... Igual se me pasó un poco la mano... como siempre que me enojo, ya sé.

Abro la puerta y entro a mi habitación que está en penumbras, pero apenas doy unos pasos un escalofrío me recorre. Huele a guindas. Mis ojos se acostumbran a la oscuridad y contengo el aliento, porque la luz del farol del jardín se proyecta sobre mi cama y ahí está Mikel, dormido.

Cierro la puerta despacio y dejo mis cosas lo más silenciosa que puedo, en la silla del escritorio. ¿Qué es eso? Me acerco y saco el celular para alumbrar las hojas corcheteadas que hay encima de la mesa de estudio.

Es el contrato divino de Mikel, con un lápiz apoyado sobre la primera hoja. Dioses, me muero por saber qué dice. Estiro mi mano para quitar el lápiz de encima, pero me detengo. Él dijo que no puedo verlo. Hago un esfuerzo supremo de voluntad y me alejo. No voy a traicionar su confianza solo por curiosidad. En vez de eso, me dirijo al baño. Huelo a pintura, así que me doy una ducha rápida sin lavarme el pelo, me lavo los dientes, me pongo un pijama y cuando estoy lista me acerco a la cama sobre la que está dormido el semidiós más sexy del universo.

Me siento a su lado y lo observo. Solo se quitó las zapatillas y se quedó dormido sobre las mantas, así que tomo el cobertor y lo pliego para taparle los pies. Se ve tan lindo dormido. Su pecho sube y baja despacio y su pelo negro y desordenado se recorta sobre mi almohada.

Sí, ya sé. Debería despertarlo y decirle que se vaya. Me prometí a mí misma alejarme de él, pero, mierda, no puedo. A pesar de que tuve una tarde linda y agradable con Sebastián... Soy débil, simplemente no puedo.

Voy a meterme debajo de las sábanas, cuando siento algo pesado y saco de entre sus manos la novela que tenía sobre la mesita de noche. ¿La estaba leyendo? ¡Se quedó dormido leyendo Brandon Sanderson! Quién chucha se duerme leyendo a... bueno, Mikel no podía ser perfecto.

Dejo el libro sobre la mesita de noche y me acuesto debajo de las sábanas, lo más despacio que puedo. Sin embargo, cuando me acomodo, Mikel se mueve, se pasa la mano por el pelo y me mira confundido.

—¿Enana? —Parece sobresaltado—. Joder, ¿qué hora es?

—Casi las once.

—Lo siento —murmura y se sienta en la cama—. Dormí demasiado, creo... Tormentas, qué sueño tengo. Pero no te preocupes. —Me mira, mientras se frota los ojos con la mano—. Ya me voy.

Hace ademán de levantarse, pero yo estiro mi mano y lo sujeto del brazo. ¡No! ¡Mano traidora! ¡Se movió antes siquiera de que lo pensara!

Mikel frunce el ceño y sus rasgos se perfilan en las penumbras durante el momento en que un relámpago ilumina la habitación.

—¿Puedes quedarte, Fakediós?

Se escucha el retumbar del trueno y Mikel ladea el rostro.

—¿No estabas enojada?

—Sí.

—¿Sigues enojada?

—Sí.

—¿Y quieres que me quede igual?

—Sí. Es que... me dan miedo las tormentas.

Sí, claro. Idiota.

Mikel guarda silencio y solo se escucha la lluvia contra el edificio. Yo evito su mirada, porque sé lo que debe estar pensando. Que soy una hipócrita, que digo una cosa y que... Mikel me da la espalda, se saca la camiseta, la arroja a los pies de la cama y comienza a quitarse los pantalones de deporte.

—¡¿Qué haces?!

Él se gira hacia mí y alza una ceja.

—No voy a dormir con ropa...

Yo aprieto los labios para ahogar las protestas que la parte lógica de mi cerebro quiere realizar, mientras él se termina de quitar la ropa y queda solo en bóxers. Oh, dioses, casi se me había olvidado lo perfecto que es su cuerpo desnudo.

No. Mentira. Sería imposible olvidarme de eso.

Se gira hacia mí y, cuando apoya la mano en el colchón, los músculos de su brazo se tensan. ¡Malditos brazos semi divinos!

—Después de cómo me hablaste, enana —dice, alzando una ceja —. Deberías suplicarme que me quede. Agradece que no soy de los que se hacen de rogar.

—¡No voy a rogarte!

Él sonríe de forma maliciosa, ladeando la cabeza.

—No esta noche, pero lo harás. —Se mete debajo de las sábanas y se acuesta de lado, mirando hacia mí, de espalda contra la pared —. Venga, ¿qué esperas? ¿No te piensas dormir?

Asiento de forma más tonta de lo que pretendía, me meto también debajo de las sábanas y me acomodo sobre mi brazo, mirando hacia él. Sus ojos azules brillan ligeramente en las penumbras, como si tuvieran una chispa de los relámpagos que, afuera, azotan Valparaíso. Me observa un momento y luego los cierra.

—Buenas noches, enana.

—Buenas noches —murmuro.

Cielos, me gustaría decir que tengo sueño, pero mi corazón late demasiado fuerte como para dormirme, y solo por estar tan cerca de él. Es imposible que no mire esos labios carnosos que tanto me gustan, que no recuerde como me besaron hace unas semanas...

Pero prometí que no me acercaría más. Me estoy apegando demasiado a él, encariñando demasiado con él y... Qué bien Catalina. Dormir con él casi desnudo en tu cama es la mejor idea que has tenido para quitártelo de la cabeza.

¿Puedo ser más estúpida?

Cierro los ojos frustrada e intento contener mis manos bien sujetas junto a mi pecho, para que no me vuelvan a traicionar.

Sin embargo, apenas han pasado unos segundos y siento el brazo de Mikel rodear mi cintura sobre el pijama. Intento inspirar despacio,

que mi respiración no demuestre lo agitada que estoy por dentro. ¡Mierda!

—¿Qué tan enojada estás? —murmura Mikel, con los ojos cerrados, su rostro apoyado en la almohada a pocos centímetros del mío.

—Mucho.

—¿Del uno al diez?

—Un ocho.

Una media sonrisa se dibuja en sus labios, mientras continúa con los ojos cerrados y su brazo sobre mi cintura.

—Si con un ocho me dejas abrazarte, ¿qué me dejarías hacer si solo estuvieras con un tres?

—Ni lo sueñes, Fakediós.

Él se ríe, sin abrir los ojos.

—Tranquila. Probablemente, lo que yo estoy imaginando no es ni la mitad de pervertido de lo que estás imaginando tú, enana depravada. Estoy seguro.

No respondo. Debería defenderme, pero es la clase de momentos en los que sé que cualquier cosa que diga será utilizada en mi contra. ¡Ja! No caeré en sus juegos.

Creo.

Cierro los ojos y trato de no pensar en lo que dijo, ni en el calor de su brazo sobre mí, ni en su olor dulce que me envuelve. Me concentro en el sonido de la lluvia y Mikel está tan callado que casi creo que se durmió, hasta que habla otra vez.

—¿Cómo te fue con Sebastián?

Abro los ojos y me encuentro con los suyos, apenas dos ranuras azules en las penumbras de la noche.

—Bien. Hablamos harto, caleta. Pienso que estás equivocado con lo de que solo quiere...

—Sí, enana —me interrumpe—. Seguro lo estoy, no me hagas caso por lo que dije antes.

—¿En serio?

Esta vez no percibo sarcasmo en su voz. Me mira reflexivo, no parece estar burlándose de mí.

—Sí —murmura Mikel.

¿Por qué habrá cambiado de opinión?

—Entonces, ¿estás de acuerdo en que avance un poco con él?

—¿No hiciste eso hoy, acaso? Estuvisteis horas en esa habitación.

—Bueno... sí —digo, apartando la mirada.

Siento el brazo de Mikel tensarse ligeramente sobre mi cintura. En la ventana, las gotitas de lluvias repiquetean como una canción.

—¿Te besó?

Me recorre un escalofrío al recordar el momento en que Sebastián se inclinó hacia mí, cuando estábamos tonteando con la pintura. Un momento que hace un par de meses habría sido como un sueño.

—No —admito.

—¿En todas esas horas, no te besó? No puede ser tan torpe.

Suspiro y levanto los ojos hacia los de Mikel.

—Lo intentó, pero me aparté.

Él me mira muy serio y no dice nada durante un rato. Nos observamos en silencio y la lluvia cae y cae. Mikel usa el brazo que tiene alrededor de mi cintura para estrecharme más contra él y yo me dejo, mientras la sangre palpita fuerte en mi interior y mis manos se apoyan en su torso desnudo.

Nuestros rostros quedan muy cerca, su nariz casi rozando la mía y yo contengo el aliento.

—¿Por qué? –murmura.

Porque al único que me muero por besar otra vez... es a ti, Fakediós.

Un suspiro escapa de mis labios.

—No sé, porque soy estúpida.

Mikel no dice nada más, pero levanta la mano con la que me tenía abrazada y aparta el cabello que tengo sobre mi mejilla. Siento un escalofrío cuando sus dedos rozan mi piel.

—¿Y tú? —susurro—. Vi tu contrato sobre el escritorio. ¿No estás contento porque lo firmaste?

Mikel deja sus dedos apoyados en mi rostro; se sienten tibios sobre mi mejilla.

—No lo firmé.

—¿No? ¿Por qué? ¡Si te morías por firmarlo!

Su pulgar acaricia la línea de mi mandíbula, cierra un momento los ojos y luego los abre otra vez, mirándome.

—No sé —sonríe—, porque soy estúpido.

Dioses, es tan lindo cuando sonríe. Ay, no, creo que ya estoy perdida. Me van a romper el corazón y la única culpable seré yo.

La lluvia suena más fuerte y doy un respingo porque trueno estalla muy cerca. Mikel se apega un poco más a mí y yo me acurruco, hundiendo mi rostro en su pecho.

Nos quedamos así unos minutos, en silencio, mientras respiro su olor dulce e intento no derretirme entre sus brazos tibios.

—Me alegro de que no besaras a Sebastián, enana —murmura.

—¿Ah, sí? ¿Por qué te sorprende? Te dije que me haría la difícil, para que no se confíe.

Mi estúpido corazón vuelve a acelerarse cuando, con la mano que tiene en mi rostro, Mikel levanta mi mentón y nuestros ojos quedan a la misma altura, su cabello negro desordenado pegado a mi frente.

—No es por eso. —Mikel cierra los ojos y con su nariz acaricia la mía—. Solo... no quiero compartir tu saliva con él.

Sujeta mi rostro y apoya sus labios en los míos. Mierda. De inmediato me invade esa corriente otra vez, esa corriente que me

recorre desde la boca, donde siento la suya, hasta los pies.

Mikel me besa y separo los labios. Su lengua entra en mi boca y, dioses de las tormentas, ¡cuánto la había extrañado! Me aprieto contra él, aferrando su cuello, respirando su aliento tibio mientras nos besamos.

A quién quiero engañar, jamás, jamás podré alejarme de Mikel.

Pero él toma mi muñeca, con la que me estoy sujetando a su cuello y la aparta, separando también su boca de la mía.

—Buenas noches, enana —dice con una sonrisa y me da un beso en la frente.

¿Qué? ¿Ya está? ¿Cómo que buenas noches? Me toma por la cintura y, con facilidad, me da la vuelta. Me abraza desde atrás, apegándome contra él y apoya su mentón en la parte posterior de mi cabeza.

—Que duermas bien, Catalina.

—¿Qué clase de estafa es esta?

Mikel se ríe y me aprieta más contra él. Mierda, siento su erección dura en mi trasero. Maldito desgraciado, está jugando conmigo.

—¿Estafa? —murmura—. No tengo idea de qué estás hablando. Duérmete.

—Pero...

—Pero ¿qué? —Mikel busca mi mano, entrelazando nuestros dedos a la altura de mi pecho—. ¿Qué esperabas? ¿Algo de sexo? No todos son *como tú,* Catalina.

Guardo silencio, tratando de que mi corazón se calme un poco. Esto es una pesadilla.

—Enana, deberías pensar más las cosas que sueltas enojada —murmura Mikel, hablando con su boca en mi pelo.

Yo me muerdo los labios para no replicar. Okey, tal vez lo merezco. Suspiro y cierro los ojos, mientras Mikel relaja su abrazo, pero mantiene nuestros dedos entrelazados.

No todos son como tú, Catalina.

Me pregunto si alguna vez dejará de usar mis propias palabras en mi contra.

Tal vez yo también aprenda eso estudiando derecho.

Y entonces me vengaré, lo juro.

Suena un trueno en la distancia, pero esta vez no me estremezco. Estoy demasiado calentita y feliz abrazada por mi semidiós tormentoso.

30. Superpoderes

♡ Catalina ♡

Soy Catalina, y soy una idiota.

Sí, estaba tan segura de mi amor por Sebastián, tan completamente segura que jamás pensé que revolcarme un poco con Mikel iba a hacer que me cuestionara lo que sentía por él. Es decir, desde el primer momento encontré lindo a Mikel, pero de ahí a tener sentimientos por él… Hay un montón de gente que tienes relaciones solo sexuales, ¿por qué no podía resultarme a mí?

¡Al fin algo me estaba saliendo bien! El deseo, según las brujas esas, se estaba cumpliendo… Sebastián me considera de nuevo como algo posible en su vida y yo… ¿aún lo quiero?

Observo a los chicos jugar en la cancha, mientras Fernanda y Samanta se ríen a mi lado en las graderías. Las Palmas Negras que también practican básquetbol, dejaron el gimnasio techado solo a los chicos por esta semana y están entrenando afuera, porque ellos tienen torneo el viernes siguiente. Además de nosotras, hay muchas personas mirando el entrenamiento, pues es el recreo antes de almuerzo y una gran cantidad de alumnos apoya al equipo universitario.

Paseo mi mirada por los jugadores y observo como Sebastián grita órdenes a su equipo, que tienen el uniforme rojo, mientras el sonido del balón que da bote sin parar resuena por todo el gimnasio. Las zapatillas chirrían con cada movimiento y Sebastián recibe el balón en un pase largo de uno de sus compañeros. Corre por la mitad de la cancha hacia la cesta del lado contrario, evadiendo a quienes intentan enfrentarse con él, contrincantes con el uniforme azul oscuro. ¡Es tan ágil! Sus piernas se mueven seguras, sin perder jamás el drible constante del balón, mientras su cabello rubio oscuro refleja las luces del gimnasio, dejando un rastro dorado a su paso.

Sebastián ingresa en el área de tiro del otro equipo, pero se detiene; el balón rebota en el suelo y lo alterna entre su mano derecha y la izquierda mientras busca un compañero al que dar el pase. Pero los contrincantes los tienen a todos marcados, impidiendo

cualquier intercambio. Entonces, mis ojos se posan en Mikel, que agita un brazo dando instrucciones a Matías, en el equipo contrario a Sebastián. ¡Ayyy, el uniforme le queda tan lindo! Esa camiseta sin mangas azul oscuro combina con sus ojos, con su pelo negro desordenado y mojado, con los músculos de sus brazos desnudos que se tensan cada vez que los levanta y…

—Cata, vas a inundar el gimnasio con tu baba —dice Fernanda riendo y pegándome una palmada cariñosa en la cabeza.

—No sé de qué hablas. —Aparto la mirada de Mikel, para no perder mi dignidad frente a mis amigas.

Vuelvo a concentrarme en Sebastián, que al parecer se ha dado cuenta de que es imposible evitar las marcas del otro equipo, porque está mirando el aro, calculando la lejanía. Está al alcance de un tiro triple y Sebastián es muy bueno con los triples. Sé que ha decidido lanzar desde ahí en el instante en que ralentiza el ritmo de su drible y cambia el peso de una pierna a otra. Levanta el brazo con el codo hacia el aro, mientras estira todo su cuerpo, extiende el brazo y también la mano hasta que el balón rueda por la palma, el dedo índice y sale proyectado con fuerza hacia la canasta.

Solo un instante, pues Mikel salta muy alto frente a Sebastián, intercepta el balón en el aire y en el momento siguiente está corriendo hacia el otro lado de la cancha, dribleando en un contrataque ágil, mientras evade a los pocos jugadores del equipo de Sebastián que quedaban defendiendo su aro.

En unas cuantas zancadas con sus piernas largas, Mikel cruza hasta estar cerca del poste, pasando el balón de una mano a otra entre cada bote. Esteban intenta detenerlo, pero Mikel se gira pivotando, hace una finta y lo esquiva, equilibrando su cuerpo de forma vertiginosa hacia un costado. Casi pareciera que se va a caer, pero vuelve a su centro de gravedad como si nada y deja a Esteban atrás.

Driblea una, dos, tres veces, llega hasta el aro, salta y… encesta.

Los espectadores en las gradas estallan en aplausos y los chicos de los dos equipos se reúnen en el centro de la cancha, discutiendo

y haciendo gestos con los brazos.

Unas chicas en los tablones a nuestra izquierda aplauden durante más tiempo que los demás y yo miro ceñuda como una rubia de melena corta sigue con ojos brillantes a Mikel mientras él cruza la cancha hasta llegar a Sebastián.

¡Es una acosadora! Reconozco esa mirada porque, alguna vez, yo veía así a Sebastián cuando ni siquiera habíamos cruzado una palabra.

Resoplo, frustrada y observo como mi ex y Mikel conversan y se ríen ahí abajo, entre los demás jugadores. Verlos juntos y disfrutando de algo que a los dos les gusta es extraño.

Suspiro, intentando comprender qué mierda es lo que me pasa. No puedo negar lo mucho que me atrae Mikel, ¡apenas he podido concentrarme en clases pensando en el último beso que me dio! Mi corazón late más fuerte de solo recordarlo... pero, ¿qué significa eso? ¿Que ya no estoy enamorada de Sebastián?

Sigo encontrando lindo a mi ex. Sigo sintiendo algo cálido en el pecho cuando lo veo jugar, o al verlo sonreír. Pero, ya no me emociona. Es como si cada fibra de mi cuerpo estuviera tirando para que desvíe mi atención hacia Mikel otra vez.

Pero siempre me ha gustado Sebastián, siempre he estado enamorada de Sebastián. Es... era el amor de mi vida. ¡Estoy tan confundida! ¿Me pueden gustar dos chicos a la vez? ¿Es legal?

Cuando estoy con Mikel pareciera que solo puedo pensar en él... Y cuando estoy con Sebastián... mierda, también pienso en Mikel. Es que ese beso...

—Cata, regresa al planeta Tierra. —Fernanda ya se ha levantado del banco y me da un empujón en el hombro—. ¿Estás bien? Vamos a almorzar.

Me levanto y estoy por seguirlas cuando veo que Mikel se aleja del grupo de básquetbol, se pasa una mano por el pelo negro y húmedo, levanta el rostro hacia las gradas donde estamos y nuestras miradas se encuentran. Él sonríe y mi corazón se detiene.

Viene para acá, subiendo las escaleras, pero la chica rubia que hace un momento lo estaba mirando corre hacia él, sujetando una mochila en la mano y lo llama con señas. Mikel se detiene y cuando la chica llega frente a él, conversan; como si se conocieran. Es evidente que no es primera vez que hablan por la familiaridad de sus gestos. Al parecer, no era solo una acosadora. Ella abre la mochila, saca un par de cuadernos y se los pasa. Mikel los recibe y hablan un poco más.

Algo molesto aprieta mi estómago, pero contengo el aliento. No seas celosa, Catalina. Si fuera por ponerme celosa, tendría que ponerme celosa de todo el gimnasio, incluidos los chicos.

Pero, rayos, ¿qué hablan tanto? Ya le pasó los cuadernos, ¿por qué no se va?

—Ya pos, Cata, muero de hambre —insiste Fernanda, tirando de mi mano.

Se suponía que lo esperaría para almorzar, pero...

—Sí, vamos —digo, apartando la mirada de Mikel y la chica esa—, yo también muero de hambre.

Y de celos.

Mala combinación.

ϟ Mikel ϟ

Esta universidad es grande, pero no es tan difícil encontrar a Catalina. Sé que tiene pruebas la otra semana y también sé cual es su sala favorita de estudios en la biblioteca. Ella podría leer en una de las mesas comunes, pero siempre reserva una de las salas de estudio privadas porque lo más habitual es que estudiemos juntos y así podemos hablar.

Camino a la biblioteca, reviso mi móvil porque vibra en mi bolsillo. Es un mensaje de Haize. ¿Joder, en qué anda ese tío? Tardó demasiado en responderme, más de lo normal.

>Navaja: ¿Atarrabi te dijo eso? JAKJAAJAA

>Navaja: ajkakjkjajaa eres un giliiipooollaaaaas

>Navaja: Es una frase de Kung Fu Panda. ¿No la viste?

>Mikel: No. Hosstiaaa, ¿estaba preocupado por una frase de una peli de mierda?

>Mikel: Me cago en todo.

>Navaja: Deberías verla, es la hostia

>Navaja: Te falta cultura bb

Me envía un gif de un panda partiéndose de la risa. Qué idiota es. Pero no puedo evitar sonreír, porque su respuesta me ha dejado aliviado. No puedo creer que llevara días asustado por una frase de una película de mierda. ¿Cómo pude pensar que Atarrabi diría algo profundo e inteligente?

Seguro mi destino de convertirme en dios sigue intacto.

Cruzo el último tramo de la biblioteca y ahí encuentro a Catalina, en la sala de más al fondo. ¿Por qué no me esperó para almorzar

como habíamos quedado? Cuando la busqué en el casino no la encontré.

La veo a través del cristal, pero antes de acercarme demasiado a su rango de visión, me detengo. Se ve muy concentrada y no la quiero interrumpir, es raro verla tan enfocada en el estudio. Como estos lugares son calefaccionados, solo está vestida con una camiseta manga largas roja y sé que lleva una falda corta de pliegues, porque la vi en las gradas hoy cuando estábamos entrenando; aunque cuando terminé de hablar con Javiera, Catalina ya se había ido.

Ahora la falda no se ve, porque la mesa de estudios es un escritorio de esos con cajoneras y cerrados por abajo, por lo que solo se ve la parte superior de su cuerpo. Tiene el codo apoyado en la mesa y descansa su cabeza en la mano, mientras pasea sus ojos por un apunte y raya con el lápiz de vez en cuando. Su pelo largo y castaño cae peinado hacia un lado sobre su hombro y espalda.

Mientras la observo, me pregunto por qué cuando la vi la primera vez no me di cuenta de que era tan linda. Quizás, porque estaba hospitalizada y casi se había muerto.

Estoy preguntándome si entrar e interrumpir su estudio, cuando ella se distrae y mira su móvil. Deja a un lado los apuntes y se pone a pulsar con sus dedos la pantalla.

Bueno, mejor. Me acerco a la salita donde está. Al menos, el que la ha interrumpido no he sido yo.

♡ Catalina ♡

Termino de responder el WhatsApp de Sebastián y doy un respingo porque la puerta de la sala de estudios se abre y Mikel entra caminando. Mi estómago se aprieta. ¿Dejaré alguna vez de reaccionar como tonta solo porque me mira? Como ahora.

Ay, es que esos ojos azules... ¿Nadie más se da cuenta de lo mágicos que son?

Se cambió de ropa; ya no lleva el uniforme de básquetbol sino unos jeans claros y una camiseta manga larga de color morado oscuro. Su cabello negro aún está un poco húmedo y, como siempre, desordenado y levantado en la parte de adelante.

Aparto el celular a un lado y observo a Mikel, mientras se sienta en la silla al lado mío. Acomoda su mochila en el suelo, saca unos cuadernos y los deja sobre la mesa.

—Hoy me devolvieron los apuntes que había prestado —dice y los empuja hacia mí—. Tienen materia que te sirve para tu trabajo, así que los traje.

—Aah, gracias. Son los que te devolvió esa chica —comento—. ¿Es una compañera de clases?

Mikel me observa y alza una ceja.

—Obviamente —dice—, ¿por qué sino tendría mis cuadernos?

—Qué sé yo, parecía una admiradora sicópata.

Mikel suelta una carcajada y yo lo miro feo.

—Javi no es sicópata. ¿Crees que todas son como tú? Porque tu obsesión absurda con Sebastián es claramente sicópata.

—No tengo ninguna obsesión con Sebastián. Estaba enamorada de Sebastián.

Mikel ladea ligeramente el rostro.

—¿Estabas?

—Estoy. —Me pongo tensa—. Súper enamorada.

Mierda, ¿qué pasa con mi deseo si ya no estoy enamorada de Sebastián? ¿Y con el deseo de ser un dios de Mikel? Oh, cielos, no había pensado en eso. Él lo que más quiere en el universo es ser un dios y eso depende de... ay no.

—Bueno, se suponía que me ibas a esperar para almorzar. ¿Por qué te fuiste? —Mikel se recuesta en el respaldo de la silla y estira las piernas debajo del escritorio—. Al final terminé almorzando con Javi y otros chicos de la clase de administrativo.

Javi, Javiera. Maldita oportunista. No. Catalina, no pienses esas cosas. Después de todo, fui yo la que me fui porque mis celos me superaron.

—No sé, parecías divertido con tu amiga y preferí irme a almorzar con las mías.

—Bueno, tú te lo perdiste. Debiste almorzar con nosotros, no sería malo que conocieras alumnos de tercer año, te podrían ayudar con las materias cuando yo no esté.

Mi estómago se aprieta de nuevo solo de escuchar esas palabras. ¿Por qué tiene que recordármelo?

—Puedo presentártelos si quieres —continúa Mikel, sin darse cuenta de lo mal que me ponen sus palabras—. Javi es majísima igual que los demás del grupo. Me invitaron al cine esta noche, a ver una peli que está de moda.

—¡Ah, qué simpáticos! Pásalo bien en tu cita.

Ay, mierda. Por qué no puedo morderme la lengua antes de hablar. Hasta yo sentí el veneno en mis palabras.

—¿Cita? No es una... —Mikel entorna los ojos y yo aparto la mirada, pero él apoya el brazo en la mesa y se inclina hacia mí—. ¿Estás celosa?

—¿Ah? Obvio que no. No seas creído. No todo gira alrededor tuyo. —Me apoyo en el respaldo de la silla, para alejarme de él y sostengo su mirada—. Lo dije en serio, ojalá lo pases bien en tu cita. ¿Es esa película de superhéroes de las que habla todo el mundo?

—Sí, esa. De hecho, pensé que tal vez querí...

—Deberías poner atención a la película —interrumpo, molesta por la idea de que vaya con esa chica—. Tal vez así aprenderías a imitarlos y tener superpoderes útiles.

—¿Cómo? —Parpadea, confundido—. Sí tengo poderes útiles...

—¿Ah, sí? ¿Cuáles? Porque solo causas tormentas que no son precisamente útiles.

Ay, hasta yo me caigo mal. Deberían prohibirme abrir la boca cuando estoy enojada.

Pero Mikel solo se ríe.

—La verdad es que son bastante útiles. —Sus labios se curvan en una sonrisa torcida—. Pero no me refería a esos superpoderes.

Se inclina hacia mí y apoya la mano en el respaldo de mi silla. Su rostro queda cerca del mío y yo levanto la mirada para verlo a los ojos.

—No sé de qué estás hablando —murmuro, aparentando toda la calma del mundo, aunque mi corazón ya se ha puesto como loco otra vez.

—Ah, no sabes porque no me has dejado mostrártelo. —Mikel estira su mano y pasa sus dedos por mi mentón—. Ya te dije ayer.

Ah, con que a eso se refiere. ¿Va a salir con otra chica y me dice eso? Pfff.

—No dejaré que me hagas sexo oral, Mikel. No insistas.

Él frunce el ceño y aparta su mano.

—¿Por qué no?

—Ya te dije, es algo muy íntimo.

Entorna los ojos.

—Eso no tiene ningún sentido. ¿Tú puedes tragarte mi semen y yo no puedo hacerte sexo oral?

Intento no ponerme roja como siempre, pero es imposible. ¿Por qué tiene que ser tan directo? Una cosa es decir esas cosas cuando estás haciéndolo y otra en la biblioteca...

—Es diferente.

—¿En qué? —Mikel ladea el rostro otra vez—. Supongo que Sebastián te lo hacía, ¿verdad?

—Sí.

Mikel resopla y murmura que seguro mi ex lo hacía pésimo y me dejó traumada, o algo así.

—¡No es eso! —Empujo sus hombros, intentando que se aleje—. Es que éramos novios, si tu dejas que cualquiera te lo chupe es tu asunto, no tengo por qué ser igual.

—¿Qué? ¿Te estás diciendo cualquiera a ti misma? —Mikel se aparta y alza las cejas—. Espera... ¿me estás diciendo que soy cualquiera?

—¡No en ese sentido! Pero Mikel, ¿con cuántas personas te has metido desde que llegaste? Solo las que yo sé son bastantes. ¿Tres, cuatro? ¡En unos pocos meses! Con Esteban, te besaste con Daniela...

—Daniela solo fue un reto.

—Conmigo...

—Pero eso es...

—Y ahora vas a salir con esta otra chica... No, lo siento, pero yo no dejaré que tu boca promiscua se meta entre mis piernas.

Él suelta un bufido y me mira como si estuviera diciendo una locura.

—No soy promiscuo, tú eres una exagerada.

—Para mí lo eres, ¿qué importa? Soy yo la que me pierdo "tus superpoderes", ¿qué te molesta?

—Me molesta porque yo... —se interrumpe y frunce el ceño—. Nada, olvídalo.

—Bien. Bueno, yo tengo que seguir estudiando. —Miro la hora en mi reloj y luego a él otra vez—. Es tarde, ¿no vas a atrasarte para tu cita en el cine?

—No, es en la noche. Y te dije que no es una cita... —Entorna los ojos y se inclina hacia mí de nuevo. Esta vez, apoya sus manos en el respaldo de la silla, cada una a los costados de mis hombros, encerrándome—. ¿De eso se trata? No puedes ser tan celosa.

Contengo el aliento cuando acerca su rostro hacia el mío. Su pelo negro desordenado y sus ojos azules clavados en los míos.

—No es eso, es... —tartamudeo—, es que...

—No es una cita, es un grupo de gente. De hecho, iba a decirte que fueras conmigo —me interrumpe, ladeando su rostro—. Pero te enojas tan rápido y hablas sin pensar y me interrumpes constantemente.

—No te interrumpo constant…

Me besa. Ahoga lo que sea que estaba diciendo, apretando su boca contra la mía. Me afirmo de sus hombros y cualquier protesta que hubiera estado pensando muere en mis labios mientras él los besa despacio.

Se aparta un poco y yo me quedo mirando su boca, deseando más, mi pulso acelerado.

—Sé que te gustan esas tonteras de superhéroes —dice Mikel, acariciando mi nariz con la suya—, por eso te iba a decir que fueras con nosotros, enana. ¿Vamos al cine?

Asiento y hago un esfuerzo por apartar mis ojos de sus labios, y lo miro a los ojos.

—Bueno, cine, vamos.

Él sonríe y mi corazón se acelera más.

—Y sobre el sexo... —Sus ojos azules me estudian un momento—. Si de verdad te importa tanto eso... —pone los ojos en blanco y me mira otra vez—. Podemos tener exclusividad sexual. ¿Eso quieres o no?

—¿En serio?

—Sí. —Alza las cejas—. Pero es recíproco.

—¿Cómo? Pero si yo no he...

—Tampoco tendrás sexo con Sebastián. Ni besos.

—¿Ni besos? Pero se supone que...

—No sé, dale la mano si quieres, pero nada más. Las cosas deben ser justas, ¿no crees?

Asiento y Mikel ladea el rostro.

—De hecho, ¿por qué no le dices que lo amas y ya?

—¿Qué?

—Eso de que él te ame de vuelta como requisito para que el deseo se cumpla lo inventaste tú. ¿Qué importa una mentira más?

—¿Mentira?

—Sí, mentira. Terminemos ese juego tonto. —Mikel se acerca otra vez y vuelve a besarme—. Porque sabes —murmura, con sus labios pegados a los míos—, que no lo amas, enana.

Su boca busca la mía otra vez y nuestros labios se enredan. Respiro agitada, rogando para que el encargado de la biblioteca no nos vea, o nos expulsará y... en verdad me importa una mierda.

—Está bien —susurro, apartándome un poco y mirando sus ojos —. Acepto tu trato de exclusividad. No tendré sexo ni besaré a Sebastián, pero no le diré que lo amo aún.

—¿Por qué no? Si igual es mentira.

Porque si se lo digo y se cumple mi deseo... tú te irás, Fakediós.

—No es mentira, Mikel. Es solo que... no lo entiendes.

Mikel tuerce la boca un momento.

—Está bien, si quieres seguir con tu ridícula obsesión, es asunto tuyo... —Ladea el rostro y sonríe—. ¿Tenemos un trato?

Mi corazón se acelera otra vez; es el mejor trato que he hecho en mi vida.

—Sí.

Me acerco y lo beso de nuevo. Mikel sujeta mi rostro con su mano, mientras devuelve mi beso, pero entonces, cuando abro los ojos, veo que Sebastián acaba de aparecer en la biblioteca allá

afuera. Lo veo pasear la mirada por las mesas, probablemente buscándome

—Mierda —aparto a Mikel—. Es Sebastián. ¡Se me había olvidado que venía!

—Siempre tan oportuno —murmura Mikel, girándose para mirarlo —. Aunque... tengo una idea. Me esconderé. Ya se cabreó en los camerinos porque me preguntó si dormí contigo anoche y le dije que sí. ¿Para qué lo vamos a hacer sufrir más mostrándole que estamos juntos aquí?

—¿Qué?

Mikel se vuelve hacia mí.

—Jura que no te irás de esta habitación antes de que yo te diga, enana.

—¿Por qué?

Mikel se inclina y me da otro beso; otro delicioso beso.

—Júralo —murmura, sus labios en los míos.

—Lo juro —respondo como una tonta.

Esto es trampa.

Él sonríe, se deja caer al suelo y se arrastra debajo de la mesa, donde apenas cabe, justo cuando Sebastián se detiene entre las mesas de afuera, se gira hacia acá y sus ojos me encuentran. Me saluda con la mano y camina en nuestra dirección.

Mikel gatea debajo de la mesa, se cruza de piernas frente a mis rodillas. Agachado, toma las patas con ruedas de la silla donde estoy sentada y tira de ella, arrastrándola y mis piernas quedan debajo del escritorio. Ya no veo lo que hace, porque me tapa la madera de la mesa, pero siento sus manos en mis muslos.

—No hagas ruido, enana. Y ni se te ocurra intentar irte, lo juraste.

—¿Ruido? —Me voy a agachar para mirar por debajo de la mesa, pero Sebastián ya casi está llegando, por lo que me vuelvo a sentar derecha—. Mikel, ¿qué haces?

—Mostrarte mis superpoderes —murmura, acariciando mis muslos y provocando un escalofrío en mi espalda—. ¿Sabes? A veces me pregunto... ¿qué le rompería más el corazón a Sebastián? ¿Saber que dejaré su equipo de básquetbol? ¿O que te voy a follar?

¡¡Aaah!! Aguanto la respiración para no chillar cuando levanta mi falda, debajo de la mesa. No estará pensando hacer lo que creo que... Mierda. Sus dedos suben por mi muslo hasta mi ropa interior.

Ah, no. No puede ser.

—Mikel, no...

La puerta de la salita se abre y entra Sebastián. No puede ver a Mikel debajo de la mesa, pero si llega a sentarse al lado mío... Por favor, por favor, que use la silla del frente.

—Cata, te estaba buscando. No sabía que hubiera tantas de estas salas de estudio.

—Hola, Seba —digo, con voz más chillona de lo normal—. ¿Por qué mejor no hablamos mañana? Estaba concentrada estudiando...

—Solo será un momento.

—¡Siéntate ahí! —digo, señalando la silla del otro lado—. La de mi lado se manchó con jugo.

Sebastián cierra la puerta, da un par de pasos y se sienta frente a mí, haciéndome caso, y elige la silla que está al otro lado del escritorio. Pasea los ojos por la mesa y frunce ligeramente la nariz.

—¿Estuvo Mikel aquí? Está ese olor a chicle terrible que siempre tiene.

—Estuvo, pero se fue —digo rápido y doy un respingo porque siento los dedos de Mikel corriendo hacia un lado mi ropa interior.

Le doy una patada debajo de la mesa y él suelta un gruñido.

Sebastián arruga el ceño.

—¿Qué dijiste? ¿Estás bien?

—Sí, no. O sea, sí. Seba, ¿qué pasa? De verdad, tengo examen, no es el mejor momento...

Mi corazón late deprisa, mierda. No puedo irme, se lo juré y... ¿qué ocurriría si rompo un juramento a un semidiós? Debí pedir el manual de instrucciones cuando empecé todo esto.

—Cata, necesito decirte esto ahora —insiste mi ex—. No puedo concentrarme en los entrenamientos si no lo hablamos, no para de darme vueltas en la cabeza.

—Ya, bueno, Seba. —Contengo el aliento porque los labios de Mikel empiezan a subir por mis muslos. Un escalofrío me recorre y yo intento mantener mi expresión lo más tranquila posible—. Te escucho, por favor, dime.

Dioses de las tormentas, de la calamidad y del sexo. Sebastián comienza a hablar y yo juego con el lápiz que tengo sobre mis apuntes, intentando distraerme, intentando ignorar la forma en que mi pulso se acelera mientras, debajo del escritorio, la boca de Mikel va dejando besos húmedos, en su ascenso por mi muslo.

Podría golpearlo con la rodilla, decirle que pare de alguna forma. Pero no lo hago. No lo hago porque… conchasumadre, creo que esto es lo más caliente que he hecho en mi vida.

31. Sexo oral 2.0

♡ Catalina ♡

Alguna vez hice yoga. De esas clases donde te enseñan a controlar la respiración, a meditar, a ser una persona profunda que se funde con el universo, el cosmos. Duré una semana. De hecho, fui a una maldita clase y supe que no era para mí.

Ahora me arrepiento. Intento no jadear mientras Mikel besa el interior de mis piernas pero se está volviendo cada vez más difícil, especialmente con Sebastián mirándome fijo desde el otro lado del escritorio. Respira, Catalina, respira.

—Cata, trato de entenderte pero no puedo —dice mi ex—. Te acercas y luego te alejas. Cuando creo que aún pasa algo entre nosotros, luego te veo tonteando con Mikel. —Sebastián apoya los brazos en la mesa y frunce el ceño—. Siempre has sido directa, no sé qué te pasa ahora. ¿Todavía me quieres, o no?

Los besos de Mikel en mis piernas se detienen un momento. Suelto el aire y respiro, mirando a mi ex y sus ojos verdes que parecen tan confundidos. No me hace nada feliz jugar con él, mucho menos tener esta conversación con la cabeza de Mikel entre mis muslos. Oh, dioses, solo imaginar su rostro entre mis piernas hace que me caliente, soy una inmoral. Una depravada, una...

—¿Cata, me estás escuchando?

—Sí, obvio que te quiero, Seba. —Me muerdo los labios y siento el aliento de Mikel en mi piel, pero solo eso. No sigue con sus besos—. Siempre te he querido... —titubeo—, eso no ha cambiado.

Sebastián frunce más el ceño y se aparta un mechón de pelo ondulado que cae sobre su rostro. Yo tomo mi celular y lo sujeto entre mis manos sobre mi regazo, para que Sebastián crea que es eso lo que me tiene ocupada debajo de la mesa.

—¿Entonces por qué no dejas que me acerque? De verdad me gustas, Cata. Fui un idiota por terminar contigo, te lo dije el otro día en mi habitación. Y si me quieres, ¿cuál es el problema? Es por Mikel, ¿verdad?

Mi corazón late deprisa, no me deja pensar bien. Las manos de Mikel están apoyadas en mis piernas y su cabello me hace cosquillas en el interior de mis muslos, pero al menos no ha seguido... incursionando. Aún así, esta es la conversación más incómoda que he tenido en mi vida.

—No es por Mikel.

—¿Te acostaste con él? Hoy le pregunté, porque no llegó anoche a nuestra habitación y dijo que durmió contigo. Respondió que no, que no tuvieron sexo, pero quiero saberlo de ti. En serio, Cata, ¿qué te pasa? No juegues conmigo. Si te acostaste con él olvídate de que hay una oportunidad entre nosotros dos.

—No me acosté con él —digo, pero él tuerce los labios, como si no me creyera—. Te estoy diciendo la verdad y, si no me crees, puedes irte a la mierda.

Sebastián resopla y apoya los dos brazos en la mesa, mirándome.

—Sí te creo, ¿ok? Pero es obvio que pasa algo entre ustedes dos. No me vengas con eso de que son amigos, o que solo es algo sexual. Se nota que te gusta.

—Con pasar algo, ¿te refieres a como pasaba algo contigo y la Vero? No seas hipócrita.

—Eso fue antes de que volvieras a mi vida. Tú estás jugando con los dos.

—No es verdad. No juego. Hace unas semanas me dijiste que estabas confundido entre Verónica y yo, ¿y me criticas?

—Está bien, está bien, estamos iguales, ¿feliz? —Seba se echa hacia atrás y se apoya en el respaldo de la silla mirándome. Levanta ambas manos—. Empatados. Estás confundida, puedo entender eso. Pero esto no es una competencia, yo no piensos seguir así, hace

semanas que dejé de acercarme a Verónica. Dime la firme, ¿te gusta Mikel o no?

—¿En qué sentido?

Las manos de Mikel aprietan mis muslos y siento su boca en el interior de mi pierna otra vez; empieza a besarme despacio y un escalofrío me recorre.

Ay no, no comiences de nuevo. O mejor sí. No, no. Está Sebastián al frente, se va a dar cuenta. Pestañeo y mientras la boca de Mikel sube por mi muslo, trato de mantenerme seria, haciendo como que miro mi celular en el borde de la mesa, pero cuesta demasiado.

—¿En qué sentido? ¿Me estay webiando? Que si te gusta y ya. Así de simple. ¿Puedes dejar de mirar tu celular?

Debajo del escritorio, la boca de Mikel empieza acercarse a mi entrepierna. Dejo el celular sobre mi falda y tomo el lápiz de nuevo y lo muevo entre mis dedos sobre la mesa, para que Seba se concentre en ese movimiento y no en la otra mano, que bajo y uso para sujetar a Mikel del pelo, intentando que no siga.

—No. O sea, sí, me gusta —digo, mirando a mi ex, que parece estar perdiendo la paciencia—. Mikel está rico, no soy weona. Pero solo es eso.

—Dime la verdad. —Sebastián entorna los ojos—. ¿Lo quieres?

—No.

Mikel muerde mi pierna y doy un respingo, lanzando una exclamación. Sebastián me mira extrañado y yo busco mi celular.

—Ay, es que esta cosa vibró en mis piernas, me asustó, perdón. Es Fernanda, que me dijo que era urgente, que estuviera pendiente del celu. Te dije que este no era el mejor momento.

—¿Y cuándo? —Seba apoya los dos brazos en la mesa—. Puedo esperarte si quieres Cata, porque de verdad te quiero. Pero no juegues conmigo.

Dioses, parece sincero. ¿Qué hago? No quiero hacerle daño, incluso si él me lo hizo a mí. Pero el deseo para que Mikel sea un

dios depende eso y... sus dedos acaban de tocar mi ropa interior. Me pongo tensa y contengo el aliento mientras me besa el muslo y comienza a frotar mi entrepierna suavemente con sus dedos.

Un temblor me recorre entera y, mierda, cuerpo traidor. Siento mi sexo caliente solo con su contacto.

Ah, weón, ¿qué me está haciendo?, me siento mal. Me siento mal porque Sebastián me mira con el ceño fruncido, pero me siento más caliente que nunca en mi vida.

Estúpido, estúpido, estúpido Fakediós.

—Seba, yo... —Oh dioses, ¿qué es lo que hace con sus dedos?

Me doy cuenta de que en algún momento apoyé la espalda en el respaldo, me deslicé ligeramente en la silla y me hundí más debajo de la mesa. El rostro de Mikel queda justo en mi entrepierna y siento cómo su mano corre suavemente mi tanga hacia un lado.

—¿Estás bien? De pronto estás pálida, ¿almorzaste? —Sebastián me mira preocupado y yo intento no jadear—. ¿Cata?

—Estoy bien, solo... de repente me dio calor. ¿No encuentras? Hace mucho calor aquí.

Sebastián se pasa una mano por el pelo.

—Sí, en realidad está bastante caluroso. Pero...

—Seba, escúchame —Oh, mierda, ¿esa es su boca? Sí, es su boca, tibia contra la piel sensible de ahí abajo. Dejo escapar el aliento—. Yo, no puedo hablar esto ahora. Es un tema importante, no es el momento. Estoy... estresada.

Caliente, más caliente que la mierda. Aferro el pelo de Mikel con la mano que tengo debajo de la mesa y cierro los ojos un momento cuando aprieta su lengua contra mis partes íntimas.

Ah, la weá.

—Estay rara, Cata, ¿estás drogada?

—¡No! —Ah, sí, Mikel, sigue por favor. Aprieto los labios y parpadeo mirando a Sebastián un momento—. Solo ándate, Seba, después hablamos.

Él se pone de pie y me observa, decepcionado.

—Si en algún momento esto te importa, Cata, no sé. Me hablas. Supongo. Y si estay fumando weed puedes decirme, tampoco es que le voy a contar a tu mamá.

Me da la espalda, abre la puerta y la cierra otra vez desde afuera.

Al fin, jadeo liberando el aire que estaba conteniendo, me desparramo sobre el respaldo de la silla y sujeto el pelo de Mikel ahora con mis dos manos, mientras él juega con su boca entre mis piernas y produce escalofríos por todo mi cuerpo.

—Mikel, por favor... —digo, agitada, intentando mantener la compostura en mi rostro y paseando los ojos por los estudiantes que, afuera de esta salita, están estudiando y que podrían verme. Sebastián se aleja entre las mesas y abandona la biblioteca—. Mikel, Mikel, se ve todo desde afuera, si sigues a... ah, sí, mierda.

Él aprieta mis muslos entre sus manos y habla con sus labios rozando mis partes íntimas.

—Entonces, enana, quédate quieta.

Afirma mis nalgas debajo de la falda y acomoda mi pelvis más pegada a su rostro. Dejo escapar un gemido, me aferro al borde de la mesa y trato de no expresar en mi cara el placer que me recorre cuando él vuelve a chupar; su lengua juega entre los pliegues de mi sexo y es imposible mantenerme quieta.

Tomo los apuntes y cubro mi cara con ellos, derritiéndome, temblando. ¿Qué me hace? Quita la mano que tenía en mi trasero y la lleva a mi entrepierna, sin dejar de besarme ahí. Con sus dedos empieza a frotar mi clítoris mientras sigue chupando un poco más abajo.

Mierda. Conchasumadre, me estoy muriendo. Mikel frota y chupa, masajea y succiona, sus dedos en un ritmo circular y constante, su lengua y sus labios mojados, calientes. Los apuntes se deslizan entre mis dedos y veo a la gente que estudia afuera, mientras mi pulso se acelera al máximo y las cosquillas de placer se expanden desde mi cabeza a la punta de los pies. Una chica levanta el rostro en las

mesas de estudio y nuestras miradas se encuentran. Mierda. Levanto los apuntes otra vez para esconderme y los dedos de Mikel en mi clítoris, su boca mojada, me hacen soltar otro gemido.

Ay, no. No puedo... un escalofrío se apodera de mí y... no... no... no puedo pensar.

Oculto mi rostro con los apuntes y desciendo la mirada. Veo el pelo negro de Mikel, desordenado entre mis piernas, sus ojos cerrados mientras me masturba con los dedos y succiona con su boca más abajo. Jadeo, disfrutando la imagen más sexy que he visto nunca y trato de no enloquecer, pero es imposible. El placer se acumula en mi vientre, como una burbuja a punto de estallar.

—Mikel, por favor —enredo mis dedos en su pelo de nuevo y aprieto mis piernas alrededor de él—, por favor —jadeo—, no pares.

Gimo y se me escapa su nombre, justo cuando la burbuja de placer crece y estoy por llegar al orgasmo...y entonces, él se detiene. Sus ojos azules encuentran los míos y sonríe, entre mis piernas.

Jadeo y me estremezco, mirándolo.

—¿Ah?, ¿qué has dicho? —Mikel muerde despacio mi clítoris, sin dejar de mirarme y la electricidad recorre mi vientre—. No te oído bien.

—No seas... —murmuro agitada—, no seas puto.

Mikel sonríe más, vuelve a hundir su rostro entre mis piernas y, ah mierda, ahí está otra vez. Esa boca... el placer que se había concentrado en mi vientre me colma de nuevo, de inmediato, con más potencia, apenas él empieza a chupar con más fuerza que antes. Sus dedos masajean mi clítoris un momento y luego cambian de lugar con su boca, que es como una ventosa succionando en ese lugar de máximo placer.

Con su brazo libre rodea mis caderas, me desliza más, apegándome hacia él y sus dedos... introduce uno por mi vagina, luego dos y, ah, succiona mi clítoris con sus labios húmedos, en un ritmo constante mientras masajea mi interior con sus dedos.

Espasmos hacen temblar mis piernas, mis brazos, mi alma. Los apuntes se me caen y yo aferro su pelo con mis dos manos y ya no me importa nada.

No soy capaz de pensar. Solo siento esa boca y esos dedos y la corriente que me atraviesa entera.

—Mikel, aaah, mierdaaaa. —Mi vista se nubla y arqueo la espalda cuando esa electricidad deliciosa se apodera de todo mi ser.

Esta vez él no se detiene. Mi pelo cae sobre mi rostro mientras jadeo y digo su nombre y le ruego, una y otra vez, mientras un orgasmo me parte en mil pedazos.

Su boca no me suelta y sigue besando mi sexo. El orgasmo me arrebata todos los sentidos y, mientras sigue chupando, olas de placer me derrumban, una tras otra. Cada una más poderosa que la anterior.

Silencio.

Me quedo sin aliento y sin pensamientos y, de pronto, ya no hay más; solo escalofríos aquí, allá, en todos lados. Mierda. Mikel se aparta un poco y se limpia la boca, sus labios rojos de tanto chupar.

Nos miramos en este silencio caliente, roto solo por mi respiración agitada. Sus ojos azules son dos relámpagos en las sombras debajo del escritorio.

Oh, verdad que estoy en la biblioteca. Me siento derecha, pasándome la mano por el pelo para ordenarlo mientras aún siento escalofríos en mi espalda. En la mesa del frente, una chica está mirándome con el ceño fruncido. La misma de antes. Seguro lo vio todo; puta la weá.

Mikel gatea para salir de debajo del escritorio, se pone de pie y sin disimular nada, se acomoda los jeans donde se marca su evidente erección. La chica afuera de la biblioteca abre mucho los ojos y la boca, mirando a Mikel y luego a mí. Le murmura algo a la amiga que está leyendo a su lado y luego me mira claramente indignada.

Siento mi rostro arder.

—Mikel —murmuro, bajando los ojos a los pliegues de mi falda que aliso con mis manos—. ¿Por qué no te sientas? Hay una chica allá afuera y parece que lo vio todo. Nos va a denunciar.

Mikel se acerca, toma mi rostro y me obliga a mirarlo a los ojos. Ay dios, ¿por qué siento vergüenza de mirarlo? No puedo creer que haya dejado que me haga esto aquí. Aún no puedo creer que él me haya besado de esa forma, *ahí*.

Y aun así, quiero que lo haga de nuevo.

Él sonríe y mi pulso se acelera cuando su olor dulce me inunda. Se inclina y me da un beso, suave y tibio. Mi boca cosquillea al contacto de esos labios que recién estaban entre mis piernas.

Ay, sigo demasiado caliente.

—¿Sentarme? —Mikel sonríe, con sus labios en los míos—. Enana, estás tan mojada que, te juro, si me quedo acá te voy a follar frente a toda la biblioteca.

—Obvio que no —digo y mi corazón traidor golpea con fuerza mi pecho, como si quisiera precisamente lo contrario.

Mikel se aparta riendo.

—Claro.

Aprieto los labios y no le discuto. Para qué, si tiene razón. Mejor que se vaya antes de que me haga perder la poca vergüenza que me queda.

Toma su mochila y se la cuelga del hombro. Se acomoda los jeans otra vez y logra disimular lo que tiene abajo, metiendo su móvil en el bolsillo de adelante.

Camina hacia la puerta y me mira una vez más antes de salir.

—Le pediré a esa chica que no diga nada. —Se pasa una mano por el pelo negro, levantándolo un poco—. Ruega para que no sea gay.

Abandona la salita. Yo apoyo los codos en el escritorio y mi frente en la mano, haciendo como que leo mientras observo a Mikel acercarse a las chicas en la mesa de afuera. Oculto mi rostro con mi

pelo, como si con eso pudiera también esconder la vergüenza de que esa chica me haya visto tener un orgasmo.

No sé qué cosa le dice Mikel, pero la chica se pone roja, mira escandalizada hacia acá y luego lo mira de nuevo a él. Asiente como una tonta y le sonríe.

Bueno, parece que gay no era.

Aparto los ojos para no ver de nuevo hacia allá y un momento después mi celular vibra.

>Fakediós: Todo bien

>Fakediós: Paso por ti más tarde, para ir al cine.

Me atrevo a mirar a las mesas y la chica está ocupada cuchicheando con su amiga. Mi celu vibra otra vez.

>Fakediós: Ah, oye enana

>Fakediós: Tú también

>Fakediós: sabes rico

Mi estómago se aprieta de solo recordar la imagen de Mikel entre mis piernas. Dioses de las tormentas, nunca había sentido algo así. Mi cuerpo todavía se encuentra adormecido y tendré que ir a ducharme porque mi ropa interior está empapada.

Y sí, estar haciéndolo frente a Sebastián me hacía sentir mal. Sé que aún lo quiero, lo quise demasiado tiempo para no sentir algo por él. Pero, cuando hace un rato me habló mientras los labios de Mikel besaban mis partes íntimas, lo único que tenía en mi cabeza era... que se fuera pronto. Y cuando lo hizo... no pensé ningún instante más en él.

No sé qué haré con el deseo de Mikel, pero una cosa es segura. Ya no estoy enamorada de Sebastián y no hay forma de que vuelva a estarlo.

32. Dudas

ϟ Mikel ϟ

Los humanos son estúpidos. Siempre lo he creído. Debo creerlo, porque no seré parte de ellos por mucho tiempo más; es algo que tengo muy presente. Los observo como si nada de lo que digan o hagan pudiera llegar a ser realmente importante. Mucho menos lo que puedan desear.

Siempre desean cosas idiotas. Dinero, fama, gloria. Recuperar a su ex... Sí, ese es por lejos el deseo más estúpido que le han pedido a mi aita jamás.

Y sin embargo, en este momento, escucho la risa de Catalina mientras caminamos de regreso a nuestras habitaciones, conversando con mis compañeros sobre la película que vimos y... me alegro que pidiera ese tonto deseo.

Se nota que ya terminaron todos los exámenes. A pesar de ser casi las once de la noche y que mañana hay clases, los pasillos de la universidad están colmados de estudiantes que ríen y conversan. No somos los únicos que nos fuimos por unas cervezas.

Catalina tropieza con la pierna de una chica que está sentada en el suelo del pasillo y yo la sujeto de la cintura para que no se caiga.

—Ay, gracias, Mikel —dice riendo y sujetándose de mi brazo—, no la vi. ¡¿Qué hace en el suelo?!

—Estar ebria —murmuro, ayudándola a caminar—, igual que tú.

Javiera se ríe y levanta el pie para no tropezar con la misma chica que Catalina. Jorge, que camina al lado mío, sigue quejándose de la película.

—No puede ser que todos estén de parte de Loki solo porque muestran su pasado triste. En serio weón, está de moda adorar a los villanos. —Jorge se hace a un lado para dejar pasar a un grupo de chicas y doblamos en la esquina del pasillo—. El héroe es Thor y aun así pareciera que el favorito siempre será el hermano malo.

Llegamos al pasillo donde está la habitación de Catalina. Ella se apoya en mi brazo y camina algo tambaleante mientras nos

acercamos a la puerta.

—A mí me gusta Loki —dice con voz de borracha—. Es inteligente y lindo.

—Y malo —insiste Jorge—, ¿por qué siempre a las minas les gustan los hombres malos?

—A mí no. —Javiera se encoge de hombros—. Yo prefiero a Thor. Además, es más cool, con ese martillo mágico y poderoso que tiene.

—¡Uh, sí! Un arma de semidiós de verdad —dice Catalina, moviendo una mano como si blandiera un martillo imaginario, o lo que sea que está imitando. Se aparta y se apoya en la pared cerca de la puerta de su habitación. Alza la mirada hacia mí y curva su boca en una sonrisa de lado—. Deberías tener uno así, Fakediós.

—¿Para qué? En mi oficina en Bil... —Me detengo cuando recuerdo que supuestamente soy un estudiante—. En la oficina de mi padre, en Bilbao, tengo una pistola. Es más eficiente.

—Pero más aburrido —dice Catalina, ladeando su rostro y el pelo castaño desordenado le cae sobre los hombros.

—¿Aburrido? ¿Cómo tienes cara para decirme eso?

Ella se ríe y yo la miro entornando los ojos. Jorge pone una mano en mi hombro y lo aprieta ligeramente a modo de despedida.

—Nos vemos weón. Oye, ¿puedes acompañar a Javiera hasta su habitación? La mía está ahí. —Apunta unas tres puertas más allá.

—Vale, yo la llevo.

Acá, en LATAM, es costumbre acompañar a las chicas a todos lados; por miedo a que les ocurra algo, hasta dentro de la propia universidad. A veces no me acostumbro. No sé si es paranoia, o en serio vivir aquí es tan peligroso.

Jorge se despide de Javiera y Catalina, y se aleja por el pasillo. Catalina empieza a buscar las llaves de su habitación en su cartera y por sus movimientos me doy cuenta que está más ebria de lo que pensaba.

—Tú también tienes un hermano, Fakediós —dice, levantando su mirada hacia mí, mientras con su mano sigue buscando las llaves—. ¿Eres el hermano malo o el bueno?

Meto las manos en los bolsillos y observo divertido como se tambalea un poco y frunce el ceño porque no encuentra las llaves.

—Soy el hermano bueno.

Me mira suspicaz y luego lanza una exclamación alegre, sacando las llaves de la cartera. Las mueve buscando la correcta, se le enredan entre los dedos y caen al piso.

—¡Aah, estúpidas llaves! —se inclina para recogerlas y se inclina tanto que se va a caer.

La afirmo de la cintura de nuevo y ella se ríe mientras las recoge.

—Creo que tu novia está un poco demasiado borracha —murmura Javiera, mirándola.

Catalina se para derecha, se aparta el pelo de la cara y mete una llave en la puerta.

—No somos novios —dice riendo. La puerta hace click y ella la empuja—. Y no estoy tan borracha tampoco. —Se gira y estira su brazo hacia mí, apuntándome con el dedo—. Y seguro eres el hermano malo.

—Sí, definitivamente está demasiado borracha —murmuro, entrando a la habitación tras ella.

—¡No oh, estoy piola! —Deja caer su cartera al suelo y se tira sobre la cama de espaldas, sin siquiera encender la luz.

Ojalá fuera cierto, que no está tan borracha. Porque la habitación está vacía, lo que significa que Fernanda se quedó con su novia. Lo que significa que Catalina dormirá sola. Lo que significa que si no estuviera borracha me metería en esa cama con ella y...

Joder, ¿por qué tomamos tantas cervezas?

—Agradece que no soy el hermano malo —murmuro, quitándole las zapatillas y tapándola con el cobertor—, o esta sería tu última noche semi virgen, enana.

Ella toma mi mano y tira hacia su cuerpo.

—Quédate, Fakediós.

Pero sus ojos parecen pesados y su mano pierde fuerza sobre la mía. Me siento un momento junto a ella, le aparto el pelo de la cara y le doy un beso en la frente.

—Buenas noches, enana.

Ella murmura mi nombre, medio dormida, medio ebria.

Abandono la habitación y camino en silencio por el pasillo junto a Javiera. Luego de acompañarla, volveré a la habitación de Catalina y dormiré con ella, aunque no tengamos sexo. Es mucho mejor que dormir con Sebastián y sus ronquidos.

Llegamos a la habitación de Javiera cuando faltan pocos minutos para las once y casi ya no hay estudiantes fuera de sus habitaciones. Ella busca las llaves un momento, pero las encuentra rápido. Aunque también tomó unas cervezas, no fueron tantas como Catalina y claramente tiene más aguante; no está para nada borracha. Abre la puerta y deja ver una habitación vacía, con las camas iluminadas por la luz del jardín.

Se gira hacia mí y sonríe. Se arregla con una mano el pelo rubio de su melena corta e inclina ligeramente la cabeza, mirándome.

—Me alegro que al final te animaras y vinieras a ver la peli esta noche.

—Estuvo guay —digo, y no es una mentira.

Normalmente ir al cine no es algo que me interese mucho, pero la trama era graciosa y, aunque Catalina se pasó la mitad de la película molestándome porque no tengo poderes ridículos como los de Thor, lo cierto es que sí me divertí.

Tal vez por eso me divertí.

—Puedes quedarte si quieres, mi compañera no llegará. —Javiera estira una mano y toma la mía—. Para que no te multen, digo, por irte a tu habitación tan tarde.

Tira de mi mano y doy un paso hacia ella, pero luego me detengo. Javiera es linda y me cae bien, pero... La imagen de Catalina durmiendo y murmurando mi nombre antes de que dejara su habitación se cuela por mi mente.

—Mejor no, Javi. —Dejo escapar un suspiro—. Gracias, pero correré el riesgo de que me multen.

Ella observa nuestras manos unidas y luego me mira otra vez.

—¿Es por Catalina?

—Más o menos.

Javiera acaricia mis dedos.

—Pero dijo que no eran novios.

—No lo somos. —Separo mi mano de la de ella—. Pero... bueno, puede que hayamos hecho un trato de exclusividad —explico riendo.

Javiera sonríe y alza una ceja.

—O sea son novios.

—No es lo mismo. Me vuelvo a Euskadi en unos meses, Javi. No seré novio de Catalina ni de nadie.

Ella me observa un momento.

—De la exclusividad al matrimonio hay un paso —dice riendo—. Suerte con eso.

Se acerca, se pone de puntillas apoyándose en mis hombros y me da un beso en la mejilla, demasiado cerca de mis labios.

—Buenas noches —murmura, con su boca rozando la piel de mi rostro.

Se aparta, me dedica una sonrisa y cierra la puerta de la habitación. Me giro y camino de regreso, en dirección a la habitación de Catalina. Sin embargo, mientras cruzo los pasillos en penumbras, me llevo los dedos al costado de mis labios, ahí donde Javiera me besó. Me cosquillea, como si algo molesto se hubiera quedado ahí. Algo... sucio. Como si hubiera hecho algo que no debía.

Llego a la habitación de Catalina y apoyo la mano en la manilla de la puerta para entrar, pero ¿por qué me siento así? No hice nada malo, ni siquiera fui yo, sino ella quien me besó. Además, nuestro trato de exclusividad era no besarnos ni tener sexo con otras personas. Pero Javiera solo me besó en la mejilla... ¿Por qué me siento... traidor?

Las palabras de Javiera vuelven a mi mente.

De la exclusividad al matrimonio hay un paso, Mikel.

Coño, es ridículo. Sé que lo que dijo es una imbecilidad, pero aun así... Mierda, me molesta. Suelto la manilla y no entro.

Tal vez, al menos esta noche, es mejor que Catalina duerma sola. Yo tengo que pensar.

Un escalofrío me recorre mientras camino por los pasillos de la universidad. ¿Por qué acepté su trato de exclusividad? Me paso una mano por el pelo. Lo acepté porque no quiero que avance rápido con Sebastián, porque él tiene que amarla de vuelta, se supone. No basta con que sea algo solo sexual con ella.

Pero no. No es por eso, porque ni siquiera yo creo que necesite amarla de verdad. Ese requisito se lo inventó ella. Entonces, ¿por qué? ¿Por qué acepté?

Coño. Acepté porque no quiero verla con Sebastián. ¿A quién engaño? Ella dijo que quería practicar sexo oral conmigo para hacérselo a él, y solo de pensarlo me enferma. De solo imaginar su boca, esa boca que tanto me gusta, en la polla de Sebastián, me dan ganas de matarlo.

Ah, joder. No puede molestarme, no puede. ¡Tienen que estar juntos para que se cumpla mi deseo! Salvo que le diga que lo ama de mentira. Pero ella insiste que así no funciona el deseo, pero ¿qué sabe ella? Soy yo el que trabaja cumpliendo deseos para mi padre.

Aunque... hay alguien más que lo debe tener incluso más claro que yo. Alguien que ya pasó por esto; que ya es un dios.

Llego a mi habitación y encuentro a Sebastián durmiendo plácidamente. Me siento en mi cama, saco el móvil del bolsillo y, en

medio de la oscuridad de la noche, busco el contacto de mi hermano en WhatsApp.

♡ Catalina ♡

¡Maldito clima! Cruzo el jardín hacia la salida de la universidad lo más rápido que puedo. Ayer estaba precioso y hoy amaneció horrible, cubierto de nubes negras y un viento fuerte que amenaza con tormenta. En cualquier momento se larga a llover y no quiero que me pille sin un techo.

Pero estoy contenta. ¿Por qué? No sé. Porque lo pasé bien el cine. O tal vez porque tengo un trato de exclusividad sexual con un semidiós que está enfermo de rico ¡Ja! Es el año con más suerte de toda mi vida. Y además de sexo, ¡me ayuda a pasar los ramos de la universidad!

¿Qué más puedo pedir?

Mierda, un momento. Eso es demasiado bueno para que me pase a mí. Significa que algo muy malo vendrá ahora, o moriré, seguro. No puedo tener tan buena suerte.

Salgo del recinto del campus y desciendo por las empinadas calles de Valparaíso, aferrándome con fuerza a mi abrigo y rogando para que mi suerte no me traicione hoy. ¡No puedo morir aún! Todavía soy semi virgen.

Llego a la cafetería donde quedé en reunirme con mi bestie Andrea que viajó para juntarse conmigo y, justo cuando entro y cierro la puerta, afuera se larga a llover.

Definitivamente demasiada suerte para ser yo. Sí. Moriré, es seguro.

Pero antes… ¡Un buen Mocaccino! Me saco el abrigo porque adentro está calefaccionado. ¡Que delicioso huele aquí dentro! A café, pan y tortas. Se me abre el apetito y me siento en la mesa del fondo, junto al ventanal donde puede observarse como la lluvia cae sobre el puerto de Valparaíso.

Miro la carta para ver qué pedir, tarareando distraída, pero pasan los minutos y Andrea no llega. ¿Se habrá atrasado su bus? Saco el

celular de mi mochila y reviso los mensajes. No hay ninguno de ella, pero sonrío como una tonta al ver que hay algunos de Mikel.

>Fakediós: ¿no vienes a clases?

>Fakediós: ¿tengo que tomar apuntes también por ti?

Pulso rápido las letras de la pantalla, rodeada de los murmullos de conversaciones de otras personas en la cafetería.

>Catalina: ¿Qué pasa?

>Catalina: ¿me extrañas, Fakediós?

>Fakediós: No.

>Fakediós: ¿Dónde estás?

>Catalina: Lo sabrías si tuvieras superpoderes útiles ;)

>Fakediós: .I.

Suelto una risa viendo su insulto en el chat y la puerta de la cafetería se abre. Me giro porque podría ser Andrea, pero no. Es un chico alto y rubio, vestido con un abrigo largo color crema que se agita con el viento un momento antes de que la puerta se cierre detrás de él. Se pasa una mano por el pelo húmedo y desordenado, pasea los ojos por la cafetería y un escalofrío me recorre cuando su mirada se detiene en mí.

Lo conozco, estoy segura. Pero a la vez, es imposible. ¿Cómo voy a conocer un chico así? A pesar de que el día está oscuro, pareciera que toda la luz se concentrara en él, haciendo brillar su pelo dorado, casi como si el sol mismo emanara de cada hebra de cabello.

Parece mágico.

El chico sonríe y camina hacia acá. Tiene una barba ligera y rubia, de pocos días. Me es tan familiar... pero no logro decidir por qué. Esa nariz recta, esos labios carnosos...

Se detiene frente a mí, de pie junto a la mesa y ahora que está cerca veo sus ojos verdes, tan verdes como el pasto de una pradera al mediodía.

Entonces sonríe, con una sonrisa torcida. Una sonrisa muy parecida a la que estos días hace que se acelere mi corazón.

Una sonrisa como la de Mikel.

—Así que tú eres Catalina —dice, siseando las "s" como hacen todos los españoles y apoyando una mano en mi mesa—. Necesito hablar contigo, chavala. Con la humana que está a punto de joderle la vida a mi querido hermanito.

33. Hermanos

♡ Catalina ♡

Mi corazón late deprisa. Hay algo en este chico que no es natural. ¿Cómo es posible que nadie más se dé cuenta? Es como si su pelo dorado brillara ligeramente, como si sus ojos verdes emitieran la luz de la mañana.

Sin embargo, a pesar de que esa mirada parece querer hipnotizarme, ya tengo experiencia resistiendo miradas divinas, así que me pongo de pie, retrocedo un paso y lo apunto con el dedo.

—¡Eres el hermano malo de Mikel!

La sonrisa desaparece de su rostro.

—¿Qué? Baja la voz —dice, haciendo un gesto con la mano—. ¿El hermano malo? Mikel es el hermano malo, ¿no es evidente?

—Mikel no es malo.

El chico arquea las cejas.

—Es abogado, ¿eso no debería haberte dado una idea?

Suelto un bufido.

—¿Dónde está Andrea? Me iba a juntar con ella y, obviamente, no es una casualidad que estés aquí. ¿La raptaste?

Él frunce el ceño y mira a su alrededor un momento.

—Claro que no... Creo que has visto muchas series de Netflix, chavala. Solo quiero hablar contigo. —Se pasa una mano por el pelo rubio, levantándolo de la misma forma que hace Mikel—. Tu amiga está bien. Su viaje se canceló por la tormenta no prevista que, de hecho, desató el idiota de mi hermano, solo porque se puso de mal humor.

Bueno, eso es cierto. Se suponía que hoy haría un buen día. ¿Y ahora por qué se puso de mal humor el Fakediós? Ayer parecía contento.

¿Y cómo me encontró este sujeto?

—Tengo mis métodos. Sé mucho más de lo que te gustaría que supiera —añade, sus labios curvándose hacia el lado en una sonrisa

—. Pero no vine a hablar de eso. ¿Quieres sentarte? Yo pago tu café.

Conchasumadre, ¿me puede leer la mente? Y no solo eso. Hay algo especial en él. Emite una energía agradable que provoca el deseo de querer hacer lo que diga. De seguro es alguna magia maligna para manipularme.

Peligroso.

—¿Pagarme el café? No, como mínimo —digo, sentándome sin quitarle la vista de encima—, quiero el late de soja más grande de todos y también quiero tres medias lunas, esa torta Appleberrie y uno de esos vasos bonitos de Starbucks.

—No voy a comprarte todas esas cosas...

—Entonces —digo, poniéndome de pie otra vez—, me voy. Adiós.

Él me sujeta del brazo.

—Espera. —Me evalúa un momento con esos brillantes ojos verdes y luego suelta mi brazo—. Venga, te compraré esas cosas. Pero será la única y primera vez, ¿está claro?

Me siento de nuevo y espero mientras él va a la barra a pedir lo que yo quiero de la carta. Apenas me da la espalda saco el celular de mi bolsillo y pulso lo más rápido que puedo la pantalla.

>Catalina: Fakediós, tu hermano está aquí.

Le mando mi ubicación por WhatsApp y justo cuando guardo de nuevo el teléfono, el hermano se da vuelta y me observa mientras le pasan el pedido. Se acerca con la bandeja, la deja en la mesa y se sienta. Mi corazón late deprisa, pero disimulo y tomo un sorbo de café.

¿Me querrá hacer daño? No lo parece, pero seguro es engañoso. Es hermano de Mikel, ¿significa eso que es un semidiós también? ¿Por eso tiene esa energía extraña? Pero si quisiera hacerme algo malo no lo haría frente a toda esta gente, ¿verdad?

Espero que Mikel llegue pronto. No sé qué clase de persona es su hermano, pero por algo lo odia, ¿no?

—Venga, sigamos donde lo dejamos —dice el joven, observándome—. Ah sí, que estás arruinando la vida de Mikelatz. ¿Eres consciente de eso, pequeña humana?

Lanzo miradas a las personas sentadas en las otras mesas, pero nadie está pendiente de nuestra conversación. Todos hablan en voz alta y seguro nuestra plática ni siquiera se escucha más allá de nuestra mesa.

—No sé de qué estás hablando.

Se escucha un trueno y el muchacho tuerce los labios.

—Lo que sucede —murmura, mete una mano en el interior de su abrigo y saca su teléfono—, es esto.

Lo deja sobre la mesa y lo gira hacia mí. Me inclino para mirar y veo una conversación de WhatsApp.

>Atarrabi: No tengo tiempo.

>Miki: deja de ser imbécil y respóndeme algo

>Atarrabi: ¿Qué quieres a esta hora?

>Miki: Eres el único que puede saberlo, Ata

>Miki: ¿Puede Catalina cancelar su deseo?

>Atarrabi: Claro que puede

>Atarrabi: Y tú te quedas siendo mortal por fracasar en tu misión.

>Miki: Joder, ¿estás seguro?

>Atarrabi: Claro.

>Atarrabi: ¿Por qué estás preguntando esto?

>Miki: Olvídalo, no importa

>Miki: Solo suposiciones mías, nada más.

Leo la conversación una y otra vez. ¿Por qué Mikel le preguntó eso? Mierda. No, no puede ser lo que estoy pensando.

—Por tu cara supongo que ahora entiendes de qué estoy hablando. —Atarrabi toma el celular y lo guarda de nuevo en su bolsillo—. Y me atrevería a decir —continúa, apoyando los brazos en la mesa e inclinándose hacia mí—, que sabes la razón de su actitud.

Sigo mirando el lugar en la mesa donde estaba el celular, aún pensando en la pregunta de Mikel. Inspiro profundo, alzo los ojos hacia los de Atarrabi y aguanto esa mirada verde y penetrante. Es imposible mentirle, no sé por qué, pero es imposible.

—No tengo idea de los motivos, yo no lo he dicho que... Tal vez piensa que ya no estoy enamorada de Sebastián. Ayer lo mencionó, pero...

—¿Y está equivocado?

Aprieto los labios. No. No está equivocado, pero admitirlo sería arruinar la misión de Mikel. Aunque sospecho que este tipo me lee los pensamientos. ¿Pueden hacer eso los semidioses?

—Él cree que puedo mentirle a Sebastián para forzar el deseo. Decirle que lo amo, aunque no fuese cierto, y ya está; el deseo se cumpliría. ¿Es así?

Atarrabi me observa en silencio un momento.

—No —dice finalmente—. No se cumpliría.

Siento un peso en el pecho. Aunque ya lo sabía. Lo supe desde el inicio, porque cuando pedí ese deseo siempre fue imaginando un amor mutuo. Lo deseaba con todo mi corazón.

¿Cómo puede haber cambiado tanto lo que siento?

—¿Te das cuenta del problema, Catalina? —Atarrabi se inclina hacia atrás y se apoya en el respaldo de la silla—. No diré que es del todo culpa tuya, pues Mikel no tendría por qué haberse liado contigo, para empezar. Es evidente que cualquier humano que se involucre con un semidiós terminará cautivado con él, así que en cierto sentido, es su responsabilidad que se esté arruinando la misión.

—¿Qué estás insinuando? ¿Que lo que siento por Mikel es porque es un semidiós? ¿Es alguna especie de magia?

Atarrabi alza las cejas.

—¿Qué idiota no sentiría algo por él? Es guapo, inteligente, simpático. Es mi hermano, después de todo, algo de encanto debe haber heredado...

Y lo de arrogante claramente lo heredaron los dos.

—Sin embargo —continúa Atarrabi, tamborileando en la mesa con los dedos de una mano—, es fácil dejarse llevar por cosas superficiales como esas. Pero tú no lo conoces de verdad, Catalina. Estás arruinando tu deseo por alguien que no lo merece. Mikel es egoísta, mentiroso y...

—No es cierto. ¿Viste? ¿Y dices que no eres el hermano malo? Lo estás atacando sin justificación.

Él suelta una risa y me mira divertido.

—¿Sin justificación? ¿Sabes siquiera la clase de negocios que lleva para mi padre? Solo te gusta porque es lindo, pero si lo conocieras más... ¿Te ha contado que estafan gente? Mikel defiende delincuentes.

Sujeto el vaso de café en mis manos y sostengo su mirada.

—¿Por qué quieres ponerme en contra de él?

Atarrabi me mira fijo, sus ojos verdes ahora un poco más oscuros.

—Porque estás arruinando su futuro. Algo que no ocurriría si tu deseo se cumple.

—¿Y por qué te importa? —Sacudo una mano—. Dices que él y tu padre hacen cosas ilegales, weás dañinas, ¿por qué entonces quieres que sea un dios?

Atarrabi entorna los ojos y me observa un momento.

—No lo entenderías. Y no tengo por qué explicártelo tampoco.

—No es mi problema si no cumple su deseo de ser un dios. Si no me explicas, no tiene por qué interesarme. —Tomo el café y doy otro

sorbo—. Si falla en convertirse en un dios no es mi culpa. ¿Qué? De qué te ríes.

Me está mirando con una sonrisa, claramente burlándose de mí.

—A mí no puedes mentirme, Catalina. Sé que te importa porque, aunque sea por las razones equivocadas... lo quieres.

Inspiro y luego suelto el aliento con brusquedad.

—Sí, lo quiero. Y por eso no confío en ti. Si quieres que colabore al menos dime por qué deseas ayudarlo, si supuestamente crees que es tan malo...

Él me observa en silencio. Luego ladea la cabeza, un gesto que inevitablemente me recuerda a Mikel y hace que mi estómago se apriete.

—Mi hermano —murmura—, ha deseado toda su vida convertirse en un dios. Se ha esforzado como no te imaginas, dedicado toda su vida a cumplir los deseos de mi padre. —Hace una mueca de disgusto con sus bonitos labios carnosos, tan parecidos a los del Fakediós—. ¿Sabes lo que es para cualquier persona no estar jamás a la altura de lo que tu padre quiere de ti? ¿Puedes imaginarte siquiera lo que eso significa cuando tu padre... es un dios? No tienes idea.

—Yo sí...

—No. No lo entiendes. Si mi hermano hace todas esas cosas malas es solo para complacerlo a él. Quiero que sea un dios para que sea libre. Y lo que tampoco entiendes —dice, inclinándose otra vez hacia mí—, es que si Mikel no se convierte en un dios por tu culpa, de alguna u otra forma, te odiará para siempre. En su interior, muy dentro de él, siempre te odiará. Porque ascender, volverse inmortal, es lo que ha soñado toda la vida.

Guardo silencio, apretando el vaso de café entre mis manos. Los ojos verdes de Atarrabi destellan y sus palabras se me clavan muy profundo. Sé que son ciertas.

—¿Qué puedo hacer? —murmuro, bajando la mirada a mi vaso.

—Alejarte de él, para empezar.

—Pero eso no hará que yo ame de nuevo a Sebastián. ¿Cómo cumpliré mi deseo si tampoco puedo mentirle, tal como Mikel quiere que haga?

Atarrabi me observa en silencio y su cabello dorado refleja una cantidad de luz que no existe en un día tan nublado. Apoya los brazos en la mesa y cuando habla, lo hace muy despacio.

—Puedo ayudarte.

Lo miro de nuevo. Parece sincero, pero ¿y si es una trampa? Obvio que es una trampa, por la chucha. Pero igual tiene razón.

—¿De verdad quieres hacerlo por él? Ustedes se odian...

Él sonríe.

—Ahí estás equivocada. Yo me llevo bien con él. Es él quien es un inmaduro que no se lleva bien conmigo, porque no puede superar que me haya convertido en un dios primero.

Vaya, estoy frente a un dios.

Eso explica los brillitos en el pelo y toda esa aura mística que lo hace parecer inevitablemente agradable. Si no hubiera visto a Mikel sin camiseta, estaría impresionada. Pero definitivamente no hay nada más divino que el Fakediós sin ropa. Ese pelo dorado y luminoso de este chico no es nada.

—Mikel es mi hermano y, aunque sea gilipollas, lo quiero —continúa él—. No puedo quedarme de brazos cruzados viendo como su futuro de inmortalidad y gloria se arruina por... un capricho.

Quisiera mandarlo a la mierda. Una parte de mí quisiera que el deseo no se cumpla jamás y Mikel no se tenga que ir, pero eso tampoco es real. Probablemente, como dice su hermano, solo me odiaría y se iría de todas formas.

Además, otra parte de mí quiere saber. Si hay alguna manera de cumplir el deseo, como mínimo, necesito conocerla.

—Está bien. ¿Cómo se supone que puedes ayudarme?

—Hay una forma —murmura Atarrabi, clavando sus ojos en mí—, de cumplir el deseo, aunque no ames a Sebastián. Pero puede que

no te guste mucho.

—Continúa —digo, apoyando los brazos en la mesa e inclinándome hacia él—. Dímela.

—No puedes decírsela a Mikel. Júralo.

Estoy segura de que estoy cayendo en una trampa, pero, ¿qué más voy a hacer?

—Lo juro.

Atarrabi sonríe.

—Lo que debes hacer, Catalina... es una forma de magia muy antigua, pero también muy simple. Basta con un poco de pasión y de voluntad. Y sabemos que eres una persona con mucha voluntad, pero... —Se inclina también hacia mí y nuestros rostros quedan frente a frente—. ¿Tendrás la pasión suficiente?

Trago con dificultad y asiento.

—Entonces, lo que debes hacer...

No termina la frase. Frunce el ceño y gira su rostro hacia la puerta. Un instante después, se abre de golpe, tan brusco, que varias personas se giran y murmuran, mirando al chico alto de chaqueta negra y cabello oscuro que se detiene y pasea la mirada por la cafetería. Una mirada azul eléctrica que se clava en nuestra mesa.

Atarrabi se reclina hacia atrás, apartándose de mí y Mikel cruza la cafetería en unas pocas zancadas. Llega hasta nuestra mesa, apoya las manos en ella y se inclina hacia su hermano.

—Ata... qué coño haces aquí.

Un trueno retumba con fuerza y yo doy un respingo. Atarrabi levanta el rostro hacia Mikel, manteniendo una sonrisa tranquila.

—¿Por qué no te sientas, hermanito?

—¿Por qué no te jodes?

Atarrabi no responde. Mikel desvía sus ojos hacia mí un momento y luego vuelve a posarlos en los de su hermano.

—Deberías calmarte, Mikelatz —Atarrabi carraspea—. Viajé hasta aquí por tu culpa, porque no eres capaz de controlarte y tengo que arreglar el clima por ti. Respira y siéntate. O puedes irte y dejarnos hablar en paz.

Ambos se miran fijo. Si entorno los ojos estoy segura de que casi veo las chispas, de tanta tensión que hay en el aire entre ellos.

Mikel se aparta de su hermano.

—Me voy. No perderé el tiempo contigo. —Gira su rostro hacia mí y la expresión fría de sus ojos se suaviza—. ¿Vienes, enana?

Mierda, me muero por saber lo que tenía que decir su hermano, pero fui yo la que le envió un mensaje a Mikel para que me ayudara. Además, creo que nunca lo había visto tan molesto, salvo la noche que lo conocí. Es obvio que, por alguna razón, su hermano lo pone mal.

Me levanto, envuelvo las medias lunas en servilletas, las meto en mi mochila —porque obvio que no las voy a desperdiciar—, y sujeto el café en mi mano.

—Gracias por la comida —digo, mirando a Atarrabi—. Puedes quedarte la torta.

Mikel apoya una mano en la mesa y se inclina hacia su hermano otra vez.

—Catalina es mi clienta. ¿Debo recordarte lo que hago cuando alguien se mete con mis clientes? Vuelve a buscarla o a molestarla de cualquier forma —murmura, clavando sus ojos en él—, y ya sabes a quien voy a enviar por ti.

Atarrabi cruza las piernas con tranquilidad y suelta una risa.

—Soy inmortal, ¿crees que le tengo miedo a Haize?

Los labios de Mikel se curvan hacia un lado, en una sonrisa fría.

—Tiene una espada nueva. Deberías temerle, salvo que no te importe pasar el resto de la eternidad con un brazo menos.

La sonrisa de Atarrabi titubea un momento. Luego vuelve a componerla y me mira a mí, arqueando una ceja.

—¿Ves lo que te decía? —Alza de nuevo los ojos hacia Mikel—. Sigue así; sigue mostrando tu verdadero rostro, Mikelatz.

Mikel le lanza una última mirada cargada de odio, toma mi mano y salimos de la cafetería.

Una vez afuera, el viento hace que me estremezca, pero me alegro de haber salido de ahí. La tensión entre Mikel y su hermano era abrumadora.

Caminamos y las nubes negras se alejan, mientras el cielo azul se abre paso desde el horizonte. Mikel se detiene en medio de la vereda, sujetando mi mano y contempla como el día se despeja.

Yo observo su perfil que se recorta contra el cielo y su cabello negro se agita con la brisa. Es tan lindo ahora, que no logro siquiera imaginarme cómo será cuando se convierta en un dios.

Y eso hace que me sienta traidora. Él sigue pensando que quiero cumplir mi deseo y yo... ¿seré capaz de hacerlo?

Mikel baja sus ojos azules hacia mí.

—¿Estás bien, enana?

Sonrío y aprieto su mano entre las mías.

—Sí, Fakediós. Todo bien.

Por suerte, Mikel aún no es un dios. Y a diferencia de su hermano... a él todavía le puedo mentir.

34. Confianza

♡ Catalina ♡

Creo que nunca había visto a Mikel tan taimado. Volvimos hace poco de la cafetería donde vimos a su hermano y, ahí está, sentado contra el respaldo de su cama mientras pulsa la pantalla del celular a una velocidad increíble, chateando de forma obsesiva con alguien. No sé con quién, pero resopla y se pasa una mano por el pelo negro, mirando el teléfono con frustración

—¿Puedes dejar el celu un momento y escucharme? —insisto, pero él me ignora.

Gateo hasta él sobre la cama, me siento a su lado y trato de mirar con quién se escribe. Apenas alcanzo a ver que está hablando por Telegram con alguien y baja el celular. Gira su rostro hacia mí y frunce el ceño.

—No. Sebastián debe estar por llegar para que vayamos a entrenar y tengo que solucionar esto —dice, apuntando su celular—, antes de irme al gimnasio.

—¡Pero escúchame un minuto!

—¿Para qué? ¿Para que sigas cuestionando cosas que no te puedo responder? No quiero hablar más del gilipollas de mi hermano. —Entorna sus ojos azules—. Y no espíes mis conversaciones.

Dejo de intentar mirar su pantalla.

—¡Es que no quieres explicarme nada!

—No es tan importante como piensas.

—¿Qué no es impor...? ¡Acabo de conocer a un dios! ¡A un puto dios! ¿Cómo quieres que no tenga preguntas? Intenté mantenerme lo más tranquila frente a él, pero, ¡un dios!

Mikel resopla y me mira molesto, torciendo sus bonitos labios.

—¿Por qué no te vuelves al puerto y le pides un autógrafo también?

—¡Mikel no seas odioso! Tal vez para ti sea algo normal, pero para mí no.

—No sé por qué estás tan sorprendida. Aceptaste bastante rápido que yo era un semidiós.

—*Semi*, tú lo has dicho. No es lo mismo. La parte de *dios* es la impactante.

Mikel suelta un bufido y vuelve a mirar el celu. ¡Qué enfermante! ¿Con quién es tan importante hablar en este momento? Me aparto de él y gateo hasta el borde de la cama. Me siento y empiezo a ponerme las zapatillas.

—Bien, ¿sabes? Me aburrí. Soy yo la que debería estar molesta porque fue la tormenta que *tú* provocaste lo que causó que mi bestie Andrea no pudiera viajar. —Termino de ponerme las zapatillas, me pongo de pie y aliso con las manos el vestido corto que llevo puesto—. Si no quieres explicarme nada, está bien. Me quedaré con la versión que tu hermano dijo de las cosas y...

—¿Qué versión? —Mikel al fin deja el celular en la cama y cuando me pongo de pie, tira de mi brazo hacia atrás, provocando que caiga sentada en el colchón otra vez—. ¿De qué estás hablando?

Pasea sus ojos azules por los míos, preocupado, y el enojo que sentía se esfuma. Tengo que usar toda mi fuerza de voluntad para no decirle que no importa, que lo olvide y que está todo bien.

—No habló bien de ti —admito con un suspiro y aparto la mirada —. Dijo que no te conozco, que no sé la clase de persona que eres en realidad, que... debería alejarme.

Él suelta un bufido, rueda los ojos y luego me mira otra vez.

—Déjame adivinar. Te dijo que soy egoísta, mentiroso y que defiendo delincuentes.

Asiento en silencio. Mikel me observa, acerca su mano hacia mí y aparta de mi rostro el mechón de cabello que siempre me cae sobre la mejilla, dejando ahí sus dedos contra mi piel. De pronto, soy demasiado consciente de lo cerca que estamos, de su aroma dulce y de esos ojos azules que me miran con curiosidad.

—¿Y tú que piensas, enana? —Ladea su rostro—. ¿Quieres alejarte?

La mano de Mikel en mi mejilla se siente tibia. La sujeto con la mía y lo miro a los ojos.

—No, pero... en parte lo que dijo es cierto —murmuro—, no te conozco tanto.

Mikel acaricia los dedos de mi mano, junto a mi rostro. El roce de su piel comienza a acelerar mi pulso.

—Es verdad, no me conoces aún.

Sostengo su mirada e intento calmar los latidos de mi corazón.

—¿Qué hay de verdad en lo que dijo? ¿Eres un mentiroso, Fakediós?

No responde de inmediato. Acaricia mis dedos y sus ojos se pasean por los míos, del uno al otro.

—A veces —admite—. Suelo mentir a la mayoría del mundo.

—¿A mí?

—No.

—¿Eres egoísta?

—Sí —murmura y sus labios se inclinan ligeramente en una sonrisa torcida—, ¿por qué sino crees que acepté ese trato de exclusividad contigo?

Dejo escapar una risa, aprieto su mano y aparto la mirada. Ese trato... Recuerdo la imagen de Mikel debajo del escritorio, su boca besándome entre mis piernas y... No. Basta, estamos hablando algo serio.

Contengo el aliento un momento y vuelvo a mirarlo.

—¿Es cierto que estafas gente?

Él arquea las cejas.

—¿Eso dijo? No. Aunque puede que los contratos que hago para mis clientes sean muy quisquillosos y sirvan para que ellos estafen gente.

—Entonces, ¿es cierto? ¿Que defiendes delincuentes?

Mikel me mira serio.

—Sí.

Observo su pelo negro desordenado, sus labios que me muero por besar y esos ojos que me miran sin titubear cuando me dice la verdad. Dioses, creo que podría decirme que es abogado del mismísimo demonio y me importaría una mierda.

—¿Alguna otra pregunta? —dice, inclinándose un poco hacia mí—. Estoy empezando a distraerme.

Sus ojos bajan descaradamente por mi escote y luego mis muslos.

—Sí, tengo otra pregunta —digo y él vuelve a levantar la vista, alzando una ceja—. Eso de amenazarlo... ¿no vas a cortarle un brazo, verdad?

—¿Yo? ¿Cortarle un brazo? Claro que no, qué asco. —Mikel sonríe —. Haize lo hará por mí. Es a él a quien estaba escribiendo recién por Telegram. Si Ata te sigue molestando...

—Mikel, ¿te estás escuchando? Eso da miedo. ¿Cómo puedes decir algo así? ¿Estás bromeando?

—No, no lo estoy. Joder, Catalina, mi hermano es un puto dios. En este tipo de cosas las escalas son mayores.

Suelto el aliento con brusquedad y lo miro a los ojos.

—Entonces, al final, ¿todas las acusaciones de tu hermano son verdad?

Mikel mira el techo pensativo un momento y luego baja la vista hacia mí de nuevo.

—Sí, en cierta medida. ¿Defiendo delincuentes? Sí, y lo seguiré haciendo. —Se inclina un poco y sus ojos quedan sobre los míos—. Soy mentiroso, pero no te voy a mentir a ti, ¿vale? Y soy egoísta. Tan egoísta, que lo único que me importa es ser un dios, inmortal y poderoso. Tan egoísta —murmura sujetando mi mentón con la mano, acercándose y rozando mi nariz con la de él—, que quiero esa boca tuya en mi polla de nuevo y en la de nadie más.

Respiro agitada mirando sus labios y sus ojos, mi corazón acelerado solo por tenerlo cerca. Ya no me importa lo que estábamos hablando.

Mikel arquea las cejas.

—¿Algún problema con todo eso, enana?

Levanto mi mano y lo sujeto del cuello, enredando mis dedos en su pelo.

—Ninguno, Fakediós.

Lo atraigo hacia mí y lo beso. Mikel sonríe con sus labios en los míos y me empuja de espalda contra el colchón. Su cuerpo me aplasta y se me escapa el aliento cuando sus manos aferran mis muslos desnudos. Los aprieta y, con la otra mano, aparta el pelo de mi rostro y me mira un momento.

—También es cierta la amenaza que le hice a mi hermano, enana —murmura, respirando agitado. Sus ojos se clavan en los míos y mi estómago se aprieta—, pero te juro que a ti nunca, jamás, te haría daño.

Sostengo su mirada, bajo mi mano hacia la suya que tiene en mi muslo, la sujeto y tiro de ella, subiéndola más por mi pierna.

—Lo sé —murmuro. Y es cierto.

Mikel apoya su frente en la mía y su mano sube más. Sujeta mi trasero, apegándome a sus caderas y siento su miembro duro debajo de los jeans mientras el aliento de nuestras respiraciones se confunde, húmedo, caliente.

—Enana... —susurra, con su boca contra la mía.

—¿Hmm?

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por confiar en mí.

Me estremezco y nuestras bocas se unen, mi lengua enredada con la suya. Quiero más. Quiero todo de él.

Mikel termina de subir mi vestido y sus dedos tironean de mi ropa interior.

—¿Crees que alcanzo a follarte antes que llegue Sebastián?

Un escalofrío me recorre y él me besa de nuevo. Apoyo mis manos en su pecho firme y, ah, me muero por sacarle la camiseta y sentir su piel contra la mía, pero...

—En realidad no, no alcanzas. Debe estar por llegar. —Lo aparto ligeramente y él jadea, su pelo negro cayendo sobre mi frente—. Y eso, asumiendo que voy a dejar que me folles, Fakediós.

Mikel se ríe, su mano se mete entre mis piernas y un escalofrío me recorre el cuerpo entero.

—De hecho, vas a *suplicarlo*, enana.

Nos observamos, respirando agitados y su mirada azul es tan penetrante, tan intensa... ¿podré resistirme a ella alguna vez? No. Y él lo sabe.

Se escucha el sonido de las llaves siendo introducidas en la puerta y Mikel se aparta. Yo me siento y bajo el vestido para taparme las piernas justo cuando la puerta se abre y entra Sebastián.

Mi ex nos observa y me gustaría decir que nos mira feo o con odio. O molesto. Pero no. Sus ojos dorados se pasean de Mikel a mí, y ahí se detienen. Probablemente en mi pelo desordenado y mi vestido mal acomodado.

Parece... dolido.

Mi corazón se aprieta, mierda. Me gusta Mikel, me tiene enferma y no puedo pensar más que en él, pero eso no significa que no quiera a Sebastián. No deseo hacerle daño.

Mikel se levanta de la cama y se pasa una mano por el pelo.

—Ehmm, me cambiaré para ir a entrenar.

Toma su celular, camina hacia el armario mientras un silencio incómodo se expande por la habitación, saca su ropa deportiva y luego se mete al baño.

Yo también me levanto de la cama, me arreglo el pelo con la mano y recojo mi mochila del suelo. Antes de irme, me detengo junto a Sebastián.

—Seba...

Él niega con la cabeza y me mira muy serio.

—Te dije que no juegues conmigo, Cata.

—Pero...

—No quisiste hablar ayer en la biblioteca. Ahora te encuentro con Mikel y, por favor, no me digas que estaban estudiando.

Guardo silencio. Sus ojos dorados me miran con tristeza y de pronto me pregunto cómo pude interrogar tanto a Mikel por las cosas supuestamente malas que ha hecho, si yo estoy siendo una mentirosa con alguien que quiero.

—No es tan simple, Seba.

—¿Y de cuándo hablar es un problema entre nosotros, Cata? ¿Desde cuándo no puedes ser sincera, decirme la verdad sobre qué te pasa?

Sostengo su mirada y mi estómago se aprieta. Ya no estoy enamorada de él, pero lo estuve tanto tiempo, que soltarlo aún me cuesta. Decirle que ya no, que me equivoqué en buscarlo... ¿Me equivoqué en buscarlo? Cuando inicié todo esto aún lo amaba, ¿o no?

¿Era eso amor?

Suspiro, sintiéndome confundida.

—Sí quiero hablar contigo. —Al menos con eso no miento. Quiero aclarar las cosas, terminar con este juego.

Aunque no sé cómo hacer eso sin arruinar el deseo que Mikel tanto necesita que se cumpla. Salvo, que no se arruine. Que el hermano de Mikel de verdad tenga una solución para eso.

La mirada de Sebastián se suaviza.

—¿Cuándo? El viernes Verónica dará otra fiesta en la mansión. Todo el equipo irá, supongo que Fernanda también. Si quieres

hablamos ahí, tranquilos.

Tres días para el viernes.

—Okey, el viernes en la fiesta. —Sonrío y Sebastián también, aunque no con muchas ganas—. Nos vemos, Seba.

Dejo la habitación y camino por el pasillo sujetando mi mochila. Me cruzo con otros alumnos y alguien me saluda pero ni siquiera me fijo en quién es.

Dioses de las tormentas, quiero tanto, tanto, tanto estar con Mikel. Ya estoy lejos de su habitación, casi llegando a la mía y aun así es como si sintiera su presencia pegada a mí. Sus labios en mi boca, su aroma envolviéndome, sus manos en mis piernas.

Pero a la vez, no quiero hacerle daño a Sebastián. Yo pedí ese deseo, yo hice todo esto para recuperarlo, ¿y ahora lo aparto? No tengo idea de qué hacer.

Lo único que sé, es que antes de tres días debo conseguir que el hermano de Mikel me diga cómo mierda cumplir el deseo, sin amar a Sebastián.

ϟ Mikel ϟ

Detrás de la puerta del baño, escucho la conversación de Catalina con Sebastián. Sé que tiene que hablar con él, pero ¿qué le va a decir? Ella tiene razón en que tiene que avanzar, darle algo, o él se va a aburrir.

Aunque no me guste la idea, tendré que aceptarlo. Aunque sea un avance pequeño. Uno suficiente para que él sienta que la ama y ella le diga que lo ama también. Listo, una mentira simple y el deseo se cumple. Yo me convierto en un dios y... todo bien.

Excepto... que Ata está aquí. Nada saldrá bien con mi hermano presente. Me enferma que le meta ideas en la cabeza a Catalina, especialmente porque tiene esa cosa divina que hace que todos quieran hacerle caso, que todo lo que diga parezca verdad. Hay que tener verdadera fuerza de voluntad para no ceder ante los encantos de un dios. Y, aunque Catalina es bastante terca... ¿cuánto podrá aguantar antes de caer en las redes de ese gilipollas? Sea lo que sea que trama con ella, no puede ser nada bueno.

Sé que no va a sabotear mi misión, porque mi padre lo mandaría a la mierda. Pero, como mínimo, quiere poner a Catalina en mi contra.

Y eso no lo pienso permitir.

El móvil vibra sobre el mueble del baño. Al fin el desgraciado de Haize me ha respondido los mensajes que le mandé hace una hora.

>Navaja: ¿A Chile? ¿Es una jodida broma?

Aprieto rápido las letras del móvil, antes que se desconecte otra vez.

>Mikel: ¿Leíste lo que te puse, imbécil?

>Mikel: Ata está aquí... en persona.

>Mikel: Y no sé qué coño quiere, pero está molestando a Catalina.

>Mikel: Le está metiendo ideas en la cabeza.

>Mikel: Yo no puedo con Ata. Ni siquiera puedo usar mis tormentas contra él.

>Navaja: ¿Catalina? ¿La chilena que te quieres tirar?

>Mikel: Y tú cómo sabes eso.

>Navaja: 8)

>Navaja: ¿Me necesitas, Mikelatz?

>Navaja: Esan[12], ruégame que vaya por ti.

>Mikel: No estoy de coña, Haize. Vente a Chile, ahora.

>Navaja: Uuh, ya. Estás enojado, tío.

>Navaja: Te lo mereces.

>Mikel: ¿Vas a venir o no?

>Navaja: Ez dakit[13]... no me has hablado en meses.

>Navaja: Estoy dolido.

>Navaja: Miki JAJAJKJAA

Entorno los ojos y me apoyo en la puerta del baño mientras escribo.

>Mikel: Me da igual lo que hagas con Ata, solo deshazte de él.

>Navaja: Benetan[14]? ¿Me estás dando rienda suelta bb?

>Navaja: No te pongas sentimental después y te arrepientas, cuando ensarte a tu hermano en la pared.

>Mikel: No. Haz lo que quieras.

>Navaja: Supongo que vas a pagarme todo. Tengo a la poli encima, no puedo hacer giros en LATAM. Pensarán que me lío con narcos 😂😂😂

>Mikel: Que sí.

>Navaja: Y nada de hostales de mierda. Quiero un hotel.

>Mikel: Esto es un trabajo para mi aita.

>Mikel: Él corre con todos los gastos.

Pasan un par de minutos y afuera del baño escucho la puerta de la habitación cerrarse. Supongo que Catalina se fue. Termino de cambiarme de ropa y cuando ya estoy listo, llega la respuesta de Haize.

>Navaja: Vale, me voy a Chile.

>Navaja: Quiero el mejor hotel en ese puerto de mierda en el que estás.

>Navaja: Y envía los documentos para poder sacar mis armas del país.

>Mikel: Ya te los envíe...

>Navaja: Qué apurado estás.

>Navaja: Tranquilo, yo también te extraño bb.

>Navaja: Ikusi arte[15] 😘

Pongo los ojos en blanco y guardo el móvil en mi bolsillo, sintiéndome más tranquilo. Cuando salgo del baño, una sonrisa se dibuja en mi rostro.

Con Haize aquí, Ata puede irse olvidando de acercarse a Catalina.

35. Sexo, ¿con amor?, parte 1

♡ Catalina ♡

El gimnasio está repleto, no cabe ninguna persona más en las gradas y el ruido del público es como el zumbido de miles de insectos. No es solo la gente de Costa del Paraíso, sino también de la universidad Esmeralda, la más importante de Viña del Mar. Tiene uno de los equipos de básquetbol más competitivos de la región y ha venido mucha gente a ver el partido.

Sujeto la falda gris de pliegues para que no se levante mientras bajo corriendo las escaleras hacia la cancha y giro hacia el sector que lleva a los camerinos. Quiero desearle suerte a Mikel antes que inicie el partido.

El bullicio del público se escucha más despacio cuando ingreso al sector debajo de la estructura y doblo en el pasillo hacia donde los chicos del equipo se deberían estar cambiando. Algunos ya están listos, conversando afuera del pasillo y me detengo porque entre ellos está Mikel, apoyado en la pared. ¡Se ve tan lindo!, con el uniforme de titular rojo con líneas blancas. Y no está solo. Se ríe de algo que le dice Javiera, que se ve muy bien con su melena rubia corta y unos shorts adecuados para el día primaveral que hay.

Desde que llegó el hermano de Mikel, el clima ha estado perfecto; con sol pero con una brisa fresca y agradable.

Me acerco a ellos, aunque Mikel aún no me ve porque hay harto movimiento de jugadores entrando y saliendo, o de sus familiares que vienen a apoyarlos. No sé qué habla con Javiera, pero ella se acerca y levanta sus brazos hacia la cabeza de Mikel. Tiene algo en las manos. Un cintillo elástico azul que pasa por la cabeza de Mikel y luego lo acomoda, afirmando su cabello hacia atrás.

Y yo me detengo. De pronto siento como si estuviera interrumpiendo algo. Aunque solo le puso un cintillo, pero están muy cerca y estoy segura que sus manos tardan más del tiempo prudente y, un momento, ¿es necesario que ahora las apoye en su pecho?

Me pregunto si nuestro trato de exclusividad incluye la prohibición de que las amigas que le tienen ganas toqueteen el pelo de Mikel o

sus pectorales perfectos.

Supongo que no.

Mikel no es mi novio, e incluso si lo fuera, no debería molestarme tanto que otras chicas sean cariñosas con él. Conteniendo la decepción que pesa en el centro de mi pecho me giro y vuelvo sobre mis pasos para salir hacia la cancha.

Sin embargo, no avanzo demasiado cuando alguien tira de mi mano.

—¿A dónde crees que vas, enana? —Mikel me gira hacia él, me rodea la cintura con los brazos y me estrecha de frente contra su cuerpo—. Te estaba esperando.

Alzo los ojos y mi estómago se aprieta cuando encuentro sus ojos azules y esa sonrisa que hace que se acelere mi pulso.

—Te queda bien ese cintillo —admito de mala gana, viendo como sujeta su pelo negro hacia atrás.

—Javiera me lo dio para la suerte, o eso dijo ella. Aunque, sinceramente —dice y el muy puto me guiña un ojo—, creo que solo era una excusa para tocarme.

Ahora sé que tiene bastante claras las intenciones de su supuesta amiga, y aun así se deja. ¡Maldito! Lanzo una mirada a Javiera, pero ella está apoyada en la pared chateando con su celular, ignorándonos.

—La verdad —continúa diciendo Mikel, sin quitar sus brazos de mi cintura—, creo que necesitaremos más que suerte para ganar este partido, el otro equipo es muy bueno. Sebastián dice que jamás les habéis podido ganar.

Intento no pensar en sus brazos tibios alrededor de mi cuerpo y noto que él pasea la mirada por el resto de sus compañeros, quienes conversan de forma animada cerca de nosotros. Sebastián no se ve por ningún lado. Mikel frunce el ceño y se pasa la lengua por los labios.

Dioses, adoro esa boca. Y, por alguna razón, me causa mucha ternura ver como muerde su labio inferior, nervioso por un partido

de un juego que, supuestamente, ni siquiera le gusta.

—No creo que necesites suerte, Mikel. Lo harás muy bien.

Él vuelve a posar los ojos en mí y sus brazos me aprietan un poco más.

—¿Eso crees, de verdad? ¿O lo dices porque eres una ingrata y tú no me trajiste nada para la suerte?

Pestañeo, mirándolo y rodeo su cuello con mis brazos.

—Yo necesito inventar excusas para tocarte, Fakediós.

Sus labios se curvan hacia un lado en una sonrisa.

—Eso... —dice, inclinando su rostro hacia mí y empujándome contra la pared del pasillo—, es muy cierto.

Su boca encuentra la mía y rodeo más su cuello, intentando no derretirme con este beso intenso y cálido. Pero es imposible. Creo que aún no me ha dado suficientes besos para que mi cuerpo se haya acostumbrado a la corriente eléctrica que me recorre cada vez que lo hace, a la forma en que su lengua busca la mía, a como me estrecha con fuerza contra su cuerpo, como si fuéramos las dos únicas personas en este lugar.

—Mikel... —Aparto mi rostro y lo miro a los ojos—. Podría llegar a Sebastián. Y se supone que...

—Sí, sí. —Mikel se aleja de mala gana y resopla—, Ya sé. Debe quedarle una ilusión de que lo quieres y toda esa basura...

—¿Por qué te molestas? —Me paso el pelo por la mano, ordenándolo—. ¿Es lo que quieres o no? ¿Cumplir ese deseo?

Me observa un momento pensativo y pagaría por saber qué es lo que está pasando por esa cabeza suya.

—Sí, claro que sí —murmura y tuerce los labios—. Es lo que quiero.

Mete las manos en los bolsillos de su short deportivo, niega con la cabeza y me da la espalda. Da un par de pasos, se detiene y me mira por sobre su hombro.

—Igual... deséame suerte, enana.

Sonríe sin ganas y se aleja por el pasillo, caminando hacia la cancha, mientras mis labios aún cosquillean ahí donde él los beso.

Sí, ya sé. Soy una babosa.

♡♡♡

El partido está muy reñido y por un tiempo me olvido de las cosas desagradables que rondan mi mente, como el asunto del deseo y cómo haré para contactar al hermano de Mikel antes de ver a Sebastián en la fiesta.

Las cientos de personas en el público contienen el aliento, silenciosas y solo se escucha el bote del balón, los chirridos de las zapatillas contra el suelo y los gritos de instrucciones de los jugadores. Fernanda y Samanta los siguen con la mirada; las dos sentadas en las gradas a mi lado, inclinándose ligeramente hacia adelante, emocionadas. Sí, ya se arreglaron de su pelea, pero seguro discuten otra vez antes de la fiesta.

Pongo atención en la cancha de nuevo. Los del otro equipo, los del equipo Esmeralda, que llevan uniforme amarillo, son muy buenos y el marcador va todo el tiempo en un constante tira y afloja. Esmeralda nos pasa por siete puntos en este momento, lo que en básquetbol es nada. Intento concentrarme en la dinámica del partido y no en *ese* jugador que insiste en capturar por completo mi atención.

Pero es imposible.

Ver a Mikel jugar enciende mi corazón y siento algo cálido en el pecho cuando cruza la cancha con una agilidad sorprendente. Por un momento, para mí, no hay nada más que él, corriendo con su uniforme rojo y blanco, dribleando el balón de una mano a la otra. Lo que más me gusta es el brillo de sus ojos cuando pivotea, esquivando a sus rivales y la facilidad con la que se abre paso hasta el poste contrario.

Sin embargo, los otros jugadores ya notaron que es uno de los mejores del equipo de nuestra universidad y tienen de forma permanente una doble marca sobre él. Mikel se da cuenta que no podrá encestar y, en vez de insistir, hace como que se prepara para intentarlo y, tras girarse forma repentina, arroja un pase largo a Sebastián que está en el área de tiro triple.

Sebastián recibe el balón y, sin pensarlo un momento, estira su cuerpo, salta y lanza en un arco perfecto. El balón cae en la cesta y el silencio se rompe con el susurro de "chassss" de la malla. Un instante después los estudiantes en las gradas se ponen de pie y estallen en vítores.

Mikel pasa corriendo junto a Sebastián para volver a la defensa mientras el otro equipo saca desde el fondo. Ambos chocan la palma de su mano cuando se cruzan y comparten una sonrisa de complicidad que hace que mi corazón se acelere. Ver a Mikel sonreír así, verlo tan feliz por algo tan simple, me hace feliz a mí también.

—Cualquiera diría —dice una voz masculina a mi lado—, que lo está disfrutando, ¿no crees?

Doy un respingo y me siento muy derecha. Miro a mi izquierda y observo el perfil de Atarrabi, sentado a mi lado. Tiene el mentón apoyado en sus nudillos y sus codos descansan sobre sus rodillas flectadas. Miro hacia mi otro lado, pero Fernanda y Samanta lo ignoran por completo, como si no estuviera totalmente fuera de lugar, con ese cabello dorado que emana una ligera aura de luz.

—Tranquila —dice, sin dejar de seguir a Mikel con la mirada—. Los demás humanos no me ven.

—O sea, ¿pensarán que hablo sola como idiota?

—No. Te ven hablando con alguien pero al instante siguiente ya lo olvidan. Si así lo deseo, no recordarán mi existencia en este momento. Es una de las cosas de dioses, ni siquiera debo esforzarme en ello. —Atarrabi inclina su rostro, mirando la cancha, a Mikel—. ¿Crees que también está fingiendo su pasión por el básquetbol?

En ese momento, Mikel logra deshacerse de la doble marca que tiene, salta, estira el brazo y el balón rueda desde su mano, golpea el panel y cae dentro de la cesta en una bandeja perfecta.

Se escuchan los aplausos estridentes a nuestro alrededor. El equipo de nuestra Universidad ya alcanzó el puntaje del otro, justo cuando suena el silbato para el tiempo de descanso.

—No está fingiendo —digo, observando como los chicos se abrazan alegres y Mikel conversa con Sebastián mientras caminan hacia los camerinos—. Aunque diga que no le gusta, lo disfruta. No sé por qué insiste en negarlo.

—Aaaah, es algo que hace mucho, ¿no? —Atarrabi desvía su mirada hacia mí y alza una ceja—. Será porque sabe que no podrá seguir jugando cuando termine el año.

—¿A qué quieres llegar? —Suspiro y lo miro—. ¿Por qué estás aquí?

—Porque querías verme. —Atarrabi me observa—. Soy un dios, si quisiera podría incluso leer tu mente, por el vínculo contractual que tienes con mi padre. Pero no, no te preocupes. Soy muy respetuoso, no lo haré. Sin embargo —añade, encogiéndose de hombros—, sé que deseabas hablar conmigo.

Eso dice, pero estoy segura que ayer sí me la leyó. ¿Qué hago, qué hago? Guardo silencio un momento. Fernanda me pregunta si quiero una bebida y le digo que sí. Ella y Samanta se alejan hacia los carritos que venden comida, para comprar en el entretiempo. Me giro otra vez hacia Atarrabi y observo sus ojos verdes.

Aunque no me guste admitirlo porque sé que Mikel no está de acuerdo, lo quería ver.

—Entonces, supongo, señor dios brillante, que ya sabes lo que quiero.

—Sí. Y también supongo, que no me harás caso con alejarte de Mikel.

—No.

Atarrabi me estudia y luego vuelve a mirar a la cancha, donde Sebastián ya ha regresado de los camerinos y está frente al semi círculo de jugadores de su equipo, dándoles algún discurso motivacional para el tercer tiempo; discurso que no se escucha hasta donde estamos.

—Si no me haces caso con alejarte ahora —comenta Atarrabi—, de todas formas luego lo harás por tu cuenta. Ya verás, cuando

entiendas más lo que está sucediendo. Tendrías que ser demasiado necia para elegir seguir en esa situación. ¿Por qué crees que Mikel no ha firmado el contrato aún? Hay cosas, Catalina, que no te está diciendo.

Hago un esfuerzo por no caer en sus juegos. Está creando intrigas para ponerme en contra de su hermano, es obvio. No le pienso hacer caso.

—Aparte de insultarme, ¿vas a ayudarme o no? ¿Qué tengo que hacer? —murmuro, mirando hacia atrás por sobre mi hombro, pero Fernanda no ha vuelto—, ¿qué tengo que hacer para que se cumpla el deseo aunque no ame a Sebastián?

—Es muy fácil. —Atarrabi observa a los jugadores en la cancha—. Debes decirle a Sebastián que lo amas; es lo que pediste. Tener el valor de decirle "te amo".

—Dijiste que no funcionaba si no era cierto.

—Debe ser, en algún sentido, cierto —dice Atarrabi entornando los ojos mientras observa a mi ex—, y por eso harás trampa.

—Trampa… ¿cómo así?

Atarrabi gira su rostro hacia mí y sus ojos verdes destellan con el sol.

—Debes decirle que lo amas, mientras tienes relaciones sexuales con él.

Parpadeo, confundida. Decirle que lo amo mientras… ¿ah?

—¿Es una puta broma?

Él me observa muy serio.

—No.

Suelto una risa seca y lo miro otra vez. Estoy a punto de decirle no me weí, pero recuerdo que es un dios.

—No tiene ningún sentido. Seguro lo haces para que arruine las cosas entre Mikel y yo.

—Créeme, Catalina, las cosas entre Mikel y tú están arruinadas desde el inicio. Los dos, juntos, no tenéis futuro. Ya lo vas a

comprender. —Inclina su rostro hacia el lado, mirándome—. Y lo que digo sí tiene sentido. La magia sexual es muy antigua, ¿no sabías? El poder de tus palabras mientras tienes sexo con Sebastián tendrán la fuerza suficiente para hacer que se cumpla el deseo.

—No te creo.

Los labios de Atarrabi se curvan en una media sonrisa.

—La magia sexual siempre ha funcionado muy bien. Y esta lo hará aún más porque se ajusta a lo que pediste. Investígalo por ti misma en algún artículo de ciencias. Es un tema que se ha estudiado. Aparte del poder de la magia sexual, es un hecho que cuando sientes placer, al tener sexo con alguien, secretas las mismas hormonas que liberas cuando estás enamorada de alguien. Por eso, si le dices que lo amas mientras sientes eso, de alguna forma, será verdad. Aunque no se trate del amor profundo y real que deseabas.

Vuelvo a reír con frialdad y niego con la cabeza.

—Amor y placer no son lo mismo.

—No, pero químicamente son muy parecidos para tu cuerpo y tu cerebro. Será hacer trampa, pero funcionará. Te lo aseguro. Es más, me atrevería a decir que esa confusión de placer con amor es lo que te hace creer que sientes algo por mi hermanito.

Quiero mandarlo a la mierda. Él no tiene idea lo que siento o no por Mikel. La rabia crece en mi pecho, pero me contengo. Yo pregunté y él me está dando una respuesta, aunque no era la que hubiera deseado.

—¿Como sé que es verdad lo que me estás diciendo? —murmuro, apretando las manos sobre mis piernas.

—Yo no miento. Incluso Mikel, que dice odiarme, puede confirmarte eso.

Observo a los chicos de uniforme rojo y blanco en silencio, pensando en lo que dijo Atarrabi. Los jugadores se ordenan, un equipo frente a otro en la mitad de la cancha, y el árbitro se pone en el centro para lanzar el balón al aire. Ambos capitanes se paran frente a frente y yo miro a Sebastián, que es igual de alto que su

rival. Se pasa una mano por el pelo, acomodando los mechones cobrizos detrás de su oreja.

—Te doy mi palabra; es la forma de hacer trampa y que el deseo se cumpla. Si le dices "te amo" a Sebastián mientras el placer sexual recorre tu cuerpo, el deseo se cumplirá. Sin embargo, la pregunta es, Catalina —dice Atarrabi, poniéndose de pie a mi lado—. ¿tendrás el valor de hacerlo?

Levanto mi rostro para mirarlo, pero cuando lo hago, él ya no está. Hay un espacio vacío en las gradas y más allá otros estudiantes que observan atentos la reanudación del partido.

—¿Qué onda, Cata? —Fernanda se sienta al otro lado y extiende la bebida que compró hacia mí—. Estás un poco pálida.

Hago un esfuerzo por sonreír y tomo la lata de bebida entre mis manos.

—Todo bien, gracias.

Abro la lata y doy un largo sorbo, sintiendo el líquido frío bajar hasta mi estómago.

Hasta hace poco tiempo algo como lo que dijo Atarrabi no me habría preocupado. Al contrario, acostarme con Sebastián sabiendo que él también me ama, me habría parecido un sueño. Sin embargo, imaginarme con él ahora de esa forma, lo único que hace es provocarme un nudo en el estómago. Es una locura, no solo por lo que siento, sino porque es también poco ético. Es una estupidez.

Observo a Mikel correr alegre junto a Sebastián por la cancha. Me hace tan feliz verlo contento. Y eso que solo está jugando básquetbol. Él quiere tanto, tanto, convertirse en un dios.

No, Catalina, es una locura.

Aprieto la lata de bebida helada entre mis manos. Lo más sensato sería que ni siquiera me lo esté cuestionando.

36. ¡Dios!, qué borracho…

♡ Catalina ♡

En toda la tarde, no he podido dejar de pensar en lo que dijo Atarrabi. Es una locura, pero… ¿y sí es lo que tengo que hacer? Puede que esté mal, pero al final, no basta con pensar si *debería* hacerlo o no; necesito saber si soy *capaz.* Porque hoy, cuando vi a Mikel abrazar a Sebastián y reír como un niño porque habían ganado ese partido, cuando sus ojos azules y brillantes se volvieron hacia mí, con la felicidad grabada en sus facciones... supe que deseo con todo mi corazón verlo sonreír así.

Y lo que él más desea en el mundo... es ser un dios.

Por eso, me visto con unos jeans desgastados. Sé que a Sebastián le encantan porque marcan la forma de mis piernas. Una camiseta sin mangas, de esas que dejan los hombros desnudos y aprietan mi pecho, haciendo que resalte. Peino mi pelo largo hacia el lado y aplico en mis labios un color rojo oscuro que a Sebastián le gustaba mucho.

No es que vaya a hacerlo. Pero quiero saber si podría o no. Solo eso.

Tomo mi bolso y dejo la habitación para ir a la fiesta.

ϟ Mikel ϟ

Joder, creo que nunca había bebido tanto en mi vida.

Me gustaría decir que no estoy emocionado. Que no siento una burbuja en el pecho que amenaza con estallar, que mi estómago no está apretado solo de la felicidad por haber ganado un estúpido partido de básquetbol. Pero es imposible no contagiarse de la felicidad de mis compañeros, de la locura que fue ganar —¡por un punto! ¡un maldito punto!—, cuando Sebastián lanzó ese triple perfecto en último momento.

Tormentas, podría haberlo besado en ese momento. Creo que lo besaría ahora si supiera donde está.

No pensé que pudiera ponerme tan feliz por un juego de mierda.

Me aparto del grupo, donde los chicos beben cerveza directamente de la manguera de un barril gigante. De hecho, es lo que estaba haciendo yo también, hace un instante. Me limpio la boca con el brazo y me apoyo en el muro viendo como el resto baila o conversa. Qué bajo he caído, parezco un adolescente universitario borracho. Pero, la verdad, estaba buena. Una cerveza artesanal de no sé qué pueblo del interior de Valparaíso, buenísima.

Carlos se acerca, riéndose de algo y se apoya en mi hombro. Una chica viene con él, descansa sus manos en mi pecho y los dos estallan en carcajadas encima de mí. Joder, no sé qué es tan gracioso pero su actitud me divierte, así que sin saber por qué, empiezo a reírme yo también.

No, no. Coooño, definitivamente tengo que salir de aquí. La música fuerte, el calor, los cuerpos que empiezan a enredarse unos con otros, se están volviendo sofocantes.

Me quito a Carlos y a la chica de encima para escapar, porque no sé si piensan que soy un sillón o qué, pero casi se han puesto a follar encima mío.

Paso entre las personas que celebran la victoria, todas ebrias, riendo y conversando entre alcohol y reguetón. La música retumba

en los bajos por toda la mansión de Verónica y... de verdad, necesito aire. ¿Qué tenía esa cerveza? Hacía tiempo no me pegaba tan fuerte.

Al menos no soy el único. Me río cuando veo a Esteban inconsciente en un sillón cerca de la entrada y sigo mi camino, algo tambaleante, lo admito. Joder, estoy tan cansado y bebí tanto... ¿Dónde está Catalina? Dijo que vendría, pero ya van dos horas y no ha aparecido.

Saco el móvil de mi bolsillo para ver si dejó algún mensaje, pero no hay nada de ella. En vez de eso, hay unos cincuenta mensajes de Haize.

¡Coño! ¡Me olvidé de Haize! Llegaba hoy a Chile, y con el partido y la fiesta... bueno, me olvidé. Paseo los ojos por la pantalla.

>Navaja: Llegué.

>Navaja: Non zaude?[16]

Hay unos veinte mensajes quejándose porque no fui a buscarlo al aeropuerto, otros veinte diciendo que ya está en Valparaíso, que está perdido y otros diez más diciendo que no encuentra el hotel.

No tengo cabeza para esto.

>Navaja: ¿dónde hostias estás? Ya dejé mis cosas en el hotel.

Me apoyo en una pared, algo alejado de la gente que baila, y pulso la pantalla para responderle. Escribir en este estado es más difícil de lo que pensé.

>Mikel: En una fiesta.

La respuesta de Haize llega de inmediato y el móvil vibra en mis manos.

>Navaja: ME ESTOY MURIENDO

>Navaja: AGONIZO

>Navaja: de aburrimiento

>Navaja: ¿Y TÚ ESTÁS EN UNA PUTA FIESTA?

>Navaja: Manda la dirección. Orain!!![17]

Pulso la opción para enviar mi ubicación, guardo el móvil y camino otra vez hacia la puerta. Mierda, me siento mareado, necesito aire.

Estoy por llegar a la entrada; como si fuera la luz al final del túnel de reguetón, risas y baile desenfrenado en que se ha convertido la fiesta a mi alrededor. Pero cuando me acerco a la puerta, un par de chicas se arriman a mí y me empujan hacia el sector donde están bailando.

Ellas se ríen y se me pegan, moviendo sus cuerpos al ritmo de los bajos que retumban con fuerza. No sé por qué, pero ¡vaya!, de pronto estoy bailando también entre las dos.

Tormentaaaas, creo que solo tengo cerveza en la cabeza. El móvil vibra otra vez en el bolsillo, pero lo ignoro. Una de las chicas se me cuelga del cuello, siento su boca debajo de mi oreja y, entonces, alguien toma mi brazo y tira con fuerza, sacándome de ahí a tropezones.

—¡Ey, Javi, qué onda! —protesto y mi amiga tira de mi mano por un corredor donde hay menos gente—. ¡Estaba bailando!

La música ahí se escucha más despacio y se puede respirar mejor.

—¿Qué chucha[18]?, ¿te tomaste el barril entero? —Javiera se ve muy graciosa frunciendo tanto el ceño y no puedo evitar reírme—. Ven, vamos a otro lado para que comas algo. ¿Bailando?, tonto, más bien parecía que te estaban violando.

Resoplo, porque está exagerando, pero me dejo arrastrar por ella escaleras arriba. Avanzamos tomados de la mano por un pasillo del segundo piso, creo, y de repente tropiezo. Javiera maldice insultos chilenos mientras me pasa un brazo por la cintura y me ayuda a caminar.

—Espero que haya comida —murmura.

Se detiene a mitad del pasillo, empuja una puerta con la mano libre e ingresamos a un salón iluminado por luz azulina. La melodía de un piano llena el sitio y me relaja; un contraste dramático con el reguetón de abajo. Me dejo caer en uno de los sillones ubicados en la esquina y observo otros en el perímetro del salón donde hay chicas conversando o... haciendo otras cosas. Pero apenas veo sus rostros. También hay mesas en el centro, con distintas cosas para comer. Quisiera levantarme y meterme algo al estómago, pero creo que podría quedarme para siempre fundido con este sillón...

—Toma, come algo. —Javiera pone un cuenco de patatas fritas sobre mis jeans y se sienta a mi lado—. La cerveza *especial* de las Palmas Negras no puede beberse sin comer nada.

Tomo varias patatas y me las meto a la boca. Joder, están deliciosas. Saco más y en unos minutos ya me comí todo, mientras ella habla de lo emocionante que fue el partido de básquetbol.

Dejo el cuenco a un lado.

—¿Mejor? —Me mira y me sonríe.

—Mucho mejor —digo y la rodeo por los hombros con un brazo—. Gracias Javi, eres muy buena amiga.

—Sí, sí, claro. —Ella se ríe y me empuja, pero apoyo mi rostro en su cabeza y, por un momento, a pesar de que comí, todo vuelve a girar a mi alrededor—. Mikel, estás totalmente borracho, ¿no quieres irte de regreso a las residencias?

—¿Qué? ¡No! —Me aparto un poco y la miro—. Estoy esperando a un amigo. Debe estar por llegar. Además, ahora que comí, estoy mejor. Gracias, ¿te dije que eres muy buena amiga, Javi?

Le doy otro abrazo porque, en verdad, Javiera es lo más cercano a un amigo que tengo desde que estoy acá, y que no sea uno de los chicos del equipo de básquetbol. Porque ellos no son mis amigos, solo... bueno, no sé. Están ahí cuando hay un balón.

—Ya, buena amiga, me quedó claro —dice riendo y me empuja otra vez.

La observo y ella frunce el ceño con su cara muy cerca. Entonces, doy un respingo porque Javiera estira una mano y acaricia mi rostro. La puerta del salón se abre y alguien entra, pero no veo quién, porque me siento paralizado. Los ojos oscuros de Javiera observan los míos de una forma muy intensa.

—Mikel —murmura, acercándose un poco más—, no soy tan buena amiga como crees, lo siento.

Mierda, está demasiado cerca y, de alguna forma, la certeza de lo que pretende hacer traspasa la bruma de ebriedad que embota mi mente, haciéndome reaccionar.

Me echo hacia atrás, pero ella baja su mano y toma la mía.

—No pasa nada, Mikel —murmura, mirándome a los ojos—. Solo quiero que lo sepas.

—Javi, no es...

—Me gustas —dice, sujetando mi mano—, recuérdalo cuando ya no estés ebrio, ¿sí?

No sé qué decirle. Nunca le he dicho a alguien que me gusta, pero estoy seguro de que se supone que el otro diga algo de vuelta. Ella aprieta mis manos y siento un escalofrío cuando escucho una voz familiar a mi lado.

—Venga, tío, lamento interrumpir pero... No. En realidad, no lo lamento. He cruzado el puto océano, me he perdido en un puerto de mierda, he tenido que buscarte por toda esta jodida mansión como idiota... ¿y tú me has cambiado por una chica?

Alzo la mirada y encuentro a un muchacho alto, vestido con pantalones negros, una camiseta rosa y chaqueta negra. Tiene el pelo castaño oscuro tomado en una pequeña cola, que deja escapar unos mechones rebeldes que caen a los costados de su rostro. Y aunque me estaba soltando una bronca, en su rostro, sus labios llenos pero alargados sonríen con malicia felina.

Suelto las manos de Javiera y me pongo de pie. De inmediato todo gira y me tambaleo, pero él me sujeta de los hombros. Mi

mirada se encuentra de frente con los ojos negros y un poco rasgados de mi mejor amigo.

—Haize —digo y sonrío, observándolo.

Ahora que lo veo, que lo escucho hablar con el acento de nuestra tierra, me doy cuenta lo mucho que extrañaba a este idiota.

Él suelta una risa y nos damos un abrazo. Un abrazo largo. Cuando se aparta, me recorre con la mirada y yo me tambaleo un poco de nuevo, porque aún tengo demasiada cerveza en mi cerebro.

—Coño, estás hecho mierda —dice. Desciende esa mirada maliciosa que tiene, observa a Javiera y alza una ceja—. ¿Esta es la chilena que te querías tirar?

—¿Qué? ¡Cállate, gilipollas!

—¿Crees que entiende una mierda? –dice Haize riéndose.

Veo la expresión de confusión en el rostro de Javiera y recién me doy cuenta de que Haize y yo estábamos hablando en euskera desde que llegó. Hostia, ¿cómo puedo estar tan borracho? Ni siquiera me di cuenta.

—Bueno… —Me paso una mano por el pelo—. Ez, ez da neska hau[19]

Javiera frunce el ceño y mira a Haize con evidente desagrado.

—Ez[20]? Hmm. —Haize pasea los ojos por el salón, donde, en los otros sillones, hay cuerpos acalorados y enredados, claramente a punto de follar—. Entonces, vamos. Permiso, señorita, pero me llevo a mi amigo —dice, ahora hablando en castellano. Me pasa un brazo por sobre los hombros y me empuja hacia la puerta. Mientras caminamos, acerca su boca a mi oreja y murmura—. Créeme, tío. Si no es ella, no deberías estar en esta habitación. Después me lo vas a agradecer.

Sin protestar, y sin mirar de nuevo a Javiera, me dejo arrastrar por él y abandonamos el salón.

37. Haize

♡ Catalina ♡

Me apoyo en la pared fría del exterior de la mansión y observo el cabello cobrizo de Sebastián, que refleja un poco de la luz de la luna. La música del salón está tan fuerte que, a pesar de que estamos afuera, se puede escuchar el retumbar de los bajos. Aún no he ingresado, pero por la cantidad de estudiantes que salen y entran por la puerta, y otros tantos que vomitan en algún rincón oscuro del jardín, asumo que la fiesta se ha descontrolado; debe haber al menos trescientas personas.

—Me cuesta creer la weá que me estay diciendo, Cata —dice Sebastián, comentando todo lo que le acabo de contar—. Es una pendejada gigante.

No respondo, porque es cierto. Enredarme con Mikel para sacarle celos no fue lo más maduro del universo y, obviamente, tampoco esperaba que mis sentimientos terminaran hechos un lío.

—Nunca creí que iba a terminar confundida —murmuro, mirando los dedos de mis manos mientras los muevo de forma nerviosa—. Creía tanto, tanto estar enamorada de ti, Seba. Pensaba que así me pondrías atención otra vez.

Él se cruza de brazos y me atrevo a alzar la mirada. Sus ojos dorados me observan muy serios y tuerce sus labios delgados en una mueca desganada.

—¿Creías?

Suspiro.

—No lo sé. ¿Si hubiera estado de verdad enamorada, se me habría pasado solo por tontear con otro chico?

—Lo peor es que el idiota de Mikel tenía razón, ¿cachai? Eso es lo que me da más rabia de todo. Podría decirte que fueron unos idiotas, que fue una pendejada, pero esa pendejada... —Se detiene, inspira profundamente y me toma de los hombros, mirándome muy fijo—. Esa pendejada hizo que me diera cuenta que te extrañaba. Fui un cobarde, un aweonao, lo asumo. Creí que una relación a

distancia no iba a funcionar. ¿Cómo iba a pensar que te ganarías una beca para estudiar aquí?

Sus manos tibias están firmes en mis hombros.

—¿Y Verónica? —pregunto, cambiando el tema—. En cierto sentido, deberías entenderme, ¿no me dijiste que estabas confundido entre ella y yo? Al final, no somos tan distintos, Seba. Somos muy jóvenes, estamos conociéndonos a nosotros mismos aún. Demás que es normal que nos pasen estas cosas.

—Es normal, pero, ¿eso cambia la situación? —Me observa frustrado, pero luego de un momento su mirada se suaviza y toma mis manos. Me pongo tensa, pero lo dejo—. ¿Crees que podemos darnos una oportunidad? Sin compromisos, solo para saber... qué sentimos.

Observo nuestras manos unidas y pienso en lo que dijo Atarrabi. Sebastián es lindo, le tengo cariño. Ya he tenido sexo con él aunque fuera... a medias. Miro sus ojos dorados, sus manos se sienten tibias y... ¿sería tan malo? ¿Se cumplirá el deseo de Mikel de inmediato si hago lo que dijo su hermano?

Dioses, ¿por qué de un momento a otro se ha vuelto tan difícil imaginarme en una cama con un chico que no sea Mikel?

El viento de la noche sopla, agita las copas de los árboles que susurran mezclándose con la música que viene de la mansión y yo me estremezco.

—¿Vamos adentro? —Sebastián aprieta mis manos de forma cariñosa.

Aunque no le he dado una respuesta, asiento y lo sigo, caminando tomados de la mano. La música nos envuelve apenas ingresamos a la mansión y nos sumergimos entre las cientos de personas que bailan, pegando entre ellos sus cuerpos acalorados. Subimos por unas escaleras hasta el segundo piso, a un salón grande iluminado con luces rosas y violetas.

Ahí hay otro montón de gente que baila reguetón, de forma casi escandalosa. Algunas personas están sin camiseta, riéndose, y otros

incluso arriba de las largas mesas de madera que hay al fondo.

Un momento, me detengo y casi hago tropezar a Sebastián que todavía me tiene aferrada de la mano. ¿Ese es Mikel? ¿Arriba de la mesa? Solo veo su espalda desnuda, pero la reconozco por el tatuaje de relámpago que tiene en su omóplato y cuando se gira... Sí, definitivamente es Mikel. Su pelo negro y desordenado se levanta adelante y su perfil de nariz recta se recorta contra la pared blanca que tiene detrás. Está bailando con otro chico, también sin camiseta y lleno de tatuajes. Mueven sus cuerpos pegados el uno al otro, siguiendo el ritmo del reguetón, riéndose y abrazándose. El chico le susurra algo en el oído y Mikel se ríe a carcajadas, le pasa un brazo por sobre los hombros y bailan aún más pegados. Se nota que está borrachísimo.

Entonces Mikel gira su rostro y sus ojos azules se encuentran con los míos. Se queda un momento quieto como si no comprendiera lo que ve. Sus ojos se quedan fijos en mi mano y la de Sebastián, entrelazadas.

—Vamos, Cata. Déjalo —dice Sebastián y me pasa el brazo por los hombros—, está demasiado ebrio. Seguro tomó esa cerveza de Verónica a la que le pone pastillas.

¿Qué? ¿Está drogado?

Y además está con ese chico... que se ve sospechoso. Se tratan con demasiada confianza y estoy segura de que no lo había visto antes. Si lo hubiera hecho, lo recordaría; es demasiado mino. Casi tan mino como el Fakediós. Es alto y de contextura un poco más delgada que Mikel. Aunque, a pesar de ser más delgado, sus hombros, sus brazos y su abdomen son pura fibra. Músculos tapizados en tatuajes negros que parecen obras de arte. ¿De dónde salió ese weón?

El chico se da cuenta de que Mikel se quedó de pie, mirándome fijo, y él me observa también. Es estúpidamente guapo —aunque nunca tanto como Mikel, obviamente—, con la nariz algo respingada, labios carnosos pero alargados y la mandíbula delicada. Lleva el pelo oscuro tomado en una colita, con mechas desordenadas que se

escapan por los lados. Sus ojos se clavan en mí y ladea el rostro, pensativo.

Mikel se baja de un salto de la mesa, da unos pasos hacia mí y se tambalea. Yo suelto a Sebastián y corro a sujetarlo. Él me rodea por los hombros y casi me caigo con el peso de su cuerpo. Su amigo, que no sé en qué momento se bajó de la mesa y llegó hasta nosotros, lo afirma del brazo y me ayuda a sostenerlo.

—Ey, tío, no pienso recogerte otra vez —dice el amigo extraño, hablando castellano pero con acento de España.

¿Un amigo de Mikel, acá? ¿O es otro Español que conoció ahora?

Mikel lo ignora, me abraza y hunde su rostro en mi pelo.

—Enana, qué linda te ves —dice y el peso de su cuerpo amenaza con tirarme al suelo. El chico raro intenta ayudarme a sostenerlo—. ¿Dónde estabas? Qué hacías con ese... con ese... —Mikel mira a Sebastián molesto, pero luego se ríe, me suelta, camina hasta mi ex y le da un abrazo—. ¡Ese triple fue hermoso!

Sebastián pone los ojos en blanco pero una sonrisa se asoma en sus labios.

—Qué mierda, Mikel, nunca te había visto así —dice, sujetándolo debajo del brazo y hablando fuerte sobre la música—. ¿Tomaste del barril de Verónica?

—Creo, solo era cerveza... —murmura Mikel, apoyando su cabeza en el hombro de Sebastián.

—Puta, la weá. —Sebastián mira alrededor y la gente está enloquecida, muchos con la mitad de la ropa quitada y algunos tirados en el suelo—. Le dije a Verónica que no pusiera nada esta vez... mierda.

El amigo de Mikel hace ademán de acercarse para volver a sujetarlo, pero yo doy un paso y me interpongo.

—¿Quién eres tú? —pregunto y sostengo su mirada oscura. Doy otro paso hacia él y hablo más despacio para que, gracias a la música, Sebastián no escuche—. ¿Te envió Atarrabi? Si tienes algo que ver con él, ándate porfa.

Es lo que supongo, por su acento español. El chico me mira y estalla en una carcajada.

—¿Tú eres Catalina? —Me mira divertido—. ¡En verdad eres minúscula! Jodeeer, ¡qué tía! ¡¿Y me hablas así?!

Vuelve a reírse a carcajadas e intenta dar otro paso hacia Mikel, que está diciendo incoherencias a Sebastián, pero yo vuelvo a impedirle que se acerque. Sostengo su mirada y me cruzo de brazos.

Él resopla y niega con la cabeza.

—No tengo nada que ver con el imbécil de su hermano, chilenita. Al contrario, estoy cuidando a Mikelatz. Ahora, si me dejas pasar...

—No.

Él arquea las cejas y me mira divertido. A mi lado, Sebastián logra que Mikel al fin se sostenga en pie por sí solo.

—Oye, ¿eres amigo de Mikel? —Sebastián le hace una seña al supuesto amigo—. ¿Por qué no lo llevas a las residencias? No creo que sea buena idea que siga aquí.

—Vale, no tengo problema. —El chico me observa e inclina su rostro hacia un lado—. ¿Quieres acompañarnos para que veas que estoy diciendo la verdad? No le haré nada malo.

Miro dudosa a Mikel y a Sebastián. La música retumba en mis oídos e intento pensar rápido. Quiero ir con Mikel, porque no confío en este chico. Puede que lo haya enviado Atarrabi y que me esté mintiendo. Pero... Sebastián me observa expectante y tenemos que hablar a solas. Puede que sea la única oportunidad de cumplir el deseo de Mikel, aunque aún no sé si seré capaz de hacer lo que su hermano sugiere.

—¿Quién es este chico, Mikel? ¿Confías en él?

Mikel observa al chico y luego a mí. Casi se cae cuando una muchacha que está bailando lo empuja, pero logra mantenerse en pie. Se pasa una mano por el pelo y me mira confundido.

—¿No te hablé de él? Es Haize. —Al estar drogado, habla lento, pero se entiende—. Te había dicho que vendría, ¿o no? Es mi amigo.

—Ajá, su *amigo* —dice Haize y me sonríe.

¿Qué chucha le pasa? Pareciera que se burlara de algo, pero no sé de qué.

—No, no recuerdo que lo mencionaras —digo, pero la conversación en la cafetería se viene a mi mente, cuando Mikel amenazó a su hermano con que mandaría a que le cortaran el brazo —. ¡Ah! ¡Ese weón! ¡Ahora me acuerdo!¿En serio es él? —digo viéndolo otra vez—. No pensé que… hmm.

Que fuera tan normal. Ni tan mino. Imaginaba a un matón bien feo. ¿Este chico es la persona que hizo titubear el semblante de Atarrabi apenas con su mención? Es alto como Mikel y tiene unos ojos oscuros y suspicaces; pero no se ve peligroso... Salvo los tatuajes en su abdomen y brazos.

Hmm, igual sí parece una yakuza[21].

—Dale, no lo sabía —murmuro y me aparto—. Estoy de acuerdo con Sebastián, es mejor que se vaya si está drogado.

—¡Qué aburrida! —Mikel da un paso y me pasa el brazo por alrededor de los hombros—, ¿por qué no bailamos, enana?

—Porque —dice Haize, apartándolo de mí de un tirón—, si te le cuelgas así encima bailando, la tirarás al suelo. Tu amiga tiene razón, goazen![22]

—Bueno, aburridos. —Mikel resopla y tira de mi mano—. Vámonos.

Doy un paso hacia atrás y me suelto de su mano.

—Yo me quedo, pero te pasaré a ver cómo estás más tarde.

Mikel frunce el ceño.

—Pero...

—No te preocupes, bebé. —Haize lo ayuda a caminar hacia la salida y, mientras pasan por mi lado, me observa con sus ojos oscuros—. Deja que se vaya con su ex. Iremos a mi hotel y ahí seguiremos la fiesta solos...

Mikel replica algo, pero apenas se le entiende lo que dice y Haize prácticamente lo arrastra con él, hacia la salida del salón.

—¿Hotel? Oye, espera —Corro para alcanzarlos y camino intentando seguir las largas zancadas de Haize, que se abre paso entre la gente—. ¿Hotel? ¿Por qué? ¡Llévalo a la residencia!

—¿Para qué, si mi hotel es mejor? Además lo extraño, dormiremos juntitos. —Me guiña un ojo y continúa caminando.

El idiota de Mikel se ríe de sus palabras, obviamente ebrio.

—Cata, déjalos —dice Sebastián detrás mío—, ¿qué importa dónde mierda se van?

No puedo explicarle. El tal Haize parece burlarse, como si ocultara algo. No me fío. Me giro hacia mi ex y trato de hablar fuerte para que me escuche por sobre la música.

—Seba, obviamente no voy a dejar que Mikel se vaya drogado a un hotel con este weón salido de la nada, ¡lo siento! ¡Después hablamos!

Corro y alcanzo a Mikel y a su amigo cuando ya van saliendo por la puerta de entrada de la mansión. Camino a su lado mientras descienden por el sendero.

—¡Así que vienes con nosotros! —Haize no me mira, sino que ayuda a Mikel que camina a medias, con el rostro apoyado en su hombro.

—Sí, porque lo llevaremos a su habitación en la universidad.

Haize me ignora y siguen caminando. Dejamos atrás el portón del jardín de la mansión y él saca su celular del bolsillo mientras con el otro brazo aún afirma a Mikel.

—No me veas así, Catalina, ¿puedo decirte Cata? —Haize pulsa la pantalla del celular y luego me mira, alzando una ceja—. No me iré a esa pocilga de habitación que tienen en la universidad, Cata. Mikel estará bien en mi hotel, no te preocupes.

Me acerco a ellos, tomo el rostro de Mikel entre mis manos y él me sonríe.

—Lo siento, enana, creo que estoy borracho.

—¿Crees?

Un auto se acerca por la calle y las luces que proyecta sobre nosotros me encandilan. Se detiene frente a nosotros. Haize abre la puerta y ayuda a Mikel a subir. Me hace una señal con la mano para despedirse y se sube después de él.

—¡Un momento! —agito las manos para avisar al conductor que no se ponga en marcha.

Corro por delante rodeando el auto, abro la puerta del copiloto y me meto dentro. El chofer mira a Haize por el espejo retrovisor.

—¿Ella va con ustedes?

Me giro sobre el asiento y clavo mis ojos en los de él. Sus labios se curvan en una sonrisa y no sé qué le causa tanta gracia.

—Así parece —dice y asiente mirando al chofer—, vamos, por favor.

Observo a Mikel dormitar apoyado en el hombro de su amigo y suspiro. Solo los acompañaré para ver que todo esté bien, porque no me fío de este chico y luego me vuelvo a la universidad.

Nada más.

38. Sexo, ¿con amor?, parte 2

♡ Catalina ♡

El hotel es simplemente espectacular. La habitación está en el piso 22 y es enorme. ¡Gigante! En realidad, es una suite completa, con una habitación matrimonial con vista al mar, dos baños, uno con jacuzzi y otro más pequeño. Tiene otra habitación al frente, con una cama más pequeña y un escritorio. En el recibidor hay una mesa y dos sillones, además de una cocina americana y un bar. En vez de pared, al fondo solo hay un enorme ventanal compuesto de varios paneles de vidrio que permite ver el mar de noche; las luces de los barcos en el agua oscura parecen luciérnagas y la luna, rojiza, cuelga sobre el horizonte.

Es demasiado bello.

—¿Nunca había visto un hotel? —Haize me mira divertido.

¿Qué le causa tanta gracia? ¿Mi cara?

Da igual, me quedaré un rato para vigilar que no le haga cosas raras a Mikel. ¡Además probablemente nunca vuelva a estar en un sitio tan lujoso!

Me siento en el suelo, con la espalda apoyada en uno de los sillones y acaricio el pelo negro de Mikel, mientras él dormita con la cabeza apoyada en mis piernas, aún sin camiseta. No parece tener frío. Su pecho desnudo sube y baja y sus brazos perfectos rodean mis pantorrillas.

—Está súper ebrio. Y yo creo que si lo sigues mirando así —dice Haize, dejando la pizza que acaba de calentar en la mesa de centro y sentándose al otro lado de Mikel, en el suelo—, cuenta como violación.

Lo ignoro e intento que Mikel despierte para que coma un poco de pizza, pero él balbucea algo y se abraza más a mis piernas.

Suspiro y me como el pedazo de pizza yo. Lanzo una mirada a Haize, pero él está pulsando la pantalla de su celular y se ríe de algo que no veo. Ahora está con camiseta, pero cuando llegamos, también estaba desnudo para arriba, igual que Mikel. Alcancé a ver más de cerca sus tatuajes y tiene muchos, con símbolos extraños, alas, nubes y cosas que me hacen pensar en aves, o en el viento.

—¿También eres un semidiós? —antes de que responda, ya sé la respuesta—. Sí, lo eres. O no podría haber dicho nada.

El trato que hice con Mikel me prohíbe, literalmente, hablar de eso con otras personas. Incluso cuando he intentado mencionar algo a mi bestie Andrea, es como si no pudiera formular las palabras. Pero, ahora pude decirlo con libertad. Lo que significa que Haize forma parte de ese mundo.

Él deja el celular en la mesita, toma una botella individual de cerveza y le da un sorbo mientras me observa.

—Si no fuera un semidiós, no sería amigo de Mikel —dice y me guiña un ojo—. Él no hace amistad con humanos. No amistad de verdad, al menos. Sabe que algún día tendrá que dejarlos atrás.

—¿Son amigos desde hace mucho?

Haize mira a Mikel un momento y luego a mí otra vez.

—Mmm, desde que rompimos hemos sido muy buenos amigos... supongo que es mucho... ¿cinco, seis años? Durante un tiempo peleamos bastante... pero una vez que me superó, pudimos llevarnos bien.

Suelta una carcajada y vuelve a tomar más cerveza.

—Espera, ¿cómo que rompieron? ¿Fueron novios?

No me jodan, lo único que faltaba. Ya tengo que controlar mis celos estúpidos con las "amigas" de Mikel, como Javiera y, ¿resulta que ahora está su ex aquí? Que además es super sexy.

Voy a enloquecer.

—No me mires así, tía, no pasa nada con Mikelatz. Bueno, no tanto —dice riendo—. Es broma. No pasa nada, somos amigos. —

Alza una ceja—. ¿Casi siempre?

Resoplo y tomo una de las cervezas que Haize dejó en la mesita de centro. Le doy un largo sorbo, mientras Mikel se remueve en mis piernas.

—¿Segura que solo quieres quedarte un rato? Así como vas, te vas a emborrachar también. No me hago cargo de lo que pase si los dos quedan inconscientes.

—No pienso irme sin Mikel —digo y doy otro sorbo—, y no me emborracharé con una cerveza.

Haize se ríe y luego niega con la cabeza.

—Entonces tendrás que quedarte, no creo que despierte. No lo veía así hace mucho tiempo, estoy de acuerdo con tu ex; le pusieron algo a ese barril, es obvio que está drogado. —Da un sorbo a su cerveza y se la termina—. Aun así, no hay problema, les dejo la habitación grande, hay condones en el cajón.

—¡No necesito condones! ¿Cuál es tu problema? Está drogado...

—No creo que le importe, seguro si lo violas te perdona después —dice, arqueando las cejas y observando como Mikel se abraza a mis piernas—, está claro que tú sí eres la chilena que se quiere follar. Así que creo que ni siquiera contaría como delito. Aunque, no sé, Mikel siempre dice que no tengo buen ojo para distinguir lo que es legal y lo que no.

Siento que mi cara arde y no sé si de rabia porque piensa que soy capaz de hacerle algo al Fakediós drogado o por las cosas que está diciendo. Prefiero callarme y doy otro largo sorbo a mi cerveza. Y aunque no me gusta mucho la pizza, me ha bajado un hambre horrible así que me inclino para tomar un trozo. Sin embargo, no logro moverme porque Mikel pesa demasiado. Haize se inclina, toma un trozo y me lo pasa.

—Gracias. —Le doy unos mordiscos. Cielos, moría de hambre. En realidad, no fue tan malo venir; quizás sí me quede. Además, siento curiosidad por el mundo de Mikel y es primera vez que veo a otro

chico como él, que sepa de la existencia de los dioses—. ¿Conoces a Atarrabi?

Haize baja sus ojos oscuros hacia mí y un mechón de pelo castaño, de los que se escapan de su moñito, oscila junto a su rostro. Parece pensarse un momento si responderme o no.

—Conozco a Atarrabi —Toma otra cerveza, le da un golpe preciso en el cuello de la botella con el borde de la mesa y la tapa salta por los aires—. Por eso estoy aquí, para ponerle una bala en la cabeza. —Me mira y sonríe—. En sentido figurado. Digamos que… para tener una seria conversación con él.

—Así que, a ti tampoco te cae bien...

Haize resopla.

—¿A quién puede caerle bien el señorito perfecto y luminoso? —resopla de nuevo y da un sorbo de cerveza—. Es un gilipollas. Es una historia muy larga como para ser contada ahora, pero sí, lo conozco. Muy bien.

—¿Es cierto que jamás miente? Eso dijo y... necesito saber si es verdad.

Significaría que acostarme con Sebastián de verdad funcionaría para cumplir el deseo de Mikel.

Haize deja la cerveza en la mesa y me observa, entornando los ojos negros. Son raros, sus ojos. Ligeramente caídos, de párpados pesados y rasgados, como adormilados. A ratos son grandes, amplios, pero cuando se ríe o cuando me mira suspicaz, fácilmente se convierten en dos líneas finas.

—Es cierto, Atarrabi jamás miente. Jamás. El asunto es que, humm... —Ladea el rostro—. ¿Por qué preguntas eso? Que no mienta no significa que sea de confiar.

Mikel se remueve en mis piernas y se pasa una mano por los ojos, somnoliento.

—No voy a decirte. Pero... digamos que me sugirió una forma de hacer que el deseo que pedí se cumpla, una forma en que se cumpla aunque yo... esté mintiendo. Es como hacer trampa.

—¿Atarrabi te sugirió que hicieras trampa? Venga, eso sí es extraño. —Haize frunce el ceño y me observa pensativo—. ¿Qué te dijo?

—No te lo diré, lo siento. Es obvio que se lo dirás a Mikel y creo que él no debe saberlo. No le gustaría. Pero su deseo depende de esto.

Haize observa a Mikel un momento y luego suspira.

—Cata, no me conoces para nada, pero hay algo de lo que puedes estar segura. Adoro a Mikelatz. Solo quiero saber qué te dijo esa serpiente traidora de Atarrabi —dice y clava sus ojos negros en mí—, para protegerlo.

Contengo el aliento y trago lentamente. No sé si es cosa de semidioses, pero parece muy convincente. ¡Qué detestables! ¿Estará manipulándome con magia o algo? Con esta gente nunca se puede saber. Pero Mikel habló de Haize como si fuera una persona de su confianza.

—Si me dices, puedo aconsejarte mejor —insiste, mirándome muy serio—. No se lo diré a Mikel.

—¿Lo prometes?

Él levanta una mano.

—Promesa de semidiós —dice, muy serio.

Acaricio el pelo de Mikel y me aseguro de que siga bien dormido.

—¿Sabes de qué trata mi deseo?

Haize suelta una risa.

—Noski![23] —Vuelve a reírse—. Mikel me lo contó antes de irse, es el deseo más idiota que alguien ha pedido, nos reímos durante una semana de tu video electrocutada en la fuente.

Ruedo los ojos, pero no replico. Puede que mi deseo en verdad fuera un poco idiota.

—Creo que no estoy enamorada de Sebastián como pensaba. Y... Atarrabi dice que cuando diga "te amo", debe ser cierto.

—¿Y cómo mierda vas a mentir con eso? Hostia, ¿en serio ya no estás enamorada? Ese deseo está jodidísimo...

—Atarrabi piensa que no, que hay una opción. —Aparto la mirada y respiro profundo. Decir esto en voz alta suena peor aún que pensarlo—. Dijo que si tengo sexo con Sebastián y le digo "te amo" mientras lo hago, el deseo se cumplirá.

Haize suelta una carcajada y me mira, divertido.

—¿Es broma? —Vuelve a reírse y niega con la cabeza.

—No es broma. ¡No diría esto en broma!

—Coño, es que... —Hace un esfuerzo por dejar de reírse y me observa con curiosidad—. ¿Piensas hacerlo?

—¡Claro que no!

Él ladea la cabeza y me estudia.

—Pues, yo digo que has respondido demasiado rápido. Eso significa que te lo has pensado mucho, y por la forma en que me estás viendo ahora, estoy casi seguro de que te has cuestionado si hacerlo, hasta el punto de llegar a la conclusión de que, tal vez, lo harás. Por eso te has puesto tan roja.

Guardo silencio un momento. Bajo la mirada y observo a Mikel que duerme plácidamente con la cabeza apoyada en mis piernas.

—¿Me ayudas a llevarlo a la cama? Creo que mejor nos vamos a dormir.

Haize se pone de pie y me ayuda a levantar a Mikel.

—Puedes cambiar de tema, *Cata* —dice, pronunciando mucho mi nombre, como si le causara gracia. Pasa el brazo por debajo del de Mikel y me mira de forma suspicaz—, pero sabes que es cierto. Piensas hacerlo.

No respondo. Me basta con mis propias dudas y no las quiero compartir con él.

Sin embargo, mientras me ayuda a acostar a Mikel en la habitación grande, no puedo dejar de pensar en eso. Haize se va, nos deja solos y ahora, mientras observo el techo en la oscuridad,

escuchando la respiración lenta y regular del Fakediós borracho, tampoco puedo dejar de pensar en eso. La idea vuelve a mi mente una y otra vez.

Atarrabi no miente, y eso significa que cumplir ese deseo está totalmente en mis manos.

ϟ Mikel ϟ

Mierda. ¿Dónde estoy? Lampara de cristal sobre mí, demasiada luz matutina entrando por la ventana. Una ventana enorme a través de la cual se ve el mar y los barcos. ¿Un hotel? La luz me encandila y se desparrama sobre la cama grande y blanca y... mierda, una chica durmiendo al lado mío con la cabeza tapada por una almohada.

¡Joder! ¡No me acuerdo de nada! Mierda, mierda, ¿habré roto mi pacto de exclusividad con...? Un momento. ¿Es Catalina?

Me inclino sobre ella y trato de levantar la almohada, pero da un manotazo, murmura algo incoherente y se tapa más la cabeza, media dormida.

Suelto el aliento, aliviado. Los dos estamos con ropa, eso quiere decir que no follamos, ¿o no? Sería muy trágico si follamos y no me acuerdo.

—No, no follasteis —dice una voz a mi izquierda.

¡Hostia puta! Me giro asustado, sobre la cama. Ahí está Haize, que tiene el pelo oscuro desordenado y me observa con el ceño fruncido. Se tapa la boca con la mano y bosteza.

—Los dos sois muy aburridos cuando estáis ebrios —continúa él.

—Coño, Haize, no sé qué pasó. Te juro que solo tome mucha cerveza... ¡Pero no era para tanto!

—Da igual, bebé, no le diré a nadie lo aburrido que te has vuelto borracho. Ven, tenemos que ponernos al día. —Haize me da la espalda y desaparece por la puerta. Cuando habla, escucho su voz desde el pasillo—. Apúrate, hay pizza de desayuno.

No lo sigo de inmediato. Me doy una ducha rápida, porque apesto a cerveza, y me lavo los dientes. Me pongo los jeans y me quedo sin camiseta porque... la verdad, no tengo idea donde está. Cuando dejo la habitación, Catalina sigue durmiendo.

—¿Puedes prestarme ropa? —Me siento frente al mesón de la cocina—. Uff, vaya hotel te estás gastando con el dinero de mi

padre, tío.

En Latinoamérica les encantan estas cocinas abiertas al comedor. Creo que en este momento entiendo por qué. Mientras Haize calienta las pizzas y tomamos café, se puede observar el mar a través del ventanal. El agua resplandece con destellos dorados bajo el sol de la mañana y de solo ver los sillones mullidos cerca de la ventana, me dan ganas de dormir otra vez.

—Pues, es lo mejor que encontré en este puerto del tercer mundo —dice Haize, poniendo un plato con pizza frente a mí—. ¿Quieres otra cerveza? No tengo la receta especial de la que bebiste anoche, pero…

—Ja, muy gracioso. —Observo su rostro despreocupado. Apoya el codo en la mesa y el mentón en su mano, mientras me mira comer —. Gracias por venir. Extrañaba el acento —digo y me río.

Siempre logro relajarme cuando estoy con Haize, aunque todo esto del deseo se esté volviendo una puta mierda.

Haize sonríe.

—Claro, el acento. —Desvía la mirada hacia el pasillo por el que está la habitación grande—. ¿Tu chica sigue durmiendo? Es guay, se nota que es decidida.

—No es mi chica —digo, mientras muerdo un pedazo de pizza.

—¿Ah no? —Haize se sienta derecho y alza las cejas—. ¿Me la puedo follar entonces?, es mona. Y sabes que nadie se resiste a mis enc...

—No seas imbécil.

—Aaah... —Haize vuelve a apoyar su mano en el mentón y sus labios se curvan en una sonrisa maliciosa—. Ya decía yo, que era tu chica. ¿Cuál es tu problema? De verdad no entiendo que lleves aquí todos estos meses y aún no hayáis tenido sexo de verdad. En serio estás perdiendo tus habilidades...

—¿Y tú cómo mierda sabes eso? Llevas una noche acá, ¿y ya andas de chismoso? Te recuerdo —digo, masticando la pizza—, que viniste a meterte con mi hermano. No con mis cosas...

Haize mira el techo un momento, pensativo, y luego baja la vista hacia mí.

—Lasai[24], solo es una suposición. Probablemente son ideas mías, aunque... no sé. Anoche tu chica y yo hablamos, mientras babeabas como un borracho. Y bueno —dice y se encoge de hombros—, yo pienso que, si está pensando en follarse a su ex, ya sabes, para cumplir el deseo ese, es porque no lo ha hecho contigo, seguro. Igual tierna, ¿no? Apuesto a que lo hace porque sabe que no tienes nada más en esa cabezota tuya que la obsesión con ser un dios.

¿Qué?

—¿De qué coño estás hablando?

—¡Ups! —Haize abre mucho los ojos y luego sus labios se curvan hacia un lado en una sonrisa—. Creo que se me escapó. ¿Podemos hacer como que no dije nada? ¡Venga, no seas impulsivo!

Pero ya estoy a mitad del pasillo cuando él se levanta. Empujo la puerta de la habitación y Catalina, que está de pie fuera del baño, lanza un gritito de susto. Se queda ahí parada, mirándome, con el pelo mojado y el cuerpo cubierto solo con una toalla blanca.

La observo, su piel morena húmeda brillando bajo la luz de la mañana que entra por el enorme cristal del fondo de la habitación. ¿Por qué estoy tan enojado? Seguro lo que dijo Haize es mentira. Ella misma quiso hacer un pacto de exclusividad.

No sería tan traidora de acostarse con Sebastián.

♡ Catalina ♡

—¿Mikel? —Suspiro, aliviada—. ¡Me asustaste! ¿Por qué entras así y...?

Guardo silencio; hay algo en su mirada que me hace callar. Sus ojos azules brillan más de lo normal y los entorna, observándome, como si buscara algo en mi rostro.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

Él entorna más los ojos, me da la espalda un momento para cerrar la puerta y luego se acerca. Está sin camiseta, pero da igual. Ya me estoy acostumbrando a ver esos hombros firmes, las curvas perfectas de sus brazos; como se tensan los músculos de su abdomen cuando camina hacia mí y ese lugar tan sexy de su vientre donde se ve la sombra de sus vellos justo en el borde de los jeans, que están demasiado caídos y...

Okey. Tal vez aún no me acostumbro a que sea tan tormentosamente sexy.

Contengo el aliento cuando se detiene frente a mí, pero su aroma a guindas ya se me metió dentro. Alzo los ojos y me encuentro los suyos, silenciosos.

—¿Mikel?

—¿Catalina?

Trago con dificultad, pero sostengo su mirada. Ni siquiera sé por qué se produjo este momento tan incómodo en el que él me observa como si fuera una delincuente que hubieran atrapado robando algo.

—¿Qué demonios te pasa, Fakediós?

Él ladea el rostro y da unos pasos hacia mi costado. Camina lentamente, cerca mío, rodeándome y observándome. Me pone nerviosa que me mire así, pero intento reprimir el escalofrío que me recorre.

—No lo sé —dice él—. Tal vez estoy molesto porque me mentiste. O no, quizás no. Seguro lo que dijo Haize es una mentira, porque tú no harías nunca algo tan traidor como lo que sugirió, ¿cierto, enana?

¿Lo que dijo Haize? ¿Qué...? Ah, rayos. La conversación que tuve anoche con su amigo vuelve a mi memoria de a poco. ¡Estúpido semidiós traidor!

Mikel se detiene a medio camino entre mi costado y mi espalda y me mira desde arriba.

—¿Qué? Pareces sorprendida. Deberías aprender algo de Haize desde ya, Catalina. —Entorna aún más sus ojos azules—. Puedes confiarle tu vida, pero nunca, jamás, un secreto.

Guardo silencio y aparto mi mirada.

—¿Entonces, es cierto? —Suena decepcionado—. ¿En serio? No me jodas, Catalina. ¿Pretendías acostarte con Sebastián anoche cuando te encontré con él? ¿Por eso ibais de la mano?

No sé cómo se acuerda de eso con lo drogado que estaba. Ante mi silencio, Mikel resopla y se aleja, caminando hacia la ventana. Se detiene y se pasa una mano por el pelo. Dice una frase en su idioma, creo, porque no entiendo una mierda, pero suena molesto. Se gira otra vez hacia mí. Su pelo negro y desordenado se recorta contra la luz que entra por la ventana.

—¿En serio? —pregunta otra vez.

—¿Por qué te sorprende tanto? —Aprieto la toalla sobre mi pecho —. ¡Era el plan desde el principio!

—Hicimos un trato de exclusividad. Estábamos de acuerdo que acostarte con él no serviría de nada y que... ¿por qué mierda quieres hacer eso con él?

—¿De eso se trata todo? —Esta vez resoplo yo—. ¿De que haga *eso* con él y no lo haya hecho contigo?

Mikel se acerca otra vez, se detiene frente a mí y me mira desde arriba.

—Obviamente —dice—, se trata de eso.

Mi corazón se acelera y sé que debería molestarme lo directo que es, pero es imposible. Mi cuerpo solo quiere pegarse al de él y decirle que no. Que jamás me acostaría con otro que no fuera él.

Pero...

—Las cosas cambiaron, Mikel.

Él parece confundido.

—¿Cambiaron? ¿A qué te refieres? No vengas de nuevo con esa idiotez de que lo amas. —Frunce el ceño y, a pesar de sus palabras, veo la duda en sus ojos—. No vas a decirme que te gusta de nuevo, ¿verdad?

Dioses, ¿en verdad cree eso? ¿Cómo puede pensar eso, si es obvio que me muero solo por el hecho de tenerlo de pie frente a mí? ¿Es que acaso no lo ve?

Suspiro; ya no tiene sentido ocultar las cosas.

—¿Aún quieres ser un dios, o no?

Mikel ladea el rostro.

—Siempre voy a querer ser un dios. —Sus ojos azules intensos me observan—. Eso no va a cambiar. ¿Por qué no querría serlo?

—Bueno, pues de eso se trata —murmuro—. Atarrabi dijo que hay una forma de que el deseo se cumpla, aunque ya no ame a Sebastián.

—Catalina, ya te dije. No necesitas amar a Sebastián, basta que le mientas y...

—¡No, Mikel! ¡Dios!, qué terco... ¡No funciona así! Si digo que lo amo, como pedí en el deseo, debe ser verdad. O al menos debo sentirlo. ¿Entiendes? Atarrabi lo confirmó.

Él guarda silencio un momento y se pasa la mano por el pelo otra vez.

—Joder. ¿En serio lo confirmó?

—Sí.

—Mierda, pero tal vez... —Levanta los brazos un momento y luego los baja, frustrado—. Ah, joder. Si él dijo eso, debe ser así.

—Pero dijo que hay una forma, Mikel, de que se cumpla aunque no sea... tan verdad.

—¿*Tan verdad*? —Mikel suelta una risa fría y me mira—. ¿Cómo mierda puedes amarlo... *no*... *tan*... *de verdad*?

Miro el suelo un momento, a mis pies desnudos sobre la alfombra roja de la habitación. Los pies de Mikel están frente a los míos, también desnudos abajo de los jeans.

Cuando hablo, suelto las palabras rápido. Como si al soltarlas todas de una vez fuera más fácil de decir.

—Dijo que si tengo sexo con él y le digo que lo amo mientras siento placer, el deseo se entenderá cumplido...

La risa fría de Mikel me interrumpe, pero no lo miro. Él apoya sus dedos en mi mentón y lo levanta, obligándome a encontrar sus ojos.

—¿Estás de coña?

Niego con la cabeza.

—Eso dijo. Y Haize dijo que Atarrabi no miente.

—Es cierto —dice Mikel, sin soltar mi mentón—. Jamás miente. Es el hermano bueno, ¿recuerdas? —dice, sonriendo con sarcasmo.

—Entonces...

—Entonces, me importa una mierda. —Me suelta, retrocede un paso y levanta los brazos a los costados—. ¿Qué coño tienes en la cabeza?

Inspiro profundo, sin responder.

—¿De verdad pensabas acostarte con él? Dime la verdad.

—No lo sé. Tal vez... Pensé que...

—¡Pff! —Mikel resopla y se gira otra vez. Comienza a pasear de un lado a otro frente a mí—. Qué pendeja eres, en serio.

—¡No me insultes! —Tomo una almohada que está a los pies de la cama y se la tiro en la cabeza, aunque la aparta antes de que le dé —. ¡Todo esto es para cumplir tu deseo, pues el mío ya no me interesa una mierda! ¿Sabes qué? ¡Él pendejo eres tú!

Me doy media vuelta y camino hacia la puerta, dispuesta a irme lo más lejos que pueda del idiota de Mikel. ¡Qué rabia! ¡Como si todo

esto de poner celoso a Sebastián no hubiera sido idea suya desde el principio! ¿Y ahora le molesta que pensara en tener algo con él? Ni siquiera estoy segura de si soy capaz de hacerlo, pero que Mikel se enoje por eso, me enoja. ¡Hago lo que se me da la gana! ¡No es mi novio! ¡¿Y además me insulta?! Giro el pestillo de la puerta, furiosa, tiro la manilla, pero, apenas la abro unos centímetros, Mikel apoya su mano en ella y la cierra otra vez.

—Ni se te ocurra salir así —dice, bajando los ojos a lo único que tengo puesto, una toalla—. Haize está afuera y es un sicópata.

Me giro hacia él, que mantiene la mano en la puerta, cerrándome el paso.

—¡Voy *como quiero* a dónde *yo quiero*! Y, por si no te has enterado, ¡me acuesto con quien se me antoja también!

Empujo su pecho con mis manos, intentando apartarlo, pero no se mueve ni un centímetro.

—Hicimos un trato de exclusividad, ¿ya se te olvidó?

—Pues yo lo pedí, ¡ahora lo retiro!

—Me niego.

Suelto una risa sarcástica y miro sus ojos, que me observan serios, mientras su brazo sigue contra la puerta, al lado de mi rostro.

—No puedes negarte, no funciona así —digo y él entorna los ojos, que chispean de enojo—. Dios, Mikel, ¿por qué te molesta tanto? No puedes ser tan posesivo, solo porque...

—No es eso.

—¿Ah, no? Si no es eso, ¿entonces qué? —Lo observo, pero él simplemente aprieta los labios y no responde—. ¿Lo ves? Solo te molesta porque quieres hacerlo antes que él, como si se tratara de una competencia weona, de quién es mejor. Desde que llegaste, solo te interesa competir con Sebastián. Juegas básquetbol, un juego que no te gusta, solo para demostrar que puedes ser mejor. Y te molesta que me acueste con él, ¡exactamente por lo mismo!

Resoplo enojada y me hago a un lado para pasar, pero él toma mi muñeca.

—Te digo que no es eso.

—¿Entonces qué? —Alzo la mirada.

—No juego básquetbol para competir con él. —Suspira y se pasa una mano por el pelo otra vez—. Me gusta ese estúpido juego, ¿vale? Pero seguro ya lo sabes. —Mikel inclina su rostro hacia mí y me mira, aún molesto—. Eso quieres, ¿verdad? ¿Que diga lo que siento por ti? Aunque lo sepas. Sabes perfectamente que no es ninguna competencia.

Abro la boca para replicar por impulso, pero nada sale de mis labios. La rabia me abandona, como siempre, solo por unas palabras. ¿Lo que *siente* por mí? Observo sus ojos azules y, dioses, me doy cuenta de que no es enojo lo que hay en ellos. Simplemente... parecen confundidos.

—Sabes que me gustas. —Su mirada se suaviza y toma mis hombros desnudos con sus manos—. Sabes que me encantas.

El calor sube por mi cuerpo y siento el rostro ardiendo.

—No, no sé...

—Cuando te ruborizas así, me matas. —Mikel rodea mi cintura con uno de sus brazos y me aprieta contra él. Acerca sus labios a los míos, rozándolos—. Y, en el absurdo caso de que no lo sepas, enana —dice y con su otra mano aprieta la toalla que me envuelve—, voy a quitarte eso y follarte hasta que no te quede ninguna duda de lo que me provocas.

—Pero-

Aprieta sus labios sobre los míos y al sentir su calor, su aroma dulce, me derrito en sus brazos. Recibo su beso, su lengua y las ganas con las que me besa se funden con las mías.

Cielos, me gustan tanto sus besos. La corriente de placer recorre mis piernas, mi vientre y ya ni siquiera recuerdo por qué mierda estábamos discutiendo. Solo sé que me fascina, que todo mi cuerpo está ardiendo contra el suyo, que me quita la toalla de un tirón y,

mierda, no sé en qué momento hemos caído enredados sobre la cama.

—¿Ah? ¿Qué dijiste, enana? —murmura, sus labios contra los míos.

Agitados, respiramos el aliento del otro. Observo sus ojos azules y su pelo negro desordenado.

—¿Ah? —La voz apenas sale de mi boca, solo quiero sentir la suya otra vez.

—Creo que dijiste algo —dice, besando la comisura de mis labios y bajando su mano hacia uno de mis pechos—. Juraría que dijiste que me quieres dentro tuyo.

Mikel aprieta su cuerpo sobre el mío y, a través de los jeans, siento su miembro duro contra mi pelvis.

—¿Qué? —Un escalofrío me recorre cuando aprieta mi pezón con los dedos—. Yo no, ay, que... Ah, Mikel.

Su boca recorre mi rostro, mi cuello y baja hacia mis pechos. Aprieta uno con una mano mientras el otro lo muerde, lo chupa y succiona con sus labios mojados.

Me hundo en el colchón, sobre las sábanas, desnuda con él encima de mí, besando mis pechos. Enredo los dedos entre su pelo negro y el deseo recorre todo mi cuerpo mientras miro su torso desnudo, los músculos de sus brazos que se tensan mientras se divierte con mis pechos.

Baja una de sus manos por mi cintura, por mi muslo y acaricia mi entrepierna. Contengo el aliento y el escalofrío que me recorre. Mikel estira mi pezón entre sus labios, lo suelta y me mira.

—¿Qué decías, Catalina?

Una media sonrisa se dibuja en sus labios y respiro agitada, observando ese rostro tan lindo, con ese pelo negro revuelto que me tiene vuelta loca. Maldito. Sabe perfectamente que, si sigue así, voy a terminar rogándole.

39. Sexo, ¿con amor?, parte 3

ϟ Mikel ϟ

El olor dulce de su cuerpo, la suavidad de su piel y su respiración agitada, hacen que un escalofrío me recorra. Tenerla así, totalmente desnuda debajo de mí, con sus ojos brillantes, mirándome, me está enloqueciendo. Catalina tironea de mis jeans, pero la detengo. Todavía no.

Aplasto su cuerpo con el mío, a pesar de que sé que le quita el aliento. Necesito sentirla; nunca habíamos estado así; totalmente solos, en un lugar donde nadie vaya a abrir esa puerta de mierda e interrumpirnos.

Para variar.

—Mikel. —Catalina jadea y rodea mi cuello con sus manos; nuestros cuerpos se pegan y se siente tan bien—. Lo que dije antes...

—Ni siquiera me lo recuerdes, enana.

Tormentas. ¿En qué estaba pensando? De solo pensar en que esté así, como está ahora conmigo, pero con Sebastián, me pone enfermo. Ese desgraciado de Atarrabi... seguro lo hizo para fastidiarme. Cuando escuché las palabras de Haize, lo que Catalina pensaba a hacer... Que se jodan.

Incluso si es cierto lo del deseo... mierda, no puedo pensar en eso ahora. En lo único que puedo pensar es en su cuerpo tibio debajo del mío, en sus pezones duros contra mi pecho. Busco sus labios y penetro su boca con mi lengua. En lo único que puedo pensar es en estar dentro de ella.

Necesito estar dentro de ella.

Ah, mierda, me encanta como se estremece, como murmura mi nombre cuando desciendo dejando besos en su cuello, en sus pechos, en su vientre. Desciendo más, hacia los pies de la cama y me arrodillo en el suelo.

Lo que ella no sabe, es que Atarrabi está equivocado. Porque Sebastián jamás la hará sentir lo que yo la haré sentir. Eso no se

puede fingir.

Aferro los muslos de Catalina y la atraigo hacia mí.

—¿Mikel? Espera, ¿qué vas a…?

La ignoro y hundo mi rostro en sus piernas.

—No, Mikel, es que… Ah…ah, mierda.

Se le escapa un gemido cuando apoyo mis labios en su sexo; deja de protestar y enreda sus dedos en mi pelo mientras succiono y juego dentro de ella con mi lengua.

Joder, está tan mojada. Sus piernas me aprietan y yo uso mis dedos, además de mi lengua. Catalina se retuerce y me pide que siga, pero cuando arquea su espalda y su respiración se acelera, me detengo.

Ella maldice, pero no le hago caso. Me recuesto sobre ella otra vez y la beso, disfrutando la forma en que el sabor de su sexo se mezcla con el de nuestras bocas. Coño, se siente tan bien. Bajo mis manos y masajeo con mis dedos entre sus piernas, mientras mi lengua juega con la suya.

Sus manos buscan mis jeans otra vez y empiezan a tironear del botón.

Y la detengo otra vez.

Aparto mi rostro del suyo y la observo, mientras sigo tocando su sexo. Me mira, sonrojada, con un brillo de deseo en los ojos, que también podría ser enojo porque no la dejo quitarme la ropa. No puedo evitar sonreír y ella lo hace también, jadeando y con el pelo largo y castaño revuelto alrededor de su rostro.

Vaya, qué linda es. Estoy tan duro que me duele el roce de los jeans, pero no. No pienso olvidarme de que la muy traidora estaba pensando acostarse con otro que no fuera yo. Y ahora, que se aferra de mi cuello, que sus labios buscan los míos, que respiro su aliento tibio, me doy cuenta por qué me molestaba tanto pensar en eso.

Lo que le dije es verdad. Catalina me gusta, y me gusta mucho.

Y no sé qué mierda voy a hacer con eso.

♡ Catalina ♡

Mikel me besa despacio y sus labios saben a... mí. Intento concentrarme en su lengua, pero ah, es que sus dedos... Frotan mi clítoris y después se hunden, *ahí*. Y se hunden más y, los mueve de esa manera y, ah, eso. Así.

¡Mierda!, intento disimular, como si no estuviera tan rico, para que el desgraciado no se detenga otra vez. Pero mi cuerpo me traiciona y, oh, no, es imposible. Jadeo y me tenso, y Mikel se detiene.

Se aparta un momento, observándome con sus ojos azules y brillantes bajo ese pelo negro y desordenado.

—Por favor —busco su boca y la beso—, por favor, Mikel, deja de hacer eso.

—Eso —murmura él sobre mi boca, apretándome contra el colchón—, es por pensar siquiera en hacer esto con otro.

—Pero, Mikel...

Contengo el aliento cuando él hunde sus dedos otra vez dentro de mí, acerca su boca a mi cuello y me besa ahí, debajo de la oreja, donde sabe que me fascina.

—Júralo.

—Lo juro.

Se detiene, apoya el brazo flectado en la cama y me mira divertido.

—Todavía no te he dicho qué estamos jurando….

Ah, cierto. No importa, maldito y sexy Fakediós. Juro cualquier cosa que quieras. Observo su rostro, paseo la mirada por su pecho desnudo y, mierda, su cuerpo me está volviendo loca. Quiero sentirlo todo, completo.

Ya no me importa si estoy hechizada porque chupé su cuerpo o porque me tragué su semen de semidiós. Solo quiero tenerlo dentro de mí.

Tiro de sus jeans otra vez y logro desabrocharlos. Él sujeta mi muñeca y me mira, con una sonrisa torcida en sus labios. Acerca su rostro y me da un beso corto.

—Jura, que te olvidarás de lo que dijo mi hermano.

Asiento y él parece satisfecho con mi respuesta. Acaricia un momento mi pelo que cae al lado de mi rostro y luego se sienta de rodillas sobre la cama. Entiendo lo que significa y me siento también, frente a él. Dios, su piel se ve tan suave y esos oblicuos tan... Mierda. Esta vez, cuando sujeto el broche de sus jeans no me detiene, ni tampoco cuando deslizo el cierre y se los quito, tirándolos hacia abajo. Luego, de otro tirón, bajo también sus bóxers.

Dios. Mikel apoya la palma de su mano de forma cariñosa en mi rostro y me mira en silencio mientras yo observo su cuerpo.

Sí, ya sé que lo había visto, así duro y grande, pero... ufff, voy a tener *eso* dentro.

Pero antes...

Me agacho y lo meto en mi boca. Aferro la parte inferior con mi mano y masajeo de arriba hacia abajo, porque ni en broma me lo trago entero.

Mikel deja escapar un gemido de placer y enreda sus manos en mi pelo, mientras chupo su pene. Lo recorro con mi lengua, porque sabe delicioso, como todo su cuerpo, con ese aroma dulce que inunda mis sentidos. Succiono y Mikel suelta el aliento, apretando ligeramente mi cabello que tiene enredado entre sus dedos. Con suavidad, guía el ritmo de lo que hago, con sus manos en mi cabeza, y lo siento tensarse y murmurar algo en euskera, que no entiendo una mierda.

Hundo más su pene en mi boca y, por un momento, creo que es demasiado y...

—Ya, enana, para... vas a hacer que... ah, coño...no —Tira de mi pelo hacia atrás—. No sigas.

Levanto el rostro y encuentro sus ojos. Azul intenso y lleno de deseo mientras respira agitado sobre mí. Abro la boca para seguir,

pero el empuja mis hombros, caemos sobre el colchón y me besa, apretando su cuerpo contra el mío.

—Mikel —murmuro, mientras devora mis labios.

Él baja sus manos por mis muslos y se acomoda entre mis piernas. La luz en la habitación ha disminuido, todo un poco más oscuro, a pesar de ser de mañana. Pero no puedo distraerme con eso porque su cuerpo tibio y suave está contra el mío, completamente desnudo, y es lo más delicioso que he sentido jamás. La piel me arde en cada parte que hacemos contacto. En todos lados. Me aferro a él y beso sus labios carnosos como si no hubiera nada más en el mundo. No hay nada más en el mundo. Aprieta mis muslos con sus manos; el sonido de nuestra respiración y de nuestros labios, que chasquean con cada beso, es lo único que nos envuelve. Siento su miembro duro contra mi pelvis y recorro su cuello con mis labios.

—Mikel, por favor.

—Enana, quiero...

Pero se detiene, aún apretado contra mí. Se apoya en los codos y me mira, respirando agitado. ¿Qué sucede? De pronto sus ojos parecen preocupados.

—Mierda. Soy gilipollas.

—¿Qué? ¿Qué pasó?

Su pelo está desordenado y húmedo porque, aunque la habitación es grande, aquí entre nosotros dos hace un calor horroroso. Mikel aparta mi pelo que se me pega en la cara y apoya su frente en la mía.

—Esto sonará idiota, pero... no sé dónde dejé mi mochila anoche. No tengo condones.

Ah, ¿solo eso? Genial. Estiro mi brazo y apunto hacia un lado.

—Hay en el velador.

Alza el rostro, confundido por un momento, pero luego rueda sobre el colchón y se sienta en el borde. Abre el cajón del velador

que hay al lado de la cama y saca una tira de condones.

—Haize, te amo —murmura mientras corta uno.

Estoy tan embobada mirándolo, desnudo sentado a mi lado, que casi, casi, ignoro lo raro que acaba de sonar eso. Mikel abre el condón y espero ansiosa mientras se lo pone. Mierda, de verdad lo vamos a hacer.

Voy a tener sexo con un semidiós.

¿Qué me pasa? De pronto estoy tensa y nerviosa. Es decir, lo tiene grande, más que Sebastián y cuando mi ex me lo hacía, de la otra forma, claro, pero igual, siempre me dolía y no sé si...

Mikel se gira hacia mí otra vez y una ligera sonrisa se dibuja en su rostro y todo, todo se me olvida. Me importa una mierda como era el sexo con Sebastián.

Tiro de su mano, atrayéndolo, y él se recuesta de nuevo sobre mí.

—Quiero tanto, tanto —dice, besando mi rostro, rozando su nariz con la mía—, necesito tanto estar dentro tuyo.

Tomo su rostro entre mis manos, mientras él apoya su pelvis sobre la mía, su erección rozando mi sexo.

—Mikel...

—Shhht. —Me da un beso en los labios y se aprieta contra mí, mientras desciende su boca, besando debajo de mi oreja, en mi cuello—. Me gustas tanto, enana.

Sigue el recorrido con sus besos, desde mi cuello hasta mi hombro.

—Hmmm, ¿por qué? —murmuro, disfrutando los escalofríos que me produce cada vez que apoya sus labios y su lengua en mi piel.

Su rostro desciende por mi pecho, su nariz recta roza mi piel y los músculos de sus brazos se tensan con cada movimiento que hace.

—Porque... —Mikel toma uno de mis pechos con su mano y chupa el pezón una, dos, tres veces, provocando más escalofríos. Me mira y sonríe—. ¿Por qué no?

¡Estoy tan caliente! Todo mi cuerpo ruega por tener el suyo más pegado, más cerca, como si fuera posible. Rodeo su cuello y lo atraigo hacia mí. Nos besamos de nuevo y esta vez siento la punta de su miembro tocando mi vagina.

Me besa despacio y disfruto cada roce de nuestros labios, mientras nos miramos a los ojos. Su pelo negro, húmedo, cae sobre su frente y su aroma dulce me envuelve. Ah, me gusta tanto. Mikel tantea mi entrepierna con sus dedos y los hunde en mí.

—Enana...

—¿Hhmm? —pregunto y gimo ligeramente cuando los saca, lentamente.

Su mano baja por mi pierna y la aprieta. Sus labios en los míos.

—Estás mojadísima —dice, sin apartarlos, sus ojos azules clavados en los míos y su pene otra vez entre mis muslos.

Abro la boca para hablar pero Mikel empuja sus caderas y me penetra, fuerte, hasta el fondo. ¡Dioses! Un fuerte gemido se escapa de mis labios y Mikel me observa, mueve las caderas de nuevo, un poco más despacio, y un escalofrío me recorre de la punta de los pies hasta el pecho. Él apoya su frente en la mía, jadea, y vuelve a moverse, hacia adelante y hacia atrás, dentro mío. Una y otra vez. Y otra vez.

Concha-de-su-madre. Ah, me voy a morir. Cada roce de su miembro en mi interior envía escalofríos desde mi vientre hacia mis extremidades y él se siente tan duro, mojado, grande, caliente, llenándome, ah. Ah, la weá rica.

Mikel se aprieta más contra mí, aplastándome y me besa, entre jadeos. Todo a nuestro alrededor desaparece, con suerte puedo pensar. Me aferro a sus brazos y solo soy capaz de sentir el placer que me inunda, como oleadas, con cada movimiento de las caderas de Mikel.

Disminuye el ritmo y meneo mi pelvis, pidiendo más. Por favor, no dejes de moverte.

Y no deja de hacerlo. Pero se mueve despacio, mientras busca mis ojos con los suyos.

—Hostia, Catalina —sisea con su acento español, acariciando mi nariz con la suya—, estás buenísima.

—Mikel —gimo su nombre, porque él acelera el ritmo otra vez mientras nos miramos a los ojos.

Más rápido, más fuerte, respirando encima de mí, su boca sobre la mía, sin tocarse. Intento besarlo, pero él aparta su rostro hacia atrás y sonríe, penetrándome más rápido, más fuerte. Más, más.

Ah, mierda, la weá... ¿de qué me he estado perdiendo toda la vida?

Recorro su torso firme con mis dedos, disfrutándolo. Está resbaloso por la transpiración que se ha formado entre nosotros y desciendo mis manos por su piel caliente, hacia sus caderas. Observo ese rostro que me fascina, mientras algo delicioso se acumula en mi vientre; la punta de mis dedos comenzando a dormirse de placer.

—Ah, por favor, Mikel —digo, sujetando sus nalgas con mis manos y arqueándome contra él—, por favor.

—¿Por favor qué? —murmura inclinándose, besando mi cuello, mi mejilla y disminuye el ritmo, penetrándome despacio y más lento otra vez—. ¿Qué? No te oigo bien, gimes demasiado.

—Ah, mierda, por favor —digo, dejando escapar el aliento. La weá, qué rico lo tiene—. Más fuerte, eso, por favor, así.

—¿Así? —Mikel me besa y me mira a los ojos, mientras empuja contra mí—. Pero eso no es fuerte. ¿Quieres más fuerte?

—Sí, por favor.

No sé qué mierda estoy diciendo, me penetra tan profundo que me quedo sin aire, ¿cómo podría ser más fuerte? Me llena tanto por dentro que no sé si podría haber algo más fuerte que... Ah, qué rico es.

—Si eso —dice jadeando—, es lo que quieres...

Sin avisarme, se sale de mi interior, se aparta un poco, me toma de la cintura y me gira sobre el colchón. Antes de darme cuenta de qué está haciendo, su cuerpo aplasta el mío contra la cama. Toma mis manos con las suyas, sujetándolas contra el colchón, y penetra con fuerza mi vagina desde atrás.

¡Mierda! Gimo más alto de lo que pretendía porque, cielos, sí podía ser más fuerte. Y más rico. No sé cómo es posible, pero, ah, entra más profundo, dejándome sin aire, provocando una marea de corriente en todo mi cuerpo.

Me aferro a la almohada, abro más las piernas y hundo mi rostro, intentando ahogar los gemidos que se me escapan, pero es imposible que no lo haga, porque cada vez que empuja me quita el aliento. Y duele un poco, y es rico y duele otro poco, y es más rico esta vez.

Y más.

Y más.

Mikel besa el costado de mi rostro, sin detenerse. Con el brazo izquierdo apoyado sobre el colchón, aún sujeta mi mano, y con la otra, aferra mi cadera, guiando el ritmo constante con el que me está matando de placer.

Me voy a morir de placer.

—Mikel, ah, dios...

Suelta mi cadera, sube su mano hacia mi pecho y lo aprieta.

—Catalina —jadea junto a mi oído.

Retuerce mi pezón, mientras se hunde en mí y yo gimo más fuerte. Ya no duele nada, solo siento una oleada de satisfacción tras otra, con cada movimiento. Suelta mi pecho, apoya los dos brazos a mis costados y esta vez me penetra con más fuerza y más profundo, sin dejar el ritmo ondulante, constante, intenso.

Gimo su nombre y él jadea el mío. Entrelaza nuestras manos y el placer se acumula en esa burbuja en mi pecho que va a explotar.

—Joder, estás tan caliente —dice Mikel, respirando agitado—, mierda.

Gime, extasiado, y eso hace que yo termine por estallar, el placer esparciéndose por mi cuerpo. Ah, conchasumadre. Una marea intensa y deliciosa recorre todo mi ser, con cada penetración, mientras gimo incoherencias.

—Hostia puta, ah, enana.

Mikel gruñe de placer y empuja fuerte contra mí, su aliento caliente en mi cuello. Los escalofríos del orgasmos recorren mi piel y él se deja caer sobre mí. Los dos respiramos con dificultad.

Ya no se mueve, solo respira fuerte, con su rostro hundido en mi pelo. Me estremezco y beso los dedos de su mano, aún entrelazados con los míos. Un espasmo recorre mi cuerpo otra vez; restos del orgasmo enorme que acabo de tener.

Mikel me da un beso suave en el hombro y se aparta, saliéndose de mi interior. Cierro los ojos y respiro un poco más calmada, intentando pensar otra vez. Pero no puedo, cada célula de mi ser está disfrutando de los escalofríos que aún siento hasta la punta de los pies.

El colchón se mueve y supongo que Mikel se levantó para quitarse el condón, pero pronto vuelve a hundirse y me abraza desde atrás. Esta vez, cuando abro los ojos, me fijo otra vez en el mundo que nos rodea. ¿En qué momento el día se volvió tan oscuro? Más allá del enorme cristal que hay al fondo se ve el mar, con unas nubes negras y amenazantes cubriendo el horizonte.

—Por esa sonrisa tonta que tienes —dice Mikel, besándome en el hombro y luego en la mejilla—, supongo que estás bien, para haber sido tu semi primera vez. ¿O no?

Sujeta mi brazo y me voltea con cuidado. Quedo mirando hacia arriba y observo su rostro. Su cuerpo tibio está pegado al mío. Su pelo negro está todo desordenado y sus ojos azules muy brillantes. ¿Cómo puede ser tan lindo? La forma en que me mira hace que mi estómago se apriete y la sangre se me suba a la cara.

—Para ser un semidiós, pregunta cosas muy tontas. Obvio que estoy bien.

Él sonríe y mi corazón se acelera.

—No sé, tal vez me pasé.

—No.

—Me alegro —dice y me besa—, porque después de que comamos algo —dice, dándome otro beso—, te lo haré otra vez.

Acerca su rostro y disfruto de esos labios suaves y tibios, besándolos despacio.

—Puedes hacerme todo lo que quieras, Fakediós.

Sonríe más y se aparta. Se sienta en el borde de la cama, recoge los jeans y se los pone. Verlo así, con sus jeans claros y echo un desastre después de follar conmigo, es lo más sexy que veré jamás, estoy segura.

—Te espero en la cocina, te pediré algo abajo porque solo hay pizza. Haize no come otra cosa.

¡Mierda! ¡Me había olvidado de su amigo! Seguro escuchó todo, mierda, ¿por qué grité tanto?

Mikel me da otro beso rápido y se va. Cuando abre la puerta, lo escucho maldecir y decir algo en euskera. Aunque no lo veo, oigo a Haize responder otra cosa, también en su idioma y luego la puerta se cierra.

Qué vergüenza.

Abandono rápido la cama porque, la verdad, yo también tengo hambre. Me meto al baño para vestirme y me miro al espejo para ordenar mi pelo y… bueno, sí. Hay una sonrisa bastante estúpida en mi cara.

Es difícil quitármela. Después de todo, aunque sé que ahora todo va a ser más difícil para mí y que voy a sufrir cuando Mikel se vaya, no puedo reprimir la felicidad que burbujea en mi interior.

Acabo de tener sexo con un semidiós.

El más rico de todos.

40. Tormentosos Sentimientos

ϟ Mikel ϟ

Me siento bien, aunque es extraño. Generalmente, después de tener sexo me siento así, genial, pero esta vez... es otra cosa. Como si hubiera algo cálido dentro de mí, a pesar de que sigo sin camiseta, porque no sé dónde la dejé. No estoy seguro, creo que es felicidad. Catalina está en la otra habitación, solo a unos pasos de distancia, pero es como si fuera muy lejos, como si algo invisible tirara de mí para que volviera con ella.

—Joder, tío, de verdad te ha dado fuerte, qué cara tan idiota tienes —dice Haize, mientras caminamos hacia la cocina. Me pasa una mano sobre el hombro y roza mi mejilla con su nariz—. Uhhm, hueles bien. A sexo. No, espera, no es eso. ¿Qué es esto? —dice, apegándose más—. ¿Así huele el amor?

Lo aparto de un empujón y el imbécil se ríe, mirándome divertido.

—Qué enfermo eres, tío. —Sin embargo, su risa me contagia, tal vez porque me siento bien—. ¿O te has puesto celoso tras escucharnos como sicópata detrás de la puerta?

Haize me observa con una sonrisa, caminando de espaldas a la cocina y con las manos en los bolsillos de sus pantalones negros.

—Ya quisieras, *Miki.* —Se deja caer en los asientos junto al mesón de la cocina.

Me río y me acerco al teléfono del hotel. Marco el número de la recepción y pido dos cafés, uno con leche vegetal para Catalina y uno americano para mí, además de varias medias lunas, que sé que le gustan mucho.

Me siento en el mesón, frente a Haize y observo más allá de él, al cristal al fondo del living. Del otro lado, se ve el puerto y el mar. Las nubes de tormenta ya han alcanzado la costa, lo que es curioso.

—¿Has sabido algo de Atarrabi? Es extraño que no haya despejado la tormenta que invoqué sin querer —comento y Haize me observa, mientras juega con su móvil, lanzándolo de una mano a

la otra, una y otra vez—. Joder, antes no me pasaba esto cada vez que follaba.

—Ya te dije, es el amor. ¿Ves qué fácil eres? Follaron una vez y ya estás enamorado.

—No jodas, tío, no estoy enamorado. ¿Por qué crees que Ata no ha enviado lejos esta tormenta? Deberías ir a buscarlo.

—Llegué anoche, déjame descansar. ¿Qué clase de explotación laboral es esta? No iré a buscar a tu hermano hasta dentro de unos días. ¿Crees que mola imaginarme una jornada de perseguir al Señor Brillitos y amenazarlo? Debo descansar primero. Tengo jet lag.

—Pues, cuando lo hagas, solo te pido que seas discreto. No vayas por ahí con esa katana que tienes, en Chile es ilegal. Y acá mi título de abogado vale una mierda, no podré sacarte de la cárcel.

—¡¿Qué?! ¿Sin espadas? Pfff. —Resopla y me observa—. Qué trabajo más soso será…

Pero en su rostro hay una sonrisa. Después de todo, el trabajo de Haize consiste en amenazar gente, secuestrarlos, torturarlos o, simplemente, intimidarlos. Y estoy seguro de que le encanta, aunque no haya espadas de por medio.

Y a pesar de sus palabras, parece de buen humor. Su pelo esta oscuro y eso es bueno. Nadie quiere ver a Haize en *esos días*, cuando anda comportándose como un imbécil y su cabello se vuelve más claro. Es la forma de reconocer fácilmente sus estados de ánimo. Aunque conmigo suele controlarse un poco más, preferiría que Catalina no conociera ese aspecto de él. Después de las preguntas que me hizo el otro día sobre las cosas que hago, no sé si le gustaría saber que mi mejor amigo es, de hecho, la razón por la que decidí defender delincuentes.

Mierda. Pensar en ella hace que sienta deseos de volver a la habitación y... No. Tengo que enfocarme en otras cosas importantes. Asuntos que hay que resolver.

—No sé cómo te acercarás a Ata —digo, apartando esos pensamientos y apoyando mis brazos en el mesón, mirando a Haize

—. Lo ideal sería que se vuelva a Euskadi, pero para eso creo que tienes que enfrentarlo. El problema es que apenas se entere de que estás aquí, seguro se mantendrá oculto...

Me detengo, porque Haize desvía los ojos y observa detrás de mí, con un brillo divertido en su mirada. Me giro y una sonrisa se forma en mis labios. Es Catalina, que camina hacia nosotros desde el pasillo.

Tormentas. ¿Siempre ha sido tan sexy? Se puso la misma ropa de ayer, unos jeans claros y ajustados, el pelo suelto y arriba una camiseta sin mangas que aprieta sus pechos, de una forma sensual que no es la que ella suele vestir.

Debo mantener la compostura, voy a ser un dios. No puedo impresionarme tan fácil.

Pero, joder, de verdad la tomaría y la metería en esa habitación de nuevo. En vez de eso, estiro mi brazo y tiro de su mano, atrayéndola hacia mí. Le doy un beso en la mejilla y acerco un taburete para que se siente al lado mío.

Ella se acomoda y saluda a Haize.

—Espero que hayas amanecido bien —le dice, aunque no lo mira directo a los ojos. Es obvio que no se siente cómoda frente a él, porque debe suponer que nos escuchó teniendo sexo.

Lo que es cierto.

Justo en ese momento llaman a la puerta, por lo que me alejo de ellos y camino a buscar la comida.

—Gracias, Cata, amanecí bien —escucho que responde Haize a mi espalda—, aunque no tan bien como tú, claramente...

Qué idiota es. Recibo las cosas y me acerco de nuevo hasta ellos.

—Perturbasteis mi mente con tantos gemidos. Además, me quitasteis mi habitación, mi cama, mi baño... —continúa Haize, poniendo voz de drama solo para joder.

Me siento junto a Catalina y dejo las cosas frente a ella, que se ha puesto roja por las palabras de Haize. A pesar de eso, enfrenta su

mirada y le dedica una sonrisa torcida.

—Y también te quitamos tus condones. Gracias por eso, Haize —dice y toma el late que le acabo de pasar.

Por eso me encanta. ¿Cuánto debería esperar para follar con ella de nuevo? No puedo creer que lleve todos estos meses perdiéndome de esto. Tengo que recuperar el tiempo. Lo que me recuerda que tampoco tendremos mucho tiempo en el futuro, porque voy a ser un dios... Tormentas. No quiero pensar en eso.

Haize le dedica una sonrisa cínica a Catalina y luego me observa a mí otra vez.

—Volviendo a lo de antes... si quieres que me encuentre con tu hermano, bebé, creo que tendremos que hacer algo para atraerlo. No creo que contemos con el factor sorpresa, pero seguro hay alguna excusa para que lo llames. Supongo que el contrato ya se lo entregaste pero, tal vez, podrías inventar que tienes dudas con alguna... —se interrumpe y frunce el ceño—. ¿Qué? Explícame esa cara, ahora ya.

—Bueno —digo y me rasco la nunca—. Aún no le entrego el contrato.

Haize me observa perplejo. Parpadea un par de veces y abre la boca.

—¿El contrato para ser un dios? —Catalina le da un sorbo a su café y me observa, ladeando el rostro—. ¿Ese que nunca has querido decirme qué cosa tiene escrita?

Haize le lanza una mirada con el ceño fruncido y luego vuelve a observarme a mí.

—No me esperaba esto —admite, frotándose el mentón donde está la sombra de una barba de pocos días—. Estabas como loco por ser un dios, creí que lo habrías firmado hace rato.

Catalina me mira con curiosidad, mientras mastica una de las medialunas que le encargué. Haize sabe que no puede dar detalles frente a ella, por lo que no hay peligro de que diga algo. Aunque sea malo guardando secretos, eso no cuenta para las cosas de dioses.

¿Y por qué tengo miedo de que ella sepa? No es que vayamos a ser novios o algo. Solo me gusta estar con ella. Si me queda poco tiempo como mortal, es obvio que voy a pasarlo con la persona que yo quiera, y esa persona es Catalina.

Aparto esos pensamientos y me concentro en Haize otra vez, que me mira con una ceja alzada, esperando escéptico a que me explique. Afuera, comienza a caer la lluvia y… ¿Dónde diablos está Atarrabi que no ha disipado esta tormenta que causé?

—El contrato no me gusta —digo—, nos obliga a hacer cosas idiotas como tener una mascota. ¿Te imaginas a mí cuidando de un gatito?

—¡Un perrito! —Catalina sonríe y se pasa un dedo por la comisura de los labios porque se le queda pegada una hojarasca. La quita y, joder, debo estar enfermo de caliente por encontrar eso tan sensual. Mierda—. ¿Qué tiene de malo eso? Seguro lo cuidarías bien, tampoco es tan difícil...

Debería estar tranquilo porque acabamos de follar, pero pareciera que solo quedé peor. ¿Cómo voy a concentrarme así en la universidad? Porque, aunque esté fingiendo todo este año académico, no pienso reprobar, sería vergonzoso.

—Prefiero un gato. —Haize toma el café que se supone que es mío y le da un sorbo—. Se cuidan solos, además, los perros son traidores y se van con quien les haga una gracia.

—¿Traidores como tú, dices? —Catalina suelta un bufido—. Te conozco hace un día y ya sé que eres la persona menos confiable del universo.

—Pero gracias a mí terminasteis follando. Deberías agradecerme, ¿no crees? Ahora que lo pienso, ¿por qué no te ofreces tú de mascota? Te verías maja con un lazo en el cuello. —Haize inclina la cabeza—. ¿Cuentan los humanos o no?

Catalina le sonríe.

—¿Qué pasa? ¿Estás celoso, Jaize? —dice pronunciando su nombre con una jota marcada.

Él suelta una risa despectiva.

—No me provoques, chilenita. Todos sabemos que Mikel prefiere los chicos, basta con que yo decida darle unos besitos y se olvida de ti. ¡Auch! —Haize hace una mueca y me observa con el ceño fruncido por la patada que le acabo de dar debajo de la mesa—. Vale, tío, ya. ¿Cuándo vas a firmar ese contrato? Ya sabemos que no puedes cambiar las cláusulas, hazlo pronto y con eso atraemos a Atarrabi.

—Emmm... —murmuro, pensando en sus palabras.

—Mañana me tomaré el día libre, ya sabes, para pasear y conocer este lugar y todo eso. Dicen que este puerto de mierda es patrimonio de la humanidad, algo bonito debe tener —dice Haize y descansa el mentón en su mano, con el codo apoyado en la mesa—, podría ser el miércoles. Voy a tu residencial, me escondo por ahí y tú le dices a Atarrabi que tienes el contrato.

—Pero el jueves tenemos prueba de Introducción al Derecho. —Catalina mastica un poco más su medialuna y vuelve a hablar, mirándome—. ¿No vamos a estudiar el miércoles?

—Claro que vamos a estudiar, enana. ¿Lo ves, Haize? No puede ser el miércoles. De hecho, tenemos exámenes todo el mes, tal vez debería ser el siguiente.

—¿Estás jodiendo? Claro que no. ¿Cuánto tiempo quieres que me quede en Chile? Pasaré el jueves después de tu examen y acabamos con esto. Si estáis tan preocupados de estudiar, deberíais iros ahora y así me dejáis disfrutar de mi hotel. No puedo usar mi jacuzzi si estáis en mi habitación... salvo que queráis hacer un trío, no me negaré...

—Claro que no —dice Catalina, rápidamente.

Pero aparta la mirada y se ha puesto roja otra vez. Con lo pervertida que es, seguro lo está imaginando.

—No pareces muy convencida, enana. El color de tu rostro dice otra cosa —digo, solo para molestarla—. ¿Te estás pensando lo del trío?

Ella se pone de pie, se pasa una mano por el pelo y me lanza una mirada molesta.

—Voy por mis cosas, creo que mejor nos vamos. Gracias por el desayuno.

Nos da la espalda y se va de regreso a la habitación, caminando de esa manera brusca que usa siempre que está enojada. Vale, era una broma, ¿por qué coño se enojó?

—¿Lo ves? —dice Haize, ladeando el rostro—, por eso eres el hermano malo. Acabáis de tirar y ya le rompiste el corazón.

—Pero si no dije nada malo.

—Eres guapo, bebé, y el mejor abogado que he tenido. —Haize rueda los ojos—. Pero a veces eres tan gilipollas…

Resoplo y me levanto para ir a hablar con ella, la verdad no lo dije en serio.

—Haize, no se te ocurra escucharnos detrás de la puerta de nuevo.

—¿Qué? ¿Vais a follar otra vez? —Sus labios se curvan en una sonrisa—. Me pone mucho escucharos.

—No, imbécil. Voy a hablar con ella.

Dejo atrás el comedor y cruzo el pasillo hasta la habitación donde dormimos. Empujo la puerta despacio y encuentro a Catalina metiendo su chaqueta en la mochila, de mal humor. El día está oscuro, pero la lámpara del velador está encendida, iluminando su cabello castaño. Cuando entro, no me mira y se pone a armar la cama.

Joder, ¿por qué se enoja tanto por cosas que no son importantes? Camino hasta ella y levanto la mano para tocar su hombro, pero ella se aparta. Algo se aprieta en mi estómago con ese gesto, algo desagradable.

—Enana, ¿qué te pasa? Solo estaba bromeando. Ni siquiera sé qué es lo que te enojó.

—Olvídalo —dice ella y con movimientos bruscos quita las sábanas de la cama.

Las junta y empieza a hacer una bola con ellas, lo que se le dificulta porque son muy grandes. Me acerco para ayudarla, pero se aparta.

—Venga, Catalina, no es para tanto.

Ella me ignora, lanza las sábanas al suelo y camina hacia el baño, con la mochila en su mano. Coño, ahora me estoy enfadando yo. No me gusta que me traten así, por mucho que haya dicho algo que no le gustó.

La sigo hasta el baño, mientras la lluvia empieza a golpear más fuerte las ventanas y la encuentro guardando su cepillo de dientes en la mochila. La luz está encendida y se refleja en el suelo reluciente de baldosa blanca. A la izquierda está la ducha y el enorme jacuzzi en el que seguro Haize montará alguna fiesta de las que tanto le gustan.

Observo a Catalina, que cierra su mochila, aún de evidente mal humor.

—¿Me puedes decir qué te pasa?

Otra vez no me responde. Se pone la mochila en el hombro y se gira para salir del baño, pero yo me paro frente a ella y no la dejo pasar.

—Hazte a un lado, por favor.

—No puedes ser tan mal genio.

Ella resopla y mira el suelo, mordiéndose el labio. Es obvio que se está conteniendo las ganas de mandarme a la mierda, aunque no tengo idea por qué.

—¿Puedes al menos decirme qué te molestó tanto?

—¡Es que siempre insinúas lo mismo!

Mira el techo, aún evitando mi mirada y luego se cruza de brazos, la mochila colgando de su hombro.

—¿Qué? Pero si no insinúe nada...

—Claro que sí. —Clava sus ojos color miel en mí, brillantes de enojo—. Siempre estás diciendo que soy fácil y crees que, porque soy así contigo, seré así con otros chicos, ¡y no es así!

Suelto una risa y ella se enoja más. Pero es que no puedo evitarlo, lo que está diciendo es un muy ridículo. Tan absurdo, que hasta se me pasó el enojo que había comenzado a sentir. Me acerco y ella retrocede un paso. Su espalda da contra el lavamanos y se queda ahí, de brazos cruzados.

—Enana —digo y me atrevo a levantar una mano y apoyarla en su hombro—, no sé por qué tienes la manía de interpretar así las cosas. No me refería a eso.

—¡Igual!

—¿Igual qué?

Me acerco más y acaricio su mentón. Aunque esté enojada, no se aparta y simplemente desvía su mirada hacia el suelo.

—Igual me tratas como si... Es decir, acabamos de... —Se muerde el labio un momento y niega con la cabeza.

—Habla...

Contiene el aliento un momento y luego lo suelta, frustrada.

—Acabamos de...

—¿De follar?

—Sí, de follar. ¡Y tú vas y me ofreces que lo haga con otro chico!

—¿Estás de coña? ¿Crees que hablaba en serio?

Hace una mueca con sus labios delgados y bonitos. Me acerco más y la rodeo con mis brazos, porque ahora que sé que solo se enojó por ideas ridículas de su mente, me siento extrañamente tranquilo.

Hace ademán de querer apartarse, pero solo es un momento. Luego se deja abrazar. Apoyo mi nariz en su pelo y disfruto de ese olor suave que tiene, como a flores o algún shampoo que no reconozco.

—Enana, ¿por qué piensas cosas así? No te estaba *ofreciendo* a otro chico. Ni de joda dejaría que el sicópata de Haize te toque un pelo. Ni siquiera soporto imaginarte con Sebastián, aunque eso implique... arruinar tu deseo. No si tú no quieres estar con él.

Ella da un respingo, sorprendida. Alza los ojos hacia mí y me observa.

—¿En serio? ¿No te importa si… se arruina el deseo porque no quiero estar con Sebastián?

No lo había pensado tanto. La verdad, no quería pensarlo, pero es evidente que apartarla de Sebastián es arruinar el deseo de mierda ese. Pero ahora que estuve con ella... no. Es impensable imaginar a su ex tocándola solo para cumplir un deseo estúpido.

—En serio.

Acaricio su rostro mientras ella se muerde el labio y observa el suelo al lado nuestro, pensativa. Me gustaría saber qué está pasando por esa cabeza que frecuentemente tiene ideas tan equivocadas.

—Mikel... humm, yo sé que te vas a ir a fin de año, pero... —se detiene y se remueve incómoda en mis brazos.

—¿Pero qué?

—Bueno, no me gustó lo que dijiste porque... Me gustas, Mikel, de verdad. No quiero hacer tríos idiotas, ni quiero a Sebastián. Me enoja que no te des cuenta y bromees cuando yo, yo solo —dice, baja la mirada y juega nerviosa con los dedos de sus manos, apoyadas en mi pecho desnudo—, yo solo quiero estar contigo.

Tras decir eso vuelve a ruborizarse y evita mirarme. Mierda, ya sé que lo que dice debería ser un problema. ¿Qué voy a hacer con ese deseo idiota que pidió? Pero, aunque *debiese* ser un problema, sus palabras solo han encendido otra vez ese algo cálido en mi pecho y, joder, solo quiere estar conmigo.

Solo conmigo.

La aprieto un poco, estrechándola contra mí. Me gustaría tanto decirle que esas palabras, tan simples, son lo más tierno que me han dicho jamás. Me gustaría tanto decirle lo feliz que me hacen, pero

no puedo. Voy a ser un dios y ella tiene razón, me voy a ir. Me iré, aunque hacía tiempo no me sentía tan bien con alguien entre mis brazos.

Me iré porque...

Tormentas, cuando alza la mirada y veo sus pupilas dilatadas, el color miel de sus ojos brillantes, toda mi determinación se esfuma. Me inclino y la beso. Acaricio sus labios con los míos, despacio. Ella se cuelga de mi cuello y el peso de su cuerpo tira de mí, como si quisiera arrastrarme con ella hacia el suelo. Me encantaría arrastrarme con ella hacia el suelo.

La afirmo de la cintura y caemos enredados sobre las baldosas del baño. Catalina se recuesta sobre mí y su pelo castaño cae a nuestros costados. Respira agitada, mirándome y yo tomo su rostro, atrayéndolo para besarla otra vez. Mi corazón se acelera y espero, con todo mi ser, que con un beso pueda entender cómo me siento.

41. Consecuencias

♡ Catalina ♡

Ay, mierda, estoy perdida. Los besos de Mikel, sus manos mojadas recorriendo mi espalda, la forma en que me observa, divertido, mientras me arranca la camiseta empapada, va a matarme. El agua del jacuzzi se agita a nuestro alrededor cuando él lanza mi camiseta lejos y me quita el sujetador.

—No debiste meterte con ropa —murmura, besando mi cuello y provocando escalofríos en mi piel.

—No debiste empujarme al agua, Fakediós.

—Parecías bastante desesperada por que te follara en el agua —dice, con una sonrisa torcida en sus labios.

Sentada sobre él, miro su rostro, el pelo negro cae mojado sobre su frente y esos labios carnosos me sonríen prometiendo algo sucio. Desciendo la mirada y paso mis manos por sus hombros, por sus pectorales empapados. Mierda, siento su miembro duro debajo de mí, en el agua.

Estaba tan enojada cuando insinuó que hiciéramos un trío, porque él me ve como un juego o algo pasajero, pero en este momento, no me importa nada. Solo quiero su boca en la mía, perderme en esos ojos azules que penetran mi alma.

Voy a tener sexo con un semidiós por segunda vez en un día. ¡Qué suerte tengo! Sería una ilusa si además deseo que sienta lo mismo que yo por él.

Y no quiero ser una ilusa otra vez.

Mikel apoya la espalda en el jacuzzi y se hunde un poco más en el agua, dejando su rostro a la altura de mis pechos. ¡Dioses, ay! Me atrae hacia él y empieza a chupar uno de mis pezones, mientras recorre con sus manos mi espalda. La electricidad chispea ahí donde él succiona con sus labios y se esparce hacia mi vientre.

Ay, dioses de las tormentas y el sexo, verlo así, chupando mi pecho con los ojos cerrados, todo mojado, me va a enloquecer. Me

muevo sobre él, desesperada por sentirlo dentro de mí, y él vuelve a levantarse un poco, pegando su rostro al mío.

—Enana, espera...

Me aparta con cuidado y se pone de pie. El agua escurre por su cuerpo desnudo y me siento culpable porque no puedo quitarle los ojos de encima. ¿Tengo un problema?

Conchasumadre, qué culo tiene. En verdad es perfecto.

Debe haber alguna trampa, nada puede ser tan bueno.

Después de ponerse el condón, Mikel vuelve a hundirse, desparramando agua por todos lados otra vez. Me encaramo encima de él y lo rodeo con los brazos, empujándolo contra el borde del jacuzzi.

—Ey, calma —dice, riendo, mientras yo tanteo en busca de su miembro.

Ahí está, duro y listo. Me acomodo sobre él, pero Mikel me sujeta de los hombros.

—Enana, despacio, te va a doler. Con agua es diferente.

—Shhh. —Apoyo mis labios en los suyos y Mikel deja de protestar —. Cállate, Fakediós.

No sé qué me pasa. El ardor en mi entrepierna es demasiado; me abruma una necesidad terrible de sentir a Mikel. Mientras lo beso, abro más mis piernas y me deslizo sobre él, y, ¡ah!, mierda, sí que duele esta vez. Como si costara que entre.

Mikel me observa y abre la boca para hablar, pero yo vuelvo a besarlo, interrumpiéndolo. No quiero que se preocupe por mí, solo quiero que me folle. Si va a irse a fin de año, al menos voy a disfrutar de tenerlo dentro mío todas las veces que se me dé la gana.

Me muevo, hacia adelante y atrás, haciendo que entre más en mí y el agua se agita a nuestro alrededor. Mikel murmura alguna cosa en euskera y hunde su rostro en mi cuello, entre mi pelo mojado. Adelante y atrás, y dejo escapar un gemido porque duele de nuevo,

aunque esta vez, acompañado de un escalofrío de placer. Sujeto el pelo de Mikel entre mis dedos, inclinando su cabeza hacia atrás y sus ojos azules me encuentran, brillantes.

—Catalina... —murmura, rodeando mi cintura con sus brazos—, no pares.

Lo beso de nuevo y esta vez, me muevo más fuerte, encima de él. ¡Dioses! Su pene entra hasta el fondo y se me escapa un gemido de dolor, pero a la vez, mierda, ¡qué rico está! Estúpido y sexy Fakediós. Su aroma dulce a guindas me envuelve, embriagándome, mezclándose con el olor del jabón que hemos puesto en el jacuzzi. Continúo el vaivén de mis caderas y el dolor desaparece, dando paso una ola de escalofríos deliciosos, que se expanden desde mi vientre hacia mis piernas.

Adelante y atrás, más fuerte, más rápido. Más rico. Mikel gime y jadea, abrazándome; nuestros cuerpos sudando con el agua caliente, que chapotea entre nuestros pechos con cada movimiento.

—¡Ay, Mikel! —Me muerdo los labios para no gemir tan fuerte, pero es imposible, la presión dentro de mí es demasiada—. Ay, dios, por favor.

Ni siquiera sé qué es lo que estoy pidiendo. Solo sé que me voy a morir. El placer es demasiado, no soporto más, gimo y me aferro a él, moviéndome tanto como necesito para que la burbuja de electricidad, ese cosquilleo delicioso que siento, crezca, me recorra y...

—Catalina, espera —murmura, besando mi rostro, apretando mi cintura para que no me mueva tanto.

Respiro agitada y lo observo, sin dejar de moverme, disfrutando de sentirlo en mi interior. Nos miramos a los ojos, mientras yo me contoneo sobre él. Los ojos de Mikel están azules como los rayos de una tormenta, oscuros y a la vez brillantes. ¿Cómo puede ser tan lindo?

—Vas a hacer que me corra, enana —dice, besándome y respirando agitado.

Me muevo más despacio, mientras nos observamos. Mikel acaricia mi rostro y apoya su frente en la mía.

—¿Qué haremos, Mikel? —murmuro, intentando concentrarme en sus ojos y no en el placer que me provoca tenerlo dentro mío—. Con mi deseo, yo no puedo cum...

—Da lo mismo, enana —dice, con sus labios pegados a los míos —. Yo... Ah, joder, quédate quieta. —Suelta el aliento y aprieta mi cintura, estrechándome contra él e impidiendo que me siga moviendo—. Ya veremos qué hacemos con eso, ¿vale?

Asiento y Mikel me mira, muy serio. Aparta el pelo mojado que tengo pegado a la cara y besa mi mejilla, mi cuello, debajo de mi oreja y, ¿por qué se siente tan pero tan bien? Sin darme cuenta me estoy moviendo otra vez sobre él, sintiendo la presión de su miembro dentro de mí, el agua agitada a nuestro alrededor, mientras sube una mano y masajea uno de mis pechos.

¡Qué cosa más rica, por la mierda! Y ahora que lo hemos hablado, que no siento que le esté mintiendo porque no puedo cumplir ese deseo, algo se ha liberado dentro de mí. Mikel recorre mi cuello con sus labios calientes, aprieta mi pezón entre sus dedos mojados y los gemidos escapan de mi boca con cada vaivén de mis caderas. Me aferro a su cuello, me apego más a él, sintiéndolo hasta el fondo de mi ser y el placer estalla en mi interior, expandiéndose por todo mi cuerpo.

Adelante y atrás, más rápido y más fuerte y siento otro orgasmo, y otro, y otro. ¡Dioses! Ah, no puedo pensar. Mikel maldice y hunde su rostro entre mi pelo. Y de pronto, solo queda el placer residual de los orgasmos, pero me sigo moviendo, agitada, sin parar, disfrutando como él muerde mis labios y murmura mi nombre.

—Joder, qué caliente estás, enana —dice, sujetando mi rostro entre sus manos, con su frente apoyada en la mía—. Ah, mierda, no pares, sigue.

Y yo sigo, agitada, salpicando agua. Me muevo sobre él, todavía sintiendo escalofríos por todo mi cuerpo. Mikel busca mi boca, enreda su lengua con la mía y luego gime algo que no entiendo. Me

abraza, apretándome contra él, con su rostro en mi cuello y maldice mientras su pene empuja más dentro de mí.

—Ah, enana —dice, jadeando.

Sé que se ha corrido porque en esta posición, lo siento muy adentro y noto como se contrae. Su respiración cambia, calmándose y me estrecha más entre sus brazos, para que no me mueva más.

Respirando agitada, me recuesto sobre su pecho, aún con él dentro de mí. El agua está tibia y su olor dulce me adormece. Mikel acaricia mi pelo y me da un beso en la frente.

—Alguien se cansó —dice, riéndose.

¡Qué pesado! Pero no puedo evitar sonreír como una tonta, mientras lo abrazo. Cielos, tendré que hacer ejercicio, realmente me cansé. Mikel me rodea con los brazos y apoya su rostro en mi pelo. Mi respiración se vuelve más tranquila y solo se escucha el chorro del jacuzzi, que cada ciertos minutos echa más agua.

Un trueno retumba con fuerza.

Suspiro y hago ademán de levantarme, pero Mikel me sujeta entre sus brazos. Tiene los ojos cerrados y parece adormilado. La lluvia cae por los cristales de la ventana.

—No te vayas —murmura, acaricia mi pelo y empuja con suavidad mi cabeza para que la apoye en su pecho desnudo otra vez—, quédate aquí, enana.

Cierro los ojos, sintiendo su piel tibia en mi mejilla y el agua caliente a mi alrededor.

No voy a hacerme de rogar, me quedaría contigo para siempre, Fakediós.

♡♡♡

Es difícil describir cómo me siento estos días. Es como si flotara sobre burbujas de felicidad. Siento continuamente algo rico en el pecho, como si estuviera muy lleno. Pero son burbujas, precisamente, porque sé que en cualquier momento estallarán y caeré en un lugar profundo, probablemente más doloroso que cualquier cosa que haya sentido cuando perdí a Sebastián.

Sí, qué dramática, pero así me siento. Mikel es tierno y me ayuda a estudiar cuando no está entrenando con Sebastián, pero sé que tiene claro su objetivo de ser un dios. Lo sé porque continuamente está mencionando que lo que ha aprendido de derecho en Chile le sirve para su trabajo, que será mejor dios con esos conocimientos. Hasta cuando lee mis novelas de fantasía menciona el tema.

Ay, ya, pero no debo pensar en eso. Tengo examen mañana y aunque Mikel me ha ayudado a estudiar, aún no me aprendo todas las definiciones legales.

Dejo el cuaderno sobre la cama de Mikel y me giro hacia él, que está apoyado en el respaldo, leyendo muy concentrado una de mis novelas, "El Camino de los Reyes".

—Mikel, ayuda, no entiendo la discusión de los tratados internacionales.

Simplemente me ignora. Sus ojos recorren la página moviéndose veloces. Gateo hasta él y me siento a su lado.

—Yapo, ¡explícame! ¡Deja de leer eso un rato, Fakediós!

Él hace una mueca con los labios y me acaricia la cabeza con una mano, mientras con la otra sujeta el libro que es bastante gordo.

—Espera, enana, que esto es importante.

—¡Pero tenemos examen!

—Esto me sirve para ser un dios. Mira, ¿crees que pueda tener una lanza mágica como la de Kaladin? Mi aita tiene una lanza. —Sus ojos pasean por la página, mientras me acaricia la cabeza como si fuera un perrito—. ¿Por qué no me habías mostrado esto antes?

—¡Sí lo hice!

—Se la enseñaré a Haize, él tiene una espada mágica, aunque no sabe usarla bien todavía. Tal vez saquemos ideas de aquí para tener una lanza mágica.

—Pero si ni siquiera sabes pelear.

—Pero se ve cool. ¿Te imaginas cómo me vería yo con una lanza como esa? Haize sabe artes marciales, quizás él puede enseñarme algunos movimientos.

Resoplo frustrada y me quejo, diciendo que serán los peores dioses del universo, así de inmaduros como son. Comienzo a levantarme para seguir estudiando, pero Mikel me rodea de la cintura, deja caer el libro hacia un costado y usando el peso de su cuerpo me aplasta contra el colchón.

—Ya me distrajiste, enana maléfica. Ahora no puedes irte.

—¡Te distraje para seguir estudiando!

Mikel me observa divertido y acerca su rostro al mío, me da un beso en la comisura de los labios y acaricia mi nariz con la suya.

—¿Segura que quieres seguir estudiando?

¡Estúpido cuerpo traidor! Basta que sienta el olor de su pelo, que sus labios se apoyen en los míos para que cientos de cosquillas invadan mi piel, y más adentro.

El estrés que sentía por los estudios acaba de esfumarse.

—Sí, o sea no, es que... —murmuro con mis labios en los suyos.

Pero dejo las protestas cuando siento su lengua buscando la mía. Ay, qué rico sabe, por la mierda.

Mikel desciende sus manos por mi cintura, las acerca al broche de mis jeans y un escalofrío recorre mi espalda cuando siento sus dedos en mi piel, tratando de desabrocharlos.

Mi corazón se acelera de inmediato, pero se escucha el sonido de las llaves en la puerta. Mikel maldice, aparta sus manos de mis jeans y se deja caer sobre mí, frustrado, con el rostro hundido en la

almohada que tengo debajo. Dice algo en euskera y, aunque no entiendo, estoy segura de que son insultos.

La puerta se abre y Sebastián entra, cargando su bolso deportivo. Mi ex saluda de mala gana, mientras yo intento quitarme a Mikel de encima. Logro hacerlo a un lado y me siento al borde de la cama, viendo como Sebastián saca unas zapatillas del armario. Me arreglo el pelo e intento que mi cuerpo se calme, porque ya se había puesto como loco con el toqueteo de Mikel. Hemos tenido que estudiar tanto, que no hemos podido tener momentos a solas.

—Solo vine porque se me quedaron las zapatillas —dice Sebastián, guardándolas en el bolso—. No esperaba encontrarte aquí, Mikel, tenemos entrenamiento.

—Iba a ir después de... estudiar —dice Mikel y su voz suena ahogada porque aún tiene la cara contra la almohada.

Sebastián me lanza una mirada rápida, como si apenas quisiera mirarme y camina hacia la puerta. Mi estómago se aprieta y aunque me muero de ganas de quedarme con Mikel, me levanto detrás de Sebastián y lo sigo cuando abandona la habitación.

Camino detrás de él, pero no me hace caso y solo se detiene cuando lo llamo al doblar la esquina del pasillo.

—¿Qué pasa? Cata, no volviste esa noche en la fiesta, y sinceramente, creo que prefiero no saber por qué.

Sus ojos dorados me observan, su pelo ondulado reflejando la luz del bonito día primaveral que hay más allá de las ventanas del pasillo. Hay estudiantes sentados en el suelo, conversando o estudiando y Sebastián se apoya en la pared, para no estorbar en mitad de la pasada.

—Pero sí sabes por qué. Es lo que traté de explicarte esa noche. No quiero mentirte y, aunque dijiste que nos diéramos una oportunidad, creo que ya no hay vuelta atrás.

—Te acostaste con Mikel —dice, torciendo los labios. No es una pregunta, es más como si decirlo en voz alta reafirmara algo.

Es difícil reconocer esto ante él, especialmente después de que fui yo la que intentó reconquistarlo, pero asiento con la cabeza. Sebastián me observa un momento en silencio y luego suspira.

—Gracias por ser sincera. Mira, Cata, en verdad me da pena, pero ¿sabes por qué? —Aprieta los labios un momento y luego habla despacio—. Porque en poco tiempo, estarás sola y arrepentida de haber elegido a Mikel. Él me cae bien, pero es un chico superficial. Intenta no ilusionarte demasiado.

No digo nada y miro el suelo entre nosotros. No creo que Mikel sea superficial, pero parte de lo que dice Sebastián es cierto; no debería ilusionarme demasiado.

Mi ex da un paso hacia mí, apoya su mano debajo de mi mentón y lo alza para que lo mire. Sus ojos dorados brillan ligeramente.

—Igual, cuando eso pase, Cata. —Sus labios se curvan en una ligera sonrisa—. Yo estaré ahí para apoyarte, porque te quiero.

Abro la boca para responder, pero no digo nada. No tengo nada para decir. Me arrepiento de muchas cosas, pero jamás, jamás me arrepentiré de haber conocido a Mikel. ¿Elegirlo? Sonrío, como una tonta. Como si se pudiera elegir en el amor, como si no fuera una tormenta que te arrasa y te deja tirada en el suelo.

Dioses, ¿estoy pensando en lo que siento por Mikel como amor? Un escalofrío me recorre y no tiene nada que ver con los dedos de Sebastián tocando mi piel.

Escucho un carraspeo detrás de mí. Sebastián da un paso hacia atrás y retira la mano que tiene debajo de mi mentón. Me giro y encuentro a Mikel, que se ha cambiado a la ropa deportiva y lleva el bolso colgando del hombro.

—Nos vemos más rato, enana —dice y me da un beso rápido en los labios.

Le dedica una sonrisa torcida a Sebastián, que rueda los ojos y se da la vuelta para seguir su camino por el pasillo. Mikel me guiña un ojo y con un par de zancadas lo alcanza, le pasa una mano por sobre los hombros y dice algo que no escucho bien. Sea lo que sea,

hace reír a Sebastián, que lo empuja con el hombro, quitándoselo de encima. Los observo alejarse caminando juntos, conversando.

Me llevo una mano a los labios, donde aún cosquillean por el beso que Mikel me dio. Definitivamente, estoy perdida. Y tal vez Mikel sea esa tormenta que me pase por encima, pero prefiero que me deje tirada en el suelo, llena de electricidad, antes de ser una cobarde y no haberme internado dentro de ella.

No me importan las consecuencias.

ϟ Mikel ϟ

Tormentas, el entrenamiento fue especialmente duro. Estoy seguro de que Sebastián se ensañó conmigo a propósito, porque me hizo repetir los ejercicios al menos tres veces más que a los demás. Pero no voy a quejarme. Voy a ser un dios, no pienso mostrarme débil ante un mortal, mucho menos el ex de Catalina. Si así compenso su mal humor porque me acosté con ella, entonces bien.

Me termino de secar el pelo en los camerinos, rechazo la invitación de los chicos de ir a tomar cerveza, excusándome que tengo examen mañana, y me voy solo de vuelta a las residenciales. ¿Seguirá Catalina en mi habitación? De solo pensar en que estaremos solos de nuevo, se borra el cansancio del entrenamiento. Casi puedo sentir su piel debajo de mis dedos otra vez, imaginando el momento antes que Sebastián nos interrumpiera. Joder, apenas hemos podido estar solos. Tal vez debería considerar la opción de irme a quedar con Haize de forma permanente y así poder follar con Catalina cuando se me dé la gana.

Tengo que aprovechar de estar con ella, porque seguro la extrañaré cuando me vaya. Basta con que lo piense para que todo esto se vuelva desagradable, por lo que intento no hacerlo. No quiero arruinarlo pensando en algo que aún no sucede. Pero debo irme porque, con deseo o no, me convertiré en un dios y... Tormentas. No soy tan idiota para cometer los mismos errores que mi padre.

Coño. Si tan solo pudiera cambiar las reglas de ese contrato... Pero Haize tiene razón, no se puede. Mientras camino, pienso en mi madre y en el precio que tuvo que pagar por estar con un dios y, definitivamente, no podría hacer pasar por eso a Catalina.

Me importan demasiado las consecuencias.

Terminaré el año universitario y me iré.

Estoy a punto de llegar a los edificios de residencia, en cuyos cristales se refleja el sol del atardecer, pero me detengo. Siento un

aroma familiar a hierbas y una presencia entre los árboles, que murmuran con sus hojas bajo el viento de la primavera.

Atarrabi.

Me giro hacia mi derecha y debajo de un árbol de tronco grueso está mi hermano, con los brazos cruzados y la espalda apoyada en el tronco, observándome. Hay algo distinto en el brillo de su mirada. Algo que no me gusta para nada.

42. Egoísmo

ϟ Mikel ϟ

Los demás estudiantes pasan por el lado de Atarrabi, conversando y riendo, haciendo caso omiso de él. Como si no existiera o como si fuera una sombra más de las ramas de ese árbol antiguo.

¿Dónde se había metido estos días? Supongo que tiene sentido que esté de regreso, llevamos desde el domingo con buen clima. Me acerco a él, a pesar de que no tengo ninguna gana de verlo en este momento. En realidad no tengo ganas de verlo nunca.

—Te veías muy contento recién, Mikel. Pareces adaptarte a esto de ser un estudiante otra vez. Es muy tierno como te camuflas a la perfección entre ellos —dice cuando llego hasta él y pasea la vista por los estudiantes que deambulan por los jardines—. ¿Es por eso que estás arruinando el deseo de Catalina? ¿Para quedarte aquí eternamente y no ser jamás un dios?

—¿Qué quieres, Atarrabi? No me sobra el tiempo como a ti, tengo exámenes que aprobar. Puede que no lo entiendas, porque trabajar no lo es tuyo, pero lo que es yo, pretendo seguir siendo abogado luego de convertirme en un dios.

—¿Para qué? —El pelo dorado de Atarrabi se agita con el viento y una sonrisa desagradable se forma en su rostro—. No tienes necesidad de seguir sirviendo a nuestro padre cuando seas un dios. No como abogado, al menos. Mucho menos defendiendo a esa escoria de seres humanos que llamas clientes.

Inspiro lentamente, dejando que el aire llene mis pulmones. No pienso caer en las provocaciones de Atarrabi y su moralismo barato. Las personas como él, que han vivido siempre en una burbuja de perfección, ven la vida de dos colores. Blanco y negro. No entienden que a diferencia de ellos hay quienes no pudieron escoger entre hacer el mal o el bien. Si es que existe tal cosa.

Me alegro de haber conocido a Haize, o seguro estaría en la misma burbuja maravillosa sobre la cual cree flotar Atarrabi.

Me encantaría ver su cara cuando caiga en cuenta de que Haize está en Chile; lástima que mi mejor amigo no esté aquí en este

preciso momento. Por la forma tranquila y confianzuda en que mi hermano me observa, asumo que aún no se entera de que mi letal navaja ha venido desde Euskadi.

—Deberías cansarte de darme clases de ética, Ata. Lo que haga o no haga cuando me convierta en un dios, es asunto mío.

—Ufff —dice, mirando el cielo y rodando los ojos—. Al menos aún quieres convertirte en un dios.

—Claro que aún quiero convertirme en un dios, imbécil.

—¿Seguro? —Me dedica una sonrisa petulante—. A ratos lo pongo en duda. Quieres ser un dios, ¿aunque signifique no darle más besitos a tu pequeña humana? Pobrecilla, se le romperá el corazón.

Resoplo, ¿a qué vino? A nada importante, al parecer. No pienso seguir perdiendo mi tiempo con él.

—¿Qué te importa a ti el corazón de Catalina? Ella sabe que no voy a tener una relación, con ella ni con nadie. Tenemos las cosas claras desde el inicio. —Le doy la espalda para irme y agito una mano, despidiéndome—. Sigue jugando al clima bonito y todo eso. No te metas en mis asuntos.

—¿Lo ves? Al final, siempre terminas siendo el mismo egoísta de siempre.

Lo ignoro y comienzo a alejarme; no voy a caer en sus provocaciones idiotas.

—Me fui unos días a ver a nuestra madre, Mikelatz —dice y eso no es nuevo para mí, así que sigo caminando—. Creo que al fin he encontrado una cura para ella.

Me detengo. ¿Una cura? Los sonidos a mi alrededor desaparecen, mi corazón se acelera y… No. No puede ser cierto. Pero Atarrabi es incapaz de mentir. ¿Cree de verdad haber encontrado una cura?

Me giro hacia él y sé que en serio lo cree; está reflejado en su mirada, en la seriedad de su rostro. Ni él ni yo bromearíamos con esto.

La voz me raspa la garganta cuando deja mi boca seca.

—Te escucho.

Pienso en mi madre y una parte de mí se ilusiona antes de que Atarrabi diga siquiera algo. No puedo evitar imaginar mirarla a los ojos y que, por una vez, ella no me vea como un absoluto desconocido.

ϟϟϟ

Estoy agotado cuando vuelvo a la habitación. No solo por el entrenamiento, sino mentalmente. Aunque Atarrabi insista con que aún no es seguro, si me lo dijo es porque debe tener bastantes antecedentes de la posibilidad de curar a mi mamá.

El problema es... ¿cuál es la consecuencia de eso? ¿Recordará nuestra existencia? ¿El tiempo que pasó con nosotros cuando niños? ¿Se acordará de mi padre? Pero, por sobre todo... ¿le traerá más dolor que felicidad?

Cierro la puerta y aunque está oscuro veo la silueta de Catalina dormida sobre mi cama, apenas iluminada por la luz del farol del jardín que ingresa desde la ventana. Lanzo el bolso al suelo, me quito las zapatillas y me recuesto despacio junto a ella en la cama. Su pecho sube y baja con suavidad mientras estiro las mantas lo que más puedo para taparla.

—Fakediós —murmura, media dormida y se acurruca contra mí.

Me acomodo y le paso un brazo por encima, apegando más nuestros cuerpos. Huele bien. La observo, concentrándome en ella y no en el lío de pensamientos que tratan de invadir mi cabeza. Tiene las manos apoyadas contra mi torso y sus pechos se asoman en el escote de su camiseta, aplastados contra sus brazos.

Es extraño lo que me pasa con Catalina. Ahora que lo pienso, creo que nunca me había ocurrido. Siento ganas de quitarle la ropa y follar otra vez con ella y, al mismo tiempo, deseos de no hacer nada y continuar abrazados de esta forma; no interrumpir esa paz que parece tener en este momento, respirando tranquila y con los ojos cerrados.

Y no lo hago. ¿Para qué voy a despertarla? Simplemente cierro los ojos y trato de apartar los pensamientos desagradables, pero es imposible. No solo me abruman los asuntos relacionados con mi madre, sino las demás palabras que dijo Atarrabi. ¿Tendrá razón mi

hermano? Detesto su forma de pensar, pero, aunque en ese momento hice como que no me importaba, hay algo de lo que dijo que no logro quitarme de la cabeza. Especialmente ahora que veo a Catalina dormir contra mi pecho, tan tranquila y confiada.

¿Tendrá claro que no vamos a tener una relación? Asumí que sí, porque siempre lo he dicho, pero...

Ella confía en mí.

Confía demasiado en mí.

¿Estoy siendo egoísta? Probablemente sí. Siempre lo he sido. Nunca lo he ocultado y he asumido que soy caprichoso; no es algo que me molestara de mi personalidad.

Hasta ahora.

♡ Catalina ♡

¡Cielos! ¡Soy tan torpe! ¡Obvio que me quedé dormida en la cama de Mikel toda la noche! En vez de haber estudiado, como se suponía que iba a hacer.

Pero ya, debería calmarme; de todas formas llevamos tres días repasando la materia. ¡Pero tres malditos días en que estaba más concentrada en los ojos azules de Mikel! En la manera que tienen de brillar cuando me explicaba muy emocionado cosas del derecho —que no son nada emocionantes, salvo para él—, o en imaginarme lo guapo que se vería con traje formal para el examen, en vez de su explicación sobre las normas constitucionales. ¡¿Cómo voy a aprobar así?!

Avanzo por el pasillo hacia el aula magna, donde es el examen oral, lo más rápido que me es posible con estos zapatos de tacones. Es un salón enorme y elegante. ¡Además tendré que hablar frente a todas las personas de la clase! Ojalá no me hubiera distraído tanto con mis pensamientos sucios estos días. Sujeto la mochila con firmeza en mi hombro, me paso una mano por el pelo para ordenarlo y me detengo en la entrada del salón, antes de ingresar. Mientras escucho el bullicio de mis compañeros dentro, conversando antes del examen, aliso la falda tableada y la chaqueta formal que llevo puestas.

Soy terrible. Debí estudiar más. En serio pensé que una vez que tuviera sexo con Mikel mis hormonas iban a calmarse, ya que al fin habían obtenido lo que querían. Pero no. Todos estos días, en vez de concentrarme, no podía parar de pensar en sexo, ¡estoy enferma!

Sin embargo, ahora, en este preciso momento, veo todo con claridad. Mi mente está despejada, probablemente por los nervios del examen. Suelto el aliento y estoy tan nerviosa que, ¡dioses tormentosos!, no podría pensar en sexo ni aunque tuviera a Mikel desnudo frente a mí.

Empujo la puerta del gran salón, doy un par de pasos y cuando mis ojos se acostumbran a la enorme cantidad de luz que ingresa

desde los cristales amplios que hay al fondo, mi corazón se detiene. El tiempo se detiene, el universo se detiene.

Retiro lo dicho. ¡Maldito semidiós de las tormentas! Mikel está apoyado en un uno de los respaldos de los asientos mientras conversa con nuestros compañeros y los rayos de luz iluminan su perfil. Una camisa blanca se ciñe ligeramente a los músculos de sus brazos y su pecho, y siento unos deseos irresistibles de arrancársela. Tiene colgando del hombro una chaqueta formal, del mismo color azul marino que los pantalones de tela que se ajustan a sus piernas largas. Corbata vino tinto, zapatos negros impecables y el cabello negro peinado hacia atrás, con gel o algo que lo mantiene ordenado y le da aspecto húmedo.

Es un dios.

Inspiro e intento sonreír como si no acabara de quedar deslumbrada como una idiota. Camino entre mis compañeras y compañeros, quienes conversan sobre la materia que nos van a preguntar en el examen, vestidos lo más elegante posible. No tengo amigos acá, suelo juntarme con Fernanda y sus amigas, no con la gente de mis clases. Un par de chicas me dan una ojeada de pies a cabeza mientras me abro paso entre los murmullos del salón, intentando caminar lo mejor posible con los tacos a los que no estoy para nada acostumbrada y me siento algo fuera de tono, pues yo no tengo el dinero que tienen la mayoría de estas personas y mi falda y chaqueta no son Gucci.

Pero, entonces, Mikel se gira hacia mí y sus ojos azules parecen iluminarse un momento. La sonrisa que tenía mientras charlaba con sus compañeros, titubea, mientras me recorre descaradamente con la mirada.

Bueno, parece que yo también puedo deslumbrarlo a él.

Eso me da ánimos y me acerco, ignorando a las compañeras que estaban cuchicheando sobre mi ropa. Tal vez no tenga un Gucci, pero tengo a un semidiós sexy para mí sola.

Por ahora.

Mikel le da la espalda a los chicos con los que conversaba y de dos zancadas llega hasta mí. Me observa un momento, luego se inclina y me da un beso cariñoso en la mejilla.

—¿Estás nerviosa? Relájate, eres de las primeras en la lista, te tocarán las mejores preguntas.

¿Nerviosa yo? Solo intento tener las manos en los bolsillos y no abalanzarme sobre ti, Fakediós.

—Estoy bien —digo y aparto la mirada. No puedo estar pensando en Mikel ahora, ¡tengo un maldito examen!

Paseo los ojos por el salón e identifico el mesón donde está la lista que debemos firmar. Voy a caminar hacia allá, pero Mikel me toma la mano un momento y me detiene.

—Oye, enana, ¿qué vas a hacer esta tarde? ¿Podemos vernos un rato?

Estoy a punto de decirle que sí, pero luego recuerdo que quedé en ir a tomar café con Fernanda y sus amigas.

—Tengo planes y no puedo seguir evadiendo a Fernanda. Me ha reprochada toda la semana porque me pasé todo el finde contigo —y me pasaría cada segundo de mi vida, pero debo ser una persona digna—. ¿No ibas a verte con Haize?

Omito comentar mis pensamientos celosos, donde lo imagino muy acaramelado con Haize en el hotel. ¿Por qué tiene que ser mejor amigo de su ex sexy? O tal vez soy yo la que debería dejar de leer novelas de romance gay.

—Eso es mañana. No lo veré hoy —dice Mikel y me observa un momento—. Vale, si no puedes, ¿es posible que después de mi turno me esperes en el pasillo? En serio debo decirte algo.

—¿Algo?

—No te preocupes ahora, solo... —Mikel hace una ligera mueca de desagrado con los labios—. Tenemos que hablar. Pero después del examen.

El día pierde todo su color. Asiento en silencio y me muerdo el labio, nerviosa. Él me da otro beso en la frente y vuelve con sus compañeros. Camino como una autómata hacia el mesón a firmar la lista y toda la felicidad se ha esfumado de mi cuerpo.

Tenemos que hablar.

Mierda. ¿Puede haber una frase peor que esa? Bueno, al menos ha quitado el sexo de mi cabeza. Porque ahora todo lo que puedo pensar son cosas terribles; todos escenarios donde Mikel me dice que ya se aburrió de mí, que bueno, solo estábamos fingiendo y esas cosas. ¡Ah! No. Catalina, no seas tan insegura. Te acaba de dar un beso. Bueno, pero fue un beso en la frente. Cualquiera se da besos en la frente. ¿Fue un beso en la frente de amigos?

Estoy ante el mesón y de pronto me doy cuenta de que he paseado los ojos tres veces por la lista sin ver mi nombre, porque no estaba poniendo atención.

Tenemos que hablar.

¡¿Por qué me dice eso?! Lanzo una mirada hacia donde está hablando con sus compañeros, y aunque sonríe a medias escuchándolos, me parece que está más serio de lo normal.

Sí, definitivamente va a decirme algo malo. Estoy segura.

¡Sabía que todo esto no podía ser tan bueno!

Se escuchan bullicios más fuerte en el salón y me doy cuenta que es porque la profesora ya ha ingresado y está subiendo los peldaños hacia el podio donde se tomará el examen oral. Examen en el que no lograré concentrarme, aún menos que antes, pensando en esas horribles palabras.

¿Qué mierda tenemos que hablar?

Ahora sí voy a reprobar. Genial.

43. Tenemos que hablar

♡ Catalina ♡

¡Estoy tan feliz! ¡Me saqué un cinco! ¡Soy la mejor! Bueno, no exactamente la mejor porque varias compañeras se sacaron mejor nota que yo, y Mikel se sacó un siete[25]. Pero para mí, que no he sido la más estudiosa estos últimos días, estuvo muy bien.

Salgo del baño y regreso al pasillo donde quedé en juntarme con Mikel, pero la felicidad disminuye con cada paso que doy, al recordar que "tenemos que hablar". Él sonríe cuando aparezco en su campo de visión y mete las manos a los bolsillos, mientras tiene su espalda apoyada en la pared. Dioses, se ve tan lindo con ese traje, que me cuesta apartar los pensamientos, o más bien, los recuerdos. ¿Cómo no pensar en ese cuerpo delicioso que hace un par de noches estaba desnudo contra el mío? ¿En esos ojos azules que me hacen suspirar solo con verlos? Quisiera tanto tenerlo otra vez desnudo contra mí.

Tenemos que hablar.

Ok, esas palabras son suficientes para derrumbar esos pensamientos. Me detengo a un paso de Mikel, mientras los murmullos del aula, donde aún se imparte el examen, llegan hasta nosotros.

—Felicidades, enana, ¡lo hiciste bien! —Mikel ladea el rostro, confundido—. ¿No deberías estar más emocionada?

Me apoyo en la pared junto a él y miro mis zapatos. Siento su aroma a guindas e intento relajarme. ¿Por qué estoy tan nerviosa? No puede ser tan terrible. Ni siquiera puede terminar conmigo, no es que seamos novios. ¡No somos novios y ya van a terminar conmigo! En verdad sí que es terrible.

—Quería una mejor nota —miento, jugando con el dobladillo de mi falda.

Mikel se ríe y dice que soy demasiado exigente, que es mi primer año y que me irá mejor en los que siguen. Yo solo puedo pensar que esos años que siguen... serán sin él. Ya sé que ha sido solo un

semestre, pero creo me he apegado demasiado, porque ya no logro imaginarme este lugar sin que esté mi semidiós tormentoso.

¿Por qué no va al grano? Se ha puesto a hablarme de las preguntas de examen que estaban haciendo mientras fui al baño, pero no logro concentrarme en sus palabras. Si va a decirme algo malo, ¿por qué no me lo dice y ya?

—Oye, Fakediós —digo, interrumpiéndolo, aún sin atreverme a mirarlo, buscando la forma de dirigir la conversación hacia lo inevitable—. ¿Si no puedo cumplir el deseo perderé mi beca?

Siento la mirada de Mikel sobre mí, pero no levanto la mía.

—No lo sé, depende de lo que decida mi padre. Pero, enana, aún podemos intentar un par de cosas para que se cumpla. Y no..., no la que sugirió mi hermano, si estás pensando en eso.

—¡No estoy pensando en eso!

—Me alegro.

—Igual no es asunto tuyo —digo, sin pensarlo.

¿Por qué digo esas cosas? Siempre que creo que pasará algo malo, me pongo así. Como si quisiera arruinarlo antes de que lo haga él. Aprieto las manos a causa del silencio de Mikel, pero me sobresalto porque se aparta del muro y se acerca a mí. Siento el nudillo de sus dedos en mi mentón y levanta la mano, obligándome a mirarlo.

—¿Ah, no? —dice, con una sonrisa maliciosa en su rostro—. ¿Y nuestro trato de exclusividad?

La luz de la ventana del pasillo da contra su espalda, dejando su rostro en las sombras, donde sus ojos azules brillan ligeramente.

Contengo el aliento. ¿Exclusividad? Ni siquiera necesitábamos eso. Soy toda tuya Fakediós, de nadie más.

—Tú te vas a ir, Mikel. ¿Qué importa al final?

El dedo con el que acaricia mi mentón se detiene y su sonrisa titubea. Me observa, como si estuviera pensando, dudando. ¿Dudando de qué?

—Enana, mira, lo que...

—¿De eso querías hablar, verdad? ¿De que te vas a ir? Que no me acostumbre y esas cosas —digo, agitando una mano—. Que no puedes tener una relación. Pero yo no te he pedido una relación, Mikel. ¿Por qué asumes que todas las personas con las que te involucras quieren...? No sé, ¿casarse contigo? —Suelto una risa fría —. Por eso te apartaste de Esteban en su momento, ¿no es así?

—Bueno, es que...

—¡Es que nada! No te he pedido que seas mi novio ni algo por el estilo.

Sus ojos se pasean por los míos y frunce el ceño. Su mano, que estaba en mi mentón, se detiene y se desliza por mi cuello hasta mi hombro, donde la deja apoyada. Abre la boca para decir algo, pero parece pensárselo un momento y calla. Adentro, en el salón, se escuchan aplausos; probablemente alguna compañera se sacó un siete. Un par de alumnos pasan detrás de Mikel, caminando por el pasillo, pero apenas nos prestan atención y siguen su recorrido hacia otra aula.

—¿Por qué estás diciéndome estas cosas, Catalina?

La voz de Mikel es grave y baja. Juraría que hay cierta inquietud en su mirada, algo que no suele percibirse en esos ojos que siempre parecen tan seguros de sí mismos.

—Creí que... de eso querías hablar. ¿Qué más va a ser? He visto cómo te comportas con otras personas. Hemos estado muy cerca estos días y pensé, que tal vez, estabas preocupado de mis sentimientos y esas cosas.

Él entorna los ojos e inclina un poco la cabeza.

—Tal vez —dice.

—¿Tal vez?

—Ajám, ¿qué importa? —Sus labios se curvan hacia un costado en una media sonrisa—. ¿Para qué decirte lo que te iba a decir, si tu acabas de asumirlo todo? No es necesario, ya que lo sabes todo, ¿verdad?

Entorno los ojos también, y mientras dentro del salón se oye el eco de la voz de quien sea que esté dando el examen, y mientras por el pasillo pasan unas cuantas alumnas atareadas hacia algún salón, nos miramos el uno al otro. Sus palabras son evidentemente sarcásticas, pero no logro decidir si realmente está burlándose o de si efectivamente era eso de lo que quería hablar.

—Bueno, lo siento, tal vez no debí asumir cosas antes de dejarte hablar.

Ahora sonríe de verdad, levanta la mano que tenía en mi hombro y me aparta un mechón de pelo de forma cariñosa.

—Está bien —dice, mirándome.

—¿Sí?

—Sí. No era eso exactamente de lo que quería hablar, pero luego de lo que has dicho, de todas formas no tiene sentido. Tal vez yo también he estado asumiendo cosas que no son.

¿Ah sí? Dioses, ahora me ha dejado peor. ¿Qué es lo que había estado asumiendo? ¡No entiendo nada! Levanto mis manos y sujeto con ellas el borde de la chaqueta formal que lleva abierta.

—Igual puedes decirme. —Busco su mirada e intento no marearme con el olor dulce que emana de su piel.

—Que va, no es necesario.

Eso me pasa por hablar demás, como siempre. Tiene una expresión divertida en sus ojos, pero aun así me molesta no saber qué me iba a decir.

—¿Todo bien, entonces? —murmuro.

No responde de inmediato. Me observa unos segundos y luego se inclina hacia mí. Me quedo muy quieta cuando roza mis labios con los suyos. Parece dudar un momento, pero luego los apoya contra mi boca y el corazón se me acelera al sentirlos, tibios y blanditos contra los míos. No sé si algún día me acostumbraré a besar a Mikel, es demasiado embriagador; como nuestras bocas se unen y encuentran de inmediato el ritmo perfecto. Esa electricidad que me

recorre entera, ¿será porque es un semidiós? Nunca nadie había hecho que me estremeciera así solo por un beso.

Se aparta un poco y yo observo su boca, deseando más.

—Todo bien, enana. —Me da otro beso y luego sonríe, con sus labios apoyados en los míos—. Nada de sentimientos, ¿eh?

—Nada.

Mikel se ríe, mirándome divertido.

—Es bueno saber que eres una mujer malvada, sin sentimientos. —Me da otro beso—. Que no confunde las cosas y que cuando me vaya, no me va a extrañar.

Su cuerpo aprieta el mío contra la pared del pasillo, mientras me besa de nuevo. Yo asiento como una tonta a las palabras sin sentido que está diciendo, dejándome llevar por esos labios que tanto me gustan. Pero él se aleja un poco y acaricia mi pelo.

—Gracias, por ser sincera conmigo. —Me da un beso en la frente —. Voy al baño, ¿nos vemos a la noche? ¿Después de tu cita con tus amigas?

Asiento y él sonríe, se da media vuelta, mete las manos en los bolsillos y camina hacia el baño. Mi cuerpo, que hace un instante revoleteaba de felicidad por sus besos, se estremece porque se aleja. Aprieto las manos, observando su silueta que resplandece bajo la luz que entra por las ventanas del pasillo. Dioses, me siento así solo porque se aleja unos metros, ¿qué va a ser de mí cuando se vaya a otro país? ¿O a dónde sea que van los dioses?

Mi pecho se aprieta. ¿A dónde van los dioses?

Mierda, ¿lo volveré siquiera a ver alguna vez?

Gracias, por ser sincera conmigo.

¿Por qué debo sentirme culpable? ¡Es él quien me va a dejar! ¿Qué importa si le miento? ¿Qué importa si...?

Ah, maldición.

Cuando Mikel gira en el pequeño pasillo donde está el baño, desapareciendo de mi vista, corro detrás de él.

—¡Mikel!

Él se detiene y se voltea. Me mira sorprendido y rodeo su cintura con mis brazos, estrechándolo y apoyando mi cabeza en su pecho.

—Lo siento, es mentira. Perdona, pero es mentira.

—¿De qué hablas, enana? ¿Es mentira qué? Oye... —Me toma por los hombros y me aparta un poco, buscando mi mirada. Pero no puedo verlo a los ojos; aferro su camisa y observo como se arruga entre mis dedos—. ¿De qué estás hablando?

Aprieto los labios, negando con la cabeza. No puedo hablar.

—Enana, dime.

Apoyo mi frente en su pecho, aferrando más la suave tela entre mis manos.

—Sí voy a extrañarte, Mikel. Mucho. Demasiado. —Mi voz tiembla, pero intento respirar—. Perdona, quería... no quería ser... —Aprieto la boca otra vez. ¿Cómo decirle esto?—. Yo... lo siento.

¿Por qué me cuesta tanto? De pronto es como si asimilara que de verdad se va a ir. Que no volveré a estudiar con él, ni dormir con él calentita como anoche, ni despertar con él, ni...

—Enana, espera. Para. —Mikel toma mi rostro entre sus manos y lo levanta. Sus ojos azules se ven eléctricos en las sombras del pasillo—. ¿Por qué coño me estás pidiendo disculpa?

—Porque... voy a echarte mucho, mucho de menos, Fakediós.

Listo. Ya lo arruine todo. Sentimientos involucrados. Mikel guarda silencio y pasa su pulgar por mi mejilla, limpiando una lágrima traidora que se ha escapado de mis ojos.

—A veces de verdad eres gilipollas, Catalina. —Inclina su cabeza y apoya su frente en la mía—. ¿Acaso piensas que yo no te voy a extrañar?

Mi estómago se aprieta y respiro agitada. Me muerdo los labios, porque no soy capaz de hablar. Mikel roza su nariz con la mía y su voz me produce escalofríos.

—Joder, enana, no seas tonta. Yo —murmura—, también te voy a extrañar mucho.

Cierro los ojos, asimilando sus palabras y siento sus labios otra vez, calientes y húmedos contra los míos. Su olor a guindas me inunda y rodeo su cuello, mientras nos enredamos en un beso intenso. Mikel retrocede un paso, sujetándome de la cintura, mientras me aferro más a él y su espalda choca con la puerta del baño que se abre. Ambos entramos tropezando y casi nos caemos, pero Mikel se apoya en la pared y me rodea con los brazos otra vez.

—Enana —murmura y me besa.

Dioses, qué besos tan ricos da. ¡Ojalá pudiera retenerlo, que no vaya a ningún lugar! Su lengua se encuentra con la mía como si fuera lo único que existe en el universo. Todo mi cuerpo se estremece y mi corazón se acelera cuando Mikel baja una mano por el dobladillo de mi falda y empieza a subirla por el interior de mi muslo. Se detiene un momento, al rozar con sus dedos mi ropa interior, pero yo me aprieto más a él, devolviéndole un beso aún más intenso, dándole a entender que siga.

Siento su boca sonreír contra la mía, corre mi tanga hacia un lado y me besa, mientras empieza a tocar mi entrepierna. Mierda, me gusta tanto sentirlo pegado a mí. Me encanta como me sujeta de la cintura, como sus dedos se hunden en mi interior, como sus labios besan debajo de mi oreja, mi cuello, provocando escalofríos por todos lados.

¿Qué voy a hacer sin esto?

—Mikel —murmuro, bajando mis manos a su pantalón y soltando los botones.

Abro los ojos y encuentro los suyos, mirándome con intensidad, con una pregunta reflejada en ellos. Tiro de su mano hacia uno de los cubículos de los baños y lo empujo dentro. Cierro la puerta del cubículo con seguro y me giro hacia él. Me observa respirando agitado. La luz de las ventanillas del baño se desparrama sobre él, realzando el contraste negro de su pelo desordenado y el azul de sus ojos, el traje formal desordenado y a medio quitar.

Debería quitárselo por completo, ahora ya.

Lo bueno de esta universidad cara, es que los baños están siempre limpios y relucientes, por lo que no me lo pienso dos veces y me cuelgo del cuello de Mikel, empujándolo para que se siente sobre la tapa del baño. Él se ríe cuando me encaramo a horcajadas sobre sus piernas y lo beso, enredando mis manos en su pelo, disfrutando de lo sexy que se ve con el rostro ruborizado y el pelo desordenado. Lo beso debajo de la oreja, en el cuello y deslizo con mi mano el cierre de su pantalón. Tomo su miembro duro y lo froto, mientras Mikel sujeta mi rostro y busca mis labios otra vez.

—Tengo —dice, mientras me besa—, un condón —otro beso—, en el bolsillo.

Busco en su pantalón, lo encuentro y lo saco de manera torpe, sintiéndome ligeramente avergonzada porque Mikel me mira con atención.

—¿Sabes ponerlo? —dice, riéndose.

—¡Claro que sé ponerlo! —pero se me enreda en las manos y ni siquiera logro abrirlo, porque él me pone nerviosa. ¡Dioses!

Mikel se ríe y me quita el sobre. Siento el rostro arder mientras lo rompe y me pasa el condón.

—De nada —dice, mientras bajo mis manos hacia su miembro y deslizo el látex alrededor de él—, uy, sí sabe ponerlo.

—Cállate, Fakediós —digo, empujando sus hombros contra la pared del baño.

—¿Siempre te pones mandona con el sexo? —Se ríe mientras me encaramo otra vez sobre él y levanta una ceja—. ¿Me vas a dar instrucciones, ama?

Me acomodo encima de su pene, pero me limito a dejarlo apretado entre mis piernas. Los ojos azules de Mikel me observan, oscuros como el color de su traje.

—Sí, ¿quieres estar dentro de mí, Fakediós? —digo, estrechándolo más entre mis piernas, sin dejarlo entrar e inclinando mi rostro hacia él para besarlo.

Mikel aprieta mis muslos, empujando hacia abajo, pero yo mantengo mis piernas bien apretadas, mientras saboreo sus labios.

—Me muero por estar dentro tuyo, enana —murmura.

Un escalofrío me recorre cuando muerde mis labios, pero me contengo y lo miro a los ojos.

—Entonces, dime, ¿de qué querías hablar?

La sonrisa desaparece de su rostro y frunce ligeramente el ceño.

—Ya no es...

—Vamos, Mikel. Dime. —Lo interrumpo, apretando su pene con la mano y masajeándolo. Él suelta un gemido—. Yo te dije la verdad.

Me observa un momento, mientras sus manos suben hacia mi cintura.

—Déjame entrar y te diré.

Me calienta demasiado verlo debajo de mí, acalorado y desordenado, pidiéndome estar en mi interior. Así que esta vez, cuando él presiona mi cintura hacia abajo, abro mis piernas y dejo que se deslice dentro de mí. Mikel suelta el aliento y sus ojos se oscurecen más. ¡Oh, dioses!, es como si hubiera olvidado lo bien que se sentía.

Un escalofrío me recorre y por instinto me muevo hacia adelante y atrás sobre él, despacio. Mikel toma mi rostro entre sus manos y me besa, mientras meneo lentamente mis caderas y un gemido escapa de sus labios entre los míos. O tal vez he sido yo, ¡no lo sé!

Mi cuerpo pide más, pero recuerdo que se suponía que iba a decirme algo y me detengo.

—Dime, qué, era —jadeo, dejando de moverme, con él aún dentro de mí.

Ah, es tan difícil, quedarme quieta cuando se siente tan rico.

—Enana —dice, besándome y acariciando mis muslos—. Solo era una pregunta.

—Cuál.

Necesito saber esa pregunta antes de seguir con esto, por lo que contengo los ruegos de mi cuerpo, que suplica que me vuelva a mover.

—Vale, era una pregunta —dice, rozando mi nariz con la suya—. Quería saber si... Si pudieras elegir, cuando me vaya, ¿preferirías olvidarte de mí?

—¿Qué?

Perpleja, observo sus ojos azules, que brillan bajo la luz de las ventanillas del baño. ¿De qué mierda está hablando?

—Si pudieras elegir olvidarte de mí, de todo lo que pasó. De que existí, ¿lo harías? —Mikel ladea el rostro—. ¿No preferirías jamás haber sabido de mí, y no extrañarme ningún día de tu vida?

Me cuesta entender lo que está diciendo, de lo absurdo que es, pero su mirada me dice que va muy en serio. Y no solo, eso. No sé qué es, pero percibo algo que me inquieta. Como si fuera una trampa. Como si al preguntarme esto, me estuviera en realidad preguntando algo más.

Y no tengo idea qué es.

44. Te quiero

ϟ Mikel ϟ

Se siente tan bien estar dentro de ella. Tanto, que esperar la respuesta a mi pregunta es una tortura. La verdad, es que jamás pensé que me iba a importar de esta forma. A pesar del placer que recorre mi cuerpo por lo deliciosa que está por dentro, solo soy capaz de enfocarme en sus ojos que brillan como miel fundida mientras me mira. Como si así pudiera averiguar qué está pensando.

—¿Olvidarte? —Lo dice como si fuera imposible—. Mikel, no voy a olvidarme de ti.

Tormentas, no lo entiende. Y no puedo explicárselo, son cosas de los dioses que no tienen que ver con su deseo.

—¿Pero si pudieras, vale? Si existiera la forma de que te olvides, para siempre. Ningún recuerdo. ¿No sería más fácil cuando me vaya?

Catalina rodea mi cuello con los brazos y me observa, pensativa. Se acomoda ligeramente y, mierda, eso se sintió bien. Pero lo está pensando demasiado, eso no se siente bien.

¡Joder! ¿Por qué me afecta tanto? Solo se lo pregunté porque no sé si estoy siendo egoísta al tratar de devolver los recuerdos de mi madre, pero ahora que espero y veo como Catalina lo piensa mucho, mierda.

—Es cierto que sería más fácil —murmura ella e inclina la cabeza hacia un lado—. No recordar lo rico que es hacerlo contigo, Fakediós. ¿En serio es una opción?

Se apega más a mí y acerca sus labios. Los apoya en los míos y menea ligeramente las caderas, haciéndome sentir en el cielo. Oh, mierda. ¿Cómo puede sentirse tan bien? Me pierdo un momento en su boca, que está caliente, igual que su sexo. Casi me olvido de la ansiedad de esperar su respuesta. Desearía tanto no tener un maldito condón entre nosotros dos. Debe ser algo divino estar dentro de ella sin esta cosa de látex.

—Ay, Mikel —se escapa un gemido de sus labios y un escalofrío me recorre.

Aprieto su cintura para que se mueva un poco más y ella lo hace. Reprime otro gemido y mi vientre se contrae de placer. Joder. Afuera de nuestro cubículo, la puerta del baño se abre y se escuchan dos chicas que ríen y entran conversando sobre el examen.

Catalina se mueve un poco más y se le escapa otro gemido. Mierda, me río y aprieto mis labios contra los de ella.

—Shhhh —susurro, dándole un beso.

Recién entonces se da cuenta de que entró gente al baño y abre muchos los ojos. Contengo la risa que me causa ver el brillo de pánico en sus pupilas y como levanta los pies para que, desde afuera, no se vea que hay dos personas en el cubículo.

Las dos chicas que ingresaron al baño guardan silencio un momento, tal vez porque escucharon algo, pero luego retoman su conversación, amortiguada por el ruido del agua que hacen correr en el lavamanos.

—¡No puedo creer que tendré que cursar este semestre de nuevo! ¡Examen de mierda!

—Es tu culpa, Naty, por andar webiando.

Mientras las dos chicas hablan, Catalina me observa en silencio, aún levantando los pies, como intentando rodear mi espalda con sus piernas. Tomo sus caderas, las muevo y disfruto de lo rico que se siente y de como ella jadea y trata de detenerme.

—Para, Mikel —susurra, con los labios pegados en mis oídos, pero la muy descarada se mueve otra vez, haciendo que una corriente de electricidad recorra mi espalda.

Coño, me importa una mierda si hay gente. Con una mano sujeto su rostro para besarla y con la otra empujo sus caderas, incitándola a seguir. Ella se contiene y se me escapa una risa justo cuando las otras dos chicas guardan silencio.

—¿Hay alguien follando en el baño? —pregunta una.

—¡Qué chucha! ¡Qué gente tan demente! —dice la otra.

Catalina se muerde el labio y se queda quieta. Yo la observo divertido mientras las dos chicas lanzan insultos y se van del baño. Los ojos de Catalina brillan bajo la luz de la ventana y sus mejillas están rojas, el pelo largo y castaño cayendo desordenado alrededor de su rostro. Tormentas, me gusta tanto. Nos miramos en silencio, repentinamente serios, mientras ella se mueve despacio sobre mí. Estoy tan caliente, pero a la vez, algo me inquieta.

—Mikel —dice y rosa sus labios con los míos—, si hubiera un poción para olvidarme de ti, ¿me harías el favor de dármela?

Miro sus ojos color miel y mi estómago se aprieta. Bueno, ella siempre ha sido sincera conmigo. Es algo que me gusta de Catalina.

—¿En serio? —Las palabras salen secas de mi garganta.

Catalina asiente y se queda muy quieta.

—Está bien —digo—, si existe, te la daré.

—¿Lo prometes?

Suelto el aliento, como si así pudiera desprenderme de la desagradable sensación que tengo en el pecho.

—Lo prometo.

Ella sonríe y me besa. Pero no me siento bien.

—Más te vale que lo hagas —murmura y roza su nariz con la mía —. Necesito que me la des, *Mikelatz*, para tirarla al suelo, pisotearla y encargarme de que nunca me vuelvas a preguntar algo así.

—¿Qué?

Tormentas. ¿Me está jodiendo con esto? Maldita desgraciada, ¡si supiera lo mal que me hizo sentir! No sé por qué estoy sonriendo como un idiota si debería mandarla a la mierda. ¡No fue gracioso!

—¡No te rías, Fakediós! ¡Estoy hablando en serio!

—Yo también.

Demasiado en serio.

—¡No vuelvas a ofrecerme algo así, jamás! —Catalina frunce el ceño y me observa—. Prefiero sufrir durante mil días antes que

olvidarme de ti.

—¿Solo mil?

—Solo mil.

Coño. Qué alivio es saber su respuesta. Realmente no me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba escuchar esto.

—Está bien —digo riendo y busco su boca, pero ella se aparta.

Entorna los ojos y empuja mis hombros.

—En serio, ni se te ocurra hacer algo como eso, Mikel. Nada de pociones extrañas —insiste.

—Ya te dije, no lo haré —aseguro, riendo.

—¡Entonces deja de reírte y dilo en serio!

Pero no sé qué me pasa, no puedo ponerme serio. Es como si ese malestar que sentía de pronto se hubiera vuelto algo cálido que me llena. Solo quiero tomarla y besar cada parte de su cuerpo hasta perderme dentro de ella.

—¿Se puede saber qué es tan gracioso? Mik...

—Es que —digo, interrumpiéndola, y aparto el cabello desordenado que cae sobre su ojo, mirando lo bonita que es—, te quiero.

Catalina abre la boca pero de ella no sale ninguna palabra. Sus ojos se pasean por los míos, de uno en otro, como si buscara la trampa en lo que acabo de decir. Joder, las palabras se escaparon de mi boca.

—Pero…

—Cállate, enana.

Tomo su rostro y la beso. Ya no quiero hablar más. Solo quiero follarla y tendrá que ser rápido o va a entrar alguien al baño. No me importa si esta vez acaba o no. Merezco vengarme por hacerme pasar un mal rato.

Me levanto y ella suelta un gritito cuando la sujeto de las piernas, sin salirme de ella y la estampo contra la pared del cubículo. Beso su

cuello y me hundo más en su interior, disfrutando los espasmos deliciosos que recorren desde mi espalda hasta mis pies, con cada movimiento.

Estúpido condón. Lo odio. Aun así, qué bien está por dentro. Aprieta sus piernas alrededor de mis caderas mientras empujo contra ella una y otra vez. Una tormenta de placer se revuelve en mi vientre, creciendo con cada uno de sus gemidos. Todo se oscurece y, ah, joder, amo como mi nombre se escapa de sus labios mientras los beso, tratando de contenerme, pero es imposible. Aumento el ritmo y la penetro más y más fuerte. Aprieto sus piernas y, coño, qué bien huele su piel. Adoro sentirla transpirada contra la mía, adoro como brillan sus ojos, como se estremece con cada movimiento que hago. Hundo mi rostro entre su pelo y me dejo ir, liberando la frustración que sentí. Lo dejo escapar todo, mientras ella jadea y besa mis mejillas. Acabo y respiro agitado.

Joder. No pienso en lo que hablamos, ni en lo que dije. Apoyo la frente en la pared, sosteniéndola aún de las piernas y, simplemente, disfruto de su calor, de sus besos y de lo bien que me hizo sentir.

De lo bien que me *hace* sentir.

ᛋᛋᛋ

Ahora que ha pasado un rato y puedo pensar con la cabeza fría, los pensamientos se revuelven dentro de mí. ¿En qué estaba pensando? Casi le revelo a Catalina información sobre los dioses; algo que jamás, jamás, he hecho con ningún humano. Sé que está prohibido y nunca había tenido siquiera la tentación de hablarlo con alguien que no sea un semidiós como yo.

Pero, coño, necesitaba saberlo. Desde que Atarrabi mencionó lo de mi madre, por primera vez, me planteé la posibilidad de que Catalina pudiera optar por olvidar todo lo que ha ocurrido entre los dos.

Aunque no sé si mi madre tuvo opción.

Observo el techo sobre mi cabeza, tirado sobre la cama de esta pequeña habitación universitaria. Ya casi es el ocaso y estoy muy cansado después de entrenar, pero no logro dormirme.

Recuerdo lo horrible que me pareció la idea de dormir en una cama tan minúscula, la primera vez que vine. Pero ya he dormido varias veces aquí, y no solo, sino también con Catalina. Es curioso que, cuando estoy con ella, esta cama no se me hace pequeña. Si no fuera porque Sebastián es mi compañero, le diría que duerma aquí todas las noches. Y la follaría todas las noches.

La puerta se abre y me incorporo somnoliento, creyendo que es Sebastián o Catalina que iba a venir después de estar con sus amigos. Sin embargo, cuando mis ojos se acostumbran a las penumbras, veo que contra la luz del pasillo, se recorta la figura alta y delgada de un muchacho que apoya un brazo en el umbral de la puerta y ladea la cabeza observándome. Lleva pantalones negros y una sudadera celeste.

Reconocería esa postura confiada y engreída en cualquier parte de universo.

—¿Qué coño haces aquí, Haize? Si no me pasé por tu hotel fue por algo.

—Y yo pensando que tu hermano te había raptado o que la mafia chilena te había secuestrado y tendría que ir a rescatarte —dice y enciende la luz de la habitación—. ¿Qué es esto? ¿En serio aquí duermen dos personas? Uh, tal vez sí tenía que rescatarte, bebé. Hace rato.

—Haize, estoy cansado y...

—¿No has visto a Atarrabi? Siento su olor. Estoy seguro que está por aquí.

Haize entra en el cuarto y entorna los ojos, observando los rincones como si mi hermano pudiera estar escondido en alguna parte. Me froto los ojos. La luz del atardecer entra por la ventana y me fijo en que Haize lleva la funda de una guitarra a la espalda, la correa cruzada sobre el pecho. De esas fundas de tela negra rígida.

—¿Por qué traes una maldita guitarra?

Él nunca ha tocado ningún instrumento, pero no debería extrañarme que ande con uno. Si me sorprendiera cada excentricidad de Haize... En fin. Debí suponer que si lo dejaba plantado encontraría la forma de dar con mi habitación y venir por si mismo.

—Ah, ¿la guitarra? Es... ¡para aparentar! Está chula, ¿eh?—dice y me dedica una sonrisa amplia. Demasiado amplia. Algo sospechoso debe haber con esa guitarra—. Venga, ¿dónde está Atarrabi?

—No tengo idea. —Suspiro y me paso una mano por el pelo—. Pero estuvo acá esta mañana. Tuvimos... una charla. Aunque se fue hace horas.

Haize camina hacia mí, se quita la guitarra de la espalda y se sienta a los pies de la cama, apoyando las manos en el colchón de forma relajada y deja el instrumento a su lado, bien cerca. El cabello, que lleva recogido en una colita alta, está oscuro, casi completamente negro. Eso significa que está de buen humor, por lo que me acomodo de piernas cruzadas sobre la cama y le explico la conversación que tuve con mi hermano.

—Interesante. Muy interesante información. Salvo, tal vez —dice y alza una ceja—, por el hecho de que viene de parte de un hijo de puta.

—Pero Atarrabi no puede mentir. Eso significa...

—Eso significa… que es increíblemente hábil manipulando la verdad de formas asombrosas para que se acomoden a lo que necesita —dice Haize, tajante. Sus ojos negros chispean cuando me observa—. Eso hace que me pregunte, ¿por qué te está dando esta información, justamente ahora?

—¿Qué estás insinuando?

—Ez dakit[26] —Se encoge de hombros—. Quizás estoy divagando —dice, mirando el techo. Pestañea unas cuantas veces y luego baja los ojos otra vez hacia mí—. O tal vez no. Qué casualidad que, justo ahora, te hable de una posible cura para tu madre cuando tú, justo, justo, te estás enredando con una humana más allá de lo conveniente... igual como hizo tu padre.

—No me estoy enredando más allá de lo...

—Y además —continúa, interrumpiéndome y agitando una mano como si hilara sus teorías en el aire—, va y le dice a esa humana que si se acuesta con su ex se cumplirá el deseo... ¿Sabes? He estado pensando en lo que dijo tu chica esa noche... ¿Por qué Atarrabi la ayudaría a cumplir el deseo? ¿Sabes por qué le dijo eso a Catalina? Zergatik![27]

—Para joderme, obviamente.

Maldito hermano mayor. De imaginarme a Catalina acostada con Sebastián solo por sus malditas sugerencias, me dan ganas de matarlo.

—¡Exacto! ¡Para joderte! —Haize golpea el colchón con la mano —. Tu hermano sabía que si le decía eso, ella haría exactamente lo contrario. ¿Lo ves? Atarrabi está organizando todo para que actúes como él espera, te enredes con Catalina y arruines la posibilidad de convertirte en un dios.

Suelto una risa.

—Eso no tiene ningún sentido, Navaja. —Apoyo los codos en mis rodillas y lo observo—. Atarrabi sabe que no existe posibilidad alguna de que se frustre la idea de convertirme en dios. ¿Para qué se va a desgastar en...? ¿Qué?

Haize me está observando con una ceja demasiado alzada, de manera escéptica.

—¿Te has visto al espejo acaso, Mikel? Si me preguntas a mí, la posibilidad de que te conviertas en un dios ya se fue bastante al carajo.

Muy bien, esta conversación ya no me está gustando.

—Vale, ¿sabes algo que yo no sepa, Haize? La última vez que pregunté, las sorginas dijeron que...

—Eso habrá sido antes de que te enamoraras de Catalina y te acostaras con ella y tuvieras a la chavala babeando por ti.

Ahora me río más fuerte, aunque no me siento nada divertido. Pero es que lo que dice es demasiado ridículo.

—No seas gilipollas. ¿Enamorarme de una humana? Me conoces, Haize, no jodas.

Haize me dedica una sonrisa condescendiente. Qué ganas de golpearle su bonito rostro. Afuera, en el jardín que está junto a este cuarto, empieza a escucharse el susurro de los árboles a causa del viento. *Era* un bonito día primaveral.

—Sí, te conozco demasiado bien, bebé. —Haize se inclina hacia mí y aprieta mi mejilla con los dedos de esa forma que se hace con los críos—. El que no se conoce para nada a sí mismo, eres tú, gilipollas. Estás enamorado de Catalina y le estás dando la satisfacción a tu hermano de ver como tu sueño de convertirte en dios se va a la mierda.

Aparto su mano de mi rostro de un manotazo.

—Me estás encabronando. Basta.

Una rama golpea la ventana cuando el árbol de afuera comienza a agitarse más. La poca luz de la tarde que entraba por la ventana se

vuelve aún más escasa y la habitación más oscura.

—Vale, vale —Haize se inclina hacia atrás y levanta las manos a los costados—. No pasa, nada ¿eh? Me gusta cuando te pones así, pero no ando en ese *mood.*

—Estoy hablando en serio, Haize. Deja de hablar mierda.

Estaba teniendo un día genial antes de que este imbécil llegara a arruinarlo. La sensación agradable que me llenaba desde la mañana, ahora solo se ha vuelto algo pesado, algo molesto en el pecho otra vez. Algo como...

—Miedo. Tienes miedo —dice Haize, ladeando el rostro—. Es normal sentir eso, Mikel. Pero sería bueno que empieces a asumir las cosas para poder solucionarlas. Y no tiene nada de malo que te hayas enamorado de Catalina, que está bastante guay, me gusta —continúa diciendo mientras me pongo de pie y empiezo a pasear de un lado a otro de la habitación. Haize se gira, aún sentado en la cama, y me sigue con la mirada—. La verdad, tendríais unos hijos bastante monos...

—Ya, cállate Haize, ¿qué coño quieres?

—Ayudarte, bebé, ¿no es evidente?

Evidente es que me tiene hasta los cojones. Ahora no sé cómo deshacerme de esta desagradable sensación.

Un trueno retumba fuerte, afuera en la distancia.

—Sabes que tengo razón —continúa—, y por eso estás molesto. No pasa nada con enamorarse, Mikel, yo me enamoro todo el tiempo —dice el idiota y suelta una risa—. ¿Y cuál es el apuro en convertirte en dios? Yo me puse de plazo los treinta. Serás más guapo a los treinta, benetan![28]

—Quiero convertirme en un dios. Ahora. No a los treinta.

—¿Ah, sí? ¿Ahora ya? —Haize se reclina, apoyando las manos en el colchón y mirándome divertido—. ¿Y dónde está ese contrato firmado, entonces? Ikusi nahi dut[29]. Si el deseo de Catalina se cumple, sin que esté firmado, no serás un dios.

Suelto el aliento despacio. Me gustaría decir que no voy a caer en su juego, pero el maldito sabe perfectamente que no he firmado ese contrato.

—Bah, ya lo suponía —añade Haize, interpretando mi silencio—. Y está bien, bebé, no lo firmes si no quieres. Te apoyo en esto.

Intento ordenar mis pensamientos. Pero no puedo, están agitados dentro de mi cabeza, así como el viento y la tormenta que se cierne sobre el campus de la universidad. No logro apartar las palabras de Haize. ¿Enamorado? Yo no me he enamorado nunca y no voy a enamorarme ahora.

Te quiero.

¡Coño! ¿Por qué tuve que decir esas estúpidas palabras? Es decir, mierda, sí, la quiero. Pero eso no es estar enamorado. Solo la quiero, es todo. Se puede querer a alguien y seguir siendo una persona prudente. El problema es enamorarse. Enamorarse y hacer cosas estúpidas, como romper las reglas de los dioses, sabiendo el daño que puede causar. Porque las personas enamoradas son imbéciles y no piensa las consecuencias.

Yo no soy ningún imbécil.

—No me estoy enamorado de Catalina.

Haize rueda los ojos. Pero lo ignoro, camino hasta el escritorio de la habitación, aparto la mochila que dejé encima, saco las llaves del bolsillo y abro el cajón que tengo guardado con seguro. Tomo el contrato, que no son más que un manojo de páginas y lo deposito sobre la madera.

—Yo no haría algo tan estúpido como firmar ese contrato solo porque yo te estoy induciendo a hacerlo, Mikel —dice Haize, aún sentado en la cama.

—No me estás induciendo a nada, Navaja. ¡Hostia!, ¿puedes callarte? —Saco un bolígrafo del recipiente que hay sobre el escritorio—. He querido firmar este contrato toda mi puta vida. Solo estaba esperando para divertirme un poco más, pero en algo tienes

razón. —Suspiro, intentando calmar el tono de mi voz—. Mi hermano podría estar manipulándome y no voy a caer en su juego.

Paso las páginas hasta la última, donde está la línea marcada para que ponga mi firma. Antes de firmar, escribo mi nombre como corresponde a cualquier contrato. Apoyo la mano sobre la hoja para hacer lo que debí hacer hace meses, pero cuando voy a moverla, siento una suave brisa que agita mi pelo y, en un instante, Haize está de pie a mi lado sujetando mi muñeca.

—Espera, Mikel. ¿Por qué eres tan fácil de manipular? —Me observa, muy serio, en las penumbras de la habitación, sin soltar mi muñeca—. Barkatu[30], ¡ahora me siento culpable! Solo quería que firmaras para atraer a tu hermano. Seguro vendrá cuando firmes, ¿o no? Y yo podría al fin clavarle una espada en su puto corazón brillante.

Observo sus ojos oscuros, que parecen sinceros y preocupados. Ver a Haize sincero y preocupado es algo muy extraño.

—No pasa nada, lo quiero firmar y ya.

Mi estómago se aprieta de solo pensarlo. Coño. ¿Tan lejos he llevado esto que me estresa pensar en firmar algo que siempre he querido?

—¡Ez![31] ¡No quieres! —Haize agita mi mano que tiene afirmada de la muñeca y el lápiz cae al suelo—. Te dije todas esas cosas para que te cabrearas y lo firmes. ¿Eres gilipollas? —Me suelta, se lleva las manos a la cabeza y agarra los mechones de pelo que escapan de su moño—. ¡Soy una escoria, igual que tu hermano!

Ruedo los ojos y resoplo. Que melodramático se puede poner...

—Cálmate, tío. Puede que estuvieras manipulándome, pero tienes razón. Estoy dilatando demasiado esto y, ahora, con la cabeza tranquila, creo que es mejor firmarlo antes de hacer más estupideces. —Recojo el lápiz del suelo—. Si hay algo que quiero evitar en la vida, es cometer los mismos errores que mi padre.

Inspiro profundamente y observo la línea donde debo firmar. Se suponía que este momento iba a ser genial, hermoso. Pero... solo

me está doliendo el estómago.

—Pero, Mikel. —Haize me sujeta del hombro— No es necesario que... En serio no pasa nada con que te enamores. ¿Por qué no lo dejas para después y...?

—Hostia, Haize, ¡cállate! —le doy un empujón y él tropieza unos pasos hacia atrás—. ¡Que no estoy enamorado!

Me giro hacia el contrato de nuevo.

Te quiero.

¡Qué estúpido soy! Mi mano tiembla y joder, joder, ¿en qué momento se ha vuelto tan difícil?

No pienso.

Cometer.

Los mismos errores.

Que *él.*

En un movimiento rápido de mi mano sobre el papel, trazo las líneas rectas y complicadas que son mi firma. La punta del boli susurra rasgando la hoja en un instante que se me hace eterno, hasta que dibujo la última gota de tinta.

Ya está. Lo he hecho.

Un trueno retumba tan fuerte que me hace dar un respingo, incluso a mí.

Suelto el aire de los pulmones lentamente mientras, en las penumbras, la zona del papel donde he puesto mi firma con lápiz azul se vuelve más claro. Demasiado claro. La firma comienza a brillar y, de pronto, el resto de páginas del contrato que tengo en mi otra mano, resplandecen igual que la firma. Las suelto, caen sobre la mesa y se unen a la última página, como si las hubiera grapado, aunque no lo hice. El montón de papeles que es el contrato resplandece tanto, que retrocedo un paso.

Mierda. Es real. A partir de este momento, si el deseo de Catalina se cumple, me convertiré en un dios.

Y ya no hay vuelta atrás.

Respiro agitado. Es lo correcto. He hecho lo que tendría que haber hecho hace meses.

Entonces, ¿por qué me siento tan mal?



45. Tormentas

♡ Catalina ♡

Me siento un poco tonta. Sí, esa es la palabra: tonta. Es como si no pudiera pensar en otra cosa más que en las palabras de Mikel brotando de sus labios tibios contra los míos.

Te quiero

Dioses, ¿de verdad me quiere? Así, ¿querer de verdad? Un escalofrío me recorre de solo recordar nuestro encuentro en la mañana. Ahora que lo pienso, podrían habernos expulsado si nos pillan haciendo eso en los baños, pero... ah, argg, no puedo evitarlo, ¡lo haría otra vez sin pensarlo!

¿Hay algo que pueda quitarme esta tonta sensación de felicidad que me embarga? ¡Dijo que me quiere! No me lo habría esperado ni en sueños. ¿Cómo no voy a estar feliz?

El semidiós tormentoso sexy que me tiene enferma, me quiere. Ay no, es demasiado bueno para ocurrirme a mí.

Mis amigas se ríen mientras tomamos café en un restorán que hay cerca de la universidad, en alguna callecita perdida de Valparaíso. Samanta y Fernanda se matan a carcajadas por algo que está contando Verónica, que gesticula mucho con las manos, mientras Daniela la observa escéptica. Ya ni sé de qué hablan, no logro concentrarme. ¡Malditos semidioses! ¿Estaré hechizada? No puedo quitarme de encima la sensación de Mikel, como si su presencia estuviera pegada a la mía. Juraría que aún tengo su olor en mi piel, entre mi pelo.

—De verdad es como una planta —dice Fernanda y solo pongo atención a sus palabras por la patada que acaba de darme por debajo de la mesa—. Lleva así días, es muy aburrida como roomie.

Siento mi rostro caliente y sé que me he puesto completamente roja, mientras las cuatro me observan con curiosidad.

—¿Qué?

—Está así por Mikel —explica Samanta—. Fer dice que su habitación está casi inundada de baba; tuvo que llamar a alguien

para que limpiara. Ahora que la miro, creo que es verdad. ¡Ni siquiera has probado las galletas! Normalmente se las come todas...

Fernanda intenta ocultar una risa y le lanzo una mirada enojada.

—Vamos, cuenta —dice Daniela, dedicándome una sonrisa maliciosa—. ¿El vasco es tan bueno en la cama como lo es con los besos? Porque ese beso... ufff. Aún no lo olvido.

—Pero yo había oído que los vascos no follan —Verónica saca una cucharada de crema de su capuchino y se la lleva a la boca.

—Este sí, estoy segura —se ríe Daniela.

—¡No estoy así por Mikel! —Las cuatro me observan alzando las cejas y suelto un suspiro—. Ya bueno sí. Es que... es horrible. No logro quitármelo de la cabeza.

—Claro, horrible —se burla Verónica.

Todas se ríen y yo doy un sorbo a mi café, intentando que se me pase un poco la vergüenza que siento.

—Es normal, quedar así enculada y tener la cabeza en las nubes. —Verónica se encoge de hombros y me mira divertida—. En especial si es tu semi primera vez.

Vuelven a reírse y se burlan, molestándome. Ojalá se hubieran olvidado de la confesión que hice borracha en esa fiesta cuando las conocí, pero claramente no lo hicieron.

—Así es el amor, ya te calmarás —asegura Samanta—. Ahí estaremos cuando seas una persona normal que no babea todo el día y necesite a sus amigas.

¿Amor? Es cierto que Mikel tiene mi cabeza hecha un lío. Es cierto que no puedo dejar de pensar en él cada segundo del día. Es cierto que cierro los ojos y su olor me envuelve, como si estuviera aquí. Pero, ¿eso es amor? Solo nos conocemos hace unos meses. Amor sería si me importara más, como me importaba Sebastián. Lo que hacía, si estaba triste, si se encontraba bien o mal. Sus sueños, su pasión y...

Mejor no pienso en eso ahora. Las chicas siguen charlando y trato de escucharlas, para que no me vuelvan a molestar. Pero afuera el día se ha vuelto oscuro y empieza a soplar un viento fuerte, que incluso echa abajo el cartel que estaba de pie en la calle, donde la cafetería anuncia su menú.

Las chicas comentan que el clima está muy extraño, que ya es casi octubre y debería haber sol. Las nubes gruesas y negras que se alzan desde el horizonte, al otro lado de la ventana, dejan bastante claro que se avecina una tormenta desde el mar. Y ya he visto nubes como esas, imposibles en un día como el que teníamos.

¿Le pasará algo a Mikel? Tal vez debería ir a ver, después de todo, quedamos en juntarnos más tarde. Tomo mis cosas, le digo a las chicas que debo regresar más temprano a las residencias y salgo del café, a pesar de que ellas replican y me tratan de babosa porque creen que quiero ver a Mikel.

Tal vez sea cierto, pero está vez es distinto. El viento agita mi pelo cuando estoy en la calle y alzo la vista hacia la universidad. Acaba de caer un relámpago en una de las antenas que hay en el techo.

Definitivamente, algo no anda bien. Es mejor que vuelva a la universidad. Si se ha desatado esta tormenta es seguro que algo le pasa a Mikel. ¿Será a causa de su hermano otra vez?

Lo que sea, no es bueno.

ϟ Mikel ϟ

El contrato dejó de brillar. Solo está ahí, como un montón de papeles cualquiera. Pero no me atrevo a tocarlo; sé que *no es* un montón de papeles cualquiera. He sellado mi destino con esa firma.

Enciendo la luz, observo el contrato de nuevo y me pregunto por qué me siento fatal.

—¡Coño, por qué firmaste, tío! —Haize toma los papeles, los revisa y luego intenta separar las hojas y romperlas—. ¡No se puede destruir!

El contrato permanece intacto. Cuando Haize tironea de las hojas, se estiran como si fueran elásticas. Bueno, yo ya sabía que este contrato era irrevocable.

—Siempre he querido hacerlo. No es tu culpa, ya te dije —murmuro y la voz sale ronca de mi garganta—. Aunque, es raro, no me siento bien.

De hecho, me siento fatal.

Apoyo la espalda en la pared y meto las manos en los bolsillos, mirando ese maldito montón de hojas. ¿Por qué me abruma, como si hubiera traicionado a alguien? ¡Esto era lo que iba a hacer desde un principio! ¿Acaso estaba pensando en no firmarlo? ¿En no convertirme en un dios?

Ni de coña.

—¡Claro que te sientes mal! Y además, no sirvió para nada presionarte a que lo firmaras. Tu hermano no llegó. Tampoco se ha llevado la tormenta, así que tal vez no esté ni cerca de aquí. —Haize resopla y comienza a pasearse por la habitación—. ¡Hostia, qué desastre!

—Cálmate, tío. El que firmó un contrato, que ya no puede deshacer, soy yo, no tú. No hay ningún desastre.

Haize clava sus ojos negros en mí y se pasa una mano por los mechones de cabello oscuro que caen a los lados de su rostro. No me agrada esa forma lastimosa con la que me está viendo.

—¿Y has pensado que ahora nos pasaremos años separados si te conviertes en un dios, hasta que yo también decida hacerlo?

Sus palabras empeoran todo.

—No, no lo pensé. Y tampoco lo mencionaste tú.

—Creí que te arrepentirías —admite—. ¡Has firmado como un idiota, sin pensarlo!

—Lo he pensado veinte años...

—Joder, y además ahora seré yo el que tendrá que soportar tu mal humor. —dice, apuntando a la ventana, donde se ve un caos de ramas, viento y lluvia—, porque estarás así días y días, porque sabes que ha sido un error…

—No fue ningún error, coño.

—Y ahora, seré yo —continúa él, ignorándome—, quien tenga que estar ahí a tu lado. El que tenga que aguantar tu emocidad cuando caigas en la cuenta de que esto es irreversible, de que no podrás estar con la chica que amas nunca más y que...

—¡¿Puedes dejar de decir esa mierda?! —Cruzo la habitación de dos zancadas y abro la puerta—. Vete, Haize. Quiero estar solo.

Pero él se queda de pie al medio del cuarto. Dejo la puerta abierta y lo observo. ¡Qué frustrante! ¡Firmar este contrato debía ser algo emocionante! Y Haize no está ayudando para nada con la situación.

—No voy a dejarte así, todo alterado, bebé —dice Haize, frunciendo el ceño y mirándome con preocupación.

Qué desagradable. Inspiro profundamente y luego suelto el aire, despacio.

—No estoy alterado.

—¿Ah no? Dile eso a los pobres botes que se deben estar hundiendo en el puerto por esta tormenta de mierda —Haize abre los brazos—. Mira, no es tan terrible. Joder, habla con tu aita, pídele que anule tu misión, explícale que te enamoraste de una humana igual que él.

—¡No estoy enamorado de Catalina! ¿Por qué insistes con eso? ¡No se trata de *eso*! ¡Tendría que ser imbécil para estar enamorado de ella! ¡Voy a ser un maldito dios! —Una risa fría se me escapa de los labios—. ¡Voy a ser inmortal! ¿Crees que voy a mandar todo al carajo por una chica que conozco hace unos meses? ¡Sería un gilipollas! —Me río de nuevo ¡Qué absurdo es todo esto!—. ¿Crees siquiera que me he pensado la posibilidad de no convertirme en un dios por ella? ¿Por ella? —Inspiro con fuerza y recuerdo todas las veces que pensé en cómo mierda podía cambiar las normas de ese contrato. No se puede, no se puede—. ¡No lo pensé ni una puta vez! ¡Solo me resistía a firmarlo para no darle el gusto a mi hermano, ¿vale?!

Haize abre la boca para hablar, pero doy un paso hacia él.

—No. —Lo interrumpo y un trueno suena muy fuerte—. Deja de decir esa mierda del amor. ¡No quiero escucharlo nunca más! Coño, tío, voy a ser un dios, conoceré a miles de personas en mi vida, conoceré diosas y dioses. ¡Universos completos! Jamás sería tan imbécil de siquiera pensar en renunciar a ello. ¡Mucho menos por alguien como Catalina!

Catalina. Pienso en su risa, en su piel contra la mía.

Te quiero.

Mierda, no. Ella es mortal y yo dejaré de serlo. Un día, ella ya no estará.

—Mejor cállate —Haize levanta una mano—. No sigas hab…

—Catalina es algo de un rato, algo que me gusta ahora, pero ¡es pasajera! —digo, interrumpiéndolo—. ¡Pasajera! Es una chica que ni siquiera recordaré en cien años más, ¿vale? ¡No recordaré ni su nombre! No seas absurdo. ¿Crees que eso es amor?

Haize me observa como si hubiera dicho algo atroz. Aprieto las manos e intento calmar mi respiración. Vale, tal vez sí me alteré un poquito. Es que no soporto la cantidad de estupideces que sale de su boca. ¿De qué sirve que me diga esas cosas? Ya firmé ese contrato. Ya no voy a...

Una voz suave y delicada a mi espalda me deja paralizado.

—No, no lo es, Fakediós.

Hostia puta. Me doy vuelta y al otro lado del umbral está Catalina, abrazando su mochila contra el pecho. El pelo y la ropa, empapados, gotean sobre el suelo del pasillo. Sus ojos color miel me observan brillantes bajo la luz que le llega desde el cuarto.

Abro la boca para decir algo, pero ella sonríe y el corazón me da un vuelco, dejándome sin palabras.

—No es amor, Fakediós. —Su voz titubea—. El amor no es algo feo como lo que estás diciendo.

Aprieta la mochila que tiene entre sus brazos y se limpia los ojos mojados con una mano. Sus labios se separan ligeramente, como si fuera a decir algo más.

Ruego para que diga algo más. Que me insulte, que diga que soy un imbécil, cualquier cosa que no sea esa sonrisa triste que hay en su rostro.

No lo hace. Solo niega con la cabeza, se da media vuelta y se aleja caminando rápido por el pasillo. Comienzo a seguirla; mis pies se mueven por impulso detrás de ella, pero Haize me toma del brazo.

—Ahora no. Creo que ya la jodiste demasiado.

Aprieto los labios. Catalina gira en la esquina del fondo y desaparece en la oscuridad. Por esta vez, creo que mi amigo tiene razón. Ya la he cagado suficiente para un día. Pero, tormentas, la sonrisa de Catalina y sus palabras se repiten de forma horrible en mi cabeza.

No es amor, Fakediós.

Suelto el aliento y me apoyo en la pared, mirando el pasillo vacío. Claro que no es amor. Si fuera amor, esta mierda que siento sería peor.

Estoy seguro que esta sensación de vacío horrible, mañana por la mañana, se habrá ido.

♡ Catalina ♡

Camino por el pasillo, tranquila, la respiración calmada. Sin llorar. Mis ojos están mojados por la lluvia. No voy a llorar solo porque el idiota de Mikel dijo esas palabras horribles. Horribles, pero ciertas. Él va a ser un dios. Lo he sabido desde el principio.

Solo está diciendo la verdad.

Y duele como si me hubieran clavado un cuchillo en el pecho.

Choco con alguien en las penumbras del corredor y casi resbalo porque mis zapatillas están empapadas. Unos brazos firmes me sujetan y, cuando alzo la vista, encuentro los ojos preocupados de Sebastián.

—¿Cata? ¿Qué te pasó?

—Nada —intento apartarme—. Estoy bien.

A pesar de mis palabras, tiemblo demasiado y Sebastián lo nota. Me rodea con sus brazos y me abraza.

—Oye, calma. No estás para nada bien. —Sebastián me quita la mochila y la cuelga en su hombro, junto con su bolso deportivo—. Vamos, te acompañaré a tu habitación. No tienes que hablar si no quieres, pero te vas a enfermar así.

Guardo silencio y camino junto a él. Las emociones se arremolinan en mi pecho y no tengo idea qué son. Siento rabia. Mucha rabia. Eso es. Rabia. Qué tonta soy.

Es tarde y los pasillos casi están vacíos. Cuando llego a nuestro cuarto, Fernanda no está. Seguro se fue a la mansión de las Palmas con Samanta, asumiendo que yo estaría con Mikel.

Me quedo de pie en medio de mi habitación. ¡No quiero pensar en Mikel! ¡Estúpido semidiós de mierda! De solo pensar en él me duele el pecho. ¿Cómo pudo decir algo así? ¡Estaba riéndose, burlándose! Aunque sea cierto, ¿cómo puede ser tan cruel?

Sebastián enciende la luz, deja mi mochila en el suelo, se acerca al armario y saca una toalla.

Te quiero.

¡Obvio que era mentira! ¿Por qué fui tan tonta de creerme sus palabras?

—Sécate el pelo —dice Sebastián, acercándome la toalla.

Niego con la cabeza. No quiero nada. Solo quiero enterrarme y no pensar en Mikel nunca más. ¡Me siento tan, pero tan estúpida!

Sebastián suspira, se acerca sin pedirme permiso, cubre mi cabeza con la toalla y estruja con ella el pelo largo que me cae empapado por la espalda. Lo dejo hacer, mientras reprimo los escalofríos que tengo, tal vez porque estoy mojada. O tal vez porque estoy furiosa.

—Tenías razón —murmuro y mi voz suena débil—, solo quería jugar conmigo.

—¿Mikel?

Aprieto las manos y asiento, mientras Sebastián sigue frotando mi pelo con la toalla, con cuidado.

—Solo quería acostarse conmigo y ya.

Sebastián guarda silencio un momento. Continúa estrujando mi pelo un poco más y solo se oye el sonido de sus movimientos y de la lluvia. Repentinamente, se detiene y me aparta de forma cariñosa el pelo que se me pega en la cara.

—¿Sabes, Cata? No tengo idea por qué tienes tanta pena, pero no creo que Mikel solo quisiera eso.

—¡Sí quería eso! ¡Solo era sexo y ya! ¡Y no tengo pena, estoy enojada!

La luz de un relámpago ilumina la ventana y afuera suena otro trueno. ¡Estúpidos truenos!

—Está bien, lo que tu digas, estás enojada. —Sebastián me rodea con los brazos y yo apoyo mi cabeza en su camiseta—. Pero no pasa nada si también tienes pena.

—¡No tengo... no…! —Jadeo, buscando aire—. No… no tengo pena.

Entierro mi rostro entre sus brazos que me rodean. Qué absurdo, me cuesta respirar. ¡No es para tanto! Pero las estúpidas lágrimas brotan de mis ojos, sin que pueda contenerlas. Aferro la camiseta de Sebastián entre mis dedos y lloro, dejando salir, con cada sollozo, la horrible sensación que tengo.

Qué mal se sintió.

Y lloro, y no puedo parar de llorar. Porque me enamoré como una tonta de un chico que solo está jugando, un chico que en cien años más ni siquiera se va a acordar de mi nombre.



46. ¿Mentiras?

♡ Catalina ♡

Soy Catalina y esta es la segunda vez que un chico rompe mi corazón en menos de un año. ¡Genial! ¡Toda una ganadora! Es tan patético, que podría ser protagonista de una novela juvenil de fantasía.

¡Malditas novelas de fantasía! ¡Todo es culpa de ellas! Si no creyera en todos esos cuentos que leo, en la magia y en los dioses, me habría reído de Mikel la primera vez que me dijo algo tan absurdo como que era un semidiós. Lo habría mandado al carajo y ahora no tendría el corazón roto. Aunque Sebastián ya me lo había pisoteado, pero al menos no estaría doblemente roto.

Tomo mi libro pesado y gordo de Brandon Sanderson y juro que voy a romperlo. ¡No leeré estúpidas novelas nunca más! Pero cuando abro las páginas para rasgarlas y hacerlas añicos —solo para desquitarme con algo—, me arrepiento. ¿Cómo voy a hacerle eso? Pobre libro, no tiene la culpa.

Suspiro, sentándome en mi cama y observo las páginas bajo la luz de la mañana. El que tiene la culpa es Mikel, que va por ahí engañando a las personas, diciendo cosas miserables como "te quiero", sin sentirlo.

De solo pensar en él los sentimientos se arremolinan dentro de mí. Tengo rabia, mucha rabia. Conmigo misma, por ser tan tonta y creerle al primer chico lindo que me dice unas palabras bonitas.

—Cata, ¿segura que estás bien? —Fernanda se detiene sujetando el pomo de la puerta y me observa con lástima. Es obvio que me escuchó llorar toda la noche—. Puedo faltar a clases si necesitas estar con alg...

—Estoy bien —aseguro, interrumpiéndola. Detesto que me tengan pena—. Anda tranquila, Fer.

Pero más detesto a Mikel. ¡No quiero verlo nunca más!

—Bueno —dice Fernanda y abre la puerta—. Pero si necesitas algo escríbeme al celu. —Sale de la habitación y doy un respingo

cuando la escucho hablar en el pasillo—. ¡Hola Mikel!

Me pongo tensa y arrojo el libro a un lado de la cama. Mi corazón se acelera. Oh, no, está afuera. Está afuera.

—¿Catalina sigue aquí? —dice su voz grave y se me aprieta el pecho de solo escucharla—. ¿O se fue a clases?

Me pongo de pie de un salto. Debo contener los deseos de mi cuerpo traidor de correr a la puerta solo para mirarlo.

—Emmm —comienza a decir Fernanda, pero la interrumpo.

—¡Dile a Mikel que no quiero verlo y puede irse a la mierda!

Escucho como el maldito resopla.

—Puedo oírte desde acá, Catalina...

Lo ignoro y aprieto las manos sobre mi regazo. ¿A qué vino? ¿Cómo puede tener cara para pasarse por aquí después de lo que dijo? La puerta se abre un poco de nuevo, pero el cuerpo de Fernanda se interpone.

—¡Eh, eh, alto ahí, vasquito! Dijo que no quiere verte, parece que sí tengo que decírtelo en voz alta.

Otro resoplido de él.

—Estoy buscando a Sebastián. Dijo que está acá —sisea con su acento marcado—. Anoche no regresó a nuestra habitación.

—No está —dice Fernanda y me siento traicionada porque le dijo la verdad, pero luego sigue hablando—, se fue hace un rato. Por poco y te lo topas.

Mikel guarda silencio un momento y me pregunto si acaso le importa la respuesta de Fernanda. Luego me enojo conmigo misma, porque no debería importarme si a él le importa o no.

—Vale, como quiera —dice Mikel—. Tampoco es que vaya a insistirle.

Se despide de Fernanda y escucho su voz alejarse por el pasillo. Me odio a mí misma por la decepción que siento de que no haya insistido. ¡Qué babosa soy!

Mi amiga asoma la cabeza por la puerta.

—¿Todo bien? —Me observa preocupada y otra vez tengo esa sensación desagradable de cuando la gente te tienen lástima.

—Fer, estaré bien.

Ella asiente y cierra la puerta desde afuera. Suspiro, me levanto y comienzo a pasear por la habitación, iluminada por la luz matutina que entra por la ventana. No es cierto. No estaré nada bien. Solo haber escuchado la voz de Mikel me dejó con una sensación horrible. Me siento mal. Me siento tonta. Como si fuera mi culpa haber creído sus lindas palabras. Como si fuera mi culpa querer verlo a pesar de lo de anoche. ¿Por qué me muero por verlo, cuando fue capaz de decir algo tan feo?

Al menos la tormenta que había anoche se calmó. ¿Qué debería hacer? No tengo ganas de ir a clases, pero es buena idea tomar una ducha porque me pasé la noche llorando, tengo los ojos hinchados y...

La puerta se abre de nuevo.

Lanzo un gritito del susto y me quedo paralizada como una tonta cuando Mikel entra y me observa de arriba a abajo. Luego pasea sus ojos por la habitación y aunque se me aprieta el pecho, mi cuerpo me traiciona y un escalofrío me recorre solo de verlo. Contengo el aliento. ¿Por qué tiene que ser tan, pero tan lindo? Es como una tortura. Tiene el pelo negro desordenado y húmedo; es obvio que se duchó hace poco. Lleva una camisa sin mangas oscura y mis ojos se desvían a sus brazos desnudos, a sus manos. Su aroma dulce a guindas se apodera de la pequeña habitación y el estómago se me aprieta cuando pienso en cómo me tocaban ayer esas manos.

Es una chica que ni siquiera recordaré en cien años más, ¿vale? ¡No recordaré ni su nombre!

Las palabras horribles que dijo anoche regresan a mi mente y aprieto los labios, alzando otra vez mi mirada hacia él. Sus ojos, de ese color azul eléctrico, recorren la habitación como si buscara algo y luego se posan en mí.

Entonces reacciono y me giro, dándole la espalda. Corro hacia el baño y estoy a punto de cerrar la puerta para que él no entre, pero Mikel da dos zancadas y la sujeta con su mano. Tiene mucha más fuerza que yo, por lo que desisto de mi intento y resoplo.

—¡Te dije que no quería hablar contigo!

—Solo quiero conversar un momento, ¿puedes dejar de esconderte?

Hago un esfuerzo por no ponerme a llorar otra vez, porque ya es suficientemente humillante que me vea con los ojos enrojecidos e hinchados por su culpa, y encima vestida con este tonto pijama largo con ositos. Intento calmar mi respiración, pero su presencia me altera. Es imposible que no lo haga, con su olor a guindas trayéndole a mi piel recuerdos que no deseo.

—Al menos es verdad que Sebastián no está aquí —murmura muy odioso, paseando la mirada por el baño—. Cuando desperté, vi un mensaje suyo de WhatsApp que decía que no volvía a dormir porque pasaría la noche contigo. Coño, Catalina, ¿en serio?

Oh, ¿Sebastián le dijo eso? Eso es muy lindo de su parte. Sospecho por qué lo hizo. Al menos, me alegro de que uno de los dos hombres de los que me he enamorado en mi vida se esté comportando como un amigo, y no como un imbécil como el que tengo en frente.

La rabia se acumula en mi pecho cuando sostengo la mirada de Mikel.

—¿Y qué mierda te importa a ti si Sebastián está aquí?

Me observa un momento en silencio. Tuerce sus bonitos labios como si no supiera qué decir y luego al fin suelta el aliento y niega con la cabeza.

—Ojalá no me hubieras escuchado lo de anoche. En serio no quise hacerte da...

—No me hiciste daño.

—¿Entonces por qué estás tan enojada y no me quieres hablar?

—Porque eres imbécil.

Frunce las cejas y da un paso hacia mí, pero yo trato de cerrar la puerta del baño de nuevo. Él vuelve a sujetarla con el pie para impedirlo y levanta las manos.

—No entraré, pero en serio, no quería decirlo así, ¿vale? Estaba algo alterado y... —Suspira y me observa con los labios un poco torcidos en un gesto de desagrado—. Sé que dije algo horrible, pero, ¿pasar la noche con Sebastián por eso?

No respondo. Sostengo su mirada e intento recordarme lo mal que me hizo sentir y no perderme en esos ojos azules que tanto me encantan.

Mikel no dice nada por un momento, vuelve a pasear los ojos por la habitación y hace una mueca con los labios cuando mira mi cama. Sé lo que debe estar pensando. Frunce el ceño de nuevo y ladea el rostro, observándome.

—¿Vosotros...? ¿Él y tú hmm...? —murmura y no termina la pregunta, sino que tuerce los labios de nuevo, como si le desagradara demasiado decir lo que quiere decir; lo que quiere saber.

No sé qué me enoja más, que tenga el descaro de preguntar esto después de hacerme sentir como la mierda, o que crea que soy tan idiota para ir y tener relaciones con Sebastián solo por despecho.

—Si no vas a recordar mi nombre cuando seas un maldito dios, ¿qué chucha te importa si dormí o no con Sebastián?

Parece dolido por un momento, pero luego me dedica una sonrisa torcida y cínica.

—Todo lo que tenga que ver con tu ridículo deseo es importante para mí.

—¿Ah, sí? ¿Eso es? ¿El deseo? —suelto una risa, igual de cínica que la suya. Doy un paso y me acerco, mirándolo a los ojos—. ¿De eso se trata, Mikel? —Doy otro paso y me apego más a él. Se pone tenso cuando apoyo una mano en su pecho y levanto el rostro para hablar más cerca—. ¿Qué quieres saber, Fakediós? ¿Si lo hace tan

rico como tú? ¿Si me sigue enloqueciendo igual que antes? ¿Si me estremecí mientras él recorría mi cuerpo con sus labios? —Lo sujeto del brazo cuando Mikel hace ademán de apartarse, molesto—. ¿O solo se trata del deseo? ¿Solo quieres saber si le dije que lo amo mientras gemía su nombre, para cumplir tu estúpida misión?

Sus ojos azules me observan con un destello de enojo y por un momento no dice nada. Simplemente se pasean por los míos, como si intentara saber si estoy jugando con él o diciendo la verdad.

—Si le hubieras dicho que lo amas mientras hacíais eso —dice, torciendo los labios con disgusto—, yo ya sería un dios.

—Claro, o tal vez… solo follamos por despecho y no dije palabras *mentirosas* acerca de sentimientos *que no tengo*.

Mikel entorna los ojos, enojado. Abre la boca para decir algo más, pero yo resoplo y hablo antes.

—No dormí con Sebastián, idiota. Estuvo aquí, pero solo un rato. No sé dónde pasó la noche, pero no fue conmigo.

Suelto su brazo para apartarme, pero esta vez es él quien me sujeta de la muñeca. Apoya su otra mano en mi cintura y contengo la respiración cuando siento sus dedos sobre la tela delgada de mi pijama.

—¿En serio? —pregunta e intento no derretirme por el alivio que hay en su voz—. ¿Nada de nada?

—¡Claro que no, tonto! ¡Tuve sexo contigo ayer! ¡Cómo crees que...!

Me callo porque él toma mi rostro con sus dos manos, apoya su frente en la mía y suelta el aliento, provocando cosquillas en mi nariz. Observo su boca que está tan cerca y quisiera tanto seguir enojada. Quisiera odiarlo pero, ¡a quién engaño!, cada célula de mi cuerpo tiembla por besarlo.

—Yo creí que... —murmura él, pero no termina la frase. Aprieta los labios y me observa un momento, sus ojos azules de pronto más oscuros, mirando mi boca, como si también me quisiera besar—. Enana, yo no... No. ¡Tormentas!

Se aparta de repente, y camina hacia la puerta, dejándome confundida. Se detiene a mitad de la habitación y se gira. Pasa una mano por su pelo y mira el suelo.

—Ojalá sí hubieras estado con Sebastián.

Me quedo ahí, paralizada por sus palabras. Es tan absurdo que por un momento no las entiendo. Reacciono cuando me vuelve a doler el pecho, igual que como me dolió después de lo que dijo ayer. ¿Por qué está haciendo esto?

—¡Qué mierda te pasa, Mikel!

Me mira como si lo atormentaran un montón de decisiones contradictorias en su interior, como si quisiera dar un paso hacia mí y, a la vez, darse la vuelta.

—¿Sabes? No debí venir —dice y niega con la cabeza—. En realidad no me importa qué coño hagas con Sebastián. Haz lo que se te dé la gana.

Sin mirarme otra vez, me da la espalda y camina hacia la puerta. Quiero que se vaya. Esto ya es demasiado. Un remolino de rabia crece en mi interior y a pesar de eso, las palabras escapan de mis labios.

—Mentiroso —murmuro.

Él se detiene, con la mano en la manilla de la puerta. Se gira hacia mí y frunce el ceño.

—¿Qué has dicho?

Aprieto las manos y, aunque me cueste, sostengo su mirada.

—¡Eres un mentiroso, Mikelatz! Sí te importa. Dijiste que me querías. ¿Por qué no puedes admitir que sí sientes cosas por mí?

Sus ojos brillan con un destello azulado y me observa muy serio. Mi corazón late con fuerza y siento ganas de llorar otra vez, pero me contengo.

—Recuerdo perfectamente lo que dije. Pero, ¿sabes una cosa? —Sus labios se curvan de nuevo en esa sonrisa de mierda cínica—.

Tienes razón. Sí soy un mentiroso. Cuando dije *te quiero*, no lo sentía de verdad. —Se encoge de hombros—. Solo fue el momento.

Me da la espalda y abre la puerta. Y no entiendo, no logro entender. En un instante está siendo lindo, haciéndome sentir en las nubes y, al siguiente, está diciendo cosas horribles. Nunca ha sido así. ¿Por qué está siendo así?

—¿Qué cambió, Mikel? —Mi voz sale débil de mi garganta y él se detiene un momento—. ¿Qué pasó ayer por la tarde? ¿Por qué no me dices nada?

Me mira por sobre el hombro y pareciera que va a decir algo, pero se arrepiente. Aprieta los labios, me da la espalda otra vez y sale por la puerta.

Me quedo sola, con sus palabras resonando en mi cabeza. ¿Por qué está siendo tan cruel? No creo lo que dice. No después de lo tierno y cariñoso que ha sido conmigo. No solo hemos tenido sexo, ¡no solo ha sido sexo! ¡Estúpido Mikel! ¿Es verdad que ni siquiera va a recordarme cuando sea un dios? No es cierto que nada le importa; cuando le dije la verdad sobre Sebastián, el alivio en su mirada fue más que evidente. Algo ocurrió ayer después que nos vimos. Algo cambió en él.

Me paso las manos por la cara. ¡Ojos traidores! ¿Por qué estoy llorando de nuevo? Mikel no se merece que derrame una lágrima más por su culpa. No sé qué pasa por su cabeza, no sé si todo fue una mentira o de verdad me llegó a querer, pero lo que sí sé, es que no me quiero sentir así otra vez.

No pienso correr detrás de él.

47. Traición

♡ Catalina ♡

Tres semanas. Tres semanas en las que derramé muchas lágrimas tontas. Tres semanas en que no he cruzado una sola palabra con Mikel. No tengo idea dónde se está quedando, porque no ha vuelto a la habitación de Sebastián. Al comienzo lloré mucho, apenas quería levantarme por temor a verlo y sentir todo ese dolor otra vez. Pero bueno, no es primera vez que pisotean mi corazoncito como si fuera un chicle en el asfalto, así que me puse de pie y fui a clases, estudié para mis exámenes, y sorpresivamente... Mikel no estaba. Por ningún lado.

Desapareció.

Mi temor a verlo y sentir dolor se convirtió en algo peor. En temor a no verlo nunca más. Es una sensación horrible, tener tantas contradicciones en mi interior. Siento rabia y pena por las cosas que me dijo. Sé que debería odiarlo, pero, a la vez, mis ojos se desvían en los pasillos o hacia las mesas de la biblioteca, buscándolo, rogando para que aparezca en algún lado por ahí.

¿Se habrá vuelto a su país? El clima ha estado normal. ¿Significará eso que se fue? Incluso miro por la ventana en clases, esperando ver alguna tormenta. No hay nada. El otro día unas nubes oscuras amenazaron el horizonte, pero finalmente se fueron antes de llegar al puerto.

Sé que es mejor. Lo nuestro no tenía ningún sentido, pero no voy a negarlo; desearía tanto escuchar su voz o sentir su aroma. A veces mi corazón se acelera porque percibo un olor a guindas y no es más que algún estudiante comiendo chicle o tomando algún Frappuccino de cerezas. Ay, dioses, qué mal. Imaginar que está muy lejos aprieta mi estómago, me llena de miedo.

—Ya vas a superarlo, Cata. Vamos a la fiesta que dará en un par de semanas Verónica, será de disfraces —dice Fernanda mientras tomamos un café en el desayuno—. Deberías comerte una mina[32]. ¿Le has dado un beso a una mujer? ¡Capaz te gusta! ¡Nunca más pensarías en Mikel!

Suelto una risa y mi amiga me sonríe, porque logró su objetivo de hacerme reír. Si no fuera por ella y Sebastián, que me han apoyado estos días, me habría quedado tirada en la cama.

—Ni siquiera ha subido una historia a Instagram —murmuro, mirando el celular.

Fernanda resopla y desvía el tema a otras cosas. Obligándome a dejar de pensar en Mikel.

Y así paso la mañana, estudiando con ella en la cafetería y asistiendo a clases distintas. Hemos tenido muchos exámenes y eso también me ha ayudado a enfocarme en algo. Pero se siente vacío. ¿Cómo pude apegarme tanto a él? Creo que esto me ha dolido mucho más que mi ruptura con Sebastián. Al menos Sebastián seguía ahí. No se esfumó como si nunca hubiera existido. Y si se fue realmente, ¡¿ni siquiera me mandó un mensaje para despedirse?! He hecho el esfuerzo de voluntad más grande del universo para no ser yo la que le escriba preguntándole si se fue para siempre.

Suspiro, sujeto mi mochila para ir a la última clase antes del almuerzo y camino mirando el suelo, desanimada. En el pasillo, solo veo zapatillas andando en sentido contrario, zapatos de tacón, pantalones. No tengo ganas de nada, ni de levantar mi cabeza. No quiero mirar a nadie a los ojos y que vean mi pena. Tal vez debería... Ay no. Ese olor otra vez. Vuelvo a sentir ese aroma a guindas, bien fuerte. ¡Juro que voy a matar al próximo estudiante que vea con un Frappuccino!

Entonces escucho una risa y unas palabras siseadas de esa forma que solo hacen los españoles. Y me quedo paralizada. Un escalofrío recorre mi espalda y es como si el mundo se detuviera a mi alrededor. Todas las voces de los demás estudiantes se esfuman y solo una alcanza mis oídos.

—No jodas, tío, que Sebastián no se va a morir sin mí —dice Mikel y su risa llega hasta mí—. Me lesioné feo, seguro ya encontró un reemplazo.

Mierda. Está aquí. Levanto el rostro y lo encuentro de frente, caminando hacia acá junto a Jorge y Javiera, conversando como si

nada. Mierda. Oh, dioses de las tormentas, me había olvidado lo estúpidamente lindo que es. No estaba preparada para ver otra vez esa nariz recta y esos labios carnosos que causaban estragos en mi piel. El pelo negro le creció un poco en estas tres semanas y lo tiene más desordenado, como si el tiempo hubiera transcurrido solo para hacerlo más sexy de lo que ya era. Mierda, me voy a morir. Va con esas malditas camisetas sin manga que dejan ver los brazos tonificados que tiene y camina con las manos en los bolsillos de unos jeans desgastados. Juro que se me olvida respirar cuando sus ojos azules se posan por un momento en los míos.

Y los desvía. Como si ni siquiera me hubiera visto.

Vuelve a reír de algo que dice Javiera y pasan por mi lado como si nada. O peor, como si fuera una planta. Deja su estela de olor dulce flotando en el pasillo y escucho su voz alejarse mientras continúo parada como una idiota entre todos los alumnos.

No se ha ido. Esta aquí, en Chile. E hizo como que no existo.

Me paso una mano por la mejilla, pero no es suficiente. Las lágrimas corren por mi rostro y cuando logro respirar otra vez, solo es para estallar en sollozos.

♡♡♡

Estoy un poco más tranquila. Puedo respirar. Me refugié en la cafetería, escondida en la mesa de más al fondo que encontré, porque Mikel iba con su grupo en dirección al jardín y no quería volver a toparme con él.

Inspiro profundo e intento reunir valor para explicarle a Sebastián, que lleva diez minutos tratando de convencerme para que le diga por qué estoy así.

—Lo pillé conversando con Javiera y Jorge en el pasillo. Se reían como si nada. Mikel me miró y —murmuro, moviendo en círculos el café que tengo entre las manos, intentando no llorar—, te juro Seba, hizo como si no fuera nadie.

Sebastián se atraganta y casi escupe la bebida que está tomando. Se inclina hacia mí y el sol que entra por los enormes ventanales del comedor hace destellar sus rizos cobrizos.

—¡¿Viste a Mikel?! —Una sonrisa se extiende por su rostro—. ¡No se ha ido de Chile!

—Desgraciadamente no.

Suspiro y trato de apartar la imagen de Mikel riendo y conversando con sus amigos esa mañana, imagen que insiste en invadir mi mente. Fue tan cruel. Ni siquiera pestañeó cuando me vio. Siento deseos de llorar otra vez, pero los contengo, dando un sorbo a mi café.

—Cata, porfa, llámalo, tienes que hablar con él, te lo ruego. —Mi ex apoya su mano en mi brazo para llamar mi atención. Sus ojos dorados brillan y me observa como si yo fuera su única salvación—. Si no vuelve antes de las finales va a arruinarme la vida, por favor. Envíale un mensaje o algo.

Ruedo los ojos y miro a Sebastián tratando de tener paciencia porque él me apoyó los primeros días, cuando no lograba dejar de llorar como una tonta.

—¡Tengo los ojos hinchados por su culpa! —Aparto mi brazo molesta—. ¿Me estás pidiendo que busque al chico que me rompió el corazón, todo por un estúpido partido de básquetbol?

Me mira como si le hubiera dado una puñalada.

—¿Estúpido partido? ¡Es la final! Te juro que he hecho pruebas a la mitad de la universidad a ver si encuentro otro talento como el suyo, ¡pero es imposible! Yo... —Sebastián aprieta los puños sobre la mesa—. Lo necesito, vamos a perder con los campeones del año pasado si él no está. No hay nadie que aprenda a jugar tan rápido como lo hizo él, parece magia.

Claro que parece magia, es un maldito semidiós.

—Olvídalo. No pienso hablar con él. Además, ¿por qué va a importarle que yo lo llame? Te digo que estaba como si nada, feliz con sus amigos. Incluso el día está hermoso.

Y si hay un bonito día, sin ninguna tormenta, debe ser que Mikel está de súper buen humor.

—¡Es obvio que le importas! ¿Por qué crees que desapareció tres semanas? ¿Por qué crees que no ha ido a jugar?

—Dijo que se había lesionado.

—¡Mierda, no weí! —El rostro de Sebastián se vuelve tan pálido como las baldosas del suelo—. Puta la weá ¿se lesionó? ¿Por qué no me avisó? ¿Será irreversible?

—A mí me pareció que andaba de lo más bien —resoplo, intentando no recordar lo sexy que caminaba con esos jeans desgastados, con esas piernas largas y...

Basta, Catalina. Es un maldito que hace como que no existes.

—Porfa, porfa, Cata —insiste Sebastián—. No te digo que trates de volver con él o algo. —Me pone una cara suplicante—. Tal vez puedes amenazarlo, ¿nunca le sacaste una foto sin ropa o algo con lo que humillarlo?

—¡¿Por qué mierda iba a hacer algo así?!

Qué torpe, debí hacer algo así. ¡No! Estúpida mente traidora. No me interesa ver fotos de Mikel con ropa o sin ella. ¡Ojalá pudiera borrarlo de mi cabeza!

Un momento. ¿Borrarlo de mi cabeza? Él mencionó algo así ese día en el baño. La posibilidad de olvidar para siempre su existencia. ¿Cómo no lo había recordado antes?

—¿Vas a hacerlo? —insiste Sebastián.

Claro, me he quedado pensativa y cree que es sobre lo que él me está diciendo. Pero pensaba en eso de la poción para olvidar. No. No debería siquiera considerar la estupidez que dijo Mikel sobre olvidarme de él. Aunque hoy haya sentido mucho dolor cuando me ignoró, no soy tan débil como para necesitar una poción mágica olvida-dioses solo para no pensar en un chico.

Me concentro en el sabor tostado de mi café, tratando de enfocar mi mente en eso para no largarme a llorar de nuevo. Es que de solo pensar en la frialdad de sus ojos azules quiero hacerme bolita y ahogarme en mis lágrimas. Doy otro sorbo, ignoro a mi ex, que sigue con su monólogo, pero algo llama mi atención. Unos murmullos que se propagan por la cafetería.

—Cacha, mira, mira ¿ese no es el amigo de Mikel? —dice Sebastián.

Levanto la vista y, sí, quien camina cruzando el mar de alumnos es Haize. No son pocas las personas que se voltean a mirarlo y susurran, probablemente comentando algo sobre él. Llama la atención con esa camiseta verde agua sin mangas que deja ver los tatuajes de sus brazos. Lleva pantalones negros y el cabello, liso y desordenado, de un color rubio oscuro. ¿Se lo tiñó? Lo tenía mucho más castaño esa noche que estuvimos en su hotel.

Camina directo hacia nosotros, cargando una funda de guitarra en su espalda, con la correa cruzada sobre el pecho. Cuando llega hasta nuestra mesa, se quita la guitarra, la apoya a un lado y sin pedirnos permiso se sienta en una de las sillas entre Sebastián y yo.

—Al fin os pillo fuera de la biblioteca —se queja, siseando con su acento español—, ¿es que os pasáis el día metidos ahí dentro?

Escuchar acentos españoles es doloroso.

—Buenos días, Haize —digo, intentando sonar alegre, como si no se me apretara el pecho de solo verlo.

Él me dedica una sonrisa medio torcida, sin mucho ánimo. ¿Qué le pasa? Lo recordaba como un chico muy animado. Apoya los codos en la mesa y suspira, como si estuviera cansado. Levanta la vista y parece sorprenderse cuando encuentra la mirada de Sebastián. Eso cambia su actitud. Lo observa con curiosidad y ladea el rostro, estudiando a mi ex.

—¿Te conozco?

Sebastián frunce el ceño.

—Sí... ese día en la fiesta.

Haize le sonríe, de esa forma sensual que parece instintiva en estos malditos semidioses.

—Qué extraño, creo que te recordaría —dice, sonriendo un poco más y mirándolo fijo a los ojos.

Cielos, ¿le está coqueteando a mi ex? ¡Cuál es el problema de estos chicos! A nuestro alrededor, la gente ya dejó de murmurar, pero hay un par de muchachas que no quitan los ojos de encima de Haize.

—Emmm... —Sebastián titubea, ante la mirada del vasco-semidiós número dos, que lo recorre de arriba a abajo descaradamente.

—Olvídalo, Haize —digo, agitando una mano—. Sebastián es súper hetero-cis, no curioso.

—Todos creen serlo —dice Haize, arqueando una ceja sin dejar de mirar a Sebastián—, hasta que luego ya no lo son.

Sebastián observa a Haize y se inclina un poco hacia él.

—¿Eres tan bueno como Mikel en el básquetbol?

Dioses, estoy rodeada de imbéciles.

—Soy bueno en todo —dice Haize, con esa sonrisa coqueta en el rostro.

Me pongo de pie y empiezo a tomar mis libros y mi mochila.

—Genial, ahora que ambos encontraron la luz de su vida, yo me largo.

—¡No, espera! —Haize tira de mi brazo y me obliga a sentarme de nuevo—. Necesito hablar contigo, Cata, urgente.

Aprieto los labios y no digo nada. Es obvio que se trata de Mikel y no quiero saber de él. Al menos la mitad de mí, la mitad inteligente. La otra, solo desea que me quede callada y deje hablar a Haize para saber qué tiene que decir.

—Se trata de Mikel —murmura él, sin soltar mi brazo.

Me encojo de hombros y resoplo.

—¿Qué pasa con Mikel? Lo vi hace un rato y está de lo más bien.

De solo recordar ese momento me arden los ojos, pero inspiro despacio porque no pienso llorar de nuevo y menos frente a Haize.

Él me suelta y me observa como si fuera idiota.

—¿Que está bien? Ahora comprendo todo, los dos sois gilipollas. ¡Claro que no está bien! ¡Y yo menos! ¡Ya no lo soporto! Se ha pasado el mes encerrado en mi hotel, ¡necesito que se vaya!

No quiero pensar en Mikel. No quiero saber nada, pero cada célula de mi cuerpo me traiciona, incluso mi boca.

—¿Encerrado? —murmuro.

Haize resopla y Sebastián frunce el ceño, mirándonos.

—Solo sale del hotel para dar los exámenes. ¡Se la pasa todo el día jugando con mi ordenador! Está arruinando todas mis estadísticas de Battlefield, de verdad es malísimo, ya no lo aguanto un momento más. ¡Por favor, Cata! —Haize me toma de las manos y me mira suplicante—. ¡Por favor habla con él, te lo ruego!

—¿Jugando computador? —Observo a Haize y no parece estar mintiendo. Realmente parece harto—. Lo escuché decir que se había lesionado.

—Seguro tiene lesionados los dedos, ¡porque nunca había visto a alguien tan malo para un shooter! —Haize resopla—. Ahora mis estadísticas son una vergüenza.

Me alegra saber que el desgraciado de Mikel puede ser malo en algo.

—¿No está lesionado entonces? —pregunta Sebastián, inclinándose hacia Haize.

—¡No! Seguro se lo inventó —dice el semidiós dos, haciendo una mueca.

Sebastián suspira aliviado y luego me mira.

—Cata, tienes que hablar con él. Le envié mensajes y me deja en visto —insiste mi ex—, en serio te necesito. ¡Porfaaaaaaaaa!

—No pienso hablar con él. —Le lanzo a Haize la mirada más antipática que me sale—. ¿Por qué no toman sus cosas y se largan los dos? ¿Se puede saber qué siguen haciendo en Chile?

Gracias a los dioses de las tormentas que siguen en Chile.

Haize pestañea, con sus ojos negros muy abiertos.

—Qué mujer tan fría —murmura.

—No tiene sentimientos —dice Sebastián, asintiendo al lado de Haize.

—No se desgasten, no voy a ceder en esto. No voy a...

—Solo habla con él. Nada más. —Haize vuelve a tomar mis manos y se inclina hacia mí—. Por favor, te lo ruego. Solo hablar. A ver si se le pasa lo emo y deja en paz mi juego y mi hotel.

Me dedica una sonrisa triste y parpadea mirándome ilusionado, con sus ojos negros y adormilados, tiernos como los de un gatito. ¡Malditos semidioses manipuladores! Detrás de él, Sebastián asiente muy serio.

Suelto el aliento y tiro de mis manos para apartarlas de Haize. No puedo creer que me lo esté pensando.

—¿Por qué tengo que ser yo la que hable con él?

Haize y Sebastián se miran entre ellos y luego me observan a mí, como si fuera una tonta.

—¿Crees que se encerró en mi hotel porque, no sé, tiene problemas conmigo? —Haize levanta una ceja.

—Ya, sí sé que tuvimos un problema. Pero ese es el punto Haize. —Mi voz tiembla y respiro para no ponerme llorona de nuevo—. Ni siquiera sé por qué. No sé cuál es su puto problema. Es como si de un momento a otro quisiera hacerme daño y no tengo idea por qué está siendo tan malo. Es como si hubiera pasado algo de pronto. ¿Hice algo mal?

Haize ladea el rostro.

—¿No te lo dijo? —murmura, frunciendo el ceño.

—¿Decirme qué?

—Mikel firmó el contrato, Catalina. Esa noche, la noche que dijo un montón de cosas de ti, que obviamente no son ciertas. —Haize rueda los ojos y luego niega con la cabeza—. Es gilipollas, ¿sabes? Hizo algo muy tonto y no sabe cómo comportarse.

—¿Qué contrato? —Sebastián nos observa, sin comprender nada.

Pero yo sé perfectamente de qué contrato está hablando Haize. Mi corazón late deprisa otra vez. Sé lo importante que era para Mikel firmar ese documento. El contrato para ser un dios. ¿Pero por qué es algo malo? ¿Por qué no me lo dijo? ¿Y qué tiene que ver eso con que se esté comportando como un desgraciado?

Me pongo de pie y tomo mi mochila.

—Hablaré con él, ¡pero solo para que ustedes dos dejen de molestarme! Si no me hace caso, no me jodan más, ¿entendido?

Sebastián sonríe radiante y Haize se levanta de un salto, toma su guitarra y me sigue rumbo a la salida de la cafetería, como si pensara que si no me escolta, cambiaré de opinión y me escaparé.

Y eso debería hacer. Después de como Mikel me miró hoy, como si no fuera nadie, debería seguir adelante y no hablarle más. Pero no puedo. Todo mi cuerpo ruega por verlo de nuevo, por comprender.

Si me va a romper el corazón, al menos necesito saber por qué.

48. Odio. Miedo. Olvido

♡ Catalina ♡

Trato de convencerme de que solo estoy aquí por Sebastián. Que solo estoy aquí por Haize, que prácticamente me arrastró. Pero ¿a quién engaño? Soy yo la que quiere hablar con Mikel. ¿Qué tiene que ver conmigo el contrato que firmó? Las dudas solo van a hundirme más.

Y aun así, toda mi seguridad se esfuma cuando me paro frente a su puerta, en el pasillo del hotel, detrás de Haize. Mierda. Estoy terriblemente nerviosa. Tanto, que hasta se me pasó la pena que tenía esta mañana. Me tiemblan las manos, así que las escondo en los bolsillos de los shorts. Un escalofrío me recorre, porque llevo poca ropa y el hotel está muy frío con el aire acondicionado. ¡Malditos nervios! Ya sé que solo debería estar furiosa y dolida por lo imbécil que ha sido Mikel conmigo, pero no puedo evitar estremecerme ante la idea de hablar con él.

Con la mano, Haize me hace un gesto de que lo espere. Saca la tarjeta de acceso del bolsillo, la desliza por el seguro y abre la puerta de la suite que arrienda para él. Cuando entra deja la puerta entreabierta, por lo que, mientras me muerdo los labios nerviosa, escucho que llama a Mikel.

—¡Por qué coño tienes que usar mi cuenta para jugar! ¡Deja eso! —dice Haize, aunque no logro verlos—. ¡Créate una propia!

—Tienes mejores estadísticas y me ponen en mejores equipos —dice Mikel y su voz hace que me ponga más tensa aún.

—¡Eso no funciona así! Además, Catalina está afuera, deberías ir a hablar con ella.

—¡¿Qué?!

Escucho un movimiento de silla, algo que golpea fuerte el suelo y un alarido de rabia de Haize.

—¡Mi ratón! ¡Imbécil! —Haize gruñe frustrado—. ¡No los venden en Chile!

—¿Catalina está afuera?

—Sí, coño, ¡mi ratón! ¡Hostia, no funciona!

Escucho a Mikel maldecir en euskera, o al menos eso supongo por el tono de su voz, aunque no entiendo nada.

—Saihesten ari naiz! Ergela zara? —sisea y luego resopla.

—Hitz egin berarekin! —responde Haize y no sé qué mierda están diciendo.

¡Qué odiosos! ¡Por qué hablan en otro idioma! Pero debo admitir que la forma extraña en que pronuncian las "ts" y las "tz" es terriblemente sexy.

No, Catalina, lo odias. Es un imbécil. Debes mantenerte firme. Solo quieres saber qué pasó, quitarte esta ansiedad y olvidarte de él. Sí, solo eso.

Intento no hiperventilar cuando escucho pasos acercándose a la puerta. Inspiro e intento mostrarme lo más tranquila posible, justo cuando Mikel abre y me observa desde el umbral.

Ay, maldición, ¿por qué tiene que ir sin camisa? Reúno todo el rencor que hay en mi cuerpo para no deslizar los ojos hacia su abdomen y mantenerlos fijos en su cara. Él apoya el hombro desnudo en el borde del marco de la puerta, mete las manos en los bolsillos de los jeans desgastados y me observa, como si nunca hubiéramos peleado, ni mucho menos, follado en un baño.

—¿Qué tal? —pregunta, alzando una ceja, como si nada.

Hijo de perra, voy a matarlo. En verdad, soy una imbécil por estar aquí. ¡No sé para qué le hice caso a Haize! La sonrisa de mierda que hay en su cara ni siquiera titubea. ¿Cómo puede ser tan frío? Inspiro y trato de calmarme. Dijo que me quería. Luego que no. Nada de esto tiene sentido, necesito saber qué mierda le pasa.

Suelto el aliento con brusquedad.

—¿Por qué estás haciendo esto, Mikel?

Me observa falsamente confundido.

—¿Haciendo qué? —Ladea el rostro y un mechón de pelo negro cae rebelde sobre su frente.

—No sé —digo con sarcasmo—, ¿lo de ser un estúpido, quizás?

Él suspira y niega con la cabeza. Se aparta del borde de la puerta y se da la vuelta para entrar de nuevo.

—Si solo viniste a insultarme... —sujeta la manilla, como si la fuera a cerrar, pero se detiene cuando hablo.

—Mikel, ¡ya para, ¿quieres?! —digo y la voz se me quiebra.

Para mi sorpresa, se queda de pie, quieto y luego se voltea hacia mí de nuevo. La sonrisa idiota desaparece de su rostro y tuerce los labios.

—¿Y qué quieres tú, Catalina?

Okey, Calma. No te enfurezcas, tampoco llores, recuerda por qué estás aquí.

Cierro los ojos un momento e intento ordenar mis pensamientos. Trato de mostrarme tranquila, que no vea lo mal que me siento.

—¿Qué quiero? ¡Que me digas qué chucha te pasa! Da lo mismo lo que digas, Mikel. —Abro de nuevo los ojos y sostengo su mirada —. ¿Qué pretendes con todas estas palabras y actitud hirientes? ¿Crees que por unas cuantas frases odiosas me olvidaré de lo que hicimos estos meses? Dime la verdad, ¿por qué estás intentando hacer que te odie?

Ladea un poco más el rostro, mirándome. Luego suspira, camina hacia mí y siento el impulso de retroceder, pero me mantengo firme. Su aroma a guindas me inunda cuando se detiene a un par de centímetros y, aunque está descalzo y yo con zapatillas, sigo llegándole apenas debajo de los hombros. Levanto la barbilla y sostengo su mirada penetrante. El pelo negro le cae un poco desordenado sobre la frente. Sus ojos azules me estudian y mi estómago se aprieta, pero contengo las ganas de huir.

—¿Eso crees? —murmura—. ¿Que estoy actuando o algo por el estilo?

—Sí.

—Joder, ¿por qué haría algo tan tonto? —Me recorre con la mirada, provocándome un escalofríos con ese simple gesto. Luego vuelve a mis ojos y trago con dificultad—. Es simple. ¿Por qué no entiendes que no quiero estar contigo?

Okey, de verdad sabe ser hiriente. Inspiro de nuevo y me trago el orgullo, las ganas de llorar que hacen arder mi garganta y acorto la poca distancia que hay entre nosotros. Alzo la mirada hacia esos ojos fríos y entierro mi dedo índice en su pecho. Mikel aprieta los labios cuando lo toco, pero no se mueve.

—Cambiaste tu actitud, literalmente, de la mañana a la noche. No soy una chica tan insegura de mí misma como para pensar que solo jugaste conmigo, Fakediós. No soy tan insegura para creerme tan fácil que nada de esto te importa, que no te importo. —Tomo aliento y trato de que mi voz no tiemble—. Sé que cuando me dijiste "te quiero", era real. ¿Sabes por qué?

Mikel suelta el aliento y toma mi dedo para apartarlo, pero yo lo mantengo firme en su lugar.

—Catalina, no...

—Porque, aunque estés siendo un maldito imbécil en este momento —digo, interrumpiéndolo—, yo también te quiero.

Abre la boca para replicar, pero no dice nada. Sus ojos azules brillan ligeramente y aprieta mi dedo, que aún tiene tomado entre los suyos.

—Y aunque estoy segura de mí, y de que sientes algo por mí —continúo, antes de que diga otra estupidez—, y aunque el temblor de tu mano me dice que te mueres por estar conmigo, tanto como yo, no soy tan fuerte, Mikel. He llorado como una idiota por tu culpa —murmuro y él tuerce ligeramente los labios—. Y a ratos sí creo que me mentiste, a ratos sí pierdo la confianza y creo que solo querías follar un rato y ya, ¡y a ratos quiero odiarte! Entonces dime, ¿qué mierda había en ese contrato para que estés haciendo esto? ¿Por qué quieres tanto que te odie? Porque te juro que, si me vuelves a decir que todo era mentira, esta vez te creeré. Y aunque seas un

puto semidiós —digo apenas, con el corazón latiéndome fuerte—, me perderás para siempre.

Mikel me observa y va a hablar, pero luego se arrepiente. Abre la mano con la que sujetaba mi índice y luego la vuelve a cerrar, cubriendo mi puño con sus dedos tibios. Sus ojos se pasean por los míos.

Dioses, su silencio me va a matar.

—Dime qué pasa, Mikel —digo, con un hilo de voz—. O pídeme que me vaya y no te molestaré más.

Él suspira y aprieta mi mano.

—Enana, yo no puedo est...

Pero se interrumpe, porque se abre la puerta del ascensor detrás de nosotros y frunce el ceño, mirando por sobre mi hombro. Escucho una voz femenina y me giro, apartándome un poco de él.

—¡Mikel! ¡Qué estás haciendo! —Javiera corre hacia nosotros, agitada, como si hubiera subido los treinta pisos corriendo por la escalera.

Viene muy arreglada, cargando un bolso tan refinado que no conozco ni la marca, luciendo un vestido rojo y caro, tacones y el pelo rubio tomado en un moño alto. Corre hasta nosotros y Mikel me suelta porque ella prácticamente lo empuja, apoyando las manos en su pecho.

—¿Por qué estás así? —dice, mirando su pecho desnudo—. ¡Mi padre está esperando abajo! ¡Voy a matarte! ¿Sabes cómo te va a juzgar por cada minuto de atraso? ¡Ah! Hola, Cata. Disculpa, ¡no te vi con el apuro! —dice, volteándose hacia mí y dedicándome una sonrisa. Luego vuelve a mirar a Mikel—. ¡Te doy cinco minutos!

Mikel parpadea sorprendido, va a decir algo, pero ella toma su rostro entre las manos, se pone de puntas y le da un beso en los labios.

El corazón se me detiene. Es como una eternidad mientras sus labios se aprietan, una eternidad mientras ella cierra un instante los ojos y una eternidad cuando los abre de nuevo y sus bocas se

separan. Javiera se aparta por completo, Mikel se pasa una mano por el pelo negro y me lanza una mirada incómoda.

—¡Te escogeré una camisa, apúrate! —dice Javiera y corre hacia el interior de la suite del hotel.

Creo que dejé de pensar. Creo que dejé de respirar. Y aunque para mí todo ocurrió muy lento, creo que fue un beso breve y muy casual, y por eso ha sido terriblemente doloroso. Ese no es el primer beso que se dan, ¿verdad?

El tiempo regresa. El mundo vuelve a girar. Y no sé cómo logro tenerme en pie, porque de pronto estoy muy mareada.

Mikel da un paso hacia mí, pero yo retrocedo.

—Catalina, iba a decirte que...

—¿Su padre? —interrumpo, soltando una risa y agito una mano, como si espantara el mal chiste que es todo esto. Lo miro, con los ojos ardiéndome y el dolor de todos estos días acumulado en el pecho—. Ganaste, ¿sí? Tú ganas, Mikel, no quiero ... no quiero escucharte, ni verte, nada, nunca más.

Me mira con impotencia. Le doy la espalda, pero solo doy un par de pasos y me giro de nuevo hacia él. Está ahí de pie, en miedo del pasillo del hotel, viéndome como si no comprendiera que acaba de romperme el corazón en pedazos.

—Al menos, si alguna vez me quisiste, aunque sea un poco, vuelve a ese estúpido equipo de básquetbol, ¿sí? —murmuro, mirando el piso y pasándome una mano por la mejilla para secar las lágrimas que caen inevitablemente—, no le jodas los sueños a Sebastián.

Dice algo, pero no lo escucho. Mi cabeza es un caos y ese maldito beso me dolió como nada lo ha hecho jamás. Entro al ascensor y las lágrimas caen como si fueran infinitas. Y el pecho me duele y me siento estúpida. Me siento tonta. Y lo único que sé, es que odio a Mikel. Lo odio con toda mi alma.

¡Odio sentir este dolor! Agarro la tela de la camiseta que llevo, a la altura de mi pecho, como si sirviera para calmar esto. ¡Cielos!

¿Cómo puede doler tanto? Dejo el edificio; mierda, tengo que alejarme de aquí. Escucho un insulto en la calle cuando golpeo sin querer a alguien, porque apenas veo por donde voy. ¿Por qué? ¿Por qué jugó conmigo de esa forma? Jadeo y trato de respirar mejor. ¿Cómo dejo de sentir esto? ¿Cómo me saco el maldito corazón del pecho?

Solo fue un beso. No debería doler tanto. Solo fue un beso. ¡Solo fue un beso! Escucho una bocina y alguien tira de mi brazo hacia atrás, justo cuando un auto frena porque casi cruzo la calle con luz roja. El conductor grita algo y se pone en marcha otra vez, mientras un olor a flores silvestres me hace despertar de la especie de trance horrible en el que estaba.

—Señorita, no debería caminar llorando sin ver a ningún lado —dice una voz que es como la primavera.

Alzo la vista y encuentro unos ojos de un verde imposible. Oh, no. En serio no quiero más dioses de mierda por hoy. Mucho menos con él, que se parece tanto a Mikel.

Pero, aunque sea su hermano, verlo no me duele. Al contrario, Atarrabi sonríe y, curiosamente, me siento un poco mejor.

ϟ Mikel ϟ

Coño, qué sensación tan horrible. ¿Por qué Catalina tenía que venir hasta acá? Ah, joder, ojalá pudiera quitarme de encima la imagen de su rostro después de que nos vio besarnos.

¿Por qué me siento tan mal? Yo quería esto. Necesitaba esto. No se suponía que fuera tan jodidamente difícil.

Cierro los ojos, me apoyo en la pared y resbalo hasta quedar sentado en el pasillo entre mi habitación y la de Haize.

Hostia, qué mal. ¿Cómo puede decir que me quiere después de todo lo que le he dicho?

Inspiro y trato de calmarme, pero no lo consigo. Siento una tormenta en mi interior y sé que seguro estoy invocando una de verdad.

Yo también te quiero.

Hundo el rostro en mis rodillas y trato de olvidarme de su voz diciéndome eso. ¡Hostia puta! ¡No quiero pensar en ella! No quiero pensar en su pelo, no quiero pensar en su piel, en cómo me moría por abrazarla. En cómo temblaba por abrazarla.

Voy a ser un dios, ¿por qué mierda tengo que sentir esto? ¿Por qué tengo que necesitarla tanto, joder?

La puerta de la habitación se abre y Javiera camina hacia mí. No quiero verla. Pero ella se acerca y se sienta a mi lado. Intento no ponerme tenso, pero es imposible.

—Mikel —susurra—, ¿estás bien?

No quiero hablarle, pero sé que lo hizo por ayudarme.

—No.

Me odio. Odio a Javiera también. Hostia, ¿estará bien Catalina? Parecía muy alterada. Joder, fue horrible. Pero no le pasará nada, porque Haize la está siguiendo, pero aun así...

—No mires la puerta, tontito —dice Javiera—, no hay ninguna chance que vayas por ella después de lo que hiciste.

—Me muero por ir por ella —murmuro—, ese es el jodido problema.

No quiero esto. No quiero tener estas dudas. Mierda, eso es lo peor de todo. No tengo ninguna maldita duda. Lo único que quiero, es levantarme e ir a buscarla.

—Bueno, no puedes hacer nada. —Javiera apoya su cabeza en la pared y me observa—. Al menos, ya no es un problema. Créeme. Después de eso, seguro puedes rogarle y arrastrarte como un gusano y no te va a perdonar.

Miro a mi amiga, pero luego aparto los ojos porque creo que podría matarla solo con desearlo.

—No me veas así. —Javiera se cruza de brazos—. Al final, la que quedó como desgraciada soy yo, no te hagas la víctima tampoco.

Resoplo y estiro las piernas en el pasillo, intentando contener las ganas de levantarme e ir a buscar a Catalina.

—La idea era alejarla, ¿qué te pasa? No que creyera que me voy a casar contigo —digo y trato de contener mis palabras, porque el enojo crece de solo recordar ese momento—. ¿Tu padre? ¿En serio? ¿No se te ocurrió vestir de novia también?

Tormentas, la forma en que me miró Catalina...

—Bueno, venía con mi ropa formal de mi jornada en la Corte, tenía que improvisar. —Se encoge de hombros—. Me pareció que era lo mejor. Algo drástico. Ahora ya déjala tranquila. ¿No era ese el punto?

Observo mis manos y recuerdo la de Catalina, su pequeño dedo entre los míos. Coño, obvio que la voy a dejar tranquila, no es que haya otra opción ahora. Esa mirada de decepción me lo dejó más que claro. No hay vuelta atrás.

Hostia, duele, pero estoy a salvo. No puedo creer que, antes de que llegara Javiera, estuviera a punto de dudar. A punto de mandar todo a la mierda. A punto de joder mi futuro como dios por esto.

—Gracias, Javi.

—De nada, Mikel.

Suspiro, pero no me siento aliviado. Afuera suena un trueno y el día se oscurece un poco. Tal vez, un poco como el vacío que siento en el pecho. Como el temor de encontrarme con esa mirada traicionada otra vez. O peor, de no encontrarla más.

No. Aprieto las manos, cierro los ojos y suelto el aliento.

Calma. Voy a estar bien, voy a ser un dios.

Arruinar mi futuro por una chica ya no es una opción porque, esa chica, ya no me va a perdonar.

♡ Catalina ♡

Intento apartarme, pero Atarrabi me pasa un brazo por sobre los hombros y me empuja con suavidad para que camine junto a él. Quisiera alejarme, pero después de unos pasos caminando a su lado, mis sollozos se calman. Ya puedo respirar mejor. Estar cerca suyo es como aislarse en una burbuja que huele bien. Es cálido y, de alguna forma, el dolor que sentía se esfuma como el recuerdo de una pesadilla.

Caminamos hasta un callejón con poco tránsito, me apoyo en la pared y acepto un pañuelo de papel que me pasa, para limpiar mis ojos.

—¿Por qué estás aquí, Atarrabi? ¿Estás contento, ahora? ¿Esperabas el momento para soltarme "te lo dije, Catalina"?

Alzo la mirada hacia su rostro, aunque no parece contento en realidad. Genial, otra persona que me mira con pena. Sus rizos dorados reflejan la luz del sol. No. Más bien, parecen irradiarla por sí mismos.

—No estoy para nada feliz, pero sí, te dije que pasaría esto. ¿Crees que no conozco a mi hermano? Mikel es egoísta y siempre lo será. —Suspira exageradamente y agita una mano. A pesar del calor que hace, lleva ese largo abrigo blanco de siempre—. Era un capricho estar contigo y es un capricho dejarte ahora que firmó el contrato.

Guardo silencio, porque es cierto. Siempre supe que iba a ser así. ¿Por qué entonces es tan doloroso? Sí, sabía que estaba involucrándome sentimentalmente, que ya no era algo solo físico. ¡Pero no creí que pudiera llegar a ser como un maldito agujero en el pecho!

Estas tres semanas no fueron nada comparado a lo que siento ahora. ¡De verdad ya no lo quiero sentir más! Cierro los ojos y contengo los sollozos que amenazan con escapar otra vez. ¡Lo odio! ¡Lo odio!

—Bueno, por eso estoy aquí —dice Atarrabi, con voz suave—, porque puedes dejar de sentir ese dolor, Catalina.

Alzo los ojos hacia él.

—¿De verdad? —Me limpio las lágrimas una vez más—. No juegues conmigo.

El callejón es estrecho, entre esos típicos edificios antiguos de Valparaíso; altos, que impiden que el sol ilumine directo sobre nosotros. A pesar de eso, el pelo de Atarrabi parce despedir ese halo de luz y me pregunto cómo es que nadie puede notarlo. Pero la gente que pasa por la calle principal ni siquiera mira hacia nosotros. Él sonríe ligeramente y siento una punzada en el pecho porque sus labios se parecen mucho a los del maldito Fakediós.

—No jugaría con tus sentimientos, Catalina. Yo nunca miento. Y yo no menosprecio a los humanos como mi hermano.

Atarrabi mete la mano en el bolsillo de su abrigo blanco y saca un pequeño frasco transparente. Oh, ¿y eso? Dentro, hay un líquido. Un líquido azul, tan misterioso que atrapa mi mirada. Por un momento, me olvido de mi dolor. Es asombroso, en serio. Me inclino y observo ese líquido que parece el mar, parece el cielo, parece una nebulosa. Dentro de él destella una luz amarilla, o verde, o tal vez también es azul. Me recuerda algo...

Me recuerda a los ojos de Mikel. Me recuerda a una pequeña tormenta metida en un frasco.

Y con el recuerdo de Mikel, vuelve ese horrible dolor en el pecho otra vez. Haciendo un esfuerzo, aparto la mirada del frasco y la levanto hacia el dios que tengo en frente.

—Sí, Catalina —dice él—. Es lo que estás pensando.

—En verdad existe —murmuro.

Contengo el aliento. Tormentas. Hace unos días jamás habría aceptado algo así. Pero después de lo de hoy... Cierro los ojos y pienso en lo tonta que me sentí. No por el hecho de que Mikel besara a otra chica, sino de que lo hiciera como algo casual, como si

llevara días haciéndolo, como si no hubiera roto mi corazón hace tan poco. Como si lo que tuvimos fuera mentira.

Y si fue mentira, ¿para qué lo quiero recordar? Duele demasiado recordar.

Estiro la mano y siento el contacto tibio del frasco en mi mano. Lo aferro y lo observo, sosteniendo entre mis dedos algo que sé perfectamente lo que es.

A estas alturas, no voy a cuestionarme si la magia existe. Mi duda no es por eso. Lo que no logro imaginar es mi vida sin haberlo conocido a él.

Un trueno se escucha y me estremezco porque una ráfaga de viento frío se cuela por este callejón. Las nubes cubren el cielo, más rápido de lo normal, pero yo solo tengo ojos para la pequeña tormenta que gira dentro del cristal que sostengo entre los dedos.

¿De verdad con esta poción voy a olvidar a Mikel para siempre?

49. Vientos de Odio

♡ Catalina ♡

Está haciendo frío. El día se ha puesto horrible de pronto y, aunque mis ojos están absortos en la botellita que contiene una tormenta mágica dentro, los levanto hacia el cielo y sujeto con una mano el pelo que se me revuelve con el viento, molestando en mi cara.

—¿No eres el chico del buen clima, Atarrabi?

Tengo frío, aunque no tanto. De alguna forma, Atarrabi irradia calor. Él mete las manos en los bolsillos de su abrigo y observa el cielo frunciendo el ceño.

—Llevo un mes agotado con el mal humor de Mikel, cada vez me cuesta más, está más intensito que nunca. —Atarrabi suspira—. Ser un dios cansa, ¿sabes? Especialmente cuando debes estar usando toda tu energía para que tu hermano menor no convierta en un caos el clima de otro país. Me harías un gran favor si te tomas eso —mira la poción que tengo en la mano—, a ver si os dejáis de líos y puedo volverme a mi país.

—No hay líos. La verdad es que —murmuro, haciendo girar el frasquito entre mis dedos y observando lo hermosa que es esa tormenta atrapada ahí dentro—, creo que solo me hice películas en mi cabeza. Creí que algo estaba ocurriendo entre Mikel y yo, algo más que solo sexo. Pero claramente fue unilateral.

Atarrabi guarda silencio, observándome. Se me escapa un suspiro y bajo la mirada. Casi no puedo creer que Mikel esté con Javiera. Intenté arreglas las cosas, porque me parecía incoherente, pero ahora no tiene sentido seguir aferrada a una ilusión. Acaba de besar a otra chica frente a mí.

Ni siquiera quiero saber cuánto tiempo llevan juntos; quizás nunca cumplió su pacto de exclusividad. Tal vez ya lo hacían antes de que se acostara conmigo. No tengo idea. Y no me interesa.

—¿Estás seguro de que esto no me hará daño?

—Solo te hará olvidar todo lo que tuviste con Mikel. Ni siquiera sabrás que existe. Si lo ves de nuevo, será un desconocido.

—¿Se llevará mis sentimientos también?

Atarrabi no responde de inmediato. Levanto la vista y ladea el rostro, mirándome con algo de curiosidad, mientras su pelo se agita con el viento de una tormenta que, claramente, no está siendo capaz de apaciguar.

—¿Te enamoraste de Mikel apenas lo viste por primera vez?

Cierro los ojos un momento.

Recordarlo me duele. A pesar de la magia que emite Atarrabi que logra calmarme, vuelvo a sentir el dolor de haber visto a Mikel con otra chica. El dolor de saber que no le importó hacerme daño. Que en realidad solo estaba jugando.

Pero de todas formas lo intento. Respiro con calma, recordando. Casi puedo ver aquella noche de tormenta, cuando encontré por primera vez sus ojos azules que brillaban en la oscuridad del hospital.

Nunca había visto un chico tan lindo. Caminó hacia mí con esos jeans y esa chaqueta negra que llevaba, con el pelo oscuro y desordenado, la piel blanca destacando en las penumbras y juro que pensé que era un dios de la muerte. Era asombroso.

Y aun así, solo me pareció impresionantemente guapo. Nada más. Aún creía estar enamorada de Sebastián y no le hice mucho caso a Mikel.

—No —admito—. Solo era un chico lindo.

—Ahí tienes tu respuesta. —Atarrabi curva sus labios en una sonrisa—. Olvidarás lo que compartiste con él, Catalina. Así que también olvidarás tus sentimientos. Es difícil que ames a alguien que no recuerdas. El amor nace de las experiencias y ya no las tendrás.

Tiene lógica, aunque no logro imaginar mirar a Mikel sin morirme por él. Sin sentir estragos en todo mi cuerpo solo por escuchar su

voz.

—¿Haces esto porque lo odias? —Alzo de nuevo la mirada hacia Atarrabi.

—Yo no lo odio. Es mi hermano y lo quiero. Esto es lo mejor, para ti y para él.

Parece sincero. Pero bueno, es un puto dios; podría ser un engaño.

—¿La has usado antes? ¿No me convertiré en un gato o algo así?

Atarrabi deja escapar una risa. Sin embargo, cuando vuelve a mirarme, no hay diversión en sus ojos.

—No la he usado yo, pero... —Suelta el aliento y niega con la cabeza—. Si te hace sentir más tranquila, te lo diré. Mi madre la usó, Catalina. Ella no solo no recuerda a mi padre, ni nada de lo que hizo con él, sino que también nos olvidó a Mikel y a mí.

—¡¿Tu madre?! ¡¿Ella los olvidó?!

Atarrabi asiente y logro percibir un atisbo de dolor en su mirada. Y me recuerda la mirada de Mikel esa mañana en la que me preguntó si querría olvidarme de él para no sufrir. Se me aprieta el pecho de pensar en lo feliz que parecía cuando le dije que jamás haría algo así. Fue después de eso cuando, con sus labios contra los míos, murmuró que me quería.

—Siempre la hemos frecuentado. —La voz de Atarrabi me saca de esos dolorosos recuerdos—. Pero ella no sabe que somos sus hijos. Mikel incluso trabajó para ella cuando era estudiante. Es abogada también y aprendió de ella trabajando en su buffet.

Cielos, ahora entiendo por qué le importaba tanto si yo me olvidaría de él o no. Su propia madre lo hizo.

Pero... aprieto el frasco entre mis dedos. Cuando le dije que nunca lo haría, no sabía que él podría llegar a ser tan cruel conmigo. Además, seguro en realidad ni siquiera le importa lo que yo haga.

—Está bien. Gracias Ata. La verdad, no tiene caso que siga pensando en Mikel.

Afirmo el pequeño corcho que contiene la tormenta para que no escape de su recipiente y el viento sopla más fuerte, haciéndome temblar. Sobre nosotros, nubes oscuras y enormes se apoderan del cielo y el clima empeora.

—Este viento... —murmura Atarrabi.

Lo ignoro. Estoy demasiado concentrada en la tormenta más pequeña que tengo dentro de este frasco. Me hipnotiza. Sujeto el corcho entre mis dedos para destaparlo, pero una risa fuerte y sarcástica me detiene. Una risa y una ráfaga de viento, tan intensa, que me tambaleo y el frasco se cae de mis manos.

Lanzo un chillido porque la siguiente ráfaga es más fuerte y casi me derriba. Apoyo la mano en la pared y me giro hacia la entrada del callejón, desde donde provenía la risa.

Pero no hay nadie. Atarrabi entorna los ojos y mira hacia ahí. A pesar de que siempre está relajado, ahora parece tenso.

—¿Qué mierd...? —comienzo a decir.

Sin embargo, no termino mi pregunta porque una figura se vuelve visible entre las sombras de la pared del callejón. Unas piernas delgadas enfundadas en pantalones negros y un par de zapatillas Vans. Es como si hubiera estado oculto en las penumbras del atardecer todo este tiempo. Se aparta de la pared, emergiendo de la más profunda oscuridad. Primero sus piernas y luego el torso. La camiseta gris sin mangas deja ver los tatuajes de sus brazos; marcas de tinta negra que serpentean como obras de arte por sus bíceps marcados, contrastando con la piel blanca y moviéndose cada vez que lo hacen sus músculos. Lleva la funda de guitarra colgando de un hombro y el cabello tomado en un medio moño que deja escapar algunos mechones rubios. ¿Esta mañana no lo tenía castaño?

Me estremezco. Haize nos observa un momento y sus labios se inclinan en una sonrisa felina.

—Hemen zaude[33]. Al fin te encuentro in fraganti, dios de mierda —dice sin dejar de sonreír, caminando lentamente hacia nosotros.

El viento sopla más fuerte, como si se arremolinara en el callejón, rodeándonos. Agita el cabello rubio de Haize y sus ojos rasgados y oscuros chispean, con tal intensidad, que me recorre un escalofrío.

El aire está cargado de un aroma dulce, pesado.

—¿Cómo? Es imposible que... —Atarrabi retrocede un paso y pasea sus ojos por el callejón, como si buscara la forma de salir—. ¿Qué llevas ahí?

La sonrisa de Haize crece más y deja ver los dientes de un lado. Se está comportando extraño, con una intensidad que no le había visto antes. Recuerdo que Mikel mencionó que Haize odiaba a su hermano, pero jamás pensé que sería algo tan literal como la rabia ardiente que en este momento chispea en sus ojos.

—¿Te refieres a esto? —dice dando otro paso y tomando con una mano la funda de la guitarra.

Pero ahora que la ha aferrado entre sus dedos y se nota la forma que hay debajo, pienso que es demasiado delgada para ser una guitarra.

Haize se detiene, con la otra mano desliza el cierre y contengo el aliento cuando extrae una katana larga y negra, en una vaina también negra. La funda de la guitarra cae al suelo. El viento se agita más y las sombras del callejón parecen temblar cuando Haize aferra la katana desde el pomo, tan oscuro como su vaina. Los músculos de su brazo se tensan cuando la sostiene.

—Preferiría meterte una bala en la cabeza —dice, ladeando el rostro. Mira a Atarrabi y quita la funda de la katana, mientras su cabello se agita con el viento—, pero creo que eso no funciona contra los dioses.

Da otro paso, con la espada apuntando hacia el suelo y me sorprendo al ver el estupor en el rostro de Atarrabi. Su calma permanente se ha ido a la mierda. Abre mucho los ojos, sin quitarlos de la katana que sostiene Haize.

—¿Por qué...? ¿Cómo...? —Aprieta los labios y al fin desvía los ojos hacia Haize—. ¿Itzal?[34] ¿Por qué tienes tú la espada de las

sombras?

En verdad es una espada impresionante. El filo también es negro, tanto, que ninguna luz se refleja en él. Apenas puedo quitar los ojos de ella; estoy atrapada por su forma alargada, ligeramente curva y con unas extrañas runas grabadas que parecen ser lo único visible en su superficie oscura. Es hermosa.

—Barkatu[35], Cata —dice Haize, lanzándome una mirada—, puedes cerrar los ojos si quieres.

Cambia el peso de su cuerpo de un pie a otro y, antes de que alcance a comprender qué está pasando, se abalanza sobre nosotros. Me da un empujón que me envía a trompicones hasta la pared y alza la katana en un golpe diagonal hacia Atarrabi.

¡Mierda! ¡Es tan rápido, que se convierte en un borrón de ropas oscuras y cabello rubio frente a mis ojos! El viento se agita a su alrededor, como si llevara a Haize con él. Sin embargo, Atarrabi también es rápido y da un paso hacia atrás, evadiéndolo. Haize se detiene, pero la velocidad es tal, que sus pies derrapan un momento en el suelo, se gira y lanza un corte horizontal que hace silbar el aire. Atarrabi se agacha, apenas a tiempo, y la katana se desliza por el lugar en el que, un instante antes, estaba su cabeza.

Un segundo. Una fracción de segundo de error… y lo habría decapitado.

Jadeo y me apego a la pared. ¡Es una pelea entre dioses! Debería estar asustada, pero una emoción morbosa burbujea dentro de mí.

Atarrabi da un salto hacia atrás para alejarse de Haize y su abrigo blanco aletea por el impulso. Se voltea hacia la salida del callejón, pero Haize corre tras él y, ¡de verdad es magia! Solo dos zancadas lo impulsan como si hubieran sido cinco. El viento cobra vida con cada movimiento suyo, agitando la basura del callejón, mi pelo, la ropa de Atarrabi y el pequeño moño de cabello rubio oscuro de Haize.

¡Pareciera que se moviera con el aire mismo! Me cuesta seguirlo con la mirada cuando alcanza a Atarrabi y estira su mano como si quisiera aferrarlo del abrigo para que no escape. Pero Atarrabi se

voltea hacia Haize y con un golpe aparta el brazo, que por poco lo atrapa. Haize blande otra vez su espada en un tajo diagonal que Atarrabi esquiva saltando hacia atrás. Pero, ¡mierda!, ¡solo era una finta! En el momento en que el hermano de Mikel retrocede, Haize desliza la pierna con fuerza por el suelo, hace una barrida y lo golpea en los pies, provocando que pierda el equilibro. Se me escapa un chillido porque, sin esperar a ver si cae o no, Haize cambia el peso de su cuerpo y lanza una patada en el estómago de Atarrabi, en un impacto tan fuerte que lo envía contra la pared del callejón.

Golpea la pared y su espalda emite un crujido horrible. Intenta recuperarse, pero el viento se agita de nuevo y, en un parpadeo, Haize está frente a él. Alza la katana. Atarrabi levanta la mirada, jadeando, abre la boca para decir algo, pero Haize empuja la espada directo contra su pecho, lo atraviesa y lo empala contra la pared.

Atarrabi deja escapar un alarido y aferra los brazos de Haize, tratando de quitárselo de encima, pero Haize mueve la espada, retorciéndola dentro de su pecho y Atarrabi gime de dolor. Suelta sus brazos y jadea, mirándolo con odio detrás de los rizos dorados que se pegan, sudados, sobre su frente.

—Al fin voy a matarte, dios de mierda —dice Haize y sus labios se curvan en una sonrisa sicótica—, orain bai, benetan[36].

Me cubro la boca con las manos para ahogar otra exclamación porque la sangre ha comenzado a escurrir por el pecho del hermano de Mikel, tiñendo de rojo su abrigo blanco. Creo que ya no me parece emocionante.

—Como si pudieras —jadea Atarrabi, pero la mirada que dirige a la espada en su pecho no parece tan convencida de sus palabras.

Haize ladea el rostro hacia mí y doy un respingo por la chispa de odio que hay en sus ojos oscuros. La sonrisa desaparece de su rostro. Si no fuera porque he estado antes con él, si no fuera porque sé la relación que tiene con Mikel, realmente tendría miedo de él en este momento.

Tal vez debería.

—Cata —dice con voz fría—, vete de aquí.

Una parte de mí me dice que es lo más sensato, ¡todo esto es una locura! Pero... Cielos, la sangre cae al suelo con un sonido asqueroso y está formando un charco. Atarrabi respira muy agitado y parece realmente adolorido. Incluso la luz que suele emanar su cabello dorado parece más débil, haciéndolo parecer casi un chico normal. Y mientras más asemeja a un chico normal, más se parece a una versión rubia de Mikel. Por un momento es a él a quien veo sangrando contra la pared y mi estómago se aprieta.

—Pero es el hermano de Mikel —murmuro.

Haize frunce el ceño, observándome como si no viera el punto del problema. Mierda, mierda, Atarrabi se va a morir. Jadea de nuevo, tose y escupe un montón de sangre.

—¡Ya suéltalo, Haize! —insisto, dando un paso hacia él.

Al hacerlo, mis pies golpean algo en el suelo. Algo que había olvidado con toda esta distracción. El frasquito, que aún contiene la pequeña tormenta dentro, rueda por el asfalto. Sin pensarlo siquiera, me agacho rápido, lo recojo y lo guardo en mi bolsillo.

—¿Qué es eso? —Haize me observa con curiosidad y retuerce la espada en el pecho de Atarrabi que aprieta los dientes conteniendo el dolor.

—Nada —digo, rápidamente, sintiendo el calor del pequeño frasco contra mi pierna dentro del bolsillo de mis shorts.

Haize entorna los ojos, afirma bien la espada contra el pecho de Atarrabi y levanta la otra mano, sujeta el cabello rubio del dios entre los dedos y lo jala hacia atrás, estampándole la cabeza en la pared.

Atarrabi suelta un gruñido de dolor, pero se limita a mirar a Haize con rabia, mientras él aún sujeta su cabeza.

—Qué coño le diste la chilena —masculla Haize, apretando más el cabello entre sus dedos.

Atarrabi sonríe, con un hilo de sangre deslizándose por su barbilla.

—Púdrete, Haize.

Haize lo observa como si de verdad estuviera preguntándose si terminar de matarlo o no. Luego maldice en su idioma y vuelve el rostro hacia mí. Un mechón de cabello rubio oscuro se escapa de su moño y cae sobre frente. Hay tanta furia en sus ojos negros, que el estómago se me retuerce.

—Cata, ven y dame esa cosa —dice, como si hiciera acopio de toda su paciencia.

Mierda, la ira que hay en su mirada es poderosa, carga sus palabras con una fuerza de mando y casi doy un paso para hacerle caso. Pero respiro profundo y me quedo en mi lugar. ¡Malditos semidioses! Seguro tiene algún tipo de poder de control mágico. Aprieto los puños y me resisto.

—No.

Haize entorna los ojos y me observa, molesto. ¿Dónde quedó el chico simpático que suele ser? No hay un asomo de él en esa mirada oscura que me estudia como si estuviera pensando si ensartarme contra la pared junto a Atarrabi o no.

Pero no me atacaría a mí, ¿o sí?

Suelta el aliento, frustrado, y entierra más la espada contra el pecho de Atarrabi. La retuerce y el dios deja escapar otro grito rasgado de dolor. Sus pies tiemblan y parece que ya casi no puede sostenerse por sí mismo. Se aferra a los brazos desnudos de Haize y cierra los ojos, soportando el sufrimiento.

—Dame eso, Cata —insiste Haize y me sonríe—, o lo voy a torturar frente a ti.

Mueve la espada de nuevo y Atarrabi gruñe, pero me mira y niega con la cabeza.

Un escalofrío me recorre cuando la mirada de Haize se desliza hacia el bolsillo donde tengo el frasco. Doy unos pasos al costado, alejándome de ellos. Estoy segura de que está pensando cómo mantener a Atarrabi ensartado contra la pared y, a la vez, venir a quitarme el frasco.

—Si lo dejas ir, te lo daré. Te lo juro. Ya, suéltalo.

La sonrisa se estira en el rostro de Haize.

—Cata, no soltaría a este dios de mierda ni aunque me ofrecieras tu vida. Ahora, ven y dame eso, que es por tu bien y el de Mikelatz.

Atarrabi vuelve a negar con la cabeza para que no le haga caso y Haize lo insulta y le da un rodillazo en el estómago. Atarrabi se dobla de dolor y eso hace que la espada se retuerza más, respire agitado y escupa más sangre.

¡Es horrible! ¡No soporto esto otro momento! De pronto, soy consciente de que yo también estoy jadeando. ¡La weá! ¿De verdad va a matarlo? Apego mi espalda a la pared contraria a ellos y observo la salida del callejón. ¿Qué hago? ¡¿Qué hago?! ¡Ni siquiera pasa gente como para pedir ayuda! ¡Y tampoco serviría con un puto dios presente!

Haize rueda los ojos y mira el cielo, donde las nubes de tormentas oscuras se acumulan entre sí.

—¡Cata, dámelo!

Pero no lo voy a hacer. Sé que no irá detrás de mí, porque eso implicaría soltar a Atarrabi. Así que le doy la espalda y corro hacia la salida del callejón.

—¡Coño! ¡Catalina, vuelve acá!

La voz de Haize resuena en el pasaje cuando la lluvia comienza a caer. Pero no me detengo, ni tampoco me volteo a mirar otra vez. Corro con todas mis fuerzas, lejos de él, internándome en la oscuridad del crepúsculo. Luego me doy cuenta de que es estúpido, porque si quisiera alcanzarme, seguro lo hace en un instante.

Me detengo a unas cuadras de distancia y recupero el aliento. ¡Qué locura ha sido todo! Intento quitarme la imagen de Atarrabi sangrando y ensartado a la pared por una espada, pero es imposible. Tampoco es fácil deshacerme de la mirada de odio que había en Haize. ¿Qué clase de persona es?

Trato de respirar más tranquila y saco de uno de mis bolsillos el celular. Mis manos tiemblan. A pesar de que Haize no me hizo daño,

ahora que estoy lejos me doy cuenta del miedo que llegué a sentir. De pronto, quisiera estar cerca de Mikel, entre sus brazos tibios. Entonces, recuerdo la forma en que se besó con Javiera y el dolor regresa, como si mi mente hubiera olvidado, por un rato, todo lo ocurrido en la tarde, probablemente por el shock de lo que acaba de suceder con Atarrabi.

Busco el contacto de Mikel, lo desbloqueo y le escribo.

>Catalina: Mikel, es urgente. Contesta.

El teléfono vibra y acepto la llamada de Mikel. Él habla de inmediato y su voz suena preocupada.

—¿Aló? ¿Catalina, estás bien?

Jadeo, con el corazón martillando en mi pecho. A pesar de la atrocidad que acabo de ver, escuchar su voz sisear contra mi oído revive el dolor profundo que me provocó.

—Haize tiene a tu hermano —digo, intentando hablar con claridad —, en el callejón detrás del mercado, el que está debajo de tu edificio.

Cuelgo el teléfono, antes de que pueda decir algo más y hacerme dudar. El teléfono vuelve a sonar, pero lo ignoro. La lluvia cae sobre mi rostro y el corazón martillea con fuerza en mi pecho. Guardo el móvil y mis manos tiemblan. Siento las piernas débiles, me apoyo en la pared de una casa y, cuando saco del otro bolsillo el frasquito, mis manos siguen temblando.

No sé si tiemblo por miedo, por frío o por el horror de haber visto a Atarrabi ensartado por una espada. Levanto la pequeña tormenta que tengo encerrada en estas paredes de cristal y un trueno suena fuerte en el cielo.

Las farolas de la calle se encienden y el cristal del frasco destella. Lo sujeto a la altura de mis ojos, a la altura de mis dedos mojados por la lluvia, que siguen temblando.

O, tal vez, en realidad tiemblo por haber escuchado la voz de Mikel por última vez.

50. Olvídame

ϟ Mikel ϟ

Ver a mi hermano atado a una cuerda negra —con propiedades anti mágicas—, sangrando en el suelo de la suite del hotel, apoyado en la pared y rogando para que perdone su vida, debe ser una de las cosas que más deseaba. En otro contexto, hubiera adorado a Haize por hacer algo así.

Pero lo hizo frente a Catalina.

—¡Eres un jodido imbécil! ¿Qué mierda tienes en la cabeza? —Lo tomo de la camiseta y estampo a Haize contra la pared.

Él me devuelve una mirada divertida y sus ojos negros chispean. Su cabello está rubio oscuro, iluminado por las únicas dos lámparas que hemos encendido y la sonrisa despectiva en su rostro me provoca ganas de matarlo también a él. Tormentas, es insoportable cuando tiene el cabello de ese color. No estaba así en la mañana, supongo que ver a Atarrabi lo sacó de sus cabales.

—Me encanta cuando te pones así, bebé —dice el muy imbécil, ladeando el rostro.

Afuera se larga a llover con furia y los truenos retumban por todo el puerto. Debo calmarme. Atarrabi no está en condiciones de llevarse la tormenta. El problema es que yo tampoco. Solo las traigo y ya. Pero es que, ¡cómo hace eso frente a Catalina! ¿Quién le quitará ese momento de la cabeza? ¡Las personas no están acostumbradas a ver esas cosas! Atarrabi jadea, con la barbilla apoyada en el pecho, apenas consciente. No puedo creer que Haize le haya ensartado una espada frente a ella. Su voz sonaba asustada cuando me llamó. ¿Estará bien ahora? ¿Estará en la universidad?

La furia crece dentro de mí, como una corriente eléctrica y siento ganas de descargarla contra mi supuesto mejor amigo.

—Vale, lo cierto es que me gustas así —dice Haize, aunque su tono de voz cambia y ya no parece tan divertido—, pero te estás

pasando un poquito.

Entonces noto que las luces de la habitación están parpadeando y que la energía corre literalmente por mi cuerpo. En mis manos se aglomeran descargas azules y chispeantes de electricidad que comienzan a saltar hacia Haize. Un mechón de cabello rubio que cae sobre su frente se chamusca con una de las descargas y me apartó rápido de él.

—Al que se le ha pasado la mano esta vez es a ti, Navaja —murmuro, intentando calmarme.

—No lo entiendes... —Haize desliza los dedos por el mechón de pelo chamuscado y luego se arregla la camiseta que casi le arranqué de un tirón cuando lo agarré de ahí—. Si se me hubiera pasado la mano, tu hermano estaría muerto. Sabes que lo quiero muerto. Me contuve solo por tu chica.

—Deja de llamarla así —digo, haciendo una mueca.

—No iba a torturarlo realmente frente a ella —insiste Haize y frunce el ceño—, solo lo dije para ver si hacía caso.

—¿La amenazaste con torturarlo? ¡Qué coño te pasa!

Él se encoge de hombros. Cierro los ojos y respiro, tratando de no enojarme más con él. Sé que tiene razón, sé que Atarrabi se merece que Haize haga lo que sea con él.

—Si solo te contuviste por ella —murmuro, viendo como mi hermano recupera la conciencia y mira alrededor—, ¿por qué sigue vivo? Catalina ya no está aquí.

Haize camina y se sienta en el sillón cerca de Atarrabi, que apoya la espalda en la pared y nos observa con la boca manchada de sangre y el cabello dorado y desordenado.

—Le dio algo a Catalina, pero no estaba lo suficientemente cerca para escuchar su conversación. Estar dentro de las sombras es extraño, aún no lo controlo del todo, no los oía bien. —Tuerce los labios mirando a mi hermano—. No quiere decirme qué y, la verdad, no estoy de humor para torturarlo. Quiero matarlo y ya. Pero no soy

tan imbécil para hacerlo si no sabemos qué coño le entregó. Lo que sea, olía a magia.

Me acerco a Atarrabi y flexiono las piernas hasta quedar de cuclillas frente a él, aunque no tan cerca. Hay demasiada sangre, que asco. ¿Por qué Haize no puede hacer un trabajo más limpio?

—Oye, gilipollas, ¿qué le diste a Catalina? —ladeo el rostro buscando su mirada—. Si me dices, tal vez convenza a Haize de que no te mate.

Atarrabi alza el rostro hacia mí. A pesar del sufrimiento, la diversión brilla en sus ojos verdes, como si hubiera algún chiste que yo no logro comprender. Entonces, suelta una risa histérica. Se ríe y después gruñe de dolor porque la herida que le hizo esa espada aún está abierta. No tengo idea de dónde Haize sacó un artefacto así, pero debe ser terriblemente poderosa para haber dejado tan mal a un dios. Lanzo una mirada a la siniestra espada, que está apoyada en la pared cerca de Haize.

Es surrealista, ver una katana mágica que casi mata a un dios, descansando tranquilamente en la pared de un hotel de lujo.

—Hermanito, después que te diga —dice Ata, sonriendo con un hilo de sangre que baja por sus labios—, me vas a necesitar más vivo que nunca.

Resoplo y me pongo de pie, mirándolo con desprecio.

—No caeré en tus juegos, deja de joder.

—Vale, entonces —murmura—, vete a tomar por culo, Miki.

Me mira con suficiencia. No sé cómo es eso posible estando en un estado tan humillante, pero lo hace. Supongo que si hay alguien que puede ser más egocéntrico que un semidiós, es un dios.

—Si no va a decirte nada —dice Haize y levanta una mano—, ¿puedo matarlo ya?

Me alejo de Ata y me encojo de hombros. Hasta donde yo sé, no hay forma de asesinar a un dios. Haize asegura que esa espada puede hacerlo, pero yo lo dudo. No me molestaría ver como lo intenta, de todas formas.

Los labios de Haize se curvan en una sonrisa odiosa, cruza la habitación y toma la espada. Es realmente hermosa, y eso que yo no tengo ningún fetiche con las armas como Haize. Pero ese filo oscuro y esas runas extrañas en el pomo, que resplandecen de color morado, le dan un aspecto misterioso.

Haize se acerca a Atarrabi, con la ansiedad en los ojos, mientras juega con la katana, haciendo movimientos y balanceándola sobre su palma, como si evaluara su peso o analizara la mejor forma de atravesar a mi hermano con ella.

—Vale —dice y se para frente a Atarrabi, que lo mira desafiante desde el suelo—. ¿Debería enterrársela en el corazón o cortarle la cabeza?

Hago una mueca imaginando el desastre de sangre que sería la segunda opción.

—¿No puedes hacerlo en el baño?

Pero Haize me ignora, apoya la punta de la espada en el pecho de Atarrabi, a la altura del corazón. Descanso el peso de mi cuerpo en el apoyabrazos del sofá mientras mi hermano sostiene la mirada de Haize. Y aunque lo observa como si lo retara a hacerlo, aunque se comporta como si nada le importara, hay algo asombroso en sus ojos verdes, tan parecidos a los míos. Mi estómago se aprieta porque, por primera vez desde que lo conozco, veo ese brillo en su mirada. Por primera vez, hay una chispa de... miedo.

Coño. ¿Atarrabi tiene miedo? Observo la espada negra y escalofriante, con la punta en su camiseta manchada de sangre. Hay algo raro en esa espada, sí. Es como si todo se oscureciera un poco a su alrededor. ¿De verdad puede matarlo?

—Bien, veremos qué pasa si te arranco el corazón, ¡pequeño rayito de sol! —Haize sujeta la espada con una mano y con la otra apoya la palma en el pomo, para empujar.

—¡Espera! —digo, apartándome del sofá y caminando hasta él.

La espada alcanza a enterrarse unos centímetros en la ropa de mi hermano, pero Haize se detiene. Atarrabi jadea de dolor por el

pequeño corte que alcanzó a hacerle y Haize se gira hacia mí.

—¿Qué mierda te pasa, Mikelatz?

Llego hasta él y apoyo mi mano en su hombro. Afuera, cae la lluvia, aunque la tormenta se ha calmado un poco

—Ya no estoy tan seguro de querer averiguarlo, él es el único que sabe cómo curar a nuestra madre.

Atarrabi suelta una risa, jadeando y alza los ojos hacia nosotros.

—¿Y tú de qué coño te ríes? —Haize retira la espada y le da una patada en el estómago.

Atarrabi, con los brazos atados por las cuerdas, se dobla sobre sí mismo, jadeando de dolor. Luego levanta el rostro hacia nosotros otra vez y me mira a los ojos, aún con la risa asomada en sus labios.

—Es tan difícil curar a nuestra madre, Miki, que creo que jamás podremos hacerlo —dice y vuelve a reír.

Un escalofrío me recorre. ¿Por qué se está comportando así? ¿Creer que va a morir lo enloqueció? Él nunca se ha burlado de eso, ¿qué mierda le parece tan gracioso?

—De qué puto coño estás hablando, Atarrabi —mascullo, agachándome frente a él y empujando sus hombros contra la pared —, ¿qué mierda te pasa?

Respira un momento mientras me observa divertido. Parece recuperarse un poco del dolor, aunque cuando habla su voz suena rasposa.

—Para curarla —dice respirando con dificultad—, para empezar, tendrías que convertirte en un dios. —La sonrisa en su rostro se ensancha—, cosa que ya serías si no te hubieras involucrado sentimentalmente con Catalina.

El nombre de Catalina hace que sienta un peso en el pecho. Solo espero que esté en su habitación y que logre olvidar lo que vio hoy día, de alguna forma.

Joder, hasta en un momento como este no logro apartarla de mis pensamientos.

—¿Qué tiene que ver que yo sea un dios, con sanar a nuestra madre? —Aprieto mis manos, sujetando el abrigo de mi hermano y empujándolo más—. ¡No jodas con esto!

—Sabes que no puedo mentir. —Atarrabi ladea el rostro, sin dejar esa sonrisa de mierda—. Es tan difícil curarla, Miki, que no solo debes convertirte en un dios, es que hay que hacer un montón de cosas y... —dice y se vuelve a reír como un desquiciado—, tardaríamos años. ¿Crees que vale la pena?

—¡Por supuesto que vale la pena, imbécil! —Joder, odio esta discusión, la hemos tenido tantas veces—. ¿Por qué ella debía recibir un castigo? ¿Por qué no nuestro padre? ¡Es simplemente injusto!

Atarrabi inclina la cabeza hacia atrás y vuelve a reír.

—¡Qué coño te da tanta risa! —digo, empujando sus hombros y empezando a desesperarme.

—Joder, de verdad quiero matarlo —murmura Haize.

Atarrabi vuelve a mirarme y el cabello dorado cae desordenado y sudado sobre su frente.

—Es que eres tan jodidamente egoísta, Mikelatz, que no lo comprendes, ¿verdad? —dice, riendo, como si fuera un gran chiste y empiezo a perder la paciencia—. ¿Crees que fue un castigo para nuestra madre?

Respira agitado, como si apenas contuviera lo divertido de la situación, como si no estuviera amarrado y empapado en sangre. Está loco. Entonces, noto que estoy respirando agitado yo también.

—Sabemos que fue un castigo por...

—¡El castigo no fue para ella, gilipollas! —Atarrabi suelta otra risa y me mira como si fuera estúpido—. ¡Fue para nuestro padre! Coño, ¿es que no lo ves? ¿Cómo es que tú, especialmente, no lo ves? Ella no recuerda nada, no puede sufrir. —Niega con la cabeza y resopla —. ¿Cómo crees que se siente ver a la mujer que amas olvidarte? ¿Olvidar a sus propios hijos? ¿Imaginas lo que es quererla, desearla, adorarla y saber que ella jamás se acordará de ti, hagas lo que hagas? ¿Qué si la buscaras, tendrías que mentirle, porque jamás,

jamás recordará lo que sucedió? Incluso si se lo contaras, ¡ningún ser humano normal se creería que vivió algo así si se lo dices y ya! Y hay experiencias en la vida, Mikel, que simplemente no se pueden explicar. —Atarrabi suelta una carcajada—. ¡Eres tan imbécil! ¡Nuestro padre arriesgó su vida por ella! ¡Enfrentó a toda la maldita corte de dioses por ella! ¿Cómo crees que fue verla seguir adelante con su vida, sin siquiera saber quiénes somos? ¡Mirar a sus hijos y ver a extraños! ¡La amó por décadas y sufrió solo! ¡Sigue solo!

Trago con dificultad. Entiendo lo que dice. El castigo fue para mi aita, no para mi madre.

Atarrabi continúa riendo como un maldito sicópata y un escalofrío me recorre. Él jamás ha encontrado esto gracioso. Tal vez la espada que lo atravesó tiene otros efectos y le quitó la cordura.

—Basta, Atarrabi, no es divertido —digo, sintiendo un peso horrible dentro de mí.

Mi padre nos crio. Nos entregó todo lo que tenía, ¿por qué mi hermano se está burlando?

Entonces, Atarrabi respira agitado y de pronto su rostro se vuelve serio. Sus ojos verdes me observan y, por primera vez desde que llegó, su voz suena normal.

—¿Puedes entenderlo, verdad? —Sus labios hacen una mueca de lástima—. ¿Por eso alejaste a Catalina, no? ¿Para que no sufra cuando te conviertas en un dios? Entonces, por un momento, trata de entender cómo se sintió nuestro padre.

Aprieto los labios y no respondo. Atarrabi me observa con lástima, como si fuera yo el que está amarrado y ensangrentado y no él.

—Estás enamorado, Mikel, aunque lo quieras negar. Por primera vez hiciste lo correcto. Por eso —sus ojos verdes brillan cuando me mira—, ahora puedes matarme, si quieres, pues ya hice el trabajo por ti. Catalina no va a sufrir más.

—¡Deja de meter a Catalina en esto! —Aplasto sus hombros contra la pared—. ¡O de verdad dejaré que Haize te mate!

Entonces, suelta otra carcajada y vuelve a reírse como demente.

—Oh, mierda —dice Haize a mi lado—, coño, creo que ya sé qué le parece tan divertido. Hostia puta.

Frunzo el ceño y miro a Haize que, de pie junto a nosotros, observa a mi hermano como si de pronto viera algo que siempre estuvo ahí.

Atarrabi alza la vista hacia Haize y le dedica una sonrisa.

—Ajá, eso es lo que le di a Catalina —dice y desvía sus ojos verdes hacia mí, provocándome un escalofrío—, tu querida humana ya debe haberte olvidado. A estas alturas, se habrá tomado la poción y jamás, jamás volverá acodarse de ti, Miki.

Por un momento, no comprendo sus palabras. Simplemente, jamás siquiera imaginé una posibilidad así. Cuando el entendimiento llega hasta lo más profundo de mi ser, me parece que todo se vuelve más oscuro. El pecho se me aprieta y la habitación se tambalea a mi alrededor.

—Me estás jodiendo. —Suelto sus hombros, me levanto y retrocedo. Me siento confundido, ¿qué mierda está diciendo?—. Es imposible, tú no tienes una de esas pociones. No puedes tener una. Las sorginas no...

Pero me callo, porque veo la verdad en su mirada. Atarrabi me observa con una sonrisa.

—No, no tengo una —dice, jadeando—. La tiene Catalina, seguro ya se la bebió. Estaba muy ansiosa por olvidarse de ti.

Observo a Atarrabi, la forma en que sonríe con suficiencia, como chispean sus ojos verdes y sé que lo que está diciendo es cierto. Es obvio que es cierto, coño, él no miente jamás. La idea de que Catalina se olvide absolutamente de mi existencia me aplasta. Retrocedo y golpeo la pared con mi espalda.

—No, no lo hiciste.

Pero cuando miro a Haize, como esperando que niegue lo sucedido, veo la comprensión en sus ojos.

—Era un frasco extraño —murmura.

Coño. Puta hostia.

—¿Por qué te pones así? —Atarrabi respira agitado, con una sonrisa de suficiencia—. ¿Eso querías o no? ¿Apartarla?

¡Es un grandísimo hijo de puta! De verdad el mundo da vueltas a mi alrededor, no puedo seguir aquí. Si lo que dice es verdad yo... No, no puede ser verdad. Sí, quería apartarla. Pero, eso era una cosa, esto es diferente. Esto... Que Catalina se olvide de todo lo que tuvimos me parece horrible. Horroroso. Recuerdo su risa, sus ideas pervertidas, su olor, su cuerpo contra el mío cuando dormíamos después de estudiar juntos. Pero sobre todo, su mirada. Sus ojos color miel, entregándome ese algo que nadie me ha dado jamás.

—No.

La palabra escapa de mi boca, sin que lo quiera. Les doy la espalda, abro la puerta del hotel y corro hacia el ascensor. Estoy seguro que aún no la ha tomado, es imposible, ella no haría algo así.

Dijo que jamás haría algo así.

Cruzo la noche y apenas noto el trayecto que corro calles arriba, hacia la universidad, bajo la lluvia y con un montón de pensamientos y recuerdos provocando una tormenta dentro de mí. Cuando llego, los pasillos están atestados de estudiantes que se refugian del clima y parezco un demente caminando entre ellos, empapado, buscando la habitación de Catalina, rogando para que no haya tomado esa poción.

Llego jadeando y estoy a punto de empujar la puerta, cuando noto que está entreabierta y escucho su voz. Quiero entrar e impedir que tome esa poción si aún no lo ha hecho, pero las palabras cargadas de dolor que llegan hasta mí me detienen, como si me hubieran dado un golpe fuerte en el pecho.

—Lo quiero tanto, tanto, que de verdad me cuesta respirar. —Su voz suena ahogada por los sollozos—. Sí, ya lo sé Andrea, pero es diferente esta vez. Mikel es diferente.

Aún no la ha tomado. Está hablando de mí. Me inclino y la veo sentada en la cama, con el pelo cayendo a los costados de su rostro

y sujetando el móvil contra su oreja. Apenas está iluminada por las luces del patrio que se cuelan por la ventana. Su ropa y sus piernas morenas están empapadas y se pasa una mano por las mejillas, limpiando las lágrimas que no dejan de caer. Incluso así, con el cabello hecho un lío y los ojos enrojecidos me parece tan linda. Y eso solo empeora la culpa de verla así.

La forma en que su pecho se agita, hablando entre sollozos, me provoca un escalofrío horrible.

—No puedo, Andrea, en serio. Necesito sacarlo de mí —dice y vuelve a sollozar—, te juro que solo quiero dejar de pensar en él. Quiero dejar de soñar con su olor, con sus ojos, ¡ya no quiero esto más!

Aprieto las manos, conteniendo las ganas de entrar en su habitación. Sé que no debería estar escuchando, pero es que no soy capaz de irme.

—No es eso, Andri —continúa, con la voz entrecortada—. Él no me quiere, y en serio, necesito con toda mi alma dejar de quererlo a él. ¡No! ¡No se trata de eso! No es orgullo, entiende que se va a ir, no podemos estar juntos incluso si lo perdonara. ¡A él no le importa!

Cierro los ojos un momento y dejo ir el aliento que he estado conteniendo. Ah, qué equivocada está. Ojalá pudiera quererla menos, ojalá fuera verdad. Ojalá no tuviera tanto miedo de haber puesto en duda mis sueños por ella. Sé que le dice eso del viaje a su amiga porque no puede contarle la verdad, que me vaya a ir no es el problema. Pero en el fondo es cierto, no podremos estar juntos jamás cuando sea un dios.

Aprieto los labios. ¿Cómo puede pensar en perdonarme después de lo cruel que fui hoy? Dije todas esas cosas horribles y no funcionaba. Inventé lo de Javiera pensando que jamás me perdonaría algo así, que con eso se alejaría de forma definitiva. ¿Por qué aun así me sigue queriendo? Siento la sonrisa formarse en mis labios, pues... claro que me sigue queriendo. Así es ella. Eso fue lo que más me gustó de Catalina desde un principio; esa intensidad. Que cuando sabe lo que desea, no le importa nada, mucho menos

algo tan tonto como el orgullo. Aunque me molestaba su obsesión con Sebastián, admiraba su capacidad de jugársela por lo que más quería.

Tormentas. ¿En qué momento esto se me escapó tanto de las manos? Ni siquiera sé cuándo se volvió tan importante. Nunca antes había sentido algo así. La *necesidad* de estar con alguien y, a la vez, tener tanto miedo de estar con ella.

—Duele demasiado, Andri —dice y se larga a llorar de nuevo.

Y me duele a mí también. La evité tres semanas porque tenía que alejarla de mí y no era capaz de verla así. Mi mano tiembla cuando sujeto la manilla de la puerta y lucho contra los impulsos de mi cuerpo. ¿Por qué tiene que dolernos a los dos?

Nunca había querido tanto a una chica humana, ese es el problema de todo esto. ¿Cree que yo soy especial? No tiene puta idea de lo que ella ha sido para mí. Tormentas, ¿cómo no iba a tener miedo? ¡Casi no firmo ese contrato! ¡Me cuestioné ser un dios por ella! Dudé si firmarlo porque no puedo ser un dios y estar con ella, de eso ni hablar, ¡no quiero que pase por lo que pasó mi madre, jamás!

No, eso es una opción. Y tal vez fue un error, tal vez debí esperar, pero ya lo firmé. ¿Por qué le sigo dando vueltas a esto? ¿Por qué siquiera continúo pensándolo?

Ya no entiendo lo que dice. Solloza hablando con Andrea y ya no quiero escuchar más. Verla así me va a destrozar. Y aunque odie admitirlo, mi hermano tiene razón. Joder, ¡hostia puta! Siento como si un agujero se abriera en mi pecho de solo pensar en que Catalina se olvide de todo lo que tuvimos, pero coño, esto no tiene por qué dolernos a los dos.

Ella quiere que deje de doler. Quiero que le deje de doler. Que vuelva a reír con esa chispa que tanto me gusta.

Antes de que mis pies me traicionen, cierro la puerta y me doy la vuelta. Camino por el pasillo en penumbras, sin mirar atrás,

limpiando mis ojos con las mangas de mi chaqueta. Joder, no sirve de nada, también está empapada.

Dejo la universidad y voy hacia donde me lleven mis piernas. El viento sopla con fuerza y bota los carteles de las tiendas. Casi no hay gente en las calles; el puerto está sumido en una tempestad. Las farolas de las calles se encienden y apagan, erráticas.

Me detengo en un mirador, observo la ciudad en penumbras y, más allá, el mar oscuro bajo las nubes negras de la tormenta, mientras el viento golpea mi rostro y los relámpagos destellan sobre los barcos, que se mecen de forma caótica sobre las olas.

Me siento en el borde de piedra y pienso en Catalina. Aunque duela, una parte de mí se siente más tranquila. Esta tormenta se va a calmar, algún día. Al menos, uno de los dos podrá olvidar.

Porque yo, aunque pasen más de cien años, enana, no te olvidaré jamás.

ϟ ♡ ϟ Continuará ϟ ♡ ϟ

Fin del volumen I

Esta historia continúa en el Volumen 2

AGRADECIMIENTOS FINALES

Además de a mis lectoras tormentosas que ya agradecí al inicio de este libro (y que han sido las personas que realmente me dan fuerza para seguir mis sueños de escritora), agradezco a las personas que han sido importantes en mi vida cuando inicié este libro, porque sin ellas quizás no habría podido siquiera escribir.

Por eso, agradezco a mi mamá y a mi papá que me apoyaron siempre en mis locuras. Nunca me cuestionaron los rumbos que quisiera tomar en la vida. Gracias Mamita por leerme muchos cuentos y gracias papá por decirme que, para lo único que jamás me negarías dinero, sería para comprar libros.

A mis hermanos, que son las personas que más amo en este planeta, Felix, Iker, Naiara e Iñigo. Solo escribir sus nombres estando al otro lado del planeta hace que me cueste respirar.

Agradezco a mis primas, que siempre han creído en mí y que además comparten su amor por la literatura y escritura, especialmente a la Amaia y la Maitane, que junto con la Nai hacíamos jornadas de escritura por Discord. A la Mani que ya le agradecí. A la Dani que siempre está atenta y a la Cami solo porque te adoro y estás loca como yo.

También agradezco a las amigas, las pocas que continuaron siendo mis amigas, no solo cuando me fui de Chile, sino cuando abandoné las pulcras y sofisticadas rutas de la fantasía pura y clásica para adentrarme en los obscenos, oscuros y desvergonzados caminos de la fantasía de romance, de la fantasía erótica. Esa fantasía cochina, barata, que tanto quieren dejar fuera de la fantasía, no la vaya a mancillar jaja. Las que se quedaron saben quiénes son (me refiero a las amigas escritoras eh, las otras no se enojen si no van aquí, que ustedes nada tienen que ver con los libros), pero especialmente agradezco a la Fran, a Camila Miranda de nuevo y a la Negra que además de amiga fue de las primeras en leer DVC.

También agradezco a mis tías que me han regalado libros durante la vida. A mi tía Quena, a mi Madrina, que entiende mi locura por la cultura vasca y a mi abuela, que no creo que le gusten mucho los vascos (probablemente con justa razón), pero siempre me regala libros hermosos. Y a mis tíos que no leen tanto pero siempre me apoyan y envían su amor.

Finalmente, agradezco a los muertos. Aunque no estén físicamente, han estado siempre, cada día, en mi mente. A mi Abu y a mi hermano Felix. Han inspirado en lo más profundo lo que escribo. Si escribo fantasía es por ustedes. Creo que busqué la magia en una necesidad desgarradora de volverlos a encontrar.

Y una vez que has sentido la magia… no la puedes soltar.

Eskerrik asko. Maite zaituztet.

ACERCA DEL AUTOR



Sabiñe Maitane Susaeta Herrera (Maite Izar en Wattpad), 1987. Nací y crecí en Chile. La literatura siempre ha sido mi primer amor, pero estudié Derecho y ejercí como abogada hasta la actualidad. Ahora vivo en Euskal Herria, en Bilbo, buscando mi camino como escritora. Siempre he amado la fantasía y mi curiosidad por la mitología euskalduna nació en un intento por acercarme a mis raíces, ya que mi abuelo era de la provincia de Araba.

Espero escribir las historias que me gustaría leer y hacer feliz a otras personas con las aventuras de mis personajes. Intento cada día ser mejor escritora.

Eskerrik asko por estar aquí.

Espero con gusto sus comentarios en mi Instagram, @casiunafantasia

Maite zaituztet, lectoras tormentosas.

[1] Significa “papá” en euskera, idioma del pueblo vasco.

[2] Sorginak o Sorginas son las brujas de la mitología vasca.

[3] Perdón, lo siento.

[4] Adiós.

[5] “Sí” en euskera.

[6] No.

[7] La virginidad es un concepto cultural. En realidad, no eres virgen por haber tenido sexo o no de forma tradicional. El himen se puede romper incluso andando en bicicleta, o no se puede romper para nada, aunque hayas tenido sexo, depende de cada persona. Si eres gay, por ejemplo, y tienes sexo sin penetración también puedes considerar que no eres virgen, porque en realidad la virginidad tiene que ver culturalmente con "tener relaciones sexuales" (aunque varía en cada cultura). En este caso, Mikel y Catalina se refieren a la virginidad entendida de forma tradicional en nuestra cultura, pero debe quedar claro que no es la única forma válida de dejar de ser virgen. Estamos usando aquí el concepto solo con sentido humorístico.

[8] ¡Adiós!

[9] Buenas noches.

[10] Significa Lengua materna, hace referencia a una canción de la banda “Bring me the horizon”.

[11] Buenos días.

[12] Dilo

[13] No sé.

[14] ¿En serio?

[15] Hasta la vista.

[16] Dónde estás.

[17] Ahora!!!.

[18] Insulto chileno.

[19] No, no es esta chica.

[20] ¿No?

[21] Miembros de la mafia japonesa que se caracterizan por tener el cuerpo tatuado.

[22] Vamos!

[23] Noski: claro, por supuesto.

[24] Tranquilo/a, calma.

[25] En Chile, un siete es la nota máxima.

[26] No lo sé

[27] ¿Por qué?

[28] ¡En serio!

[29] Quiero verlo.

[30] Perdón.

[31] ¡No!

[32] Expresión chilena para referirse a una mujer.

[33] Aquí estás.

[34] Itzala significa sombra en euskera, Itzal es el nombre de la espada.

[35] Perdón. Lo siento.

[36] Ahora sí, en serio.